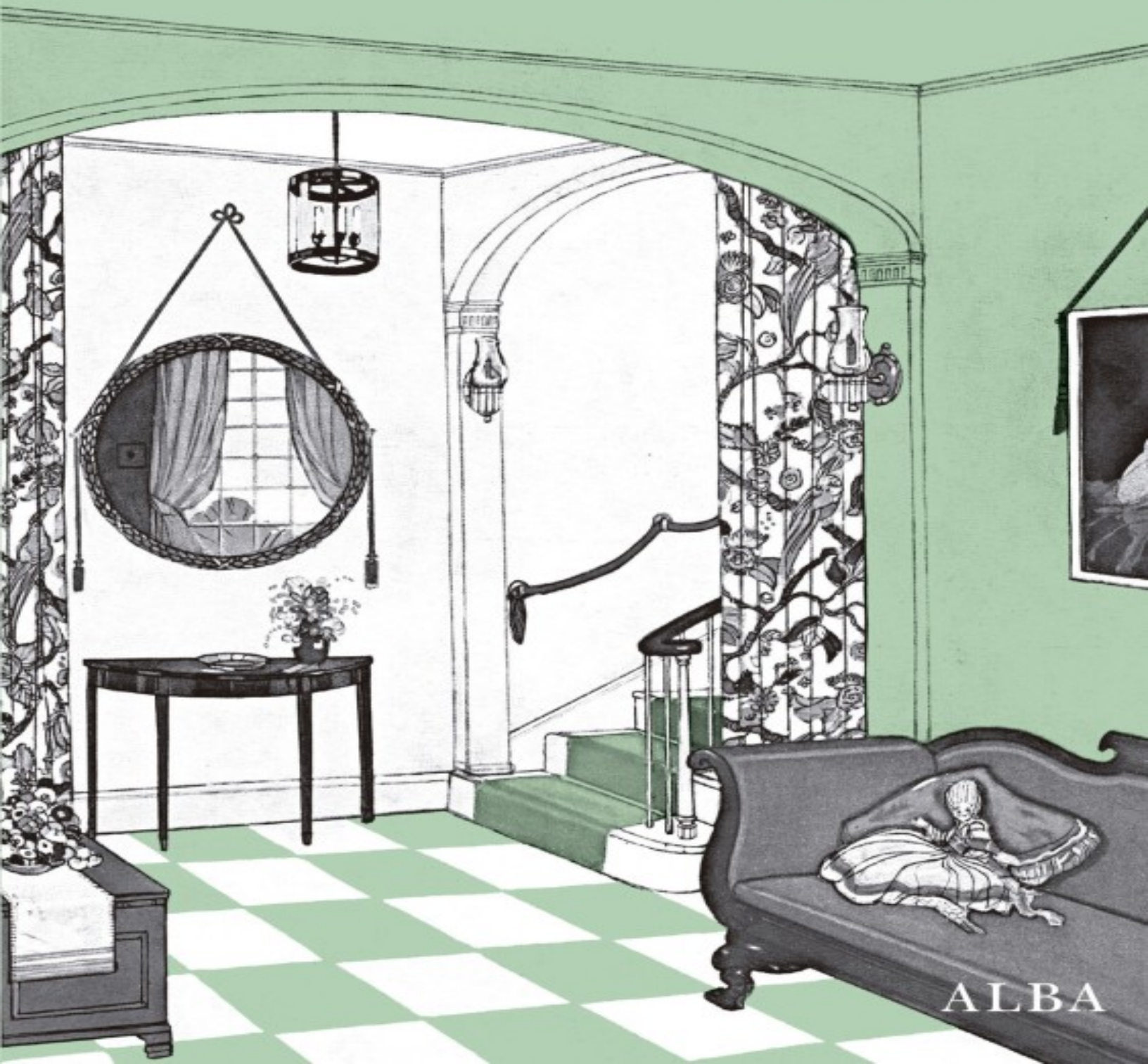
rara avis

La mujer de la entrada

G. B. Stern



ALBA

G. B. Stern

La mujer de la entrada

Traducción
Daniel de la Rubia Ortí

rara avis
ALBA

Índice

Cubierta
Portada
Nota al texto
Primera parte. Una infancia perfecta
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

Segunda parte. Las víctimas
- I
- II
- III
- IV
- V

Tercera parte. Billete a ningún sitio
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

Cuarta parte. El chico enemigo
- I
- II
- III
- IV

V
Quinta parte. Lady Bountiful
I
II
III
IV
V
Sexta parte. Camaleón
I
II
III
IV
V
VI
Séptima parte. Juego de espejos
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
Notas
Créditos
Sobre Alba

NOTA AL TEXTO



La mujer de la entrada (The Woman in the Hall) se publicó por primera vez en 1939 (Cassell, Londres).

PRIMERA PARTE
Una infancia perfecta

I



–Hay dos monjas pidiendo en la puerta –dijo Susan.

La señora Blake no respondió enseguida. Estaba inclinada y concentrada en su tarea, de tal forma que de la cabeza solo se veía el pelo encrespado. Susan se quedó unos segundos observando cómo se peleaba con el pegamento, la cartulina y la franela gris, y dijo:

–Anda que ponerse a hacer una cabeza de burro en casa. Menuda forma de perder el tiempo… ¿Para qué están las tiendas?… Dos monjas. Y las niñas vienen con otra cría vestida de rojo que no me gusta un pelo. Y aquí tiene una carta, aunque solo es el recibo del agua.

A Lorna Blake no le agradó ninguna de estas noticias. Las monjas de la entrada estarían recogiendo donativos, y Los Rododendros, Bloemfontein y Cosy Cot ya habrían contribuido. Era muy consciente de que la cabeza de Fondón[1] para la obra del colegio de Molly no iba a parecerse en nada a la de un burro de verdad. El recibo del agua (como bien sabía Susan) había llegado dos horas antes, pero Lorna, al verlo en el felpudo, se había limitado a decir: «¡Ay, Dios!», y a dejarlo donde estaba. En cuanto a Molly y Jay, eran dos niñas sociables que no paraban de hacer nuevas amigas en el colegio a las que había que invitar y agasajar con una merienda tan espléndida

que no tuvieran más remedio que elogiar ante sus padres el banquete que les habían ofrecido en casa de las Blake.

No era justo que Susan tuviera la satisfacción de darle estas cuatro noticias de golpe. Fiel a Lorna, rápida en sus quehaceres, con los ojos negros y unos dientes blancos y puntiagudos que relucían como si celebrasen constantemente una broma secreta, sin moral alguna, con resaca una vez a la semana después de su noche libre, resuelta en las emergencias y en extremo respetuosa delante de las visitas, Susan tenía un defecto que permeaba todas sus buenas cualidades hasta casi anularlas: un entusiasmo por la vida que se alimentaba principalmente de los fracasos y los apuros cotidianos de los demás. Si algo salía bien, si el vestido de Jay que Susan había dicho que no aguantaría un lavado lo aguantaba, se llevaba un disgusto de muerte.

Esa mañana en particular, su tono era alegre; su mirada, chispeante y burlona. Lucía el sol, y sin duda el tiempo empeoraría cuando la señora Blake y las niñas se fueran a la playa la semana siguiente.

–Ah, se me olvidaba –concluyó Susan, con una sonrisa encantadora–: el carbón nuevo no vale nada; casi todo son piedras. Y hemos comprado doce quintales[2].

Jay y Molly entraron corriendo.

–Jay lo ha hecho fenomenal en el examen de aritmética –anunció Molly, la heraldo de Jay.

Pero esto no era una novedad, porque a Jay se le daba muy bien la aritmética. Los números eran para ella símbolos nítidos y ágiles, no imprecisos y aburridos como parecían serlo para la mayoría de las colegialas.

–Mamá –susurró Jay con su voz «de guisante de olor», como la llamaba Lorna, porque extendía zarcillos suaves y persuasivos–, si te asomas a la ventana, llegarás a tiempo de ver a Naomi. Es esa, la de rojo.

–¿Naomi?

–Sí. Ha llegado nueva este trimestre, solo que, hasta hoy, creíamos que era una presumida, pero ahora nos cae de maravilla y va a venir a tomar el té esta tarde, si te parece bien. ¿Verdad que te parece bien? Porfa, mamá. Le hemos dicho que sí.

–Pero, cielo, ¿Naomi qué más? Y ¿dónde vive?… ¿No sería mejor esperar un poco? No sabemos nada de esa niña, ni quiénes son sus padres, nada. Y no tendría que ir al colegio vestida de rojo.

La señora Blake lamentaba mucho desilusionarlas, pero los niños tenían tan poco discernimiento… La antepenúltima Naomi ni siquiera venía de un hogar donde se lavasen los rizos con cierta frecuencia.

–Bueno, pero, si es por eso, tampoco ella sabe nada de nosotras –argumentó Jay–. Podríamos ser cualquiera, pero Naomi dice que a su madre le da igual.

–A la madre de Naomi puede que le dé igual, cielo, pero resulta que a tu madre no. Al fin y al cabo, llevan poco tiempo en el barrio.

–Bueno, tampoco nosotras llevábamos mucho en el barrio cuando llegamos. –Jay se embriagaba ligeramente con el encanto de la lógica cuando obraba a su favor–. Y, cuando nos mudamos de Highgate a Barnes, llevábamos solo seis semanas en el barrio y…

–Cállate ya –gritó Molly, pese a ser la pequeña, y le dio un empujón, como un pilluelo entre la multitud en día festivo.

–Tuvimos que buscar un poco, naturalmente. Habría sido demasiada suerte encontrar a la primera algo por aquí que se

ajustara tan bien a nuestras necesidades como Benares Lodge.

–¿Nos vamos a quedar aquí para siempre jamás? –preguntó Molly, con voz tan despreocupada que se diría que ni siquiera estaba segura de que valiese la pena preguntarlo.

–Eso espero, tesoro. Cambiar de casa me gusta tan poco como a vosotras. Es bonito echar raíces en un sitio.

Al otro lado del arco, Susan, que estaba colocando con sonoros golpes los cuchillos y tenedores para la comida, soltó de pronto una carcajada.

La señora Blake la miró con suave reproche. Cuando era una muchacha de diecisiete años con ideales nobles, había adoptado a Susan, que, con diecinueve, era la fulana del pueblo y se encontraba en apuros. La había tomado bajo su tutela y responsabilidad. Susan, que tenía extraños fuegos ardiendo en su interior, se había escapado dos veces, y, sin embargo, atraída por algún vínculo misterioso, había vuelto con Lorna en ambas ocasiones; sin arrepentimiento aparente, sardónicamente divertida por su propia rendición, pero lista para ponerse a trabajar de nuevo y demostrar que estaba domesticada. Y se podía confiar, pensaba Lorna, en que no diría nada fuera de lugar delante de Jay y Molly, por quienes sentía un cariño mordaz. Pero no debía, no, de ninguna manera debía reírse así cuando ella estaba soltando uno de esos sermoncillos melosos y envueltos en tolerancia tan necesarios para la educación de los niños.

–¿Esa es mi cabeza de burro? –preguntó Molly–. Porque, si lo es… –Buscó una forma educada de decir lo que pensaba, porque era evidente que su madre se había esforzado mucho–. ¿No sería mejor comprarla en una tienda, mamá?

–Supongo que sí –respondió Lorna con tono apesadumbrado, pero sin ofenderse. Se deleitaba con la robusta naturaleza de Molly y con su forma serena y resolutiva de afrontar la vida, con el profundo sentido común de la niña, que resultaba tan reconfortante como un pan crujiente y un trozo de queso para el hambriento. Cogiendo con las dos manos su carita cuadrada, simpática y encantadora, sin lamentarse de que no se le rizase el pelo, ni de que tuviera una amplia sonrisa de payaso y la nariz chata, le explicó–: Verás, cariño, si queremos tener dinero suficiente para ir a la playa cuando acaben las clases la semana que viene, creo que tendrás que actuar tan bien que nadie del público se dé cuenta de que la cabeza de Fondón no es perfecta. Porque ya sabes que el dinero no cae del cielo.

Susan le recordó a Lorna que las dos monjas seguían esperando en la puerta y que no era cuestión de tenerlas allí plantadas todo el día con cara de santas, pensaba ella, y dijo que con un chelín bastaría para quitárselas de encima.

Lorna se puso las gafas de montura de carey, cogió el gastado cuaderno negro de las monjas y estudió las anotaciones:

–No creo que pueda dar tan poco. Nadie lo ha hecho.

–Dos chelines; dos chelines; dos chelines; dos, dos, dos –leyó en voz alta Jay, pegándose a su madre–. Todos dos chelines. Mamá, porfa, porfa, dales diez; no, quince; dales diecisiete chelines y seis peniques, y diferénciate de los vecinos bobos y tacaños de Huntingdon Terrace.

Molly se horrorizó al oír tan ostentosa sugerencia, como cualquier muchacho de un internado inglés convencional:

–¿Cómo va a dar mamá más de dos chelines, si nadie lo ha hecho?

–Molly tiene razón.

Lorna escribió su nombre en el cuaderno y se lo devolvió a Susan con un florín[3] que sacó del bolso.

–Mamá, ¿no es horrible y está mal pedir dinero?

–Es muy distinto, cielo, y no tiene nada de malo, pedir para los demás que para uno mismo –respondió Lorna con dulzura–. Las monjas son Hermanas de la Caridad.

–Hermanas de la Caridad… –La voz de Jay vibró de forma extraña, con un cálido estremecimiento.

Clavando la mirada en la terca espalda de su hermana pequeña, intentó con picardía que se diera la vuelta. Pero Molly cogió la cabeza de burro de la mesa, se la encasquetó y se puso a bailar con torpeza, dando zapatazos en la moqueta, levantando las piernas como si fueran pezuñas y chocando contra los muebles, porque, según explicó entre risas, los agujeros de los ojos quedaban a la altura de las orejas y no veía nada con ellas.

–Hermanas de la Caridad… ¿Igual que Molly y yo somos hermanas?

–No, cariño. Las monjas no tienen por qué estar emparentadas.

Jay suspiró y volvió a un tema de mayor interés local:

–Bueno, entonces hemos quedado en que Naomi viene a merendar, ¿verdad? Es que, claro, con ese nombre, ¿cómo no íbamos a invitarla?

–¿Teníais que invitarla porque se llama Naomi? –preguntó extrañada la señora Blake.

–Es que es un nombre precioso, encantador, celestial. Nunca habíamos conocido a ninguna Naomi, salvo en clase de Religión. «Tu

pueblo será mi pueblo…»[4] –dijo Jay, sobreactuando un poco el papel de Rut.

–Tú sí que tienes un nombre precioso, encantador y celestial, señorita Jasmine Blake –bromeó su madre.

Jay reflexionó sobre esto en silencio. Jazmín: una flor blanca y estrellada con una gotita de miel en el cáliz si la apretabas (o incluso si no lo hacías). Y olía de maravilla, sobre todo cuando pasabas por el jardín de Bloemfontein en una noche cálida. Brillaba en las noches oscuras; no, más que brillar, resplandecía como fuego blanco. Algún día tendré un jardín con más jazmines, laburnos y lilas que todos los jardines de Huntingdon Terrace juntos, y una terraza larguísima, y fuentes en las que bañarme. Y dirán: «¿Os habéis enterado de lo que ha hecho Jasmine? Es una dama generosa y magnánima, y acaba de dar ni más ni menos que cien libras a unas monjas que iban pidiendo de puerta en puerta».

II



La señora Blake y la señora Anderson se pasaban el día juntas en Clifford's Bay. Se sentaban juntas en la playa a hacer punto mientras sus hijas jugaban, chapoteaban y cavaban en la arena. Juntas les organizaban meriendas en las rocas; a veces, cuando las niñas ya estaban acostadas, salían a dar una vuelta por el paseo marítimo para escuchar a la banda de música; y no dejaban ni un momento de charlar, unas veces sobre temas serios y otras sobre frivolidades. Sus conversaciones podrían haberse repetido en cualquier salón y no habrían ofendido a nadie. La señora Anderson tejía mucho mejor que la señora Blake, por lo que esta decía a menudo, con los ojos castaños rebosantes de humilde admiración:

–Qué hábil es usted. Ojalá yo supiera hacer eso. Casi nada se me da bien.

La señora Anderson se reía y le respondía que no fuera tan modesta. «Las personas tienen que sacar el mejor partido de sí mismas –decía–, no el peor», y miraba con anhelo la encrespada mata de pelo color caqui de Lorna Blake, preguntándose si su nueva amiga se ofendería si le pedía permiso para intentar peinárselo; y para aconsejarle con la ropa, ya puestas. A pesar de sus interminables charlas sobre los modelos que salían en *Elección de mujer* y en *Los patrones de Penélope*, la señora Blake siempre

parecía perder parte del efecto que buscaba al trasladarlos de la página en color a su propia figura. Carecía de rasgos verdaderamente notables, pensaba la señora Anderson, evaluándola; de lo contrario, se podrían realzar mucho al tiempo que se disimulaban los defectos, como con tanta sabiduría y perspicacia enseñaban en *Elección de mujer*. Pero, a decir verdad, tampoco tenía defectos. Era, simplemente, un poco desaliñada. Quizá con un toque de colorete y carmín… Todo el mundo los utilizaba ya en 1928. A menos, claro, que se contase como rasgo notable su sempiterna expresión de amabilidad ansiosa, que nacía de un largo cuello propio de mediados de la época victoriana. Su única destreza en el vestir era con los pañuelos; no los prácticos de abrigo, sino los etéreos y vaporosos, los fulares Lilian, como los llamaba la señora Anderson, recordando un poema de Tennyson, «Lilian, etérea y vaporosa»[5] y demás, que se había aprendido siendo muy joven. El fular de Lorna Blake flotaba alrededor de sus hombros dando la impresión de que no llegaba a tocarla en ningún sitio, y estaba guapa cuando se cambiaba para la noche e iba paseando desde las habitaciones que había alquilado en Granville Road hasta el Strathmore Private Hotel en el que la señora Anderson y su hija Kathleen se alojaban durante las vacaciones de agosto.

–Y ¿qué me dice de su afición a pintar? –respondió la señora Anderson en esta ocasión a «qué hábil es usted y casi nada se me da bien».

–Oh, no tendría que haberle hablado de eso. Me limito a colorear tarjetas de Navidad que ya vienen dibujadas; nada original. Lo hago para complementar mis escasos ingresos. Son tantos los caprichos

que quiero dar a las niñas, sobre todo en Navidad… Y, por supuesto, no quiero ni pensar en endeudarme.

La señora Anderson se mostró de acuerdo en que no había que endeudarse, y afirmó, citando al señor Micawber[6], que ingresar veinte libras al año y gastar diecinueve y media te procuraba la felicidad, mientras que ingresar veinte libras y gastar veinte y media te condenaba a la miseria.

–La felicidad… –dijo Lorna Blake, en tono reflexivo–. Me gustaría saber cuál es el secreto de la felicidad. Una vez oí a alguien decir que la felicidad era un bumerán: la lanzas y te olvidas de ella, hasta que un buen día vuelve y llama a tu ventana. Suena un poco pedante, pero he tenido muchas oportunidades de comprobar que es cierto. –Descartó con una risa cualquier pretensión de filosofía abstracta–. Supongo que el viaje al aire libre le sienta bien.

Qué criatura más encantadora, pensó la señora Anderson.

Molly, Jay y Kathleen llegaron corriendo para preguntar si ya eran las once y cuándo podrían bañarse y si tenían que esperar hasta después del baño para comerse las ciruelas claudias.

–Otra media hora, tesoros. Hace muy poco que hemos desayunado. No me creo que tengáis hambre ya. ¿Por qué no hacéis dos bonitos tronos de arena con las palas? Cuando acabéis, la señora Anderson y yo nos sentaremos en ellos.

Las niñas sopesaron esta idea con cierta suspicacia y acabaron aceptándola. Kathy Anderson, que era una niña delgada, tímida y aficionada a la lectura, habló del rey Canuto[7], y las tres se fueron corriendo a construir un trono donde las olas no tardarían en mojar los pies del rey.

–Creo que se lo están pasando bien. ¡Angelitos! Ojalá viviéramos también en Londres, así Kathy podría ver a menudo a Jay y a Molly. Son justo lo que necesita.

Lorna sonrió y dijo, con el afectado desdén propio de las madres de su generación:

–¡No son malos bichos!

Tenía la curiosa costumbre de acompañar cualquier comentario serio de una observación frívola, o viceversa, como si le costase demasiado, aun a los treinta años, decidir si su naturaleza era grave o bromista. De modo que cogió un trozo de tiza de la arena y se quedó mirándolo absorta, mientras, a la manera de quien hace un juramento, decía:

–Jay y Molly van a tener una infancia perfecta, o la más perfecta que yo pueda darles. Estoy dispuesta a hacer los sacrificios que hagan falta…

La señora Anderson estaba acostumbrada a oír a las madres decir que estaban dispuestas a hacer cualquier sacrificio. Ella misma lo decía y lo sentía. Pero advirtió en esta ocasión una firmeza inusual en la agradable y algo anodina señora Blake. Como si contrajera un compromiso sagrado.

–Tal vez –se aventuró a decir– no fue usted muy feliz de pequeña.

–Fui muy desdichada, la mayor parte del tiempo. Mi madre y yo estuvimos solas, ¿sabe?, hasta que tuve quince años. Ella era una mujer bellísima incapaz de valerse por sí misma, y, por si fuera poco, su sordera…

–Oh, ¡querida!

–Sí. Y por eso la mayor parte de la carga recayó sobre mí, mucho antes de tener edad para ello. La gente fue amable, como suele

serlo si se le da la oportunidad. He aprendido que, si estás en apuros, siempre encuentras a alguien dispuesto a ayudarte. Pero tienes que pedirlo. Me ha sorprendido comprobar, una y otra vez, lo amable que puede llegar a ser la gente cuando le cuentas tus problemas. Sin embargo, nunca se los imagina por sí misma.

–«Hay más cosas en el cielo y en la tierra…»[8] –Pero la señora Anderson sintió curiosidad por el pasado de la señora Blake, ahora que lo habían tocado sin faltar a las buenas formas, e intentó cortésmente evitar que se perdiese en abstracciones–. ¿Se volvió a casar su pobre madre?

–Sí, me alegra decirlo. Al principio estuve encantada; el señor Inglefield era un hombre acomodado, y yo estaba tan cansada de responsabilidades… –Se interrumpió. La señora Anderson expresó compasión con un murmullo, pero estaba rematando el cuello del jersey que tejía, así que por un momento ninguna de las dos habló; hasta que Lorna tiró el trozo de tiza y dijo riendo–: Supongo que ahora lo llevaría mejor. A los parientes políticos hay que seguirles la corriente. Al fin y al cabo, me tenían allí por compromiso.

–¿Su padrastro era cruel con usted? ¡Qué lástima!

–No, él no. Pero tenía dos hijos, Marcus y Neil, y ellos… Bueno, no es que fueran crueles, supongo, pero… En fin, lo pasé muy mal. Da igual, eso ya es agua pasada, y la vida va a ser maravillosa para Jay y Molly.

No contó nada de su matrimonio con el señor Blake, quienquiera que fuese, y la señora Anderson intuyó que ahí también tuvo que haber una desilusión y un dolor de los que era mejor no hablar. No obstante, no consideró indiscreto preguntar si Jay y Molly se parecían más a la familia paterna o a la materna.

–Ninguna de las dos se parece a usted.

–No, Molly ha salido a su padre, bendita sea. –No «bendito sea», anotó la señora Anderson entre paréntesis–. Aunque es una chiquilla poco agraciada. –Entonces él era guapo, anotó de nuevo la señora Anderson–. En cuanto a Jay, siempre he pensado que se parece un poco a mi madre.

–Jay va a ser una belleza –observó la señora Anderson.

–¿De verdad lo cree? Bueno, es posible. Es una ratilla atractiva, a pesar de su edad.

A la señora Anderson no le pareció que «ratilla» fuera el apelativo más apropiado para Jay, con aquel rostro delicado y expresivo, semejante a algo entrevisto en un friso clásico, y aquellos ojos almendrados e inclinados como los de una geisha, salvo que los suyos eran de color azul, y no castaño oriental; azul de mar profundo. Sospechaba que Jay era la favorita de su madre; que, aunque la señora Blake le asegurase al instante y por pura fórmula que no tenía favorita y que quería a las dos por igual, el nombre de su hija mayor le brotaría del corazón como una pequeña burbuja secreta.

–Molly no para de dar volteretas; mírela. Voy a tener que quitarle la arena del pelo con un peine.

–Nunca le he visto la gracia a las volteretas, pero a los niños parece que les gusta estar cabeza abajo.

–Supongo que saben que tendrán que pasar el resto de su vida cabeza arriba.

–Dice usted cosas de lo más originales. –Aunque esta era, probablemente, la primera cosa más o menos original que le había dicho la señora Blake.

–¿Cosas originales? ¿Yo? ¡Cielo santo! Si no encontrará una persona más anodina aunque la busque en el mundo entero. Me paso el día en mis parterres de flores y remendando la ropa de las niñas con la máquina de coser… aunque no tengo la maña que tiene usted; demuestra verdadero genio la forma en que viste a Kathy, hasta con sus conjuntitos de playa, pero Susan y yo nos las arreglamos para llevar a nuestras pequeñas fieras con una apariencia medianamente respetable. –Sonrió sin victimismo.

«Tiene una sonrisa muy dulce y alegre –pensó la señora Anderson–. Y una voz encantadora, además, aunque supongo que a la voz apenas se le da valor.»

–Susan debe de ser un tesoro –dijo–, a juzgar por lo que me cuenta de ella.

–Es lo que yo llamo «un diamante en bruto». Se vio en apuros una vez, ya sabe, pero esto que quede entre nosotras; fue antes de que me casara; y después me siguió, literalmente, a todas partes. No es un espécimen muy refinado, pero me es de gran ayuda, y evita que me preocupe en exceso por mis dos monitas, y que haga planes demasiado ambiciosos para ellas. Molly y Jay son tan independientes…

–Creo que todas lo son hoy en día.

–Supongo que mi orgullo materno sufrirá un revés cuando vea a mi Molly de acróbata en un circo.

–¿Y Jay?

–Sobre el futuro de Jay no hay ninguna duda. Tal vez le sorprenda, porque es muy poco romántico, pero se le dan de maravilla los números. Suma como un rayo. Tendría que oír lo que dice de ella la directora del colegio al que va ahora.

–¿No han ido siempre al mismo colegio, entonces?

–No, qué va. Nos mudamos a Huntingdon Terrace hace poco más de un año.

–Siempre he pensado que cambiar de vecindario es un poco deprimente, y una se encuentra muy sola al principio. Me pasé semanas llorando cuando nos mudamos a Cheltenham. O ¿acaso ya tenía usted amigos en Huntingdon Terrace?

La señora Blake negó con la cabeza.

–Algunas personas vinieron a verme cuando me mudé, pero no les devolví la visita. Me temo que las visitas no son lo mío; demasiadas preguntas, y rara vez sirven para algo.

–¿Seguro que tiene que irse mañana? ¿No podría quedarse unos días más? Estas vacaciones han pasado volando, y mis sardinitas van a echar de menos a Kathy.

–No tanto como Kathy a ellas. Al menos volverán al colegio.

–Sí, pero estaremos diez días más en Clifford's Bay después de irse usted. Y Kathy también va al colegio, ¿no?

La señora Anderson movió la cabeza con expresión preocupada.

–Iba, pero me temo que voy a tener que sacarla. Es por los pulmones. La verdad es que no tiene fuerzas suficientes, y Clifford's Bay no le ha sentado tan bien como yo esperaba.

–Cuánto lo siento. ¿Qué hará, entonces? ¿Enseñarle usted?

–No, por Dios. No soy ni de lejos lo bastante lista. Además, ya tengo bastante trabajo con los chicos. Mi casa parece un zoo y nunca tengo un minuto para mí. Es horrible.

–Qué me va a contar –respondió Lorna, con una sonrisa cómplice–, es horrible; y a ratos haría lo que fuera por librarse de

ellos. Sin embargo, ¿hay madre a la que le pese lo que hace por sus hijos?

–Tiene razón. Iría pidiendo de puerta en puerta –dijo la señora Anderson– antes que dejar que a Billy, Tom y Kathy les faltara algo.

–Sí –dijo la señora Blake–, yo también… –Se interrumpió para advertir a Jay, que acababa de llegar corriendo desde la orilla hasta la caseta de baño, que se secara bien la espalda–. Y Molly ¿dónde está?

–Aquí, mamá.

–Ahora que ya te has bañado, descansa un rato, Molly. Las ciruelas están ahí, al lado de las mantas.

–Enseguida –contestó Molly, y se fue disparada para atender un asunto urgente relacionado con unos cangrejos vivos en un cubo.

–A veces hay que darles rienda suelta –dijo la señora Blake, retomando la conversación con la señora Anderson.

–Sí, a Kathy la hemos mimado demasiado en casa. Tengo que armarme de valor y despedir a su niñera, ahora que voy a contratar a una institutriz. Ya sabe cómo son estas viejas criadas, tan absurdamente celosas y mandonas.

–No hace falta que me lo diga, querida. Tendría que oír a mi Susan. A veces no sé si soy yo quien la tiene empleada a ella o si es ella quien tiene la amabilidad de tenerme empleada a mí. –Lorna se rió de su pequeña broma, y, a continuación, adoptando una expresión seria, preguntó–: Pero ¿de verdad está pensando en meter una institutriz en casa?

–Querida, me lo pregunta como si estuviera pensando en soltar una serpiente.

–Yo lo preferiría. Con las serpientes, una sabe a qué atenerse.

–No estoy tan segura. –La señora Anderson se volvió y miró fijamente a su compañera, sorprendida por su vehemencia. Solo una vez la había oído hablar en un tono parecido, cuando había manifestado su intención de dar a Molly y a Jay una infancia perfecta–. Tengo entendido que algunas institutrices son una cruz, siempre quejándose y dándose aires, y, por supuesto, los criados detestan servirlas, pero en general…

–Podría soportarlas si se limitasen a quejarse –la interrumpió la señora Blake, intentando controlar la voz, que, no obstante, seguía temblándole con aquella extraña exaltación–. Se lo digo por el bien de Kathy, y sé muy bien de lo que hablo. No exagero. Tuve dos experiencias terribles con institutrices de Jay y Molly cuando eran más pequeñas. Y si no hubiera estado alerta con la última… Gardiner, se llamaba: señorita Gardiner… Por fortuna, no tuve que lamentar ningún daño irreparable, pero, si estuviera en mi mano, haría expulsar de Inglaterra a todas las institutrices.

–¡Querida! –exclamó la señora Anderson, todavía medio riendo, aunque empezaba a sentirse un poco incómoda.

–Escuche –dijo Lorna Blake…

III



Kathy y Jay habían estado corriendo demasiado rápido por la arena dura de la orilla, y Kathy se había caído y lloraba a gritos. Las dos madres se levantaron rápidamente y fueron al rescate.

–Pensaré en lo que me ha dicho –prometió la señora Anderson.

Molly se quedó sentada en el hoyo que había excavado en la arena, donde se había acomodado unos minutos antes para comerse las ciruelas claudias calentadas por el sol. Parecía aturdida, como si hubiera recibido una conmoción. La carita graciosa y resuelta estaba pálida y tensa.

Así que no se habían acabado. Iban a empezar de nuevo. Las visitas.

Porque ella y Jay nunca habían tenido una institutriz.

Pero Molly recordaba la extraña voz alterada de su madre cuando se inventaba cosas, tan distinta de la habitual, indulgente y acogedora, un poco indefensa, un poco divertida por su propia indefensión. Y recordaba también que había habido una institutriz, de hecho, pero no la suya. («¿Le parece bien, entonces? La señorita Gardiner la esperará en la estación y le dará el billete de tren. Espero de veras que encuentre a su marido…»)

Tenía entonces ocho años, no diez como ahora. No vivían en Huntingdon Terrace, ni en Highgate, ni en Barnes, a donde se

habían mudado después de Highgate. Fue antes de que empezaran a ir de un lado a otro. Habían vivido, desde que Molly tenía uso de razón, en The Nook, en Woodgrange Road, Putney. Y Jay estaba muy enferma. Mamá y ella tenían miedo de que se muriera. En los cuentos ñoños, los niños que estaban en la situación de Jay siempre se morían. La habían ingresado en una clínica no muy lejos de casa.

–Está loca si no la lleva al hospital –la advirtió Susan–. La atenderán mucho mejor y por mucho menos dinero. Esas clínicas privadas le costarán un ojo de la cara y no le darán ni las gracias.

Pero Jay se puso a gritar como una loca con solo oír hablar del hospital y se agarró a mamá y le suplicó entre lágrimas que no la llevase allí, como si hospital y cárcel fueran una y la misma cosa.

–Habrá leído alguna tontería por ahí –dijo Susan–. O se lo habrá oído decir a alguien con quien no debería juntarse.

En cualquier caso, mamá cedió ante Jay y la envió a aquella clínica pequeña que, según dijo, no podía cobrar lo que los grandes centros del West End.

–Ya lo verá –replicó Susan.

Y ahora había llegado la factura de las tres primeras semanas.

–Son esas inyecciones, sobre todo –exclamó Lorna desesperada, haciendo partícipe de su consternación a Susan, que, como siempre, se mostró tierna e indulgente, ahora que se había demostrado que tenía razón–. Hay que ponérselas, por supuesto, pero…

–Ojalá yo tuviera el dinero para prestárselo –dijo Susan.

Y mamá la besó e intentó mostrarse alegre en la comida y hacerle mimos a Molly, aunque en cierto momento dijo, como si pensara en voz alta:

–Dinero. ¿Cómo consigue una tanto dinero en tan poco tiempo? Si al menos fuera lista…

–¿No eres lista, mamá? –preguntó Molly, sorprendida.

–No, cariño –respondió su madre, medio riendo, medio llorando, y le dio un beso, y luego un torrente de besos, como si no fuera solo Molly, sino también Jay.

Mamá no consiguió sosegarse en toda la tarde, ni siquiera para echarse un rato, como le había recomendado Susan, pues llevaba varias noches durmiendo mal. Intentó coser un poco, y también leer.

A sugerencia de Susan («Para que se distraiga»), a Molly le habían permitido pintar el tejado de la casa de muñecas. Le traían sin cuidado las muñecas: no eran más que monigotes de trapo; pero los tejados, las paredes y las puertas, las partes sólidas de la casa, ocupaban un lugar preferente en su mundo de juegos. De vez en cuando se acercaba y se asomaba de puntillas por encima del hombro de su madre mientras esta pasaba las páginas, y veía que el libro estaba lleno de fotografías, y leía:

–Lionel Lovett. De Reszke. La señora Patrick Campbell. John Barrymore…[9] ¿Los conoces, mamá? ¿Alguno era tu amor?

Susan tenía una fotografía descolorida en la cocina, y siempre les decía a los verduleros, a los carniceros y a todo el mundo que era su amor, que había muerto en la guerra.

–No, cielo, no soy tan importante. Y para amor ya te tengo a ti.

Así que Molly volvió a acuclillarse con aire abatido junto a la casa de muñecas, y siguió aplicando la pintura sin ganas, en manchurrones que cubrían el tejado, el suelo y a ella misma, porque no le habían dejado hacer aquello cuando quería, con Jay todavía en casa, y ahora ya no era divertido.

Su madre cerró el libro de pronto, se levantó de un salto y exclamó, con una voz potente que Molly apenas reconoció:

–Voy a hacerlo. Voy a hacerlo. Tengo que intentarlo. No me va a comer.

Volvió a coger el libro y leyó rápidamente una página, como solían hacer Molly y Jay por la mañana con el libro de historia cuando querían dar un último y atropellado repaso a la lección del día antes de irse al colegio. Luego subió corriendo las escaleras y bajó con un impermeable, el sombrero puesto de forma descuidada sobre el pelo alborotado, y sin guantes (¿de verdad iba a salir mamá sin guantes?). Miró entonces a Molly fijamente, entornando los ojos como hacía la señorita Thompson en la clase de dibujo de los pequeños cuando quería conseguir lo que ella llamaba «perspectiva» y «punto de fuga». ¡Cómo se habían reído con lo de «punto de fuga» cuando Nora se fue al aseo y Doris preguntó dónde estaba! «¡Está en el punto de fuga!», respondieron todos a coro, muertos de risa.

–Vamos, Molly, deja eso. Te vienes con mamá. No, tal y como vas; no hace falta que subas a cambiarte. Tenemos prisa.

Molly llevaba un viejo uniforme de gimnasia, muy gastado y tan encogido de los lavados que ya le quedaba demasiado corto, pero Susan había dicho que para ponerse perdida de pintura no hacía falta más. Y llevaba también medias negras de lana con agujeros.

–Pero ¿adónde vamos, mamá?

–De visita. A casa de una señora muy amable.

–Y ¿hace falta que vaya yo también?

–Sí, sí. Puede que ayude –contestó su madre, y, una vez en la calle, se paró, soltó la mano de Molly y la miró con la misma

expresión inquietante de antes–. La verdad es que tiene una pinta lastimosa –murmuró. Y Molly tuvo que esforzarse mucho para no llorar. Era la primera vez que su madre hablaba de ella como si fuera un objeto.

Un largo y traqueteante viaje en autobús, y después una espera bajo la lluvia, y otro viaje a una zona preciosa de Londres, con jardineras en las ventanas y coches grandes y relucientes aparcados delante de casi todas las casas. A Molly le habría gustado pararse cada poco a admirar algo, pero su madre tiraba de ella. Por fin se detuvieron delante de una puerta y llamaron al timbre. No fue una especie de Susan quien abrió, sino un hombre de gesto adusto con levita negra.

–¿Está en casa la baronesa von Soll?

–¿La espera la señora?

–No, pero me recibirá. Haga el favor de decirle que está aquí la señora Blake, y que es muy urgente.

El hombre se quedó inmóvil como una estatua.

–La baronesa recibe únicamente con cita.

–Tengo que verla.

–Está ocupada en este momento.

–Mamá –susurró Molly, tirando de una mano que no respondía–, vámonos. Vámonos.

–¿Sería tan amable de decirle a la baronesa que soy amiga del señor Lionel Lovett, el famoso actor? Le traigo un mensaje de su parte.

El hombre dudó, pero finalmente las dejó esperando en la puerta y se fue.

–¿Es un juego nuevo? –preguntó Molly con expresión lastimera, en un último intento por reconducir aquella experiencia a un terreno familiar.

–Calla, mi niña, calla. Aunque no me sorprende –dijo, con voz tranquilizadora–: tienes hambre y estás cansada.

Habían comido igual que siempre, a mediodía y a la hora del té; y no recordaba que su madre la hubiera llamado nunca «mi niña» en sus ocho años de vida. El desconcierto se intensificó.

Sin embargo ahora, dos años después, sentada con desolación en el hoyo de arena bajo el calor reverberante del sol, con una ciruela a medio comer y llena de arena en la mano, le pareció sorprendente cómo retazos de la alegre y corriente vida escolar ofrecían respuesta a lo que hasta entonces había sido una niebla asfixiante: los ensayos para *El sueño de una noche de verano* y la señorita Collins instruyéndolas en su papel, modulando la voz con exageración para que supieran qué sílabas tenían que acentuar.

–La mejor forma de dar integridad a tu interpretación, y de hecho la única, Molly Blake, es meterte de lleno en el personaje de Fondón. Sé Fondón, incluso antes de salir a escena. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Sí, claro, señorita Collins. –Eso era fácil–. Señorita Collins, ¿qué es la integridad? ¿Cómo la consigo?

La directora sonrió.

–O se tiene o no se tiene, hija.

El criado volvió.

–La baronesa las recibirá.

Lo siguieron a través del vestíbulo y de un inmenso salón suntuosamente amueblado de blanco, con una gigantesca alfombra azul oscuro delante de la chimenea. Los pasos resonaban en el parqué. Les abrió la puerta de una sala más pequeña, se apartó con frialdad para que entrasen y se marchó.

Al principio no fue tan terrible como Molly se temía. La baronesa era bastante mayor, y escuchó con expresión amable y alentadora mientras mamá le contaba con calma lo de la enfermedad de Jay y el tratamiento tan caro, y cómo sus exiguos ingresos estaban en su punto más bajo precisamente ahora porque, conforme estipulaba el contrato de alquiler, había tenido que pintar y hacer algunos apaños en su casita hacía poco. Molly suspiró aliviada. No sabía definir con exactitud qué había temido y esperado, pero había habido pintores sentados en columpios delante de las ventanas y albañiles dando martillazos a las paredes durante varias semanas, y la baronesa, que hablaba con un acento raro, arrastrando las erres, dijo que sí, que ella había pasado por algo parecido en su casa el año anterior:

–Un gasto *terrrible*.

Y preguntó cuántos años tenía Jay y cuántos tenía Molly, y si a Molly le apetecía un trozo de tarta. No, gracias.

Y entonces mamá dijo:

–No puede imaginarse cuánto detesto pedir, nunca lo he hecho, pero cuando es por las niñas…

–Sí, claro, cuando es por nuestros hijos…

–Lo entiende, ¿verdad? Sabía que lo entendería. Perdí el contacto con nuestro querido Lionel cuando se mudó a América, pero solía decirme que era usted la mujer más bondadosa que había conocido, y la ayuda maravillosa que le prestó aquella vez en Roma, cuando el

tenor se puso celoso e intentó echarlo de la compañía. Así que, cuando ya no sabía qué hacer, oí de repente una voz que me dijo: «Ella te ayudará. Ve a verla y cuéntale la verdad, sin más. No hay de qué avergonzarse, y no tendrás que volver a hacerlo, solo será esta vez, por el bien de Jay». Por eso he venido.

Ni una palabra sobre el libro. Y Molly no había oído ninguna voz diciendo todo aquello, pero quizá mamá tenía el oído más fino. Sea como fuere, la baronesa respondió:

–Dele el tratamiento y mándeme las facturas, me encargaré de pagarlas.

–Es usted demasiado buena y generosa para querer que se lo agradezca –dijo mamá con dulzura–, así que no diré nada más.

Y la baronesa respondió:

–No, por favor. Lo entiendo.

Y mamá dijo:

–Sí. Lo entiende.

Y, puesto que no podían pasarse el día diciéndose la una a la otra que se entendían, Molly confió en que mamá y ella no tardarían en irse.

Pero entonces ocurrió algo espantoso. Su madre se alteró mucho y se puso a reír y a llorar en las manos repletas de anillos de la baronesa, y prosiguió con otra historia enrevesada e incoherente que, según dijo, no le había contado aún a nadie, pero ahora tenía la esperanza, por remota que fuera, de que, si la baronesa la ayudaba, podría ir esa misma tarde a Liverpool, de donde zarparía su marido al día siguiente: llevaban años separados, tal vez no lo volviese a ver, pero los padres de él eran ricos, e irían a despedirlo, nunca la habían aceptado, ese era el problema, ella no era católica,

no sería justo decir el verdadero nombre de su marido; no, no era Blake; Blake era solo el nombre que utilizaba para no… Pero sí, se lo diría; podía confiar en la extraordinaria bondad de su amiga: Inglefield. Neil Inglefield…

Molly apenas podía creer que fuera su madre quien hablaba así; su madre, siempre tan simpática, graciosa y sencilla; hasta su rostro se había despojado de la calidez habitual: tenía las arrugas más marcadas, y los ojos, más redondos y protuberantes. Hacía gestos exagerados que no parecían guardar relación con lo que decía. En cierto momento, cuando hablaba de que sus suegros conocieran a su nieta, atrajo a Molly en un abrazo sofocante y le apartó el pelo de la frente para que la baronesa pudiera verla mejor:

–¿No es una carita preciosa e inocente? –exclamó, y, sin esperar respuesta, siguió hablando de ir a Liverpool: seguro que, si los padres de Neil veían a Molly, si se la llevaba con ella, no sería demasiado tarde, no demasiado tarde. Si pudiera decirles: «Esta es vuestra nieta. Y su hermana, vuestra otra nieta, se está muriendo», quizá eso les asegurara una asignación mensual, una ayuda al menos para criar a las niñas, para educarlas, darles una oportunidad… Tener el dinero para coger el tren con Molly esa misma tarde podría ser su salvación, la solución a todos los problemas. Mañana sería demasiado tarde…–. Podría enseñarle los papeles, pero no hay tiempo.

Al final, la baronesa pidió que le trajeran el bolso y sacó un montón de billetes, dinero de verdad esta vez, no promesas, y se los dio a mamá. Dijo que era para los billetes de ida y vuelta a Liverpool, pero tal vez solo quería que se marchasen, tal vez aquella

escena le resultaba tan desagradable como a Molly y se sentía igual de impotente y abochornada.

Una vez tuvo el dinero, mamá se tranquilizó y dijo:

–Gracias y que Dios la bendiga. No se imagina el bien que ha hecho. –A continuación siguieron al criado hasta la puerta, como lo habían seguido para entrar; y mamá, cuando estuvieron en la calle, sonrió a Molly y dijo–: Qué salón más bonito, ¿verdad, Molly? El blanco con la alfombra azul.

Molly supuso que, en cuanto llegasen a casa, harían las maletas rápidamente y partirían hacia Liverpool. Pero, cuando llegaron, no le dio la impresión de que hubiera prisa por ir a ningún sitio; nadie sacó una correa para las mantas ni se puso a doblar ropa interior. Su madre llamó al médico, y Molly la oyó decir que podían seguir adelante con las inyecciones; que había conseguido el dinero para pagarlas. Y después tuvo una larga conversación con Susan; Molly tuvo que quedarse fuera, pero el tono era alegre y se oían risas. Al salir, Susan dijo:

–Yo habría hecho lo mismo, si hubiera tenido valor. Al fin y al cabo, tienen más que de sobra. –Y, cuando vio a Molly hecha un ovillo en las escaleras, aún con su minúsculo uniforme de gimnasia manchado de pintura y una media torcida y arrugada por la pantorrilla, observó, con un deje de compasión–: La verdad es que vas hecha un espantajo. Sube a acostarte, anda.

–No puedo –explicó Molly, apesadumbrada–. Nos vamos a Liverpool.

–Ah, ¿sí?

Susan se quedó mirándola un momento, como si no supiera qué decir, y después se metió en la cocina y mamá salió de la salita y

dijo que esa noche, a modo de premio, acostaría ella a Molly y le contaría un cuento.

–Anímate. Jay se recuperará pronto.

–Pero ¿no nos vamos?

–¿Adónde?

–A Liverpool.

–Esta vez no, cariño.

Hasta ese momento, todo lo que había ocurrido le había parecido una pesadilla absurda y enrevesada, pero una pesadilla, al menos, que nadie podía evitar. Pero ahora Molly sabía que su propia madre era la causante de todo, y que podría haberle puesto fin y no lo había hecho. Su madre había pedido dinero para unos billetes a Liverpool y se lo habían dado; sin embargo, no se iban a Liverpool. Tal vez nunca había tenido intención de ir.

Su madre la arropó y se sentó al borde de la cama y le contó un cuento de hadas. Se le daba muy bien contar cuentos de hadas.

Al día siguiente, Molly apenas se sorprendió cuando le dijeron que iba a volver a salir con mamá. De visita. Mamá lo pintó como algo divertido; pero, cuando Molly bajó con su vestido más bonito, un tusor bordado, y un sombrero flexible con ranúnculos alrededor de la copa, su madre la miró disgustada, negó con la cabeza y le ordenó que se volviera a poner el viejo uniforme de gimnasia que había llevado el día anterior.

–Pero me viene muy pequeño –susurró Molly, con la garganta seca por el miedo.

–Da igual. Póntelo. Y las mismas medias.

En el recibidor, antes de salir, su madre le cambió el sombrerito de marinero por una vieja boina escocesa verde que había colgada de

un gancho y que ella misma solía ponerse para arrancar malas hierbas del jardín cuando llovía.

Cogieron un autobús a otra zona rica de Londres, y esta vez fue una criada quien les abrió y les dijo que no, que no era posible ver a la señorita Betty Phillimore, pero sí a su secretaria. Mamá dijo que eso no le servía, y ¿podía escribir una nota?

–Pues… no estoy segura, la verdad… –contestó la criada, frunciendo los labios.

–Por favor. Es muy importante.

–La señorita Phillimore no está en casa.

–Entonces esperaré. Pero tengo que verla; es cuestión de vida o muerte.

La criada, desconcertada, le trajo un sobre, un lápiz y un trozo de papel, y reconoció de mala gana que cabía la posibilidad de que la señorita Phillimore acabase de llegar.

Molly, apoyándose ahora en un pie, ahora en el otro, observó cómo su madre llenaba atropelladamente tres páginas. Le pareció curioso lo rápido que una se acostumbraba a una rutina de cosas horribles. El día anterior por la mañana, sin ir más lejos, la palabra «visita» no tenía la connotación nueva y terrible que tenía ahora, ni se había plantado nunca ante puertas desconocidas con criados hostiles cerrando el paso. Pero ahora ya nada le sorprendía; sencillamente, era algo que tenía que soportar. Al menos Jay se había librado. Si Molly hubiera sabido utilizar metáforas para expresar lo que pensaba, habría dicho que Jay era de cristal, un cristal fino, transparente y precioso, y ella, un pedazo de barro cocido, tan sólido como una maceta. Mamá plantaba reseda en macetas; nunca se rompían.

Cuando por fin les permitieron ver a la señorita Phillimore, fue incluso más fácil que el día anterior, y mamá no tuvo que llorar tanto ni besar a Molly con tanto arrebato. Solo dijo con pena:

–Es lo único que tengo. –Y ni una palabra de Jay. Se saltó la parte verdadera sobre el tratamiento de Jay y el dinero que se habían gastado en los pintores, pero esta vez su marido, Neil Inglefield, el padre de Molly, un hombre cruel y desalmado, planeaba secuestrar a Molly, y el único sitio en el que estarían a salvo era la casa de un tío que vivía en lo más recóndito de Irlanda, por lo que tenían que cruzar desde un lugar llamado Holyhead, un viaje largo y muy caro–. Apenas me atrevo a pedírselo, pero, en cuanto leí lo que había hecho por Oliver Bell, supe que lo entendería y se compadecería. Preferiría morir antes que recurrir a ciertas personas.

Como la esperanza es lo último que queda en el fondo de la caja[10], en el corazón de Molly aún quedaba la esperanza de que lo del día anterior hubiera sido un error y esta vez sí que utilizasen el dinero para viajar a un sitio llamado Holyhead y de ahí a un rincón remoto de Irlanda. Confió y esperó hasta que llegó la hora de acostarse, y ahí acabó todo. No preguntó, pues sabía la respuesta: «Esta vez no, cariño». Y fue un alivio que su madre no se ofreciese a leerle un cuento antes de dormir. Su madre seguía irreconocible a esas horas, con un aire abstraído pero exultante, yendo de aquí para allá sin parar, tarareando una canción antigua: «Rhoda, Rhoda tenía una carroza, donde vendía té, jarabe y soda». A Jay y a Molly siempre les había gustado la letra de esta canción, que las incitaba a jugar a las tiendas.

Susan vino a apagarle la luz. Parecía dispuesta a charlar; con curiosidad, quizá, por conocer la opinión de Molly.

–Tu madre ha encontrado un filón. –Molly guardó silencio, y Susan se marchó después de intentarlo un par de veces más–: No sabes lo contenta que está. Dinero caído del cielo. Aunque creo que no tendría que haberte mezclado en esto. No es que yo sea quién para sermonear a nadie por gustarle el riesgo. Siempre ha sido de lo que no hay, la señorita Lorna, vaya que sí. Y siempre se ha salido con la suya… menos con el señor Marcus; y también entonces lo habría conseguido de no haber sido por el joven Neil ese… En fin, estás cayéndote de sueño. Que no se te olvide decir «conejos y liebres» nada más despertarte, para tener suerte el primero de mes[11].

Soñaste con alguien llamado «joven Neil». Te perseguía por el salón blanco de la baronesa, y, cuando resbalaste en el parqué y te atrapó, te besó y se echó a reír: «No tengas miedo, solo vamos a dar un paseo en carroza». Y Susan, en el sueño, iba delante, en la carroza del alcalde, con el cochero, de quien decía que era su amor. Y «el joven Neil ese» se sentó contigo detrás, entre los cojines de color crema, y cogió una trompeta y gritó a través de ella: «¿No es una carita preciosa e inocente?».

Se despertó lentamente, con un regusto amargo e irritada por la llegada del nuevo día.

–¡Jay! –exclamó; y, acto seguido, en una farfulla atropellada–: ¡Conejos y liebres! ¡Conejos y liebres! –Pero demasiado tarde: ya había dicho «Jay».

El miércoles y el jueves no pasó nada. Molly no se dejó engañar; aquella tranquilidad no significaba que hubieran vuelto los buenos tiempos. Al tercer día, cuando le anunciaron con tono alegre que se iba de visita con mamá, Molly se puso el viejo uniforme de gimnasia sin que se lo dijeran.

La tercera visita empezó con mejor pie que las anteriores. Justo cuando las palabras «No sé cuándo volverá» sonaban más obstinadas que nunca, apareció la señora de la casa en el vestíbulo.

–¿Alguien me busca, Robson? –preguntó con voz tenue y vacilante, entornando los ojos.

Mamá se abalanzó hacia ella, y, de la parrafada suplicante que siguió, Molly dedujo que la señora Flaxman no era tan famosa como la baronesa o la señorita Betty Phillimore, pero tenía un hijo que tocaba el violín tan maravillosamente que millones de personas pagaban por escucharlo:

–Cuando lo vimos el año pasado tocando el *Concierto en sol*, lloramos como Magdalenas, mi pequeña Jasmine y yo… No, esta no es Jasmine, es Molly; a ti no te gustan los conciertos, ¿verdad, cariño? Y pensé que su madre debía de sentirse más orgullosa que ninguna otra persona del mundo, y que por fuerza tenía que ser sensible e imaginativa para que su hijo tocase de ese modo. Y hoy estaba desesperada, con Jasmine debatiéndose entre la vida y la muerte. No es una niña brillante como el suyo, o quizá sí, no lo sé, me da igual, es mi pequeña y la quiero tanto como usted quiere a su hijo, que sigue siendo su pequeño incluso cuando todo el Albert Hall está puesto en pie aplaudiéndole. Y de repente he visto su nombre con tanta claridad como si estuviera escrito en la pared, y he comprendido que había una última oportunidad…

La atención de Molly se dispersó, y no entendió en qué consistía esta última oportunidad, excepto que de algún modo estaba relacionada con unos billetes a Edimburgo, y que tenían que ser para el tren de las 10:50 de esa noche, o llegarían demasiado tarde para encontrar a alguien y conseguir que hiciera algo para salvarlas.

Nada se dijo esta vez del bueno de Lionel Lovett ni del libro. Molly no recordaba que Jay hubiera ido el año pasado a ver a un niño tocar el violín y hubiera llorado como una Magdalena. Pero se alegró de que la visita tuviera visos de terminar muy pronto, y de que apenas hubieran hablado de ella. La madre de Tony Flaxman, disculpándose por poder hacer tan poco para ayudar, ya había ido hasta un cajón de su escritorio y estaba sacando un buen fajo de billetes. La señorita Betty Phillimore había indagado con unas cuantas preguntas, pero mamá había sabido cómo responder. La señora Flaxman, en cambio, no había preguntado nada. «Es tonta», pensó Molly, censurando instintivamente aquel exceso de credulidad.

Pero en ese momento se abrió la puerta y entró con paso decidido una mujer alta vestida de negro, de facciones pronunciadas y ojos perspicaces. Comprendió la situación de inmediato. Tal vez la había avisado el ofendido Robson.

–¿Puedo ayudarla, señora Flaxman?

Y la señora Flaxman, adquiriendo de pronto un aire culpable, se hizo un lío con los billetes; se le cayeron algunos e hizo ademán de volver a guardar los otros en el cajón.

–Oh, señorita Gardiner. Sí… Bueno… Creía que Tony y usted… aún estaban… ¿Hoy es jueves? ¿No tiene Francés y Geografía por la mañana?

–Es viernes. Y Tony está con el *signor* Vecchione, ensayando. –Con esto quedó zanjado el asunto–. ¿Ocurre algo? ¿Conocemos a esta señora?

Miró a mamá con severidad, aunque se atisbaba un brillo burlón en los ojos.

–La señora Flaxman ha sido amabilísima –intervino la madre de Molly, con tono humilde y agradecido. La voz le temblaba, sus ojos suplicaban, y ni una sola vez dirigió la mirada a los billetes que la señora Flaxman estaba a punto de darle cuando irrumpió la institutriz de Tony–. Un instinto me ha hecho venir. Nunca había pedido ayuda por apurada que fuera mi situación. Una tiene su orgullo. Y siempre hay cosas que se pueden hacer para salir sola de una dificultad, ¿no es cierto?

–Desde luego que sí –convino la señorita Gardiner con entusiasmo.

–Pero esta vez me he visto al límite.

Repitió entonces lo que la señora Flaxman ya había oído sobre el *Concierto en sol* y la enfermedad de Jay, y la necesidad de que Molly y ella sacasen billetes para Edimburgo, y que tenían que salir esa misma noche o no serviría de nada.

La señorita Gardiner asintió un par de veces. Molly dudó de si estaría creyéndose una sola palabra, pero no interrumpió el patético recital para volverse hacia la señora Flaxman y decirle: «Le prohíbo que le dé ni tan siquiera un penique. No va a ir a Edimburgo. No quiere ir, de hecho. No fue a Liverpool, ni a Holyhead».

–La vida es muy dura para una mujer sola. Por mucho que trabajes, estás a merced de hombres que se aprovechan de ti, hombres que tienen un corazón de piedra. No quiero que Leonard vuelva, solo quiero tener la oportunidad de verlo y conseguir mis quinientas libras. Es ahora o nunca, por la salud de mi pequeña.

La señorita Gardiner miró a Molly.

–No, Molly no. Molly está sana y fuerte, gracias a Dios. –Mamá le dio un beso, le quitó la boina verde, le alisó el pelo y volvió a besarla

con fervor–. No puedo prometer que vaya a devolver el dinero. No sería justo prometer tal cosa. Pero les juro que haré lo posible. De nada sirve dar las gracias; las palabras están tan vacías…

–¿No cree usted, señorita Gardiner… –la voz trémula de la señora Flaxman rompió el silencio–… que con esa pobre criatura tan enferma…? ¿Se acuerda de cuando nuestro Tony estuvo enfermo en Austria y lo cuidé?…

–Le diré lo que creo –respondió la señorita Gardiner, atajando con rotundidad las frases vacilantes de la señora–. Creo que es muy buena idea pagarle a la señora Blake, y a su hija, el tren a Edimburgo. Pero ella no se encuentra en condiciones de ocuparse de estos asuntos prácticos. Presumo que habrá pasado malas noches. En cualquier caso –le cogió el dinero de las manos a la señora Flaxman, pero se lo quedó–, yo misma iré a Euston esta noche, sacaré los billetes y las subiré al tren.

Molly rezaba en silencio para que mamá no exclamase: «¡Eso no me sirve de nada!».

–Pero… –empezó a decir Lorna Blake, con voz ahogada– esto es más que amabilidad. No me habría atrevido a esperar algo así; ni en mis mejores sueños habría…

–Estoy segura de que no. –De nuevo la voz firme, cordial, tranquilizadora–. Pero no se preocupe. No es ninguna molestia para mí. Estaré en la barrera diez minutos antes de que salga el tren. ¿Le parece bien?

–No podría parecerme mejor. Muchas, muchísimas gracias. –Alzó los ojos castaños, rebosantes de gratitud, primero hacia la señorita Gardiner y después hacia la señora Flaxman–. Ha sido usted un ángel para mí. –Cogió y besó la mano de la señora Flaxman,

mientras esta lanzaba tímidas miradas de disculpa a la institutriz de Tony–. Molly, dale dos besos a la mamá de Tony. Dos besazos de los tuyos –dijo, con una sonrisa lánguida.

La señorita Gardiner contempló la despedida con sombría satisfacción; Molly comprendió que tanto la institutriz como su madre eran totalmente conscientes de que no habría ningún encuentro en Euston. Hubo cierta dignidad infantil en su forma de marcharse con mamá. Pertenecía al bando perdedor. Curiosamente, estaba un poco más contenta que cuando se habían salido con la suya.

Su madre no habló hasta que llegaron a casa. Molly la oyó desahogarse con Susan:

–Es culpa mía por no ceñirme al libro, maldita sea. Ese libro me traía suerte. No tendría que haberme apartado de él.

–¿Por qué? ¿Qué pasa?

–Que tendremos que irnos de esta casa, eso es lo que pasa.

En este punto se tranquilizó, se quitó el sombrero descolorido frente al espejo y empezó a arreglarse el pelo con movimientos ineficaces pero agradablemente familiares. Mientras tanto, le contó a Susan su derrota a manos de la institutriz de los Flaxman.

–Me parece a mí que está exagerando un poco –la reprendió Susan–. ¿Por qué tenemos que irnos? Esa bruja entrometida no se tomará la molestia de buscarla y denunciarla. Se reirá a gusto por haberle chafado el plan y sanseacabó.

Molly tuvo la sensación de que a Susan no le disgustaba del todo que su madre hubiera fracasado tan ignominiosamente con la señora Flaxman; más bien la notaba contenta, aunque quería a mamá y había dicho «irnos», dando a entender que pensaba irse con ellas.

–Demasiado honor le hace, dejando que la eche cuando no quiere irse. Porque, vamos a ver, no habrá sido tan imprudente de darles esta dirección, ¿verdad?

Lorna había recuperado el dominio de su voz, y en sus labios se dibujaba, incluso, una sonrisa compungida.

–Pues sí, Susan, querida, eso es justo lo que he hecho. He sido tan imprudente de darles esta dirección. La señora Flaxman iba a mandarme un cheque: «De Tony para su querida amiguita Jay, a la que aún no conoce».

–En fin, más le valdría dejar este juego, ¿no cree?

–Ay, ojalá pudiera. Es muy degradante. Pero por el bien de las niñas, para darles una oportunidad…

–Ahórrese la monserga –la atajó Susan, con sorna–. Yo no soy una de esas bobas con más dinero del que me conviene. Pero la cosa está tomando un cariz peligroso. Dos o tres meteduras de pata como la de hoy y tendremos a la policía llamando a la puerta.

–Yo no meto la pata –replicó Lorna, herida en su orgullo, como si la hubieran acusado de elegir un tono de azul equivocado para las cortinas–. Mi instinto para reconocer a personas bondadosas es infalible. Es más que un instinto: es un don; lo sé, Susan, pero no puedo explicarlo; es como la clarividencia, o eso que hacen los hombres con una rama de avellano para encontrar agua. ¿Acaso metí la pata con la baronesa, o con Betty Phillimore, o, menos si cabe, con la señora Flaxman? No te imaginas, Susan, la bondad que se puede encontrar en el corazón de casi todo el mundo si intuyes, como yo, cuál es la mejor forma de abordarlos. Hay que tener fe desde el principio; la fe mueve montañas…

–Usted sí que es capaz de mover montañas. Y hacerlas bailar una giga. Lo he visto con mis propios ojos. Pero creía que había dejado atrás sus viejos jueguecitos cuando Jay y Molly se hicieron mayores.

–¿Jueguecitos? Susan, la vida no es un jueguecito. A mis pequeñas no les faltará nada que no les falte a los hijos de los ricos. Me sacrificaré de buen grado. Correré riesgos… Pero escucha, Susan, el único riesgo que hay es el círculo de parásitos hostiles y desconfiados que rodea a las personas adineradas: criados, secretarios, institutrices… Son desalmados y crueles. Figúrate, ¡echarme de mi propia casa, solo por haber pedido un poco de ayuda en un momento de apuro!

–Muy bien, volvemos a lo que importa. Esto es lo que le aconsejo: coja a Molly y una maleta y váyase esta misma noche. Lo primero que harán, y rápido, será comprobar la dirección, si es que hacen algo; aunque no podemos confiar tanto en eso como para volver al cabo de un par de días. Yo me quedaré, haré el equipaje y lo arreglaré todo con Mackenzie, el de la agencia; le daré la dirección de un quiosco y le diré… Bueno, ya se me ocurrirá algo.

–Dile que he sufrido reveses económicos.

–De acuerdo. Nada de mentiras, entonces –contestó Susan, soltando una risotada. Era evidente que disfrutaba de lo lindo al ver a su señora en ese estado de ánimo–. ¡Pobre del que intente sonsacarme dónde está! Aunque mejor será que alquile habitaciones amuebladas, en vez de otra casa, o le saldrá caro seguir mudándose hasta que se le agote esa virtud suya.

–Susan –dijo Lorna, adoptando de nuevo el papel de señora de The Nook, Woodgrange Road, Putney, para censurar con delicadeza los excesos de su criada–. Susan, por favor, entiende que no se trata

de «agotar» nada. Ni de virtud. Me temo que no tengo ninguna virtud, si no es la de querer a mis hijas y respetar a mis semejantes.

–Sí, y saber cuál es la mejor forma de abordarlos.

La madre de Molly pareció un poco desconcertada.

–¿Quién ha dicho eso?

–Pues usted misma. No hace ni cinco minutos.

–Seguro que no pretendía decir lo que tú insinúas. Vamos, Molly, amor mío, ayúdame a hacer la maleta.

Formaba parte del nuevo desorden de las cosas que su madre no se preocupase últimamente de la presencia de Molly ni de lo que pudiera oír. Era sorprendente porque antes siempre decía: «Tesoros, id a jugar; mamá tiene que hablar con Susan». O: «Chist, Susan, las niñas; todavía no tienen edad…». «No es bueno para ellas oír discutir a los mayores…» O, si por descuido oían algo que no debían, les daban una cuidadosa explicación adaptada a su edad: «Veréis, tesoros, no era más que otra forma de decir…».

Ahora Molly estaba presente en las visitas, y cuando Susan decía lo que pensaba, y cuando se hacían planes, y todo quedaba sin explicar.

Primero, pánico… Luego, comprensión.

Tenían que marcharse, por supuesto, cambiar de dirección, huir y que no las encontraran nunca, sobre todo la señorita Gardiner, que las había calado y se lo contaría a la señorita Betty Phillimore y a la baronesa. La frase «tenemos que irnos de esta casa» le abrió los ojos a Molly de una vez por todas: las visitas no solo estaban mal, sino que conllevaban además un castigo de naturaleza incierta.

Fue entonces cuando empezó a tener miedo de la policía.

IV



El cartero nunca pasaba por su nueva dirección, que estaba en Highgate y se parecía un poco al campo. Tenían un dormitorio grande y dos pequeños, y una sala de estar no muy bonita, llena de muebles y fotografías. Al poco llegó Susan cargada de baúles, cajas y fardos.

–Aquí estoy, con la casa a cuestas. El hombre ese con cara de carlino de la agencia Mackenzie ha dicho que liquidará lo que quedaba de contrato en un pispás. Y he guardado los muebles en un almacén. El cara de carlino dice que siente mucho lo de sus pérdidas económicas.

Mamá no respondió a la mueca elocuente de Susan. Se limitó a decir:

–Es muy amable por parte del señor Mackenzie.

Y añadió que la señorita Adams, del colegio de las niñas, también había sido muy amable.

Habían ido a verla el día anterior, mamá y ella. Estaba a punto de terminar el trimestre, y la señorita Adams trató en vano de convencer a mamá para que dejara a Molly al menos hasta el día de la función.

–De verdad que siento perderla, señora Blake; siento perderlas a las dos. Molly iba a hacer de Falsa Tortuga[12]. Queríamos que hiciera

de Alicia, pero es una niña tan peculiar que prefirió ser la Falsa Tortuga. No obstante, siempre le he visto cierto parecido con Alicia; tan sensatas las dos. En fin, qué se le va a hacer. Le deseo mucha suerte, señora Blake, ya que tiene que marcharse de este barrio, pero vengan a vernos de vez en cuando.

–Por supuesto que vendremos, mi querida señorita Adams –le prometió mamá, con los ojos humedecidos–. Lo último que querría es distanciarme de mis amistades. ¿Me permite contarla entre ellas?

–Faltaría más. Y ojalá todos los padres dieran tan pocos problemas como usted. No sabe por lo que tiene que pasar la directora de un colegio.

–Me lo imagino. –Lorna rió entre lágrimas–. Pero nunca he creído que mis patitos fueran cisnes, y me alegro de que no lo sean; los patitos son mucho más achuchables.

–Seguro que son un consuelo para usted.

–Sí que lo son. No sé qué haría sin ellas… Molly es mi mayor consuelo. Y Jay se está recuperando.

–¿Ya le ha dicho que se marchan?

–No. Es… Es muy difícil. Todavía no. Cuando esté más fuerte.

Seis semanas después, fueron a buscar a Jay a la clínica en un taxi. El pelo, que llevaba corto cuando entró, le caía ahora en una melena pálida y espesa por la espalda, lo que la hacía parecer de otra época, como salida de las ilustraciones de princesas de los libros que Molly y ella habían empezado a despreciar. Al principio se llevó un disgusto por el cambio de casa, pero al poco empezó a entusiasmarse, porque era nueva y estaba en lo alto de un cerro.

–¿A qué colegio iremos ahora?

–Hay uno pequeño y muy bonito aquí cerca donde os matricularé a ti y a Molly después de las vacaciones…

–¡No hace falta, mamá! –exclamó Jay riendo y saboreando de antemano el placer de no tener obligaciones.

Molly no le dijo nada de las visitas. No sabía cómo explicárselo. Además, puede que ya se hubieran terminado. No había tenido que salir con mamá desde que huyeron de Woodgrange Road. Sin embargo, ahora que Jay había vuelto y estaba disponible, el miedo de Molly creció en su interior hasta tal punto que creyó que se le agrietaría la piel. Se volvió más revoltosa y alborotadora que nunca. El ruido era una especie de barricada. Si gritaba lo suficiente, tal vez otras cosas no lograran abrirse paso.

–Molly, no sé qué te pasa… Molly, no armes tanto jaleo; podrías tener un poco de consideración con tu hermana, ya que no la tienes conmigo… Molly, si te fijas bien, verás que las puertas tienen manilla, y que dar un portazo no es la única forma de cerrarlas… Molly, no sé qué juego horrible es ese, suena como una carga de caballería… Molly, ¿te has creído que estás en la selva? ¿Por qué no le hacéis una obrita de teatro a mamá? Antes os encantaba disfrazaros.

Pero a Molly ya no le gustaba disfrazarse. Prefería saltar desde las escaleras, primero desde el tercer escalón, luego desde el cuarto, luego el quinto, el sexto, el séptimo… Y aterrizaba, ¡pum, pum!, sobre el linóleo del vestíbulo.

–¡Tres hurras por el rey y la reina! Soy una multitud de mil personas viendo pasar al rey. ¡Cincuenta mil personas! ¡Hip, hip, hip!

Jay seguía muy frágil y delicada. Jugueteaba con la comida, la empujaba de un lado a otro del plato. Se cansaba con demasiada

facilidad. Estaba más guapa que antes, más encantadora, más indefensa. Nadie habría dicho que tenía nueve años.

Una tarde, cuando su patrona, la señora Crockett, entró a retirar el té, el paté de pollo y los rábanos, le dijo a Lorna:

–La carita de esa niña ablandaría un corazón de piedra.

Molly comprendió enseguida el peligro de estas palabras.

Cuando la señora Crockett se fue bamboleándose con la bandeja, Molly le sacó la lengua a sus espaldas.

–¡Molly!

–Es asquerosa. Es horrible. La odio. Me gustaría darle una patada en ese culo gordo que tiene, de verdad. La odio. Anda así.

Su madre no dijo nada más. No le interesaba la excelente imitación que Molly hacía de la señora Crockett. Sus ojos se posaron, pensativos, en Jay.

El momento temido llegó la tarde siguiente:

–Jay, cariño, deja eso y ven. Mamá quiere que salgas con ella.

–¡Qué bien! –Jay se levantó de un salto, encantada. Cualquier cosa con tal de cambiar de aires–. ¿Adónde vamos?

Molly gritó: «¡Yo también!» una y otra vez con todas sus fuerzas, para no tener que oír la respuesta.

(«De visita. A casa de una señora muy simpática.»)

–No, Molly, tú hoy no. Dile a Susan que puede darte un huevo para merendar. No hace falta que subas, Jay, tesoro; ¡tu abrigo y tu gorra están en el recibidor!

Después de despedirse de Jay y de verla bajar los escalones de la entrada tan contenta e inocente, Molly se pasó las siguientes horas hecha un ovillo en la alfombra de la chimenea, sin rastro ya de la

algarabía y la bravuconería con las que había intentado conjurar la catástrofe. Estaba tan quieta como una niña tullida.

¿Tendría al menos que haber advertido a Jay de los horrores que la esperaban? Volvería a enfermar, podría morirse, podría volverse loca. La señorita Adams había dicho: «Molly es muy sensata». Pero ¿cómo iba a ser sensata cuando Jay estaba de visita con mamá, viéndola por primera vez colarse con artimañas en casas de desconocidos, llorando y diciendo mentiras, y pasándose los dedos frenéticamente por el pelo?

(Otros niños, niños con una madre como Dios manda, podían buscar en ella seguridad y protección… Toros que bufan con la testuz baja, pesadillas, una herida que sangra en la rodilla, espantapájaros y hombres del saco: «¡Mamá! ¡Mamá!». «Tranquila, mi vida. Tranquila, mi niña. Con mamá estás a salvo.»)

Horas de espera para ver qué clase de Jay volvería a casa. Había que pensar un plan para rescatar a Jay que no fuera infantil y tonto. Horas de hacerse mayor, de madurar.

Cuando por fin volvieron y entraron en la sala en penumbra, Molly no se dio la vuelta.

–¿Todavía no has merendado? Qué bien. Así podemos merendar todas juntas. Enciende la luz, Susan.

La voz de mamá no era tan alegre desde lo de la señorita Betty Phillimore. Entonces ¿esta vez no había habido ninguna institutriz que lo estropeara todo? Con el corazón desbocado, Molly se obligó a mirar a Jay.

Se llevó una sorpresa. Su hermana no estaba destrozada: estaba emocionada, en un estado de agitación febril; un poco asustada, sin duda, pero el miedo que se leía en su cara tenía una cualidad

danzarina y secreta. Molly había visto ese mismo brillo esquivo en los ojos de su madre, aunque los suyos eran redondos y parduscos, muy distintos de los de Jay.

Después de la merienda, que, de forma excepcional, consistió en huevos pasados por agua, Molly y Jay se quedaron a solas varias veces en la sala de estar. Pero no hablaron de lo que había ocurrido. Jugaron a las cartas, al snap y a las familias, y discutieron sobre las reglas con más meticulosidad de lo habitual. Tampoco sacaron el tema mientras se desvestían. Su madre las arropó, les dio un cariñoso beso de buenas noches y bajó las escaleras tarareando.

Hubo un silencio tan largo que cualquiera habría dicho que se habían dormido. Pero entonces la voz de Jay atravesó la oscuridad con un temblor de excitación:

–Molly, ¿somos mendigas?

Como por un acuerdo tácito, nunca volvieron a hablar de ello. No después de aquella larga conversación en la oscuridad. Jay se había formado una idea del peligro mucho más siniestra y aterradora que Molly, cuya medida se ajustaba cabalmente a la magnitud real de la amenaza. Molly había preparado la reconfortante mentira de que todos los niños con una madre sola y que no era rica tenían que pasar por algo parecido, pero resultó que no hacía falta, porque Jay se consoló diciendo: «Ahora soy una proscrita, como Robin Hood».

–Lo peor ha sido cuando el señor mayor nos ha dado el dinero y mamá se ha deshecho en agradecimientos, y yo he tenido que darle las gracias también muchas veces, y abrazarlo y besarlo. Eso no me ha gustado.

Molly soltó una risa.

–Yo les daba besos babosos adrede. No podían esquivarlos delante de mamá.

Se refería a las víctimas, claro.

–Era amigo del señor Lionel Lovett, que es famoso y mamá también lo conoce, supongo que de antes de nacer nosotras. El señor mayor vive en un piso precioso con unas alfombras en las que se te hunden los pies y tienes que hacer un esfuerzo para sacarlos. Su «secreterio» se ha enfadado al vernos y ha intentado impedir que entrásemos. Yo estaba como un flan. Pero mamá ha acabado convenciéndolo. Molly, ¿crees que la policía vendrá a buscarnos? ¿Crees que están en la puerta? Oigo unos golpes muy fuertes. Si es la policía…

–Claro que no. No hay nadie en la puerta. Además, no hemos hecho nada malo.

–¿No es pecado… hacer…? Por cierto, mañana a primera hora nos vamos en tren a Southampton, ¿lo sabías?

–No, no nos vamos –la contradijo Molly en voz baja.

–Ah. Pues creía que sí. Molly, el señor mayor, no me acuerdo de cómo se llama, ha dicho que yo tenía mala cara, que estaba muy pálida y delgaducha, y mamá ha dicho: «Sí, tengo mucho miedo de perderla. Es lo único que tengo». No se habrá acordado de ti. Me habían dicho que fuera a jugar con el perro en la alfombra, en la otra punta del salón, pero lo he oído. Era un bulldog. Me gustaría tener un bulldog. El señor mayor ha dicho: «Juntos componen un cuadro de lo más clásico, con ese pelo tan largo y tan bonito». Molly, ¿va a perderme pronto? ¿Me voy a morir?

–No, boba. Eso es parte del plan.

–¿Qué plan? –Hubo un silencio. Cada una esperó en la oscuridad a que la otra hablara primero–. Molly, voy a pasar a tu cama. –Un correteo de pies, y Jay acurrucándose a su lado–. Mamá está rara, ¿verdad? –dijo, en un susurro asustado.

–Supongo que… –Molly se esforzó por que no le temblara la voz–. Supongo que no siempre será así.

–Pues yo no estoy tan segura. ¿Quieres decir que está como cuando Susan dice que tenemos fiebre y nos ponen una cosa de cristal en la boca y dicen: «Ha subido», y a la mañana siguiente: «Ha bajado»?

–No podemos ponerle una cosa de cristal en la boca a mamá.

Les dio un ataque de risa.

–Molly, tenemos padre. ¿A que eso no lo sabías? No se apellida Blake. Es un *abandonador* y no está muerto como ella decía antes. Abandonó a su mujer y a sus hijas sin piedad antes de que yo cumpliera dos años. Y creo, no estoy segura, que iba a estar en Southampton si hubiéramos ido, pero dices que no vamos. Molly, ¿estás llorando o es que tienes hipo?

Molly se derrumbó.

–No sé, no sé. No sé qué hacer. Quiero que sea el trimestre pasado y que todo vuelva a la normalidad, y que mamá nos diga qué hacer. Quiero que nos despertemos otra vez en The Nook. No, no llores tú también, Jay, no llores, por favor…

Pero Jay, ahora que la emoción inicial se había trocado en miedo, sollozaba con más desconsuelo aún que Molly:

–Tengo el pelo revuelto y largo, se me mete en la boca. Es peor que estar enferma. Imagínate que en el nuevo colegio descubren que somos *objetos de caridá* y nos señalan con el dedo y…

–Calla. No llores, cariño, no tienen por qué enterarse nunca. Y mamá te volverá a cortar el pelo, muy corto como antes.

–No –sollozó Jay–. Se lo he preguntado de camino a casa, y me ha dicho: «No, mi vida, es una ben-ben-bendición».

Aun sin verse las caras, prefirieron no preguntarse en voz alta qué le podía haber pasado a la madre que conocían, la que era un refugio para ellas.

Lo de «bendición» le recordó a Molly que aún no había rezado. Estaba demasiado confusa y dolida para utilizar la fórmula habitual, y consultó a Jay, que se escandalizó por el olvido.

–Tienes que rezar. No hacerlo es de paganos. Yo he rezado antes de hablar contigo. Reza ahora –le ordenó a su hermana–. Ya sabes lo estricta que es mamá con eso.

V



Empezó el colegio y no volvieron a ir de visita. Molly estaba segura de que su madre iba sin ellas al menos dos o tres veces por semana, pues no había vuelto a ser la mamá adorable y familiar de The Nook. Aunque las mimaba, lo hacía con aire ausente. Supervisaba su ropa y su salud y hacía las preguntas de rigor sobre los progresos en clase, pero tenía los ojos brillantes y saltones, y, cuando hablaba, gesticulaba con las manos más de lo habitual. Además, de vez en cuando les daba caprichos extraños que debían de costarle una fortuna, como alquilar una lancha eléctrica con un toldo de rayas rojas y blancas para pasar el día entero en el río, y hasta un hombre con gorra para pilotarla.

Y había otras cosas raras, no tan agradables como la lancha, que demostraban hasta qué punto mamá se había transformado («¡Dios te valga, Fondón! ¡Te han transformado!»[13]). Un día, por ejemplo, Jay estaba contando, muy emocionada, una de sus hazañas en el colegio:

–Y la señorita Lucas ha dicho que sentía mucho haberse equivocado y que se alegraba de que Jasmine Blake hubiera tenido la valentía de hablar, y me ha dado las gracias, y Rosina me ha dado las gracias por salvarla, y todo el mundo me ha dado las gracias. Y la señorita Lucas ha dicho…

Pero Lorna, que había estado dando golpecitos impacientes con el pie en el suelo, la interrumpió bruscamente:

–Esa no es forma de contar una historia, Jay. Estás pendiente solo de ti. Tienes que observar el efecto en tus oyentes, pero sin que se percaten. Si ves que tu tono no es efectivo, cámbialo poco a poco. Y no te recrees en detalles tontos y enrevesados. No voy a dejar que una hija mía se convierta en una pesada –añadió, para justificar su arrebato ante Susan.

Jay, cortada en seco en lo mejor de la historia, rompió a llorar, se levantó de la mesa de un salto y se fue corriendo.

–No me duele que mamá me riña si he desobedecido, he roto algo o le he respondido «no me da la gana» –le dijo después a Molly, entre lágrimas–. Pero ¡solo por contar lo que pasó de verdad, como si hubiera dicho la lección mal!

–¿Pasó de verdad? –preguntó Molly, muy impresionada.

Jay, por toda respuesta, siguió llorando.

Se mudaron de nuevo, con prisas y mucho ajetreo, igual que la última vez. Primero mamá con ellas dos, y después Susan con los baúles. Unas habitaciones amuebladas en Barnes, más lujosas que las de Highgate, y más caras, según Susan, pero no estaban en un cerro. Aquello suponía volver a empezar en otro colegio. Mamá insistía mucho en que su educación no se viera interrumpida.

–Puede que sea descuidada con algunas cosas –le dijo a Susan–, pero nunca dejo de preocuparme por el futuro de mis hijas. Me da igual lo que tenga que hacer yo, siempre y cuando ellas no se vean envueltas.

Susan, fiel a su costumbre, les buscó las vueltas a las palabras de mamá y comentó con retranca:

–Sí, hay que reconocer que últimamente se ha portado usted bien en ese sentido. Pero sigue sin dejar que Jay se corte el pelo. Nunca se sabe cuándo pueden resultar útiles unos buenos rizos, ¿verdad?

Lorna empezó a estar más a menudo en casa cuando Molly y Jay volvían del colegio a última hora de la tarde. Su expresión se fue apaciguando, como la de un gato que, harto ya de merodear, vuelve a acurrucarse en la alfombra al calor de la chimenea. Parecía mayor, pero más serena. Sus manos, cuando no estaban ocupadas en alguna agradable labor de costura, reposaban tranquilamente en el regazo. Molly sintió como si se abrieran las puertas y ventanas de una habitación sofocante y poco a poco el ambiente se fuera refrescando. Empezó a relajarse. Jay contaba anécdotas largas y aburridas sobre el colegio y las otras niñas; su bonita voz de pilla no dejaba de canturrear, sin que nadie la interrumpiera nunca.

Un día, mamá le dijo a Susan:

–Susan, estoy harta de vivir en habitaciones amuebladas.

–Ah, ¿sí?

–Fue una forma de ahorrar, por supuesto, cuando andábamos tan mal de dinero por la enfermedad de Jay; pero, ahora que las cosas han mejorado, ¿no crees que podríamos mudarnos otra vez a una casita para nosotras solas?

Susan sonrió y dijo:

–A mí no me pregunte. Usted sabrá.

Así que se mudaron a Benares Lodge, en Huntingdon Terrace. Tenía unos gabletes pintorescos y vigas de madera onduladas entre el ladrillo rojo, además de dos columnas blancas y un arco; también había laburnos en el diminuto jardín delantero, y una hilera de tilos a lo largo de la calle, uno delante de cada casa, con farolas

intercaladas. Algunas fachadas estaban toscamente enlucidas de blanco, otras, recubiertas con tablillas de madera, y otras eran mitad blancas y mitad rojas, pero todas las casas tenían gabletes pintorescos y lilas, espinos o laburnos en el jardín. Una calle en la que ser feliz, una casa en la que ser feliz. La monótona sucesión de días que en nada se diferenciaban unos de otros, marcados únicamente por las clases, las comidas, el ruido de la máquina de coser y algún que otro postre nuevo, consistente pero no muy suculento, fue devolviéndole a Molly la confianza. Hasta que llegó un momento en que, sin apenas darse cuenta, bajó la guardia y aceptó su entrada, la suya y la de Jay, en el paraíso de lo cotidiano.

Poco después de instalarse, se fueron en tren a pasar las vacaciones de verano, y, cuando volvieron, seguía siendo el mismo hogar. En Navidad les dejaron dar una pequeña fiesta, aunque mamá fue muy rigurosa con las referencias de cada niño que querían invitar. Y, después de Navidad, mamá frunció el ceño al ver las facturas que llegaban al buzón, y no dejaba de sumarlas y exclamar:

–¡Ay, Dios mío! ¿Cómo puede una apañárselas con unos ingresos tan ridículamente escasos como los míos? A veces estoy tentada de abrir cuentas y liquidarlas a final de mes, pero, no sé, siempre he pensado que es una forma peligrosa de vivir. Es más honrado ir pagando sobre la marcha.

La primavera fue gloriosa en Huntingdon Terrace, y en verano las abejas zumbaban alrededor de los tilos. Molly y Jay eran las encantadoras hermanas Blake que vivían a mitad de la calle; siempre habían vivido allí, más o menos. Otra familia Blake, sin parentesco alguno, vivía en Salisbury, la casa de delante; acababan

de llegar con furgonetas de mudanza. Las auténticas Blake, las de toda la vida, eran ellas. Molly se regocijaba en secreto con este importante descubrimiento.

En la siguiente limpieza general de primavera, cuando ella tenía diez años y Jay once, mamá se dio cuenta de que tenía que comprar cortinas y fundas de cretona nuevas para toda la casa, y se quejó un poco:

–No tendrían que estar gastadas aún. ¡Si parece que fue ayer cuando nos mudamos!

¿Ayer? Pero si parecía que siempre habían vivido allí, que siempre habían visto aquel bonito y desvaído estampado de amapolas y acianos.

Mamá dejó que Jay y ella la ayudaran a elegir la nueva cretona.

–Como son vuestras jóvenes rodillas, vuestro culo y vuestros zapatos los que van a gastarla, es más cosa vuestra que mía.

–¡Mamá! –protestó Jay, con remilgo–. No subimos los zapatos a las sillas.

–Ah, ¿no? Pues parece que os paséis el día restregándolos en ellas.

–Nos limpiamos bien en el felpudo.

–Y ¿estás segura de que no confundís las sillas con el felpudo? Ay, mi pequeña inocentona…

Lorna le revolvió el pelo y cantó con su voz aguda y alegre:

Era broma, era broma,
solo estaba bromeando.
Te tomaba un poco el pelo,
para verte refunfuñando…

–Tendremos que cambiar de carnicero –dijo Lorna un domingo mientras comían lomo–. Aquí no hay ni rastro de solomillo, y estoy cansada de pedirle que me guarde un corte de lomo con su solomillo. Y el filete del miércoles era todo nervios. –Soltó un gran suspiro–. Odio los cambios, aunque sea de carnicero.

–A mí me gustan –dijo Jay riendo–, aunque sea de carnicero.

–El señor Nervios, el carnicero –sugirió Molly, tras pensarlo un momento–. Y el señor Rancio, el panadero, y el señor Oruga, el verdulero…

Jay se rió a carcajadas.

–Sigue, Molly, sigue.

–Y… y el señor Aguado, el lechero –dijo Molly, como colofón triunfal. Y se puso a imitar a estos personajes recién inventados riñendo a su mujer e hijos en la comida del domingo.

–¡Bendita criatura! –exclamó Lorna, mirándola con orgullo–. ¿Te gustaría ser actriz de mayor, Molly?

–Me da igual –contestó ella con indiferencia–. Preferiría tener una granja.

–El trimestre que viene vamos a representar una obra de Shakespeare –dijo Jay–. Yo voy a ser Titania, la reina de las hadas, por lo largo que tengo el pelo y porque soy muy menuda y delgada para mi edad, según la señorita Collins.

–Y ¿qué va a ser Molly?

–Molly va a hacer de burro porque sabe actuar –explicó Jay, con admiración y sin asomo de ironía.

Después de la obra, otra vez las vacaciones de verano, en el mismo sitio que el año anterior. Buen tiempo en la playa, y Kathy

para jugar, y mamá y la señora Anderson sentadas en tumbonas, charlando alegremente…

Hasta que la señora Anderson dijo que tendría que despedir a la vieja niñera y contratar una institutriz para Kathy. Justo cuando Molly, en un hoyo de arena cercano, hincaba el diente a la ciruela claudia más tibia, carnosa y madura de la bolsa.

VI



Fueron las tres a despedir a Kathy en la estación. Era una estación de pueblo costero, con el crujido de conchas en el camino de grava y capuchinas de vivos colores, azotadas por la brisa salada, en los parterres del andén.

–He estado dándole vueltas a su consejo sobre la institutriz –dijo la señora Anderson–. Me temo que voy a tener que contratar una; no puedo encargarme yo misma de la educación de Kathy, y no veo otra solución. Pero tendré presente su advertencia y no me conformaré con referencias por escrito. Es muy fácil falsificarlas…

–Lo más fácil del mundo –murmuró Lorna.

Habían llegado con tiempo de sobra, pero se quedaron de pie, formando un pequeño grupo junto al equipaje de las Anderson, amontonado con cierto desorden. Lorna estaba irritable y descontenta, como si le molestara la idea de que, pese a sus advertencias, una institutriz consiguiera empleo.

–Creo que comete usted un grave error –insistió, malhumorada.

La señora Anderson cambió de tema.

–Parece que nos llevamos el buen tiempo con nosotras. Sopla el viento del suroeste. El padre de Kathy era marino, así que en casa tenemos buen ojo para el tiempo.

Los días pasaron a ser grises y desapacibles, y ya no apetecía tanto sentarse en la arena. Había que correr, jugar a la pelota y darse zambullidas muy breves mientras el viento azotaba los bañadores mojados. Mamá se quejaba de que era un aburrimiento, de que no había nada que hacer, y decía que no volvería al año siguiente. Jay, cosa extraña, se hizo eco de sus palabras:

–Qué aburrimiento. Todas las mañanas son iguales. ¿Qué vamos a hacer Molly y yo? Ya soy mayor para andar cavando en la arena. ¿De qué sirve, además? Haces un agujero y luego viene la marea y lo deshace.

–Pues haz un castillo.

–Es lo mismo.

–No soporto verte sin hacer nada, Jay, me pone de los nervios.

–Lo siento, mamá. –Jay se lanzó a abrazarla–. Pero es que me gustaría que pasara algo.

Ni siquiera se acordó de especificar que fuera algo bueno.

Aburrido. A ellas les parecía aburrido. Pero Molly adoraba el aburrimiento. Ojalá todo fuera aburrido para siempre; ojalá no pasara nada, nunca jamás.

Lorna no paraba de hablar de lo justa que andaba de dinero: «No sé a quién recurrir», decía. Y también: «No podemos seguir así».

Volvieron a Londres, a Huntingdon Terrace.

Un día oyeron que su madre las llamaba:

–Venid, tesoros. No, tal y como estáis. Vais a venir con mamá.

Jay retrocedió. Ahora que el momento por fin había llegado de nuevo, estaba asustada de verdad. Fue Molly quien, sin que le temblara la voz, preguntó:

–¿Las dos, o solo yo?

–Las dos.

SEGUNDA PARTE
Las víctimas

I



–Disculpe, señora, hay una mujer en la entrada.

–¡Ay, Edith! ¿No será la misma de la otra vez?

–No hay manera de que se vaya, señora.

–¿La acompañan las dos niñitas?

–Sí, señora. Ha subido con ellas todos los escalones, con el calor que hace, y dice que está en un apuro terrible. La verdad es que me da mucha pena, señora. Dice que, si pudiera verla solo cinco minutos, usted lo entendería.

–Sí, ya me imagino. El toque personal para ablandarme.

–Me ha dado esto para que lo vea, y pide que por favor se lo devuelva.

–Siempre mandan un fajo espantoso de papeles falsos para demostrar su honradez, todo lleno de huellas, manchado y doblado de haberlo tenido años debajo de la almohada.

Betty Marshall, prima de Marian Sinclair, sentada en la cama y observando con cierto regocijo las pequeñas tribulaciones de la fama, preguntó:

–¿Qué tipo de papeles?

–Pues certificados de matrimonio, la partida de nacimiento de su abuela, una carta del abogado en la que se dice que tendrían que haber heredado la finca y puede que recortes del *Evening Courier*,

además de una larga misiva para dar fe de que la semana que viene tendrán un trabajo con un sueldo estupendo. Y, por lo general, algo de un médico también: «Mi querida señora Safira Ananías[14], es indispensable que se retire a la montaña para una cura de tres años o mañana estará usted muerta». Me llegan a montones; soy vergonzosamente sentimental. Con todo, prefiero que me timen nueve sinvergüenzas a despachar a una sola persona honrada. ¡Dios, voy a llegar tarde! ¿Sigue ahí, Edith?

–Sí, señora –respondió Edith, extrañada de que cupiera alguna duda.

–Y esas dos pobres mocosas que arrastra con ella…

–Ah, ¿entonces ya la has visto?

–A esta no, pero Lucilla sí. Le sacó cinco libras. En esa ocasión solo llevaba a una niña. Por lo visto había otro niño que estaba en Suiza con tuberculosis y quería dinero para ir a verlo antes de que muriera.

–Podríais denunciarla, ¿no? Si os juntarais Lucilla y tú.

–Podríamos, sí, pero ¿para qué? Es una vida tan espantosa que nadie la elegiría; y yo misma podría haberme visto en esa situación, si no fuera porque sé bailar.

–Quizá le guste.

–Imposible. Además, sus lágrimas son auténticas. Lucilla me dijo que le dejó el estudio inundado. ¡Demonios! Eso es que el coche ya está aquí. ¿Cómo voy a salir si está en el vestíbulo?

–Por la puerta de atrás, señora.

–¡No pienso salir de mi propia casa por la puerta de servicio! Toma, Edith, dale esto y dile que no vuelva más por aquí. Cuando se haya ido, podré irme yo también.

Pero Edith volvió con la libra todavía en la mano.

–Disculpe, señora, pero no ha querido aceptarla. Dice que tiene que verla en persona, aunque solo sea unos minutos.

–Un caso muy triste, Jane. Estoy segura de que no me culparías si la hubieras visto. También tuvo un hijo, como yo, pero murió en un accidente de tráfico. Ahora está sola. Y, cuando vio la fotografía de mi Ronnie en la moto, se echó a llorar desconsoladamente. Me sentí fatal, como si Ronnie tuviera la culpa.

–¿Te ha dicho que fue un accidente de tráfico antes de ver la foto de Ronnie en la moto, o después?

–Jane, aunque seas mi hija, me horrorizaría ser tan desconfiada como tú. A veces pienso que las chicas de ahora estáis hechas de hojalata, visto lo insensibles que sois.

–Quieres decir que somos bidimensionales. Qué ingeniosa eres, mamá.

Lady Manfield-Locke se hinchó de orgullo. ¡Que Jane le dijera que era ingeniosa!

–Bueno…

–Supongo que dirás que es mejor ayudar a nueve que no lo merecen por si acaso el décimo es alguien necesitado de verdad, ¿no?

–Desde luego que sí.

–Estadísticamente, eso son chorradas, mamá. ¿Cuánto te ha sacado esta joya?

–Solo quería volver con su hermana, que está casada con un terrateniente de Kentucky, o eso creo que dijo. Su hermana es lo único que le queda.

–¡Por todos los santos! ¿No le habrás pagado el pasaje a América para que se vaya de juerga? Eso ya sería demasiado.

–Acabo de decirte –replicó lady Manfield-Locke con dignidad– que no había ninguna juerga de por medio. Me enseñó fotografías de su pequeño y de su hermana…

–¿Recogiendo algodón?

–Jane, no pienso volver a contarte nada. Necesitaba desesperadamente coger el Berengaria[15] el día 15. Es decir, mañana.

–¿No le servía el siguiente barco?

–No, esa es la cuestión; había una razón de peso por la que no le servía, aunque no recuerdo cuál era. De no ser por eso, habría esperado y le habría mandado el dinero después de hablarlo contigo y convencerte de que era un caso de verdadera necesidad.

–Eres lo bastante boba para haberle regalado a esa señora tan convincente un pasaje en primera clase para cruzar el Atlántico, y para vivir un año, ya de paso.

–Puede que le haya dado un par de libras, por Ronnie.

–Bueno, es tu dinero. Supongo que no andaría muy desencaminada si multiplicara ese par de libras por veinte.

Lady Manfield-Locke cogió la revista *Tatler* y no respondió. Jane no habría andado muy desencaminada.

–Querida, tenía que llamarte para contártelo. Ha sido de risa. Se ha puesto tan nerviosa que esperaba que en cualquier momento sacara un revólver y me pegara un tiro. ¿Qué pinta tenía? Pues del montón. Iba con gabardina. Tirando a rubia, creo, con ojos claros y redondos. La típica inglesa de barrio residencial. Las niñas eran de lo más pintoresco; ¡llevaban trajecito de marinero! ¿Dónde se encuentran

hoy en día trajes de marinero? De esos antiguos con galones y una especie de silbato colgado de un cordón.

–Rabiza.

–¿Rabiza? ¿Eso no es la cuerda de la que se tira para izar las velas? En fin, una de ellas, la guapa, llevaba tirabuzones rubios muy largos. Me ha recordado a la *Police Gazette*[16] de hace cincuenta años, o a números antiguos de *The Keepsake*[17]. Y, querida, ¡medias negras de lana!

–¿Qué quería? ¿Era un timo o de verdad?

–Era de verdad, sin duda. Su marido se largó y lleva años desaparecido, y ella acaba de enterarse de que anda cometiendo bigamia en Niza. Consideraba que era su deber salir pitando para impedirlo, «por el bien de las niñas» y todo eso. Era todo un poco complicado; había un testamento de por medio; me ha enseñado una copia, y copias de las cartas del abogado, y su certificado de matrimonio: Leonard no sé qué con una tal Lorna Mason. Le he dado el dinero y le he deseado suerte. No siento ninguna simpatía por los bígamos. E imagínate qué escena de órdago cuando aparezca en la iglesia anglicana con una criatura a cada lado, gritando: «¡Me opongo a este matrimonio!».

–Siempre te han gustado los dramas burdos, Monica.

–Bueno, es que me ha tocado actuar en mucho teatro psicológico moderno. Y no hay nada de psicológico en esta historia de Lorna Mason y Leonard Blake. Blake, ese es el apellido: Blake. A una de las crías, la guapa de los tirabuzones, le he dado una caja de cinco libras de *marrons glacés* para que se los comiera en el canal de la Mancha.

–Acabará vomitándolos. ¿Y a la otra?

–La otra me miraba con el ceño fruncido y apenas mostraba interés. No parecía sensible; más bien algo brusca, la verdad. Si no eres sensible, no te dan *marrons glacés*. Así es la vida. ¿Vas a ir a la fiesta de Elsa en el Savoy esta noche?

–Oiga, señorita Garbo –había tenido varias masajistas suecas y a todas las llamaba «señorita Garbo»; siempre funcionaba–, ¿sería tan amable de ver quién llama a la puerta? Ya van tres veces y he mandado a Denby al dentista.

–Por supuesto, señor Jefferies –respondió la masajista, sonriendo amablemente mientras lo tapaba con la sábana.

–Oiga, no hace falta que me amortaje para ir a abrir la puerta.

Pero ella ya había salido de la habitación.

Oyó un murmullo de voces, y al cabo regresó la chica con sus bonitas y lozanas facciones alteradas.

–¡Disculpe, señor Jefferies, pero hay una mujer en la entrada con dos niñas preciosas! Dice que se llama señora Blake. Dice que usted no la conoce, pero que ella conoció al señor Lionel Lovett y bailó con él en su primer baile de sociedad…

–Vaya, lamento que la pobre tuviera tan mala suerte, pero yo ya no puedo hacer nada. Dígale que se marche.

–Pero, señor Jefferies, ha leído sus libros y sus artículos y sabe que es usted muy amable…

–Ahí es donde se equivocan todos.

La masajista le sonrió. Ella también había leído sus libros, sobre todo *Junto al arroyo susurrante*, así que de sobra sabía que lo de mostrarse insensible era puro teatro.

–¿No iba a ocuparse usted de mi diafragma? –protestó él, tumbado e impaciente.

–Pero, señor Jefferies, ¿y la mujer de la entrada? Está esperando.

–No esperará que la reciba mientras me están dando un masaje, ¿verdad? Aún me queda un poco de dignidad.

–Pero aquí tiene su batín.

Lo sostuvo para que metiera los brazos.

–No. Despáchelas.

La masajista se fue, moviendo la cabeza con pesar. La conversación en el vestíbulo parecía no terminar nunca.

–¡Señorita Garbo! –la llamó él con impaciencia al cabo de un rato. La masajista volvió con un sobre grande y abultado–. ¿A qué viene esa cara tan lúgubre? ¿Y esa carpeta?

–Me ha contado su historia. Es tan triste que me he puesto a llorar. No sé por qué Dios, si es bueno, permite que estas cosas le sucedan a alguien que no le ha hecho ningún mal.

–¿Eso lo ha dicho ella, o usted?

–Sus bonitos ojos negros están enrojecidos de tanto llorar. Tiene el pelo negro y la cara pálida y delgada. Su abuela era una gran duquesa rusa, y ella ha heredado el porte noble. La ropa que lleva fue cara en su día, aunque no es la más indicada para el tiempo que hace hoy; un pañuelo fino como el arcoíris, pero nada que la proteja de la lluvia. Su hija me ha dado uno, dos y hasta tres besos cuando su madre se lo ha dicho. No he podido evitar echarme a llorar. La niña… Es como cuando se pone a secar en la hierba verde y fresca una pieza de lino muy fina y delicada, pero tan ligera que, si no se le ponen piedras en las cuatro esquinas, el aire se la lleva. Así es esta criatura.

A. S. Jefferies garabateó unas líneas en un cuaderno que tenía al lado de la cama.

–Gracias, señorita Garbo. En justa correspondencia, echaré un vistazo a este montón de pruebas falsificadas.

Cogió el sobre con cautela.

–También le acaba de escribir esto en el vestíbulo. Aquí encontrará la explicación de lo de la máquina de escribir.

–¿Máquina de escribir?

Leyó aquella nota escrita con letra apresurada:

> Querido A. S. Jefferies:
>
> Tendrá que perdonarme, pero estoy desesperada. Si pudiera verle, sé que se compadecería de mí y me ayudaría. No he querido recurrir a nadie más, pues sería demasiado parecido a mendigar, pero usted era amigo de un amigo mío, el señor Lionel Lovett. Y *Junto al arroyo susurrante* me hizo sentir como si lo hubiera escrito para mí y solo para mí… –Jefferies soltó un gruñido–. Iré directa al grano. ¿Podría prestarme catorce libras para comprar una máquina de escribir, y un poco más para llevar a mis dos hijas con su abuela, que vive en Penzance? Si tengo que pasarme el día trabajando fuera de casa, no puedo seguir ocupándome de ellas. Hasta ahora vivía muy desahogadamente, pero lo perdí todo en el terrible desplome del acero. Estoy dispuesta a trabajar cuanto haga falta para sacar adelante a las niñas. El trabajo es saludable y he aprendido mecanografía, pero necesito tener mi propia máquina de escribir, y así podré ser independiente como Deirdre en su libro. ¿No es curioso que se llame igual que yo?
>
> Mil gracias y perdóneme de nuevo,
>
> DEIRDRE BLAKE

A. S. Jefferies levantó la cabeza y miró con desamparo a la única mensajera entre él y el mundo exterior.

–¡Ay, señor Jefferies! ¡Le aseguro que no hay ni un ápice de falsedad en ella! He conocido a mucha gente y siempre sé cuándo alguien dice la verdad.

–Dígale que se vaya.

La masajista negó con la cabeza.

–No puedo.

Jefferies tuvo de pronto una idea brillante: su vieja máquina, un armatoste que llevaba más de diez años cogiendo polvo en el trastero. Qué diablos, ¿no pedía dinero para una máquina de escribir? Pues una máquina de escribir tendría. Y la señorita Garbo no podría objetar nada. ¿Por qué la gente rubicunda, sana y rolliza era siempre tan endemoniadamente sentimental? La pregunta se respondía sola: porque podían permitírselo.

Le indicó a la masajista que buscara su Rip van Winkle[18] y se la diera a la tal Deirdre con sus mejores deseos y cinco chelines para llevársela a casa en taxi.

–¿Satisfecha?

–Es usted tan bueno… Ya sabía yo que solo estaba bromeando. Esa mujer le colmará de bendiciones.

–Seguro que sí –dijo Jefferies entre risas. Cinco minutos después, cuando la puerta principal se cerró y retomaron el masaje, le preguntó en tono acusador–: ¿Cuánto le ha dado usted de su propio bolsillo? Vamos, confiese.

–Ay, señor Jefferies, ¿cómo lo ha adivinado? Ha sido muy poco, solo para que las niñas se compren un juguete bonito y tal vez algo de ropa abrigadita y azul para el viaje a casa de su abuela. Me lo puedo permitir de sobra.

II



El capitán Alexander Muir-Leslie, cruz militar al valor, avanzaba por Hill Street con paso marcial y expresión embobada. Iba a ver a Sylvia y, desde que se había prometido con ella, sus ojos, su oído y su pensamiento, lo mismo que sus pasos, seguían todos una sola dirección. La bendita criatura vivía en una bendita casita blanca con contraventanas azules, como una granja provenzal, en unas encantadoras y benditas caballerizas reconvertidas en viviendas enclavadas en pleno Mayfair. Las hojas de un plátano bordaban un encaje de sol y sombra en la pared, y el siseo constante del agua con que lavaban los coches en los adoquines del exterior era, según Sylvia, una música tan agradable como la de un arroyo de montaña. Bueno, que dijera todas las sandeces que le vinieran en gana, pues para Alexander era tan hermosa y tan querida… Mientras él viviera, nada zafio ni tosco ni malvado se acercaría a ella jamás. Él era la alta cerca que rodea el parque de los ciervos; era el tupido seto de tejos; era el muro de ladrillo y la barrera erizada de lanzas. Y era, además, un hombre de mundo. Esto, pensaba el capitán Muir-Leslie con satisfacción, era de suma importancia, porque, antes de prometerse con él, Sylvia se había dejado embaucar hasta sentir cierta ternura por un mequetrefe; un mequetrefe de pelo largo, voz lánguida y bolsillos vacíos: «No sé cómo se paga el perfume», había

dicho ella. No era un partido para una chica como Sylvia, que necesitaba un hombre de pelo en pecho. Cada vez que pensaba en aquel tipejo afeminado y en cómo lo había derrotado, el rostro feo y curtido de Alexander se ponía un poco más rojo de orgullo. Vaya cara dura la del sujeto, creer que tenía alguna posibilidad con una belleza como Sylvia, una chica que salía siempre en los periódicos haciendo esto y lo otro: bailes benéficos, cuadros vivos, desfiles históricos… Si Sylvia hubiera tenido padre o hermanos, lo habrían echado de la casa a patadas mucho antes de que se atreviera a asomar su ridícula nariz clásica por la puerta. No es que él, el capitán Alexander Muir-Leslie del 17.º de Lanceros, no fuera un hombre leído, aunque los necios dieran por sentado que, por estar en el ejército, tenía que ser prácticamente analfabeto. ¡Cómo se quedaban cuando les citaba a Confucio!: «Las palabras afectadas y los modales serviles rara vez son compañeros de la virtud». También iba a presentarse al Parlamento en cuanto hubiera una remodelación del Gobierno. Tenía mucho interés en impulsar un buen número de reformas, y Sylvia, como anfitriona, sería de gran ayuda; el éxito de una cena depende en gran medida de quién ocupe la cabecera de la mesa. Era un buen orador una vez que arrancaba; y también, en un orden de cosas muy distinto, un jardinero de primera. Aquella finca suya de Berkshire, a la que no podía escaparse tan a menudo como le habría gustado, la estaba acondicionando para que fuera un tributo más a Sylvia. El jardinero de Sylvia, el cruzado de Sylvia, el filósofo de Sylvia, su sofisticado protector. Y, a pesar de todos sus méritos, no dejaba de maravillarse de que le hubieran concedido el honor de ser el guardaespaldas de Sylvia.

El guardaespaldas. Qué curioso que nunca se le hubiera ocurrido pensar en las dos partes de la palabra. Guarda de su espalda, de su esbelta espalda de muchacha. Y él tan curtido, rudo y feo. Y dieciséis años mayor, además. Podía pasar en un instante de la complacencia a una visión descorazonadora de sus propias virtudes; y era justo esto lo que empezaba a cansar a Sylvia, toda esa perorata melodramática sobre sus muchos defectos: «Mírame, Sylvia, cariño. Mira mi horrible nariz aguileña y mi pelo rubio pajizo, que ya empieza a encanecer. A la mayoría de las chicas no les gusta el pelo rubio pajizo».

Su frente sobresalía formando una cueva para la tristeza simiesca de sus ojos, pero esto lo omitía en su inventario, pensando: «Todo el mundo tiene ojos, y los míos no son peores que los de cualquiera». «Pero lo peor –seguía diciéndole– es que tengo un don para sacar a la gente de quicio. Supongo que es falta de tacto o algo así. Y no soy sutil, ¿te has dado cuenta ya? Y, ¡Dios mío!, tengo un genio de mil demonios. No es que vaya a mostrarlo contigo, pero ya sé cómo es la gente: vendrán a contártelo, ¡malditos sean! "No puedes casarte con ese bruto malhumorado", te dirán; "te hará muy desgraciada. Yo me lo pensaría dos veces si fuera tú".» A estas alturas, Sylvia, desconcertada, ya no sabía si el capitán trataba de convencerla de que lo dejara o si solo repetía, con secreta agonía, lo que temía que otros pudieran decirle para disuadirla.

Últimamente, sin embargo, se había mostrado un poco más tranquilo, menos perentorio en sus exigencias de que ella reconociera sus horribles defectos. El bueno de Alec. El amable Alec. Sylvia nunca había dudado ni por un momento de que Alexander estaba del lado de los ángeles, a pesar del entusiasmo con que se

fustigaba, pero no podía pedirle que abandonara esa actitud, pues, como todos los hombres sin mesura, el capitán era extremadamente susceptible.

Entró en el salón a grandes zancadas, rebosando buen humor tras un reciente chapuzón en la piscina de su club. Después de los abrazos de rigor, dijo:

–Sylvia, ¿quién era esa mujer con su prole que me he cruzado en la puerta?

–He intentado que se quedara –dijo Sylvia, cuyos ojos estaban sombríos y turbados–. Quería que la vieras, pero no podía esperar. Ay, Alec, a veces la vida es tan cruel…

–¿Quién ha sido cruel contigo? –preguntó él, con una tormenta ya gestándose en su interior.

–Oh, conmigo no. Yo vivo como una reina. Es esa pobre alma que acaba de irse. Le he dado lo que he podido, pero, por supuesto, tú puedes hacer más…

–Bueno, cuéntame.

–Es una tal señora Inglefield. Conoció a su marido cuando era muy joven y vivía en Market St. Dunstan's. Estaba loca por él; y él por ella, hasta que consiguió lo que quería. Debió de ser muy guapa en su tiempo, ¿no crees?

–¿Yo? Mi vida, si apenas la he visto.

–Se fugaron juntos y se casaron. Me ha enseñado el certificado de matrimonio y lo ponía muy claro: «Lorna Mason con Neil Inglefield en la iglesia de Market St. Dunstan's, en…». No me acuerdo del año. Empezó a maltratarla casi enseguida; por eso la niña mayor es tan delicada. Se gastó todo el dinero de su mujer y luego se largó y la dejó sin un penique, a punto de tener a su segunda hija

completamente sola. No sabía dónde buscarlo. Tuvo que trabajar como una esclava para dar una educación a esas dos niñas. Eso es lo que más le preocupa, su educación. Les ha conseguido, Dios sabe cómo, ropa de lo más estrafalaria para ir al colegio; las pobres criaturas deben de haber sufrido lo indecible. Ya sabes cómo son las colegialas: unos demonios a menos que vistas de forma convencional y tengas un hogar normal y corriente. Y resulta que ahora, por un periódico, se ha enterado por fin de dónde está su marido. Me ha enseñado el recorte: anda por California, inaugurando un hotel nuevo o dirigiéndolo o algo así; su trabajo está relacionado con hoteles. Pero, si no consigue llegar antes del día 18, él se habrá ido otra vez. Yo no tenía suficiente en casa, así que he mandado a Mary al banco; ha llegado justo antes de que cerrara. Pero se me ha ocurrido que tú podrías ayudarla. Tienes influencias. ¿Conoces a alguien allí? Solo para retenerlo hasta que llegue ella, por si se entera de que va y huye de nuevo. ¿Podrías, Alec? ¿Podrías? Tú tienes mano para estas cosas.

Alexander se repantigó en el sillón, se atusó el bigote y le sonrió con indulgencia.

–Te han timado, cariño. Y con una historia bastante burda, me parece a mí. Normalmente se esmeran un poco más. Es una pena que te hayan sacado así el dinero.

Sylvia le había contado lo sucedido sentada en el brazo del sillón y acariciándole de vez en cuando la mejilla y los párpados. Sus dedos, más audaces de lo que ella misma creía, lo hacían estremecerse. Ahora, sin embargo, se apartó. A ninguna muchacha de veintidós años –crédula, un poco ingenua y todavía envuelta en el velo dorado

de las ilusiones– le gusta que le digan que la han timado después de haber derrochado compasión con tanto entusiasmo.

–Me temo que poco favor he hecho a su causa al contarla tan mal –dijo, intentando reírse–. Pero si la hubieras oído tú mismo, Alec… De verdad, es imposible que estuviera mintiendo. Con cada una de sus palabras se le desgarraba el alma.

Sylvia se complació de haber dado con una frase tan gráfica.

–«Le juro que *e´* la pura *verdá*, señorita» –Alexander imitó burlonamente el lamento de una gitana. No se daba cuenta de lo peligroso que era el terreno que pisaba. De hecho, se sentía más simpático y distinguido que de costumbre. He aquí un servicio adicional que podía prestarle gracias a su escepticismo, propio de un hombre que conoce del mundo y sus miserias: protegerla de granujas estafadores que, creyendo que estaba sola, la consideraban una presa fácil. Y vaya si lo era; no había presa más fácil. Pero no habían contado, les recordaría él, con el capitán Alexander Muir-Leslie, hombre de armas tomar y caballero de espada–. Por desgracia, es inútil intentar recuperar tu dinero, ángel mío. Si ha dejado una dirección, será falsa. Podría avisar a la policía, claro, pero…

–¡Alec, creo que estás loco! –La voz de Sylvia temblaba de indignación–. ¡La policía! Como si no hubiera soportado ya bastante. Eres tan cruel e insensible como el canalla de su marido.

Aquello le hizo mucha gracia al capitán.

–Y ¿qué me dices del canalla de tu marido, Sylvia? –Se levantó con esfuerzo del sillón, se irguió sobre ella (no tan imponente como se imaginaba, pues no era un hombre alto) y le sujetó las manos, aunque ella intentó impedírselo–. Princesa, estás malgastando tu

maravillosa generosidad. Tienes que confiar en mi criterio; he visto mucho mundo. Esa sinvergüenza tenía el pico de oro de las embaucadoras…

–No era una sinvergüenza. Ni una embaucadora. Ni siquiera se quejaba. Hablaba con una humildad y una dulzura casi celestiales. Ha dicho: «Tal vez me equivoqué al mostrarle mi amor sin reservas. Tendría que haber sido más prudente, y puede que Neil no me hubiera dejado». ¡Ay, Alec, si hubieras estado aquí! ¿Sabes qué? Le pidió a la niña pequeña, la más seria, que hiciera el pino para que yo viera lo bien que le salía, con la esperanza de arrancarme una sonrisa. ¿Se te ocurre algo más conmovedor? ¿No se te hace un nudo en la garganta? ¿No te convence eso?

–No veo por qué –respondió Alexander, sin conmoverse, y convencido, al mismo tiempo, de que era la ocasión idónea para reafirmar su hombría. En el fondo de su corazón, Sylvia debía de sentir admiración por él; en el fondo de su corazón, debía de estar impresionada por su escepticismo recio y varonil. Como de costumbre, se comparó con aquel tipejo afeminado, que se habría deshecho en sollozos de compasión y sin duda habría escrito un poema sobre el asunto–. Espera un momento… ¿California? ¿No me dirás que le has aflojado el dinero suficiente para viajar a California?

–Y ¿por qué no? Puedo hacer lo que quiera.

–Princesa, no te culpo. Por Dios, ¡eso nunca! Creo que eres adorable. Te quitarías el pan de la boca si hiciera falta. La que me va a oír es esa maldita mujer que se ha aprovechado de ti. Iré a la policía. Se lo merece. Es mi deber asegurarme de que no estafe a la siguiente víctima de su lista.

Sylvia guardó silencio, y Alexander imaginó que por fin se sentía un poco arrepentida por haberse dejado engañar con tanta facilidad.

–Princesa, esas delincuentes… Mira, una vez me contó un amigo, que sabía de lo que hablaba porque su tío es párroco y tiene que lidiar a menudo con esa gente, que trabajan en equipo y tienen un código: dejan marcas en la verja o en el muro para avisar a las demás de si hay un perro o una cocinera con mal genio, o para animarlas si han dado con una presa fácil: «Aquí hay dinero y buena comida» o «Ni te acerques, nada que hacer»… Un código en toda regla; lo escriben con tiza, normalmente, y solo quien está en el ajo sabe interpretarlo…

–Pues no veo la relación. –Su voz era como el gélido viento del norte.

El capitán, perplejo, exprimió su ingenio buscando otras formas de consolarla.

–Dime cuánto le has dado y enviaré esa misma suma en tu nombre a una organización benéfica decente. ¿Te parece bien? ¿Al Great Ormond Street[19]? O mejor aún… Como sé que prefieres no decir la cantidad exacta, firmaré un cheque para que lo rellenes en secreto.

A Sylvia le conmovió la ingenuidad de aquella solución que él creía brillante.

–Alec, eres un encanto. Por eso te quiero. Y, por favor, envía el cheque al hospital de todas formas. Me daría mucha pena que, por ponerme terca, se quedaran sin un dinero que casi tenían en las manos. Envíalo, pero no de mi parte, sino como un donativo en nombre de Lorna Inglefield. –Sylvia hizo esta escandalosa sugerencia con una voz dulce como la nata. Su prometido reprimió

una explosión de ira; pero ella sintió que por primera vez tenía un criterio propio y no se limitaba a seguir la corriente, y le pareció que esto la hacía merecedora de más respeto del que un hombre celoso estaba dispuesto a mostrar–. Tu caballerosidad es abrumadora, Alec; más propia de los antiguos caballeros andantes, con su armadura y sus códigos de honor. Pero es una caballerosidad limitada; limitada a mí. No tienes ni una pizca para una mujer que la necesita desesperadamente.

–Sylvia, cariño, ¿no te estás poniendo un poco…?

–¿Moralista? Supongo que sí, pero me da igual.

Había hecho lo posible por explicarle (¿era culpa suya si él no lo entendía?) lo extrañamente conmovida que la había dejado aquella visita y aquella petición espontánea; la sensación que había tenido de hallarse ante una leyenda viva. No una de esas fastuosas leyendas en oro y rosa, dispuestas en una hornacina sagrada con una corona reluciente como premio a la virtud, sino la de una mujer que vestía los colores del polvo y la tierra y caminaba por el mundo cargada de penas pero con el corazón limpio. Seguro que Sylvia habría quedado excluida de entre los iluminados y bienaventurados si no hubiera visto más allá del disfraz; si no hubiera respondido cuando la mujer, justo antes de irse, se había vuelto hacia ella y le había dicho con toda sencillez: «Y ¿no hay algo que yo pueda hacer por usted?». Lo que quería decir era: «No la excluyo por ser rica. Es de necios creer que los ricos no pueden entendernos; basta con darles un voto de confianza, en vez de criticarlos siempre. Ya ve, yo confío en usted, a pesar de que es joven y bella y vive entre algodones; me he atrevido a entrar…». Tales eran las palabras que no se dijeron. Sylvia se avergonzó de todas las veces que había

jugado a «ayudar a los pobres» con gestos condescendientes que en nada alteraban su vida de lujo y comodidades.

Pero ¿cómo redimirse ante aquella desconocida de ojos trágicos y pómulos altos, aquella mujer de voz ronca y cautivadora, cuello largo y sumiso y una sonrisa que le iluminaba el rostro de golpe, con un sombrero deslucido colocado de cualquier manera sobre el pelo encrespado, un impermeable y un bolso gastado y brillante? ¿Con qué gesto rápido y generoso podía rescatar a una niña que hacía el pino por obediencia, en lugar de por un alegre impulso infantil?

Al recordar la escena, a Sylvia se le llenaron los ojos de lágrimas. Alexander la abrazó al instante.

–No, Alec, no. No es eso. No necesito mimos ni palmaditas. –Se apartó de él–. Me siento demasiado orgullosa. Al fin y al cabo, me ha elegido a mí.

Alexander la miró desconcertado.

–Por Dios, y ¿qué tiene eso de especial? No eras más que un nombre en una lista. Uno entre cientos. Probablemente lleva años con ese timo, y bien que se habrá lucrado. Su truco es elegir un nombre conocido, de las columnas de sociedad o de uno de esos libros de memorias llenos de anécdotas, y obtener así la información necesaria para montar un numerito convincente…

Sylvia intentó una vez más vencer la obstinación de su prometido.

–Prefiero caer nueve veces en un engaño que arriesgarme a dar la espalda a una persona necesitada de verdad.

Nadie, estaba segura Sylvia, podría haberlo resumido de forma tan lúcida y sucinta, aunque muchos lo pensarían sin saber expresarlo. Y apenas dio crédito cuando Alexander, aún impasible, la reprendió con indulgencia por ser una «romántica».

–¿Romántica? Pero si tú eres un sentimental. No eres capaz de reconocer el amor si no va vestido de blanco a la luz de la luna y con el canto de un ruiseñor de fondo. Pero hoy he conocido a una mujer que podría morir de amor, con mucho sufrimiento, y no alardear de ello como siempre han hecho los hombres, porque no saben hacer otra cosa. No hay más que ver su poesía…

–Las mujeres no mueren de amor, mi vida. ¡Qué va! Van a que les echen las cartas y les prometan otro hombre moreno de ultramar. Volvamos a nuestras ovejas[20]. Te han estafado una buena suma y, como es natural, estás dolida. Está bien, no iré a la policía. Lo dejaremos correr. Como bien dices –añadió, con tono conciliador–, es tu dinero y, aunque es una forma bastante extraña de despilfarrarlo, no hablaremos más del asunto. Ya está. ¿Dónde cenamos?

Pero tuvo que aceptar que su chica había quedado profundamente afectada por aquella charlatana («Debe de haberla hipnotizado»). Se negaba a escuchar razones. Se negaba a que le secara las lágrimas con su pañuelo de seda limpio. Poco a poco, el capitán fue comprendiendo que no hacían falta dos para una pelea; Sylvia se bastaba sin él. Quizá lo más inteligente sería actuar con sumo tacto y dejarla sola esa noche. La besó varias veces en la delicada nuca y se fue directo a la floristería más cara de Bond Street, desde donde le envió un ramo que hablase por él: rosas rojo oscuro y cosas así.

¿Qué haría ahora? ¿Llamar al viejo Seaforth e invitarlo a cenar y a una revista? El viejo Seaforth era un pelmazo, pero estaba pasando por un mal momento, y le correspondía a Alec ver qué podía hacer para animarlo.

Arrullado por los coros y los bailes, se veía ya reconciliándose con Sylvia al día siguiente. Aquella había sido su primera discusión. Y menudo motivo tan absurdo para que un hombre y una mujer discutieran.

Aun así, no podía permitir que Sylvia se viera envuelta en algo sórdido. Era un regalo del cielo para cualquier timadora. Tendría que intentar ilustrarla un poco sobre lo que ocurría en los bajos fondos: tugurios, burdeles, juzgados de guardia… Aunque, bien pensado, ¿por qué preocupar a la adorable Sylvia? Mucho mejor adelantar la boda; así él estaría siempre a su lado, más o menos, y esas sabandijas pedigüeñas no tardarían en saberlo y se guardarían de acercarse. Adelantar la boda…

–¿De qué te ríes? –le preguntó el viejo Seaforth. Había caído el telón y se abrían paso a empujones hacia el bar.

A la mañana siguiente, con el primer reparto del correo, recibió una carta de Sylvia en la que rompía su compromiso.

III



Al principio se negó a creerlo. Si hubiera habido una razón de peso… Pero no la había; él había cedido en todo. Sylvia escribía en su carta que nunca podría vivir con un hombre (aunque le había pedido que se casara con él, no que viviera con él) que pudiera siquiera contemplar la idea de ir a la policía y solicitar ayuda oficial para perseguir a una mujer que ya se encontraba en bancarrota en materia de seguridad. Su afán persecutorio, gratuito e inmisericorde, la había horrorizado. Había sido toda una revelación. Lo tenía, al menos, por una persona bondadosa…

¿Qué quería decir con «al menos»? ¿Y con «perseguir a una mujer que ya se encontraba en bancarrota en materia de seguridad»? Alexander tenía sentido del humor, a diferencia de Sylvia; sonrió con amargura ante aquellas frases rimbombantes y exageradas, y con ternura ante la caligrafía, redonda y esmerada.

Pero la carta… Lo dejó sin aliento. ¿Tendría que empezar el cortejo desde cero? ¿Bombardearla ardientemente con telegramas y cartas, regalos y flores (le agradecía con demasiada cortesía su ofrenda de la noche anterior)? O ¿podría arreglarse todo con una simple conversación? Se inclinaba a pensar que sí.

No obstante, Sylvia se había marchado sin dejar dirección, pues conocía el carácter persistente de aquel soldado, y Alexander tuvo

que aceptar que la había perdido.

Todo por culpa de esa malnacida. Lo sacudieron una rabia y un odio tales por Lorna Inglefield que solo estrangularla habría satisfecho su sed de venganza. Le había robado la felicidad, tan literalmente como si se la hubiera llevado en un saco viejo, maldita fuera.

A los tres días de la partida de Sylvia, Alexander se había convertido en un monomaníaco. Le resultaba menos doloroso recrearse en lo que le gustaría hacerle a la desconocida que en la curva y la suavidad de la boca de Sylvia y el estremecedor roce de sus dedos cuando le habían acariciado por última vez la mejilla y las cejas.

¿La policía? No. La buscaría él mismo.

Pensó con alivio que al menos sabía su nombre. Tenía que ser el verdadero, o no habría figurado en el certificado de matrimonio, un documento difícil de falsificar. Además, no había razón para que no le hubiera enseñado a Sylvia un certificado de matrimonio auténtico; no podía perjudicarla (o eso habría pensado, sin contar con él). Lorna Mason, casada con Neil Inglefield en Market St. Dunstan's. Menos mal que su memoria lo había retenido.

Market St. Dunstan's estaba en Essex. Seguro que allí podría encontrar algún rastro suyo. Una vez consiguiera pruebas irrefutables de que tenía razón, de que se trataba de la típica estafadora que vivía de la mendicidad, se las mostraría a Sylvia, y esta ya no tendría nada que reprocharle. Volvería a quererlo. Así razonaba el pobre iluso. Sylvia, pensaba, había roto su compromiso porque él se había portado como un escéptico desalmado. Si

justificaba su escepticismo, Sylvia accedería con igual rapidez a casarse lo antes posible…

Un mareo repentino lo obligó a cogerse a la mesa para no caer. Apenas había comido desde que llegó la carta; su rostro rubicundo no parecía natural cuando palidecía. Llamó a su criado y le ordenó que preparara una maleta de inmediato y mandase traer el coche; lo conduciría él mismo. «Tengo un asunto que atender en Essex. Es importante. No sé cuándo volveré.»

Market St. Dunstan's era un pueblo bastante grande, con un monumento a los caídos en el centro de la plaza y varias fincas con casas señoriales en los alrededores. Alexander se alojó en el Red Dragon y empezó a hacer indagaciones en el bar del establecimiento.

¿Inglefield? Sí, el nombre les sonaba. Pero todos los Inglefield se habían marchado. Había muchas tumbas cerca, eso sí; un montón de lápidas que daban fe de las buenas cualidades de los Inglefield, por si al caballero le apetecía darse un paseo por el cementerio. Y había una vidriera conmemorativa. Las llaves las tenía el sacristán, que vivía en la casita adosada al muro de la iglesia. Advirtieron al capitán, en su cerrado dialecto de Essex, de que el sacristán estaba sordo, sordo del oído derecho. Después de que les diera las gracias y se marchara, cruzaron una mirada cómplice, deleitándose en la broma: era del oído izquierdo del que estaba sordo el sacristán.

Alexander no tenía especial interés en leer las inscripciones de las lápidas de los nobles Inglefield, los piadosos y rectos Inglefield, caritativos con los pobres y maridos fieles. Un Inglefield se había ganado su más profunda compasión por casarse con una tal Lorna Mason, para luego abandonarla sin más en vez de darle una buena

tunda y encerrarla bajo llave para impedir que se interpusiera con insolencia entre un hombre y su felicidad. Suponiendo, claro, que hubiera algo de verdad en la historia de aquella mujer. Verdadera o falsa, con obstáculos o sin ellos, no iba a dejar que se le escapase: avanzaba implacable en su dirección.

A su odio le procuraba un placer infantil emplear las expresiones propias de la ficción detectivesca: implacable, astuto, sagaz, infatigable, de mirada penetrante, al acecho.

En cualquier caso, había habido Inglefields en Market St. Dunstan's. Aunque esa mujer bien podía haber sacado el nombre al azar del cementerio. A menudo lo hacían.

Pero… ¿y el certificado de matrimonio?

Siguiendo al sacristán, que caminaba con pasos vacilantes, Alexander iba preguntando a gritos. Un tardío viento otoñal hacía entrechocar las copas de los árboles y arrancaba hojas marchitas de los robles amarillentos.

–Neil Inglefield. ¿Sabe usted algo de Neil Inglefield?

–¿El viejo Inglefield? Sí, claro.

El sacristán lo recordaba bien; debía de hacer unos veinte años que había muerto. Pasados ya los setenta. Y no llevaba mucho tiempo casado… Con muy poco decoro, pues también él pasaba ya de los setenta, el sacristán hizo un chiste muy subido de tono.

Pero su información solo encajaba a medias con los datos de Alec.

–¡Lorna Inglefield! –gritó, para ver qué reacción provocaba.

–También está muerta. Y era guapa, buena y paciente. Recuerdo que me decía: «Joe, con este viento no te oigo». Y entonces sonreía, como para dar a entender que no era más que el viento. Pero todos sabíamos, pobrecita, que estaba perdiendo el oído, y

cada día iba a peor. De los dos, fue la primera en morir, pobrecita. En Montecarlo, según dicen, donde la gente se forra en los casinos. Ahora seguro que tiene el oído bien fino para escuchar las arpas y los cánticos. Yo era un jovencito por entonces, y no pensaba que a mí me fuera a pasar lo mismo. Recuerdo que me decía: «Joe, es que este viento se lleva tus palabras». Estaba aquí mismo, donde sopla del este. El viejo señor Inglefield la trató siempre como a una reina, y, cuando ella se fue, se consumió de pena. «He enterrado a tres esposas», decía, «y tres son demasiadas». El señorito Marcus y el señorito Neil vendieron la finca cuando murió su padre. Vinieron después una vez, o puede que dos, pero los hijos se olvidan pronto de dónde nacieron. Se olvidan pronto.

Alexander le dio una propina y se fue a pasear para poner orden en todo aquel embrollo. «El señorito Neil.» Ahí estaba la clave. Y Lorna Inglefield había muerto en el extranjero, sin dejar lápida en Essex. ¿Podía ser que no hubiera muerto en realidad? ¿Radicaba ahí el misterio? ¿Habría sido su muerte un rumor difundido por su marido septuagenario al sorprenderla en una traición que no era cosa de contarle al sacristán? ¿Seguiría por ahí, viviendo de su ingenio? Sí, pero entonces las dos niñas… ¿Quién era su padre? Y si, después de todo, estaba viva y se había casado con un segundo marido, ¿qué sentido tenía enseñar el certificado de su primer matrimonio y no el del segundo?

¿Y la edad? ¿Encajaba? Sylvia no había dicho nada, y seguramente no se había percatado, de la edad de «Lorna Mason, soltera» que figuraba en el certificado. Pero ¿podía ser lo bastante joven, unos veinte años después de la muerte de Neil Inglefield, para tener dos hijas pequeñas, una de ellas lo suficientemente

mayor para hacer el pino si se le pedía? A veces esa gente cogía niños prestados. Si había robado el nombre, probablemente de una lápida en Montecarlo, y había cogido prestadas un par de niñas de atrezo para causar la impresión adecuada en almas caritativas como Sylvia, ¿no bastaría para que Alexander quedara bien con su chica?

Pruebas. De momento no tenía pruebas; solo teorías y especulaciones. Decidió preguntarle al párroco si podía consultar los registros parroquiales. Creía haber aclarado una cosa, al menos: que la verdadera Lorna Inglefield estaba muerta; había sido pálida y guapa, y había ido al cielo, según el sacristán. No era una arpía infernal que a esas horas andaba vivita y coleando por el mundo, atormentando a los hombres de bien y destrozando sus sueños.

Se convenció de que no tenía relación alguna con los Inglefield, más allá de que le había gustado el nombre y lo había utilizado para falsificar el certificado. Pero enseguida lo reconsideró: «¿El señorito Neil?». ¿Podría ser esposa del señorito Neil y nuera del viejo? Pero el sacristán había confirmado de inmediato que la mujer del viejo señor Inglefield se llamaba Lorna. ¿Se habría casado después con el segundo Neil Inglefield? Alexander no recordaba si eso era legal o no. Pero, en fin, si a ella no le habían preocupado esas minucias legales, ¿por qué iban a preocuparle a él? En tal caso, el señorito Neil, aunque la hubiera abandonado (y con cuánta razón), sabría dónde encontrarla; un hombre que huye siempre se cuida de saber el paradero de quienes intentan localizarlo.

Probaría con el párroco.

Este no llevaba muchos años en Market St. Dunstan's y le aburrían las consultas sobre las antiguas familias. Sí, había oído hablar del viejo señor Inglefield, que había vivido en la mansión que domina el

pueblo. Ahora vivía allí sir Valentine Sandys. Una familia encantadora. No, no creía que quedara ninguna rama de los Inglefield por la zona. Hoy en día la gente era inquieta, no se aferraba como sus antepasados al lugar de nacimiento. El capitán Muir-Leslie sin duda podría averiguar algo charlando con los vecinos de más edad. Por supuesto que le dejaba examinar los registros parroquiales. Con mucho gusto.

El registro de veinte años atrás no dio ningún fruto. Alexander prosiguió su tarea, maldiciendo. No era el tipo de literatura más entretenido, y todos los detectives sobre los que había leído empleaban a un amigo servicial para tales menesteres. Tuvo que abrirse paso a través de cuatro años de matrimonios en la parroquia de Market St. Dunstan's antes de descubrir, con una exclamación de júbilo, lo que buscaba. 1912. El sacristán se había equivocado en varios años. «Neil Inglefield. Viudo. De sesenta y ocho años. Contrae matrimonio con Lorna Mason…»

Un momento, ¿qué ponía ahí?: «… con Lorna Mason. Viuda. De cuarenta y seis años.»

Viuda, no soltera. Y cuarenta y seis años en 1913. Entonces, si estuviera viva ahora, en 1928, tendría sesenta y uno. Difícilmente sería madre de dos niñas pequeñas. Y Sylvia no la había descrito como una mujer mayor, de pelo cano y con arrugas, agotada por el esfuerzo de sacar adelante a dos nietas. No, la primera, la única Lorna Mason, debía de estar muerta. ¿Quién era, entonces, la impostora?

Se quedó en Essex cerca de una semana, invitando a copas a los lugareños, comprando en sus tiendas y fingiendo ignorar lo que ya sabía con la esperanza de averiguar más. La búsqueda no fue del

todo infructuosa. Lo que se contaba y recordaba de la tercera señora Inglefield –la verdadera Lorna, como la llamaba Alec en su fuero interno– confirmaba lo que había dicho el sacristán. Había sido una especie de santa, pura y paciente. Era una imagen en una hornacina. Cada vez que un rayo de luz caía sobre ella, deslumbraba. El señor Inglefield la adoraba y había ofrecido miles de libras a quien pudiera curarla. Tenía una hija de su primer matrimonio, que no le llegaba a la suela del zapato, una chiquilla tranquila y devota de su madre. Pero se casó con un héroe de guerra y se marchó.

¿Es que todos se habían marchado o habían muerto?, preguntó Alexander al oscuro aire de noviembre; lo exasperaba la frágil consistencia de las pruebas. ¿Qué había sido, por ejemplo, del señorito Marcus y del señorito Neil?

Lo de «señorito Neil» tenía resonancias feudales[21], asociadas de inmediato con servidumbre de otros tiempos: niñeras, mozos de cuadra, mayordomos. La mujer del tendero, que insistía en venderle fruta enlatada al capitán, ensalzando una variedad que tenían y despreciando las que no, negó con la cabeza al principio: que ella supiera, el servicio de la mansión se había disuelto en aquella época y la mayoría se había ido a trabajar a Londres. Volviendo a los negocios, le recordó que al día siguiente era 11 de noviembre, Día del Armisticio[22], y no abrirían hasta la tarde, así que más le valía al caballero abastecerse de lo que pudiera hacerle más falta: arroz, pasas, galletas, cerillas, jabón, cordel… Los caballeros siempre se quedaban sin cordel… Aunque, ahora que lo pensaba, estaba la señora Wright, que había sido cocinera de los Inglefield antes de que el viejo señor Inglefield se casara con la dama de Montecarlo («Eso

no fue en mi época. Mi marido y yo empezamos en Gloucestershire»). La señora Wright vivía ahora con su hija casada, Florrie, allá delante.

Alexander le dio las gracias de corazón, recogió las cerillas y el ovillo de cordel, y se fue pertrechado con la dirección de Florrie, la hija casada de la señora Wright.

No podía ver a mamá en ese momento. Tenía el pecho fatal otra vez. Siempre le pasaba en noviembre. Quizá estuviera mejor y se levantara a recibir visitas en un par de días, o quizá no.

A Alexander no se le ocurrió ni por un momento abandonar su misión y volver a Londres, retomar su vida donde la había dejado y quitarse a Sylvia de la cabeza. Solo podía quitarse a Sylvia de la cabeza cuando la tenía ocupada en su venganza contra la mujer que le había quitado a Sylvia. Iba camino de convertirse en un monomaníaco.

A la mañana siguiente, asistió al oficio en el monumento a los caídos, con la idea de que causaría una impresión más favorable en Market St. Dunstan's que si se quedaba en casa. De las novelas había aprendido que el detective afable, de sonrisa siempre dispuesta, conseguía que le respondieran enseguida, mientras que el huraño se topaba con recelos y malas caras. En ese momento era incapaz de sonreír; a lo sumo, forzar una mueca que le estiraba la boca pero no le iluminaba los ojos. Erguido y marcial en su porte, se cuadró y recordó que un hermano pequeño, Ray, había caído en Verdún; suponía un alivio, aunque solo fuera por unos minutos, llorar por Raymond, que estaba muerto, en lugar de por Sylvia, que seguía en este mundo, tan hermosa como siempre y despreciándolo como nunca.

A su lado había una mujercita enjuta con cara risueña pese a la solemnidad de la ocasión, y de ojos negros, vivos e inquisitivos. Cantó a pleno pulmón *Abide with Me*[23] y pareció decepcionada una vez terminaron los dos minutos de silencio, se cantó el himno nacional y la multitud empezó a dispersarse.

–Ese era mi amor –informó a Alexander–. El segundo de esos treinta empezando por arriba, aunque supongo que es porque su apellido empezaba por A. –La mirada del capitán, sin embargo, fue tan inexpresiva (de hecho, no la había oído) que decidió cambiar de interlocutor y se volvió hacia la enfermera del distrito que tenía al otro lado para seguir presumiendo–: Ese es mi amor. El segundo desde arriba. No nos habíamos visto antes, ¿verdad? ¿Ha muerto la señorita Dennison? Yo no falto ni un año; esté donde esté, el día 11 bajo al viejo Market. Me gusta mostrar respeto por los caídos, como a todos. Además, era un buen chico, aunque por aquel entonces era mi honra la que decían que había caído, ¡y no precisamente con honores! –Soltó una risa despreocupada.

La enfermera del distrito se sorprendió un poco, pero fue educada. Susan no era tímida. En la visita que hacía todos los años a su pueblo natal, le divertía charlar con todo el mundo, con los que se acordaban de ella y con los que no; soltarles alguna pulla cuando se presentaba la ocasión y avivar su curiosidad negándose a revelar qué había hecho desde que se fue a Londres: si estaba sirviendo o, si no, a qué se dedicaba, dónde vivía, o cómo se llamaba su señora, si es que la tenía. Hacía preguntas, pero no respondía a ninguna.

–Tampoco es que fuera el primero que me metió en líos. Ni el tercero ni el cuarto. Más bien sería el que hacía veinte. No había mucha competencia por entonces, en un pueblo de mala muerte

como este. Ahora lo tendría crudo si quisiera volver a las andadas, por lo que veo. ¿Quién es el general Cara de Palo? –preguntó, señalando con la cabeza la espalda de Alexander–. Ahí está, más tieso que una estaca, y no contesta cuando se le habla. ¿Qué hace por aquí, aparte de comprar el pueblo y a todo el que vive en él?

Se enteró de que era el capitán Muir-Leslie, de Londres, que llevaba varios días alojado en el Red Dragon y andaba sonsacando a todo el que se encontraba en Market St. Dunstan's sobre la familia Inglefield, la que vivía antes en la mansión, y especialmente sobre Lorna Inglefield, la tercera esposa, la que murió en Montecarlo.

Susan miró fijamente a Alexander y se grabó en la memoria cada rasgo de su cara.

Sin ser consciente del encuentro con la persona que podría haberlo llevado, por así decirlo, hasta el mismo corazón del misterio, Alexander se consumió de impaciencia durante los tres días interminables que tardó el pecho de la señora Wright en permitirle recibir visitas. No obstante, la espera valió la pena. Hacía poco, no más de un mes, o quizá dos, había recibido una postal del señorito Neil que se apresuró a enseñarle, hinchada de orgullo. En realidad, era más que una postal, era una especie de folleto en color con la dirección en la cara exterior y que, al desplegarse, mostraba un supertren llamado «El Jefe» con destino a Los Ángeles, con pequeñas imágenes insertadas de todos los sitios por los que «El Jefe» pasaba rugiendo desde Chicago hasta la costa. En el pequeño recuadro reservado para el texto, habían escrito con letra apresurada: «Voy en este tren. Con cariño, Neil Inglefield».

–De vez en cuando se acuerda de su vieja Wright, y entonces me llega una postal desde dondequiera que esté de viaje; y siempre por

Navidad. Seguro que se acuerda de los pudines que le hacía, tan sustanciosos que salían negros. Y el señorito Neil era mi preferido, aunque siempre andaba haciendo de las suyas. La mayoría prefería al señorito Marcus.

«Tendré que seguirlo hasta California», pensó Alexander, recreándose en el breve mensaje firmado por Neil Inglefield. No le preocupaba. Por amor a Sylvia, por odio a la desconocida a la que se negaba a llamar «Lorna Inglefield», lo mismo le daba ir a Los Ángeles que a Margate. La vida era muy sencilla cuando se tenía un solo amor y un solo odio.

La señora Wright no pudo contarle más. Había discutido con el viejo señor Inglefield y se había ido de cocinera a otra parte de Essex antes de que se casara de nuevo. Así que solo conocía de oídas a la tercera señora Inglefield, que, aunque descrita con palabras sencillas, volvía a aparecer como una especie de dama de Shalott[24], triste, pura y pálida.

–¿No tiene ni idea, señora Wright, de dónde podría encontrar ahora al señor Neil Inglefield?

El índice de la señora Wright señaló la respuesta obvia.

–Está en ese tren.

–No para siempre –replicó bruscamente, como habría hecho con un subalterno algo corto de entendederas, y olvidando que los detectives tienen que ser siempre amables y sonreír con simpatía.

–Está en el tren –repitió la señora Wright.

–Estaba en ese tren cuando le envió la postal. Pero el tren no tarda ni de lejos tanto en llegar a su destino como esa postal tardó en llegarle a usted aquí, a Inglaterra.

–Sí –asintió la señora Wright–, ha venido desde muy lejos. Y el señorito Neil está en ese tren, o no lo diría.

Alexander se dio por vencido.

–Y ¿qué ha sido de Marcus Inglefield?

Del señorito Marcus no tenía mucho que contar. No había significado nada para ella. Podría haber, por supuesto, alguna otra cocinera jubilada en Essex que hubiera preferido al señorito Marcus antes que al señorito Neil, y que recibiera sus postales desde algún rincón menos remoto que California. Pero, aunque así fuera, Alexander no pudo tirar de ese hilo. Igual daba. Neil Inglefield sería sin duda más útil, pues de pronto recordó con un estremecimiento de satisfacción que la mujer que se había hecho pasar por Lorna Inglefield había pedido el dinero del pasaje a California con el pretexto de que su malvado marido estaba allí. ¿No había dicho Sylvia algo también sobre un recorte de periódico? Ojalá hubiera escuchado con más atención… Pero le había parecido todo tan irrelevante, aparte de su determinación de que no estafaran a su bendita niña mientras él estuviera allí para protegerla… Ahora ya no podía volver y pedirle a Sylvia que le enseñara un recorte de periódico que se había convertido de repente en una pista valiosa; Sylvia no debía enterarse aún de su campaña; no hasta el momento glorioso del reencuentro que tantas veces había imaginado con mil escenarios y diálogos distintos: su vindicación y la adorable rendición de su amada.

Además, le resultaba insoportable cualquier pensamiento sobre Sylvia relacionado de algún modo con la visita funesta que los había separado. Había ocurrido una catástrofe, sí, pero quedaba ya lejos y

sus ecos llegaban sofocados, como a través de un grueso cortinaje. Con el tiempo, todo se arreglaría.

En cualquier caso, que un periódico afirmara, por la razón que fuese, que Neil Inglefield estaba en California, encajaba con la postal de la señora Wright en la que él mismo anunciaba que iba para allá; y demostraba, además, que su viaje obedecía a algún asunto de interés público que le facilitaría al capitán la búsqueda. Alexander acostumbraba a observar una precisión militar en sus preparativos, pero esta vez, sin molestarse en hacer ninguno, se lanzó a través del Atlántico en persecución de Inglefield como una piedra disparada por una catapulta.

IV



Aunque el nombre de Neil Inglefield no le sonaba a Alexander como el de una estrella de cine, supuso que, si era lo bastante importante para que su fotografía apareciera en un periódico inglés, al menos sería conocido en Hollywood. Hizo su primera indagación en la recepción del hotel, el Chateau Maintenon, y tuvo suerte, aunque no de la manera que esperaba.

–Claro que conozco a Neil Inglefield. Un tipo estupendo. La junta de Hoteles Neptune lo mandó para inaugurar su nuevo establecimiento en la costa, el Neptune-Palisades. Estuve allí y hablé con él. Sabe lo que se hace, ya lo creo. Y volví a verlo hace menos de una semana en el Brown Derby[25]. Supongo que se quedará un tiempo para ver cómo marcha la cosa. Es un edificio magnífico, entre cuartelero y rococó, no sabría decirle. Y puro estilo Luis por dentro, aunque, claro, no está aquí mismo, en Hollywood. Hay que llegar al otro extremo de Sunset y seguir un poco más. ¿Quiere que le pida un coche para ir? Faltaría más. Faltaría más.

Al llegar al Hotel Neptune-Palisades, Alexander dijo que quería una suite, que no sabía por cuánto tiempo, pero que le gustaría hablarlo con el señor Inglefield.

–¿Con el señor Inglefield en persona? –preguntó el recepcionista, un poco sorprendido. Por lo visto, era como presentarse en el

palacio de Buckingham y, sin más preámbulos, pedir que te recibiera el rey–. Veré qué puedo hacer.

Mientras esperaba, Alexander sopesó qué estrategia seguir. Naturalmente, no revelaría su objetivo hasta pasados un par de días: había que avanzar con cautela, actuar con astucia, esperar el momento oportuno.

Su pretexto, pues, para solicitar una entrevista inmediata con aquel hombre tenía que ser el de causar buena impresión desde el punto de vista de los negocios. Alexander era rico, y, embarcado como estaba en una búsqueda obsesiva, le traía sin cuidado lo que tuviera que gastar. Con gusto habría dado la mitad de su fortuna por recuperar a Sylvia, siempre que le quedara la otra mitad para colmarla de lujos después. Así pues, pediría la suite más cara del nuevo hotel, pero se mostraría cortésmente exigente con ciertos requisitos. En dos o tres días, quizá fuera oportuno preguntarle si por casualidad Lorna Inglefield era pariente suya. Pero había que andarse con cautela; esa era la clave: la cautela. Nada de sacar el tema con precipitación.

–Soy Inglefield. ¿Quería verme?

«Sí, llevo persiguiéndolo desde el cinco de noviembre, el Día de Guy Fawkes[26], cuando esa mujer que se hace llamar Lorna Inglefield redujo a cenizas lo que más me importaba en el mundo. Es una estafadora profesional y tiene que ayudarme a demostrarlo, o más me valdría estar muerto.»

–Sí, le pido disculpas si resulto inoportuno, pero hay varias condiciones que necesito que se cumplan en mi suite, y siempre he pensado que lo mejor es dirigirse directamente al máximo responsable, si anda por aquí.

–Más que andando, voy siempre corriendo –contestó Inglefield, con una sonrisa–. Venga conmigo. El recepcionista no me ha dicho su nombre.

El capitán le dio una tarjeta en la que figuraban su regimiento y su club. El corazón le latía como un tambor, igual que cuando consiguió que le presentaran a Sylvia. Pero esto, esto era aún más importante, pues ahora tenía que conquistarla de nuevo.

Así que este era el «señorito Neil» de la señora Wright. ¡Qué asombrado se quedaría si el circunspecto militar que lo acompañaba en el ascensor le diera de pronto una palmada en la espalda y le preguntase: «¿Cómo está el señorito Marcus?». O, mejor todavía: «¿Qué me dice de Lorna? Sí, Lorna. La que ha acabado con mi felicidad, a menos que logre, finalmente, ganarle la partida».

No se paró a pensar si Neil Inglefield le caía bien o no. Solo era un medio para alcanzar un fin. Tendría que hacerse amigo suyo, claro. Por suerte, no parecía un hombre de trato difícil. Se hicieron amigos antes de llegar a la undécima planta. Alexander tuvo que inspeccionar varias suites magníficas e inventar excentricidades en sus gustos para justificar haber solicitado la presencia del mismísimo director general.

–En realidad, no es que sea director general, porque no me quedo mucho tiempo en un mismo hotel. Soy su holandés errante. El puesto casi se inventó para mí.

–Y ¿en qué consiste?

–Si uno de los hoteles va mal, o no da los beneficios que debería, o hay un competidor demasiado cerca al que hay que eliminar, me envían para que meta el miedo en el cuerpo a todo el mundo y descubra la raíz del problema, con lo que me convierto en el ogro de

turno, y, cuando vuelvo, la junta me da una palmadita en la espalda. También recurren a mí cuando abren nuevos establecimientos como este. Es como botar un barco: no basta con romper la botella de champán contra el casco, hay que cerciorarse de que la maquinaria funciona a la perfección.

–Interesante. ¿Su padre… –pensó que podía permitirse esta pregunta inocente– también se dedicaba al negocio hotelero? («Neil Inglefield, viudo, y Lorna Mason, viuda, en la iglesia de Market St. Dunstan's en 1913…»)

–¡No, qué va! Mi padre era cervecero, pero se retiró pronto al campo y mi hermano se hizo cargo de la fábrica. A mí me metió a abogado, pero me impacienté esperando que me llegaran casos. Uno de los pocos trabajos que desempeñé con éxito fue como pasante en el famoso pleito de Hoteles Neptune contra la Compañía de Vapores de Bombay. Pensaron que yo era un chico listo, demasiado listo para la abogacía, y así fue como acabé aquí. No sé si a mi padre le habría parecido bien… –dijo, con una sonrisa fugaz–. Al fin y al cabo, para quien nunca pone el pie en ellos, un hotel no es más que un pub con ínfulas. A mi hermano le da igual, pero su mujer no puede evitar ruborizarse cada vez que me presenta en una cena: «Este es mi cuñado, que más o menos dirige el Red Dragon, ya saben».

Sí, pensó Alexander, conozco el Red Dragon, gracias.

Se instaló en la suite Trianon de inmediato e invitó a Neil Inglefield a cenar esa noche.

–No, el forastero aquí es usted. Me corresponde a mí hacer de anfitrión.

«No es mala excusa –pensó Inglefield– para librarme de mi cita con Mourne Fitzdarcy.» Mourne era muy atractiva, con aquellos ojos enormes, la carita en forma de corazón y el acento irlandés no del todo genuino, cadencioso como el repiqueteo de la lluvia. Pero aún no se había comprometido, y no estaba seguro de que fuera buena idea embarcarse en una aventura pasajera con una irlandesita de pega en una casa de estilo español en Beverly Hills. Era del tipo pegajoso, de las que se te adherían casi literalmente. De no ser por Mourne, se habría marchado hacía una semana. «Mourne, mi vida, tengo una cena de negocios con un cliente rico, el capitán Muir-Leslie, del 17.º de Lanceros; vamos, vamos, *mavourneen*[27], no esperarás que desaire al mismísimo Creso cuando se presenta y, sin pestañear, como si tuviera la cabeza en otra parte, a decir verdad, acepta las disparatadas tarifas de nuestra suite más elegante y más estilo Luis; al fin y al cabo, soy accionista.»

Eso bastaría para apaciguarla, de momento.

Inglefield se había encargado de que la bodega del Neptune-Palisades fuera tan buena como cualquiera de las ciudades del continente. Quería probar un clarete en particular, para ver cómo había sobrevivido al largo viaje de hacía dos meses, así que pidió que decantaran un mágnum. Tomaron jerez, Montrachet, un Château Haut-Brion de 1906, un excelente brandy añejo y, tras un intervalo, *highballs*[28]. Alexander trasegó todas las bebidas tan cuidadosamente seleccionadas como si fueran agua, sin placer ni padecimiento. Ni siquiera advirtió que su discreción, la poca que le quedaba, empezaba a resquebrajarse y a derrumbarse. Antes de la cena se había impuesto con severidad no hablar de Lorna; era demasiado pronto: «Primero deja que el pez se canse»… Cumplió

esta resolución, pero, cuando iban por la mitad del mágnum, se puso a hablar del amor en términos generales; ¿acaso había alguna norma de detective que lo prohibiera? Lo hizo con desdén, con altanería. Citó a Confucio. Afirmó que un hombre casado era un hombre acabado. Pero poco después, ablandado por el clarete, acabó contándole a Inglefield lo de Sylvia. El mero hecho de escuchar su nombre, aunque saliera de sus propios labios, le procuró un alivio indecible, como si se hubiera abierto una válvula. Porque él era, por naturaleza, sociable y dado a las confidencias. Cuando trajeron las grandes copas de brandy en forma de tulipa y dejaron la botella entre los dos para que se sirvieran a su gusto, Alexander llenó distraídamente la suya hasta el borde como si fuera un dedal. El torrente de descripciones se volvió frenético y alocado. Inglefield tuvo que escuchar todas las anécdotas dos veces; primero según le venían a la cabeza, y luego en orden, cuando su invitado exclamó: «Oiga, ¿no sería mejor que le contara la historia desde el principio?». El primer encuentro con Sylvia; cada gesto, cada palabra, cada vestido, cada mirada de Sylvia; lo que se sentía al querer a Sylvia apasionadamente; elogios a Sylvia desde los cuatro puntos cardinales; lo excepcional y única que era; cómo sonreía; Sylvia con el sol en el pelo; Sylvia y Sylvia y la gloria y la ternura de Sylvia; los planes que él y Sylvia habían tejido para el futuro; su inocencia y su candor, la necesidad de que tuviera un protector fuerte. Al tipo afeminado lo mencionó con desprecio para, acto seguido, descartarlo con un gesto triunfal. Luego, por fin, la visita de una mujer misteriosa que había hechizado a la amada de Alexander. Y le llegó el turno a la discusión y a la carta de ella rompiendo el compromiso: «Ojo, que no me estoy justificando». Siguió sin

justificarse hasta el amanecer. Y, aun así, exultante por su dominio de sí mismo y su astucia, no dijo el nombre de la mujer; ni siquiera insinuó que la historia pudiera tener alguna relevancia personal.

Inglefield no olvidó nunca aquella cena. Comprobó que el aburrimiento, llevado al extremo, lindaba con la experiencia mística. Su cerebro se quedó rígido. Se sintió impotente mientras aquella voz tejía a su alrededor una red cada vez más prieta. Estaba atrapado en una red de la que no podía escapar. Intentó abstraer el alma y el oído de aquella voz y dejar solo el cuerpo, pero Alexander debió de presentir la conspiración, pues se inclinó hacia él y le clavó una mirada agresiva e inyectada en sangre con la que le cortó incluso la retirada espiritual.

Sylvia y Sylvia y Sylvia… «El pobre diablo es un monomaníaco –pensó Inglefield–. Pero, en cuanto acabe este asalto, me largo antes del siguiente.» Imposible quedarse en el mismo hotel con el riesgo de un encuentro así acechando en cada pasillo. Era evidente que el hombre necesitaba hablar, pero cualquier otro oyente le serviría igual de bien, así que mejor que buscara una nueva víctima cada vez. Porque Inglefield sabía que un monomaníaco puede desahogarse, pero, en cuanto termina, descubre que la carga de su alma le ha sido misteriosamente restituida, tan pesada como antes.

¿El amor? Caray, si el amor convertía a un hombre en un caso patológico y en un engorro público, mejor cerrarle la puerta. La tal Sylvia probablemente no era ni más excepcional ni más atractiva que Mourne Fitzdarcy. El hotel ya podía apañárselas sin él, así que mejor ponerse fuera del alcance de Mourne, y, desde luego, del de Alexander. «Hasta esta noche, habría jurado que era el típico militar británico convencional: pagado de sí mismo, de buen talante y con

la opinión de que las mujeres son unas benditas siempre que no se salgan del tiesto. Pero ahora… es como don Quijote en un mal día, viendo en cada molino un gigante del que rescatar a su Dulcinea.»

Alexander siguió divagando: tantas veces había dicho «Sylvia» que para Inglefield ya no era el nombre de una muchacha, sino sílabas que sonaban como el tableteo de un juguete de madera y que habían perdido todo significado. ¿Sylvia? ¿Quién es Sylvia? ¿Cómo es?…[29] Y ¡cómo la adora este lunático delirante!

Llegó a la conclusión de que debía de ser una joven bastante necia, o habría manejado mejor el asunto. Y tenía razón.

Alexander se despertó tarde al día siguiente. A pesar de tener la cabeza como rellena de gachas frías y la boca seca como el cuero, anímicamente se sentía mucho mejor. Pensándolo bien, no tenía por qué esperar tres días más para contarle a Neil Inglefield la visita que había recibido Sylvia de la mujer que decía ser su esposa abandonada. Resultaba absurda la mera idea de que un tipo tan agradable y tan normal pudiera dejar desamparadas y en la miseria a una mujer y dos criaturas. Una calumnia infame que debía ser desmentida cuanto antes. Podría incluso perjudicarlo en su profesión. Alexander tenía, pues, con independencia de sus propios intereses, que exponerle el asunto esa misma mañana. Luego podrían hacer las maletas y partir hacia Inglaterra sin más dilación. Y enfrentarse a esa mujer, no con ira, sino con fría severidad.

Pero, cuando llamó a recepción y pidió que le pasaran de inmediato con el señor Neil Inglefield, le dijeron que se había marchado.

–¿Marchado? ¿Adónde? ¿Adónde ha ido? No puede haberse marchado.

No podían decirle adónde había ido, señor. Ni siquiera ellos lo sabían, señor.

Sí que lo sabían, en realidad, pero las órdenes de Inglefield habían sido tajantes: ni una palabra a nadie que se alojara en el hotel; y, pensándolo bien, tampoco a los demás, añadió, acordándose de Mourne Fitzdarcy.

–Pero ¿va a volver?

–No, señor, dijo que no.

El golpe fue casi tan duro como cuando Sylvia había roto el compromiso. No podía creerlo. Asedió sin descanso a los directivos y al personal del Hotel Neptune-Palisades, y luego asedió a todos los huéspedes a quienes creyó que Inglefield podría haber confiado su destino. Llegaron a temerle, y preguntaban a la dirección cuándo se marcharía aquel inglés de mirada extraña y afligida. Alexander no entendía por qué el mundo se ensañaba así con él, como si un Dios vengativo le hubiera tomado ojeriza de repente.

Mientras tanto, Mourne Fitzdarcy, tan sorprendida como su compañero de desdicha, de cuya proximidad nada sabía, yacía desconsolada en una colorida hamaca de rayas en su patio de Laurel Canyon Drive, preguntándose qué habría pasado para que su querido Neil se esfumara de la noche a la mañana. Nunca había querido a ningún chico tanto como a su Neil. Era distinto a los demás. Soltaba un disparate tras otro sin creer él mismo nada de lo que decía, pero, ay, ¡cómo lo decía! ¡Ay, esa cabeza redonda y morena y esos andares de bala perdida! (A una se le pegaba el acento irlandés y todo, vaya que sí.) Se habría acostado con él encantada, sin remilgos de pureza, salvo que, claro, esto era

Hollywood, y habrían tenido que casarse primero, pero a eso no se le puede llamar «remilgos», con Reno tan a mano[30].

Se negaba a salir. Sus compañeros habituales, cuando no estaban trabajando en los estudios, pasaban a intentar levantarle el ánimo al principio, pero corrió el rumor de que se había vuelto una pesada y no hablaba más que de Neil, Neil, Neil. No le dieron ningún papel en la siguiente producción; la metamorfosis de una encantadora irlandesita que rezumaba la alegría contagiosa de la vieja tierra en una mujer del Medio Oeste triste y amargada no fue precisamente un impulso para su carrera.

Resultó que quería a Neil más de lo que él había imaginado. Se preguntaba sin cesar por qué le había hecho aquello. Desmenuzaba cada hora que habían pasado juntos en sesenta fragmentos, y cada uno de estos en otros sesenta, para examinarlos a conciencia en busca de la mota negra que podría haber causado el problema.

Lorna Mason. Lorna Blake. Lorna Inglefield. Pero, si a Mourne le hubieran dado los tres nombres como respuesta al enigma que la atormentaba, habría preguntado, sorprendida y renunciando al acento postizo que no era sino otra fatiga más: «Caramba, ¿y quién demonios es esa tal Lorna?».

V



Alexander se marchó de Santa Mónica. No tenía sentido quedarse. Viajó de un hotel de la Neptune Company a otro, recorriendo Estados Unidos en zigzag tras los pasos de Neil Inglefield. Pero después incluso esa coherencia en sus viajes se quebró y empezó a vagar sin rumbo. ¿De qué servía volver a Inglaterra? Envió la dimisión a su regimiento. No respondió a las cartas –las naturales protestas– de sus amigos, colegas y familiares, ni a las del distrito electoral que con tanto esmero había estado cultivando. Con el sentimiento culpable de que ya no servía de nada a los demás ni a sí mismo, y de que tenía que hacer algo para expiarlo, ordenó a su abogado que doblara la asignación a sus diversos pensionados: una tía desventurada y sus hijos, primos suyos; un criado postrado en cama; el anciano secretario de su padre… Y añadió un regalo anónimo para el viejo Seaforth, que atravesaba una mala racha. Dos veces al día, cada día, esperaba un milagro: una carta de Sylvia que dijera: «Alec, mi vida, te quiero. Me equivoqué. Vuelve a casa». Incluso en lugares donde el correo solo llegaba una vez al día, el ritmo mental seguía funcionando igual que cuando era pequeño y veía al cartero inglés subir con brío por la avenida, mañana y tarde, hasta la puerta principal de la casa de campo donde había nacido.

Ahora que el tapón había saltado y se había pasado una velada entera hablando de Sylvia, ya no podía dejar de hacerlo. Habló de ella de un extremo a otro de Estados Unidos, y un buen número de estadounidenses desconcertados podrían haber aprobado un examen exhaustivo sobre Sylvia.

Acostumbrado como estaba al ejercicio regular, ahora no hacía ninguno. Hablar de Sylvia no podía considerarse ejercicio. Nunca la culpaba a ella, pero era implacable al acusarse a sí mismo de torpeza y brutalidad. A la desconocida llamada Lorna ya apenas la nombraba; la odiaba demasiado.

Una chica de lo más simplona que lo atendió en una farmacia del Medio Oeste, compadecida de su desdicha, lo llevó a ver a una adivina, ponderando con fervor los maravillosos talentos de Madam Cassoapy («porque se sienta en una silla, ¿sabe? Pero es de las buenas, ya verá»)[31]. Alexander despreciaba a todas las adivinas, pero acompañó a la chica para complacerla porque tenía un aire a Sylvia. Su resistencia había quedado bajo mínimos. Madam Cassoapy, en un instante, le prometió una dama rubia e insinuó que también había una morena al otro lado del mar de la que cabía temer graves problemas. Se refería a que a su esposa en Inglaterra podría no gustarle la monada de la farmacia que iba colgada de su brazo, pero Alexander no tuvo dificultad alguna en identificar a los personajes como Sylvia y la señora de Neil Inglefield («Está contigo ahora mismo»… ¿Acaso no significaba eso que una Sylvia espiritual todavía lo amaba y rondaba cerca de él?). A partir de ahí, todo fue sobre ruedas. Comparado con Madam Cassoapy, Confucio había sido un fiasco.

En Estados Unidos había muchas adivinas. Alexander siempre les dejaba claro desde el principio que quería que le proporcionaran una Sylvia cariñosa y dispuesta a perdonar. Ellas se mostraban más que complacientes, salvo por la advertencia de que no podían garantizar una fecha exacta; podía ser este mes, o el próximo. O incluso más adelante.

TERCERA PARTE
Billete a ningún sitio

I



Jay se dio cuenta de que Susan, al volver del pueblo el Día del Armisticio, tenía algo especial que decirle a mamá. Esperaba que saliera a relucir con ella delante, pero sin que reparasen en su presencia. Porque también Jay, al igual que Molly, se había percatado de que mamá, en las visitas, no se preocupaba de lo que se hablase delante de ellas. A Susan no le preocupaba nunca, de todos modos, y mamá tenía que frenarla durante los agradables pero algo aburridos entretiempos: «Calla, Susan; ahora no; después». Y Susan replicaba: «Bah, algún día tienen que enterarse de las cosas, y más vale que sea de pequeñas».

Lo que Susan contó ahora, después de recoger la mesa, era mucho más emocionante que simples «cosas».

–Más vale que se ande con ojo –la advirtió sin rodeos–. Hay un hombre husmeando por el viejo Market, intentando averiguar lo que pueda sobre usted.

Lorna pareció ligeramente sorprendida, y un poco dolida de que alguien emplease su tiempo en una tarea tan inútil y malintencionada.

–¿Ha hablado contigo? ¿Quién será?

–He preguntado. Es un tal capitán Muir-Leslie que se aloja en el viejo Dragon; espero que le guste; por lo que yo recuerdo… No, no

ha hablado conmigo. No sabía que yo tuviera nada que ver con usted, porque, si no, no me habría dejado en paz. Nadie lo sabe por allí. Se creen todo lo que les digo.

–¿Capitán Muir-Leslie? –Lorna entornó los ojos en un esfuerzo por recordar.

–¿No habrá intentado usted engañarle?

–Yo no engaño a nadie, Susan.

–Perdone que haya abierto la boca.

–La gente es muy amable y generosa conmigo cuando estoy en apuros. Tengo que pensar en las niñas.

–Con ellas le irá bien, seguro.

–¿Qué tipo de preguntas hacía, Susan?

–Sobre todo acerca de Neil Inglefield, y de si estaba usted casada con él o no.

–¡Neil! El chico enemigo.

–Ya no será ningún chico. Tenía su edad, ¿no?

Jay estaba fascinada. Ni ella ni Molly habían puesto nunca en duda que un hombre llamado Neil Inglefield era su malvado padre. Mamá tenía un certificado que demostraba que estaba casada con él; y, cada vez que lo enseñaba, explicaba que él había huido dejándola sola con las dos niñas pequeñas y sin apenas dinero. Aquella versión sonaba más real que cualquiera de sus otras variantes. Pero ¿cómo podía un padre malvado ser «el chico enemigo»?

–Siempre Neil –murmuró Lorna.

–Bueno, no hace falta que saque las uñas. No es él quien la busca, sino ese otro tipo.

–¿Qué pinta tiene?

Susan le hizo un retrato que habría ofendido a Alexander.

–No he visto a nadie así.

–¿Un marido, quizá? ¿Que estuviera fuera en ese momento? Eso explicaría que no lo hubiera visto.

–¿Muir-Leslie? –repitió Lorna–. No.

–A saber si es un detective privado que ha antepuesto lo de «capitán» al nombre para darle más empaque. Mejor que no se deje ver en una temporada, o que se marche.

Lorna dejó de fruncir el ceño y de ahuecarse el pelo. Con un súbito arranque de entusiasmo, exclamó:

–¡Me iré con las niñas a Montecarlo de vacaciones!

–¿Montecarlo? ¿Para qué demonios quiere llevarlas allí? Si es por jugar, en Belloyne le saldría más barato.

–¿Quién te ha dicho, querida Susan, que quiera que me salga más barato?

–Bueno, tal vez no, después de lo de la señorita Sylvia Mainwaring y las dos que le siguieron. Pero Montecarlo no es un sitio donde la gente vaya a esconderse, y si alguien anda buscándola…

Pero Lorna despachó todas las objeciones con una risa. Dijo que, a estas alturas, Susan ya tendría que confiar en su varita de zahorí, y la varita decía que Montecarlo era seguro. Tenía muchas ganas de comprobar si le gustaba el juego según las normas, y si también en eso tendría suerte.

–También –repitió Susan, con un destello de dientes blancos.

Al instante, Lorna mudó el gesto y recobró su aire de serena gravedad.

–Y las niñas tendrían que ver la tumba de su abuela.

–Vaya, lo dice como si las llevara a los caballitos de la feria. Tendría que ahorrar; no le será fácil volver a vivir con trescientas

cincuenta libras menos al año, sin contar los impuestos, si el pozo se seca.

–Susan, una palabra más y te llevo a ti también y te planto en la mesa de la ruleta.

–Eso sí que no.

–Les compraré a las niñas ropa francesa bonita. Con lo guapas que son, una paga gustosa por vestirlas bien.

–Sobre todo con el dinero de otros.

–¡Sí, mamá!

Lorna, haciendo caso omiso de la última pulla de Susan, se volvió con una sonrisa alegre hacia Jay y le tendió la mano, sin asomo de turbación por que su hija mayor estuviera presente.

–Te gustaría, ¿verdad, cariño? Un largo viaje en tren, y luego el mar y mucho sol. Más sol del que has visto nunca. Y naranjos a la orilla de la carretera.

–¡Qué bonito! ¿Puedo contárselo a Molly cuando vuelva de la clase de declamación?

–Si quieres… Pero no, mejor lo guardamos en secreto un par de días y le damos una sorpresa.

Se llevó un dedo a los labios en señal de advertencia; los ojos le chispeaban. Luego abrazó a Jay, levantándola en vilo. Jay adoraba esta versión de mamá.

–Quien ríe por la mañana, llora por la tarde –dijo Susan.

–No es por la mañana. No lo es. Son las tres y media. Y nadie va a llorar.

–Eso está por ver.

–Eres una ceniza, Susan. ¡Eres un cenicero grande y viejo lleno hasta los topes! –dijo Jay, que apenas se distinguía de su madre

cuando se burlaban de Susan y de sus temores.

–Ahora, mi flor de jazmín, ve corriendo a vestirte. Vas a salir con mamá.

Jay subió las escaleras como una exhalación. En el primer rellano se detuvo y gritó:

–Mamá.

–¿Sí? Date prisa, cielo.

–Si vamos a Montecarlo, ¿seguiremos viviendo dentro de nuestras posibilidades?

Lorna levantó la vista riendo hacia la cara seria que asomaba por encima de la barandilla.

–¿De dónde has sacado eso, bribonzuela?

–De ti, mamá. Lo dices a menudo: que, pase lo que pase, tenemos que vivir dentro de nuestras posibilidades. Pero, si está dentro de nuestras posibilidades, me gustaría un vestido amarillo, por favor, no siempre blanco o azul. De seda amarilla, ahora que tengo once años. Con cinturón, no con fajín. Y, por supuesto, que no sea de estilo marinero.

–En Montecarlo habrá infinidad de vestidos de seda amarilla con cinturón. Te compraré uno.

Satisfecha con la promesa, Jay se embutió en el raído traje de marinero que la hacía parecer aún más delgada e infantil de lo que era; se puso la vieja boina escocesa verde que sabía que no pegaba con el traje, con los largos tirabuzones bien echados hacia delante; los calcetines con un gran agujero en el talón, por encima del zapato, en vez de en los dedos, donde no se vería; y, por último, los zapatos con las punteras rozadas y los tacones gastados por un lado.

Ahora que lo sabía de sobra, no valía la pena volver a preguntar cada vez qué ropa quería mamá que se pusiera. La ropa se agrupaba en conjuntos, y era bastante fácil diferenciarlos. Por un lado, en las épocas de entretiempo, la ropa sencilla y «apropiada» que llevaban todas las niñas, como Kathy Anderson y las demás, sacada de revistas con patrones en color que mamá copiaba con la máquina de coser. Por otro, la ropa de las «visitas», que era rara, como de disfraz. Un día hubo una riña de esas en las que todo se calla y nada se dice a las claras, cuando Lorna descubrió que habían tirado un par de los calcetines más viejos, zurcidos y llenos de bultos:

–No tenéis derecho a tirar nada sin preguntarme primero.

–Pero, mamá, Susan dijo que no tenían arreglo.

–Me da igual lo que diga Susan.

Pero ahora Jay fantaseaba con la reluciente seda amarilla que llevaría en aquel lugar soleado donde se «jugaba» por el camino junto al mar, entre árboles cargados de naranjas amarillas; Jay había hecho una vez de Titania en *El sueño de una noche de verano*:

> *Sed amables y corteses con el caballero,*
> *saltad a su paso*
> *y jugad en su presencia.*[32]

–¿Estás lista, cariño? Te estoy esperando.

Nunca podías estar segura de si tenías miedo o no cuando te aguardaba una de esas extrañas visitas a desconocidos. Jay las saboreaba de una manera distinta al bullicioso disfrute de las fiestas infantiles, donde te daban helado y regalos, pero los juegos eran lentos, los otros niños demasiado pequeños para jugar en

condiciones y los mayores no se ahorraban ni una de las consabidas pesadeces sobre lo bonito que tenía el pelo, cómo estaba su madre, qué era lo que más le gustaba hacer en el colegio, y que tenía que darse prisa en crecer o su hermana pequeña la pasaría y eso no podía ser, ¿verdad? «Sí, no, no sé, me daría igual.»

Pero en estas expediciones, como ahora, no podías prever qué iba a ocurrir, ni cómo. Te preguntabas con viva curiosidad qué tipo de casa sería. Mamá nunca te lo decía de antemano, simplemente te dejaba con la intriga hasta que bajabais del autobús o del metro y echabais a andar… y de pronto se paraba y decía: «Tiene que ser aquí». Entonces venía el juego tan arriesgado de sortear a los criados. Casi siempre era un mayordomo altanero o una criada malhumorada, salvo una vez en que la casualidad quiso que fuera una encantadora mujer sueca con ojos de vaca bondadosa que no era del servicio y les dio dinero, además de una máquina de escribir vieja y espantosa que pesaba como un muerto. Pero los criados y los secretarios eran adustos e incrédulos, y ponían muchas pegas; te quedabas helada, aguantabas la respiración y las piernas te temblaban como si fueran de gelatina. Sin embargo, mamá, hasta ahora, siempre se las había ingeniado para burlar a los centinelas. Superado este obstáculo, te ponías a imaginar, con más emoción aún, a quién verías a continuación. ¿Sería la persona importante que tenía el dinero? ¿Qué sería lo primero que diría mamá? ¿Sería Neil Inglefield su padre? ¿Adónde tendrían que viajar con urgencia esta vez? ¿Quién estaría enfermo? ¿Saldrían de allí sanas y salvas? Algún día (pero esto no lo sabía mamá, ni siquiera Molly), Jay pensaba lanzarse y tomar parte activa, en vez de quedarse callada y con cara de pena hasta que llegase el momento de los besos de despedida.

Estaba segura de que ella también sería capaz, igual que su madre, de intuir al momento, con la agilidad mental que se requiere en los juegos, lo que convenía decir en cada ocasión. Aunque nunca se le daría tan bien como a mamá. Sin embargo, incluso con mamá llevando las riendas, había contratiempos de vez en cuando, y Jay se retorcía las manos a la espalda y fingía no estar escuchando mientras mamá se replegaba, por así decirlo, antes de intentarlo de nuevo por otro camino.

Ojalá hubieran podido, eso sí, prescindir de la parte en que daban las gracias, porque siempre se hacía eterna. Mamá no dejaba de repetir la coletilla «por el bien de las niñas» (o «de la niña», si ese día era hija única) y adoptaba una pose de humildad bochornosa mientras soltaba aquellas parrafadas interminables; y Jay se daba cuenta de que su benefactor, hombre o mujer, estaba tan incómodo como ella; o, lo que era aún peor, sonreía con aire de suficiencia, complacido por haber ayudado a un Caso de Verdadera Necesidad.

Cuando se ponía a repasar las visitas por la noche, ya acostada, Jay siempre cambiaba el final, de forma que, llegado el momento de dar las gracias, anunciaba con altivez que no necesitaban el dinero que les habían dado. «En realidad –decía en su imaginación, sabiendo menos de la realidad que cualquier otra niña del mundo–, somos nosotras las que hemos venido a hacerle un regalo. Pero primero queríamos comprobar si daba usted la talla –una de las expresiones favoritas de Susan–. Ahora que ha demostrado merecerlo, aquí tiene. –Y añadía con gran dulzura y dignidad–: Por favor, no nos dé las gracias, porque preferimos que no nos las den.» O, cuando incluso esto era demasiado insulso para su sangre inquieta, volaba con su imaginación a un lugar fantástico que

llamaba «la casa del riesgo». «Riesgo» significaba peligro, pero era más peligroso incluso que el peligro. Este ensueño no era del todo placentero, pero no siempre podía evitar dejarse arrastrar por él.

Ella, mamá y Molly tenían que vivir en la casa del riesgo. Tenía puertas y ventanas, y, cuando estaban abiertas, la vista era preciosa, pero, si las cerraban todas, se convertía en una cárcel. A veces, en las visitas, mamá cometía un error fatal y estaban a punto de descubrirlas. Pero a Jay se le ocurría algo justo a tiempo para salvarlas. O, en el colmo de la emoción, no conseguía salvarlas, y las puertas y ventanas se cerraban lentamente con un chirrido y un estruendo, y quedaban atrapadas a oscuras. Jay nunca llegó a decirle a su hermana que disfrutaba asustándose a sí misma, porque, en el fondo, sospechaba que Molly conocía el miedo real, sin adornos, y no se permitía bromear con él.

¿Estaban mal las visitas? Mamá las hacía, y decía que era por el bien de sus hijas, y que las cosas eran buenas o malas en función del motivo por el que se hacían. Si no pedías para ti, sino para otros, según mamá, era un acto bendecido por Dios. Se lo decía, no a Jay o a Molly, sino a Susan cuando se pasaba de la raya. Dabas por sentado toda tu vida que lo que mamá hacía estaba bien y que algún día lo entenderías, aunque llevaba años sin hacer nada emocionante. Sin embargo, ahora Jay sabía, sin que nadie se lo dijera, que su madre sentía lo mismo que ella, ese cosquilleo helado de expectación al esperar delante de una puerta desconocida, ya comprometidas por el timbre y la aldaba: ¿cómo será esta vez? ¿Lo conseguiremos? ¿Saldremos indemnes? Sospechaba que a mamá no le parecía engorrosa la parte de dar las gracias, pero era lo único que las diferenciaba.

II



Molly había salido con mamá. Cuando volvieron y Jay bajó corriendo hasta la verja a recibirlas, logrando a duras penas reprimir un jubiloso «¿Ha habido suerte?», Lorna dijo:

–Corred a hacer las maletas, niñas. Ahora os mando a Susan. Nos vamos al sur. Jay, ya puedes contárselo a Molly.

Jay subió la escalera a toda prisa, por delante de Molly, hasta el dormitorio, el mismo dormitorio de Huntingdon Terrace con vistas a los jardines vecinos y al suyo. Esta vez no habían tenido que mudarse, pues Lorna daba una dirección falsa, si es que tenía que dar alguna. Por lo general, les decía a sus benefactores que no valía la pena darles su dirección porque iban a tener que mudarse enseguida.

–Molly, nos vamos. Nos vamos al sur.

–Sí, ya lo sé. A Southampton. Pero en realidad no iremos.

–Pero, Molly, esta vez sí. De verdad. Es diferente. Es un sitio con naranjos a la orilla de la carretera, a miles de kilómetros. Montecarlo.

Molly estaba desconcertada.

–Pero no hemos pedido dinero para el billete.

–Da igual, nos vamos de todas formas. Por placer. Para jugar. Está dentro de nuestras posibilidades, gracias a las últimas tres veces… y

a la de hoy, supongo. –A Jay no le hizo falta explicar a qué se refería con «las últimas tres veces», y el lacónico «Southampton» de Molly explicaba la de hoy–. Y me van a hacer un vestido amarillo de seda, un poco de mayor. ¿Tú de qué color lo quieres?

Molly estaba forcejeando con el traje de marinero. Tenía la cabeza hundida en la sarga azul oscuro y no podía ni acabar de quitárselo ni volver a ponérselo porque le quedaba demasiado estrecho. Su voz se oyó a través de la tela:

–Naranja.

–No, no puede ser; yo lo he pedido amarillo por las naranjas.

–Pues tú de color limón.

–Detesto los limones. Nunca elegía el equipo limón, ni siquiera de pequeña. Y, si vamos las dos iguales, será como con los trajes de marinero.

Eso tampoco requería explicación.

–Violeta, entonces –dijo Molly con calma, tras meditarlo unos segundos.

–Vale. Susan, ¿has subido a hacernos las maletas? Ay, Susan, voy a tener un vestido amarillo, y Molly uno violeta. ¿A que estaremos guapísimas? De seda, no de algodón. Seda, raso, algodón, trapo… Mira, la cerradura del baúl está rota; tendrás que atarlo con una cuerda. Carroza, calesa, carretilla, a pie… Susan, ¿has estado alguna vez en Montecarlo? Este año, el que viene, alguna vez, nunca…[33]

–Nunca –contestó Susan, doblando ropa a toda prisa y metiéndola en el fondo del baúl–. No me van los sitios calurosos. Buena pinta vais a tener las dos cuando volváis, con el pelo blanco de tanto sol y la cara quemada. Igual dará entonces que vistáis de amarillo o de violeta.

Jay y Molly la miraron horrorizadas. ¿El pelo blanco y la cara quemada?

Pero, a pesar de Susan, Montecarlo resultó ser un paraíso glorioso, engrandecido por una madre de un humor más encantador que nunca. En los viejos tiempos, según decía ella misma, les había dejado campar a sus anchas en vacaciones; pero lo de campar a sus anchas en Clifford's Bay había resultado ser, en realidad, una libertad bastante restringida, con un sinfín de pequeñas prohibiciones que las frenaban a cada paso: niños con los que no tenían que hablar y patronas a las que molestaban si hacían demasiado ruido; manojos de algas mojadas que no podían subir de la playa; rosquillas y ciruelas claudias que solo podían comer después de bañarse, no antes; procurar no resfriarse; no llegar tarde a comer; no gastar más de la cuenta (acordaos de que no somos ricas); no sentarse en la arena mojada; llevar el sombrero puesto todo el rato. Pero aquí en el sur, a pesar de que un sol de noviembre excepcionalmente caluroso caía sobre su cabeza descubierta con una fuerza que ningún sol de verano inglés habría podido igualar, no les daban la lata con sombreros; y, hasta que empezaba a refrescar por la tarde, no se ponían más ropa que la que a ellas les apetecía, de modo que la espalda, las piernas y los brazos hasta los hombros se les quemaron, pero no como Susan había profetizado con malicia, sino hasta adquirir un resplandeciente tono nogal. Jay canturreaba de gozo al ver aquel bronceado terso que no era solo superficial, sino que, según ella, la doraba y la calentaba por dentro, haciéndola sentir más viva, incansable e inmortal que nunca. Jay había sido siempre la delicada, pero ahora tanto ella como Molly se sentían fuertes, felices y salvajes. Les dejaban comer y beber cuanto quisieran y, como por

milagro, nada de lo que les apetecía les sentaba mal, a pesar de que el *maître* de su pequeño pero reputado hotel junto al paseo marítimo se complacía en consentirles todos los caprichos de la soberbia cocina francesa, y coronaba sus peticiones golosas y poco refinadas con los adornos más fantásticos.

Mamá las dejaba corretear solas por donde quisieran, sin seguirlas trotando con gesto preocupado; no les exigía puntualidad para la hora de vuelta, ni les preguntaba con voz angustiada si alguien se les había acercado, con la consabida apostilla: «Ya sabéis que no hay que responder nunca a los desconocidos, porque no podéis estar seguras de quiénes son ni de dónde vienen». Todas esas pamplinas maternales se habían derretido al sol. Se les daba libertad total y dinero para gastar en cualquier chuchería que les llamara la atención. El mar era más azul que el más azul de los ultramarinos de sus cajas de acuarelas, y las naranjas crecían según lo previsto, aunque aún estaban un poco verdes; y unas flores extrañas caían en cascada por los muros; y subieron la ladera en un carruaje descubierto tirado por un caballo; y compraron un vestido de seda amarillo para Jay y otro del color de las tenues violetas azules (no exactamente el que ella había imaginado) para Molly. Aquello era Montecarlo; un sitio, en efecto, para jugar como paganas desenfrenadas, si bien esto no significaba para ellas lo que al parecer significaba para la mayoría de los ingleses que había allí, quienes no dejaban de hablar de «las mesas».

–¿Ha ido usted hoy a las mesas? –le preguntaban a mamá en el hotel. Y en una ocasión–: ¿Ha ido usted a la cocina?[34]

Mesas y una cocina. La mesa de la cocina. ¿Podía haber algo más absurdo?

Mamá respondía con indiferencia:

–Solo dos veces, al llegar. No me interesa mucho.

–Pero, mi querida señora Blake, entonces ¿para qué venir a Montecarlo?

¿Para qué venir a Montecarlo? Jay y Molly se lo podrían haber dicho. Idiotas.

–Algo me dice que la señora Blake ha perdido una buena suma –sugirió un coronel (aquí había muchos coroneles), con un brillo de complicidad en los ojos–. Una mujer sensata. Ojalá tuviera yo su autocontrol.

–No. El primer día salí tal y como entré, sin ganancias ni pérdidas, y la segunda vez gané. Pero no me divertí. Supongo que no llevo el juego en la sangre.

–Entonces, mi querida señora, insisto, ¿por qué Montecarlo?

Lorna dijo con dulzura:

–Lo elegí porque mi madre está enterrada aquí y hacía mucho tiempo que no visitaba su tumba. Demasiado, me temo.

Molly soltó una risita y le dio un codazo a Jay:

–Mira qué cara se les ha quedado a todos.

La tumba de la abuela había sido poco más que una atracción secundaria. Las habían llevado a verla, en la que fue su única excursión decorosa. Molly nunca había acabado de creerse que existiera de verdad, que no fuera una especie de Liverpool o Southampton, un destino siempre invisible. Pero, cuando pararon en la floristería y su madre compró una enorme corona de bonitos claveles blancos y rojos oscuros y dos ramitos de anémonas para ella y para Jay, sus dudas se tambalearon, porque una corona no podía ponerse en un jarrón. Y allí, en la lápida, limpia y pulcra entre

las demás, Jay y ella leyeron con gesto solemne las palabras: «Lorna, amada esposa de Neil Inglefield».

Aquello fue una sorpresa. Molly dejó las flores encima del nombre como para tapar algo que prefería olvidar y se fue corriendo a examinar otras tumbas con sus fotografías incrustadas y sus intrincadas coronas de abalorios.

–¡Jay, ven a ver! –gritó, como si no entendiera que era un momento para guardar la compostura, para estar quieta y con la cabeza inclinada, pensando en la pobre abuela.

Pero Jay, en la atmósfera relajada de aquellas vacaciones milagrosas, no vio por qué no podía hacerle a su madre un par de preguntas pertinentes.

–¿«Esposa de Neil Inglefield»? Es la abuela, ¿verdad?

–Sí, cariño.

–¿La querías mucho?

–Sí, cariño.

No obstante, Lorna había colocado la vistosa corona con el aire de quien se anota un tanto frente a un adversario.

–Pero… Neil Inglefield ¿no está vivo? ¿No es nuestro padre, el de Molly y el mío?

Mamá no se enfadó, ni siquiera dudó antes de responder.

–A veces dos personas se llaman igual, cielo. Ahora ve con Molly. Si queréis, podéis pasear tranquilamente y mirar, pero no gritéis.

–¿No vienes, mamá?

–No. Quiero estar sola unos minutos.

–¿Para llorar? –preguntó Jay con compasión–. Pero, mamá, murió en 1917. Lo pone ahí. Y estamos en 1930, así que hace muchísimo tiempo. Yo de ti no me preocuparía.

–Anda, vete, pequeña pagana.

Pero aquel rato fue la única concesión que hicieron a las buenas formas. El resto del tiempo se comportaron como tres pilluelas haciendo novillos y riéndose con descaro de una lejana Susan que era ahora, desde que mamá había desertado del bando de la autoridad para unirse a ellas, la única que aún podía reñirlas por sus travesuras.

III



Pero Lorna ya empezaba a cavilar:

–Tenemos que ir pensando en volver a casa. –Y luego–: Hemos gastado demasiado. Ha sido una irresponsabilidad por mi parte.

–¿No podrías pintar más tarjetas de Navidad?

–En diciembre ya es tarde para eso, Molly.

–Pero si aún no es Navidad.

–No, pero las tarjetas se preparan en verano. –Y, como si hablara más consigo misma que con las niñas, añadió–: Tendría que haber guardado el dinero del billete de vuelta. Nadie que tenga hijos a su cargo debería gastar tan a la ligera como lo he hecho yo.

Su alegría se desvanecía a ojos vistas. Jay tuvo un presentimiento. La hilaridad de los últimos días se atemperó, pero unos pequeños temblores de emoción, de naturaleza muy distinta, empezaron a recorrerla; Molly, en cambio, se puso a corretear aún más alborotada y a gritar a voz en cuello, como si quisiera exprimir hasta la última gota de placer.

Esta vez, cuando se presentara la oportunidad, Jay confiaba en que tendría el valor de aprovecharla. Se sentía valiente y morena, y no pálida y enclenque como dos años antes en Londres, en los meses que siguieron a su salida del hospital.

–Vamos, niñas, poneos vuestras cosas. Vais a salir con mamá.

–No tenemos nuestras cosas –dijo Molly en voz muy baja.

Mamá se rió.

–¿Por qué susurras, morenita mía? Metí algo de vuestra ropa en mi baúl. El vuestro estaba lleno. A ver cómo nos las arreglamos ahora para guardar vuestro ajuar de la Riviera… el tuyo y el de Jay. Tendré que comprar otro baúl.

–¿Cuándo nos vamos, mamá?

–Mañana, espero. Estoy muy preocupada.

No parecía preocupada; parecía extasiada y emocionada, con los ojos relucientes y la voz joven y anhelante.

Hicieron parte del camino en una victoria[35], pero, cuando estaban casi en lo más alto, mamá mandó parar al cochero y le dijo que las esperase allí.

–*Ça sera longtemps?*[36]

–*Je ne sais pas*[37] –dijo Lorna.

Doblaron una esquina y siguieron andando unos diez minutos; mamá las llevaba de la mano y no les dejaba correr por el camino polvoriento. Al fin llegaron a la verja de una preciosa villa blanca.

Oyeron los pasos de alguien que venía a abrir la puerta desde mucho más lejos que en Londres, porque resonaban sobre el suelo de mármol. El criado que les abrió iba vestido como un gondolero; Jay lo supo porque había visto *The Gondoliers*[38]. Les preguntó primero en francés y luego en un inglés titubeante si querían que les enseñara el jardín. Por lo visto, estaba acostumbrado a recibir visitas que querían ver el jardín. Pero Lorna dijo que no, que era a madame a quien necesitaba ver.

Resultaba extraño que allí, en Montecarlo, nadie intentara impedir que vieras a nadie. Mamá no tuvo que insistir ni suplicar. Las

condujeron hasta madame como si el gondolero estuviera seguro de que le encantaría recibir a una inglesa de apariencia humilde y a dos niñas con unos espantosos trajes de marinero azul oscuro.

Jay reconoció a madame al instante. Se la había señalado a mamá uno de los coroneles desde el balcón del hotel, cuando pasó muy despacio en un Hispano-Suiza descapotable. El coronel la llamó «examante», dijo que era inglesa de nacimiento y, bajando su vozarrón de hombre rubicundo –aunque no lo suficiente–, contó que en sus tiempos había sido carísima y fascinante. Lo dijo con pesar; era un coronel muy decrépito. Algunas examantes, añadió, dándoselas de ingenioso, se desmoronaban con la edad, mientras que otras se encerraban en su vaina y se marchitaban.

Madame pertenecía a esta segunda clase, aunque su vaina eran unos ropajes de un violeta intenso, el color que Molly había querido para su vestido. No era blanda y maleable como la mayoría de las elegidas por la varita de zahorí, sino estridente y autoritaria. Interrumpió a mamá, se adelantó a lo que suponía que iba a decir y no acertó ni una:

–Ya sé a qué ha venido. No hace falta que empiece con un montón de cumplidos. En ochenta años, he tenido tiempo de aprender un par de cosas. Es la historia de siempre, querida: no era su intención, pero se dejó tentar, pensó que lo dejaría cuando hubiera ganado mil francos, pero siguió hasta perderlo todo. Y ahora aquí está, con las niñas, sin poder volver a casa. ¿Qué espera de mí? Soy una mujer dura, con el corazón de piedra. Vaya a hablar con la dirección del casino, ellos le darán el dinero para el billete.[39] ¡Pobre ilusa!

Sin embargo, Lorna se las arregló para corregirla sin ofenderla. No, no le gustaba jugar. No, las mesas de juego no la tentaban. La verdadera historia era bastante triste y vulgar, pero no tenía nada que ver con el juego.

–Bueno, pues desembuche. No se ande con rodeos. Pero más vale que me diga la verdad. Si me sale con un cuento chino, perderá el tiempo; a mí no me la pega nadie.

El relato prosiguió como un dúo:

–Un marido inválido, héroe de guerra…

–Ya. Lo que dicen todas.

–Aquí tengo sus medallas…

–No se moleste, buena mujer, no hace falta que me las enseñe. Ya sé lo que es una D. S. O.[40] Y, si va a decirme que no podía mantenerla, entonces no tenía derecho a tener hijos, y punto. ¿Que montó una escuela? Una escuela mixta, nada menos; hay que ver qué ocurrencia. Y tuvo que cerrarla el año pasado. Me sorprende que durara tanto. Se puede compartir todo menos la educación, eso es lo que yo creo. ¿Va a durar esta historia hasta el Día del Juicio Final? Porque todavía no entiendo, por más que me esfuerzo, cómo la educación mixta la trajo a Montecarlo.

–Escribí pidiendo consejo… Bueno, si le digo la verdad, escribí pidiendo ayuda… a una mujer soltera que vivía en la Riviera y había sido muy amiga de mi madre; mi madre murió aquí, hace mucho tiempo.

Mamá sacó una pequeña fotografía de la tumba de Lorna Inglefield.

–Se las ha apañado para tenerla cuidada a pesar de toda esa sarta de mentiras sobre su pobreza… Ah, que su padrastro dejó dispuesto

en el testamento que se pagara su mantenimiento, ¿no? Y ¿qué le dejó a usted? ¿Nada? No jugaría bien sus cartas. Las mosquitas muertas como usted nunca saben jugar sus cartas. Donde esté una pelirroja… Y la soltera que vivía en la Riviera, ya le digo yo lo que le contestó: que tenía muchas sobrinas y no podía ocuparse de usted. Mire, no tendría que andar recorriendo Europa a la buena de Dios con un par de criaturas, confiando en la suerte y en los desconocidos para que la ayuden a volver a casa –dijo, mirándola con sagacidad por encima de las gafas–. No es bueno para ellas. Esa de ahí está a punto de echarse a llorar, y no quiero que llore aquí. Me altera. ¿Qué te pasa, niña? ¿Tienes hambre? Te comerías un pastelito de crema si pudieras, ¿eh? ¿Dos pastelitos?

Ni la propia Jay habría sabido decir cómo ocurrió, pero de pronto rompió a llorar, auténticas lágrimas saladas:

–Es mi violín –sollozó, desconsolada–. Mamá me había prometido que podría dar clases si vivíamos en el extranjero. Dijo que era más barato. Tengo un violín y aprendí un poco y practico, pero lo que más deseo en el mundo es recibir clases. No puedo renunciar a eso, no puedo.

Silencio. ¿Era su corazón el que latía, o el de Molly?

–Hum –exclamó la examante, y luego silencio otra vez. Finalmente dijo–: Tengo buen ojo para la gente, y huelo los embustes a la legua. Esta niña dice la verdad. Lleva la música dentro. Le pagaré las mejores clases, y, como oiga una sola palabra de agradecimiento, llamaré a Luigi para que las ponga de patitas en la calle.

«Esta sí que es una benefactora como Dios manda», pensó Jay, feliz. Dentro de un momento cogería un bolso o abriría el cajón de su escritorio (normalmente no llevaban suficiente en el bolso) y

sacaría un montón de billetes que le daría a mamá para pagar las clases; y, sin embargo, no quería ni agradecimientos ni besos. Jay se sintió ebria de éxito. ¡Qué fácil había sido! Un cosquilleo interno le había dictado no solo qué decir, sino cómo y cuándo decirlo. Había ayudado a mamá. «A partir de ahora, la ayudaré siempre», pensó, como una discípula devota.

Pero, como una nota discordante en medio de su alegría, no pudo evitar pensar que ojalá Molly no hubiera presenciado la escena.

Entretanto, la examante no sacó el bolso ni se dirigió al cajón del escritorio. Hizo que Lorna terminara la triste historia, pero siempre anticipándose a sus palabras, con lo que se ahorraba el esfuerzo de escuchar y se reservaba el placer soberano de amoldarlo todo a su particular forma de hablar:

–Así que la amiga de su madre regentaba un hotelito selecto, ¿eh? Y le dijo que era rentable. Y le mandó las cifras. Ah, pero a usted no se le ocurrió verificarlas. ¿Consultar un abogado? No. Y ¿al de la D. S. O. también lo engañaron? Es lo malo de los valientes, siempre lo digo. Los cobardes son los que tienen cabeza. Bueno, bueno, puede ahorrarse lo demás. Y deje de hurgar en el bolso y de sacar recortes de periódico, pasaportes y demás tonterías, que me pone nerviosa. Gastó hasta el último penique en venir aquí con las niñas, con la intención de mandar a buscar al marido inválido en cuanto estuviera instalada, y se encontró con que el hotel de la soltera se iba a pique y que usted no tenía donde caerse muerta, pero, como es tonta, se dio cuenta demasiado tarde. Y ahora la amiga de su madre se ha dado a la bebida o a las sales, y aquí está usted, sin dinero para quedarse y sin dinero para volver a casa. La otra niña me mira como

si no le cayera bien. Esa no tiene oído para la música. Se les nota a la legua cuando lo tienen.

Se acercó cojeando al escritorio y sacó del cajoncito el esperado fajo de billetes; le dio a Lorna lo suficiente para el billete de vuelta a Inglaterra con Jay y Molly, y además le prometió que escribiría al *signor* Ferranti, un viejo amigo suyo que vivía en Londres –*il maestro*, lo llamó con reverencia–, y le diría que le pasase a ella la cuenta de un curso de clases de violín para la niña.

Dos o tres veces, mientras volvían andando con mucha compostura hacia la victoria, Jay miró con gesto suplicante a su madre, sin saber si le esperaba una felicitación o un reproche.

–Mamá –dijo, sintiéndose tímida con Lorna por primera vez–, no era verdad, ¿sabes? Que quisiera clases de violín.

–Entonces no ha sido muy honrado por tu parte pedirlas. Molly, cariño, no te quedes atrás. Mira, ahí en la esquina está el coche. Cuando lleguemos al hotel, dale un terrón de azúcar al caballo.

La iniciativa de Jay se marchitó tras esta amarga decepción; una decepción doble, pues no le habían dado dinero y no había conseguido complacer a su madre. Pero unas semanas después, de vuelta en Londres, ocurrió algo en una visita que la hizo sentirse feliz de nuevo: «valiente y morena», así llamaba Jay ahora a ese tipo de felicidad, asociándola a sus días de vitalidad ardiente y arrolladora en el sur.

–Y no se trata solo de su educación normal –dijo mamá con nostalgia al joven escritor estadounidense en la casa de Hampstead–; son las clases de violín de Jay. –Abrazó a Jay con un gesto cariñoso–. La niña es una apasionada de la música. No sé de

quién lo habrá sacado; de mí no, yo no tengo oído. Pero, desde que era muy pequeña…

Y esta vez les dieron el dinero en mano.

IV



Pero la época en que mamá se comportaba de forma extraña, escandalosa y extravagante, y no podía dejar de ir de visita, se prolongó demasiado, incluso para Jay. Duró meses; años. Jay y Molly acabaron hastiadas hasta la desesperación de tener que aguantar aquellas peroratas interminables. Se frotaban una pierna con la otra; deambulaban por la sala cogiendo lo que se atrevían a examinar más de cerca; por puro tedio, llegaban incluso a pelearse, y una vez rodaron enzarzadas por la alfombra hasta que su madre las separó: «¡Ay, niñas, cómo sois capaces! ¿Cómo sois capaces, con lo angustiada y preocupada que está mamá?».

Y, sin embargo, seguía llevándolas con ella.

Hubo una vez en que Molly tenía tos, una tos bastante aparatosa. Jay veía cómo intentaba disimularla y fingir que no era nada; incluso, en un acto desesperado, fingir que fingía, para que las dos señoras mayores no se dejaran influir por aquel sonido bronco y persistente. «No es nada, gracias. No, no es nada crónico. Nunca me había dado así, siempre se me pasa enseguida. La verdad es que estoy sanísima.» Jay sentía un instinto protector y, al mismo tiempo, irritación. Era una tos tan buena que, en cierto modo, daba pena desperdiciarla, y comprendía que su madre mirase a Molly con gesto

de preocupación cada vez que le sobrevenía en público. Con todo, el empeño de Molly en restarle importancia surtió más efecto que si se hubiera mostrado lastimera.

Lorna nunca consiguió que repitiera la actuación.

En otra ocasión, rompiendo con la costumbre, mandaron a Jay al cuarto de juegos con la sobrina de nueve años de la señora, que trató a la extraña y andrajosa niña con condescendencia y le enseñó los regalos de su reciente cumpleaños. Cuando las llamaron para que bajaran al salón, Marigold seguía aferrada a su regalo favorito: una caja de música pintada con un repertorio de diez melodías. La señora estaba cerrando su bolso de cuero brillante con monograma dorado. Mamá estaba cerrando el suyo.

–Bueno, Ricitos de Oro, ¿le has enseñado a la niñita tus preciosos juguetes?

–Sí, tita.

–Y ¿le han gustado?

–Sí, tita.

–¿Cuál le ha gustado más?

–La caja de música, tita. Y a mí también –añadió Marigold rápidamente, pues conocía la costumbre de su tía de regalar lo que no era suyo.

–¿No crees que sería bonito, Ricitos de Oro, que le dieras a la pobrecita tu caja de música? Precisamente por ser el regalo que más te gusta.

–¡Oh! –exclamó Marigold con auténtica angustia.

–Piensa en lo contenta que se pondría, y piensa en la cantidad de cosas bonitas que tienes tú, mientras que ella no tiene nada de nada.

Jay se puso como un tomate. Pero la señora siguió mirándola, no como a un frágil manojo de nervios y agonías, sino como a un simple bloque de madera sobre el que impartir lecciones morales a golpes.

–Quiero que seas generosa. Ve y dile: «Toma, pequeña, puedes quedártela. Me alegra dártela».

Jay pensó que nunca, hasta ese momento, había sabido lo que era sentirse humillada. Miró a su madre con expresión suplicante: «Podrías detener esta lenta tortura. ¿No vas a hacerlo, solo por esta vez? ¿No vas a hacerlo?».

Pero Lorna no la ayudó. Más bien al contrario. Le siguió el juego a la tita. Declinó el ofrecimiento en nombre de Jay:

–No puedo permitir que acepte un regalo tan valioso. Ni se le ocurra dejar que su sobrinita se desprenda de él, de verdad que no. Mi Jay tiene que aprender a no envidiar a otras niñas más afortunadas que ella.

–Pero mi Marigold tiene tantos juguetes que ni siquiera la echará de menos.

No dejaban de decir «mi Jay» y «mi Marigold», como si hubiera alguna duda sobre a quién pertenecía cada una.

–Vamos, Ricitos de Oro, ¿a qué esperas? La tita se va a enfadar contigo si no haces caso. Recuerda lo que dijeron en la iglesia la semana pasada: «Hay más felicidad en dar que en recibir»[41].

Marigold protestó, se retorció, parecía a punto de llorar, pero siguió aferrada a la caja de música.

«Si estuviera muerta –pensó Jay–, esto no estaría pasando. Si me hubiera muerto en el hospital… Ay, cómo odio a mamá; está haciendo como si yo la hubiera pedido… Acuérdate toda tu vida de

que ella te metió en esto y, pudiendo haberte ayudado, no lo ha hecho.»

–¡Toma! –gritó Marigold de pronto, en un arrebato de furia, y tiró su preciada cajita con bastante fuerza al suelo de parqué, a los pies de Jay.

Todo ello redundó en un beneficio adicional para Lorna. Había que compensar con creces a alguien por aquella rabieta, y la madre era a todas luces honrada, como demostraban su consternación, sus disculpas y su insistencia previa en no aceptar regalos. La tita pensó que Jay lloraba porque la caja se había roto. Lorna dijo con una sonrisa lánguida que su hijita era un poco nerviosa, pero que no debía portarse mal.

–Jay, cariño, di «muchas gracias», dale un beso a la niña y dile que lo sientes.

Marigold también tuvo que darle un beso a la niña y decirle que lo sentía. La niña rica y la niña pobre… Y las dos señoras se sonrieron la una a la otra, y sonrieron ante la bonita estampa.

(Acuérdate toda tu vida.)

Hubo una vez en que Jay y Molly estaban jugando a la comba por Huntingdon Terrace con las otras niñas Blake, que no eran familia suya. La otra señora Blake abrió la ventana y gritó:

–¡Vamos, pequeñajas, venid a vestiros, que vais a salir con mamá!

Jay vio a Molly apartar la vista de la alegre, chillona y atropellada respuesta. A menudo se habían preguntado si eran las únicas niñas del mundo para quienes «salir con mamá» significaba ir de visita. Mientras volvían a casa arrastrando las combas, sellaron un pacto tácito para averiguarlo. No lo hablaron en voz alta, pues el tema seguía siendo casi tabú.

Pero en el colegio, a la hora del recreo, tendieron trampas, trampas burdas e infantiles, para que, sin llegar a preguntárselo, Penelope, Joan y Sarah revelaran si la otra señora Blake iba de visita.

Empezó Molly.

–¿Adónde fuisteis ayer? –dijo, con aire despreocupado.

–Fuimos al zoo. Vimos… –Siguió una larga enumeración–. El tío Bert es socio, así que tomamos el té en su pabellón.

–¿Os gusta salir con vuestra madre?

–Sí, claro, con la que más. En verano nos lleva a remar al lago y nos deja remar a nosotras también.

–¿Adónde os lleva cuando no es al zoo?

–Haces muchas preguntas. No es asunto tuyo. ¿Adónde os lleva la vuestra?

–No puede llevarnos a muchos sitios –dijo Jay en voz baja–. Es coja.

–Vaya, lo siento.

Molly esbozó rápidamente una descripción de la lancha eléctrica con toldo y un hombre con gorra blanca de visera al timón, y langosta y helados.

–Nosotras nunca hemos ido en lancha. Me gustaría sentarme al timón y pilotarla.

–También hemos estado en Montecarlo –presumió Jay, que no sabía cuándo convenía plantarse–. Nos llevó mamá. Allí fue donde me puse tan morena.

–¿Qué más da estar morena o no?

–Sí que importa.

–¿Por qué?

Joyce y Gladys Lloyd sospechaban que era vanidosa y afectada, y que se miraba demasiado en el espejo.

–Edna McCarthy ha ido a América –le recordaron.

–No ha ido, lo que ha hecho es venir de allí. Nació en América.

El plan acabó en una competición de fanfarronadas.

Pero Penelope, la mayor de las otras Blake, no tardó en contárselo a su madre, como cabía esperar:

–Mamá –dijo con aire virtuoso–, ¿a que Jasmine Blake es mala? Dice que su madre es coja, y no es verdad. La hemos visto muchas veces.

–Entonces Jasmine Blake dice mentiras, cariño, y ni el abuelo ni yo queremos que sigas juntándote con ella.

–Pero mamá…

Penelope no pretendía que las cosas llegaran tan lejos; tenía planes con Jay, de los que tienen mucha importancia para una colegiala.

–Puedes decirle que el abuelo quiere que vayas a la óptica a recoger sus gafas.

–Pero ¿eso no es también una mentira, mamá?

–No –dijo la otra señora Blake con firmeza.

Pero el abuelo añadió, reprimiendo a duras penas una sonrisa:

–La sociedad tiene sus exigencias, querida.

Jay se marchó al final del trimestre. Molly no. Frances Butler, la célebre exploradora, profundamente conmovida al saber que la señora Inglefield vivía aterrorizada por la posibilidad de que su vengativo marido secuestrara y le arrebatara a su única hija, sugirió que enviaran a Jay a un colegio excelente en el suroeste de Inglaterra, donde el malvado señor Inglefield no podría encontrarla.

Le pareció mejor idea que una huida angustiosa a las Highlands, que, por lo visto, era lo único que se le ocurría a aquella pobre y desesperada criatura para poner a salvo a su corderita.

–Pagaré con mucho gusto sus estudios hasta que termine. No puede esconderla en Escocia para siempre, pero a su marido nunca se le ocurriría buscar en un colegio de Hampshire.

–¡Hurra! –gritó Molly cuando le dijeron dónde se iba Jay–. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! –Dio volteretas y saltos de alegría, y se comportó como una hermana pequeña sin corazón–. ¡Jay se va! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Lorna se encogió de hombros y Susan dijo:

–Bueno, al menos alguien se alegra.

Jay tenía ya catorce años. Pero la naturaleza, perversamente, conspiró a favor de Lorna, pues no aparentaba más de diez, de modo que aún le podía servir como atrezo en las visitas durante las vacaciones. Rezó para que nadie en su nuevo colegio lo descubriera. En St. Catherine's, su vida familiar se desvaneció como una pesadilla; se entregó con entusiasmo a la rutina normal, y siguió destacando en matemáticas y en los deportes en los que ser menuda no suponía una desventaja. Aunque era popular, no se daba aires; más bien al contrario: «Intenta que ninguna de nosotras note que está un poco insegura de sí misma –reflexionó la directora, una psicóloga muy perspicaz–; ¿no tendrá algo que ver con que sus tasas las pague la señorita Butler y no su madre? Es algo que a menudo tiene ese efecto».

Echaba de menos a Molly, por supuesto, pero a cambio tenía a Daphne y a Clorinda. Daffy y Clo eran unas bobaliconas encantadoras y guapísimas. «Tienen muy buen carácter», le dijo la

directora a su madre, guardándose de añadir: «y el cerebro de un mosquito».

Jay descubrió que podía solazarse perezosamente con el afecto admirativo de Daffy y Clo como en un lecho de rosas sin espinas. Sin preguntitas incisivas, ni curiosidades incómodas, ni comparaciones hirientes. Estar con Daffy y Clo día y noche era justo lo contrario de la casa del riesgo. Si alguien les hubiera dicho a las cándidas hermanas: «Jasmine Blake nunca os invita a su casa en vacaciones y nunca os cuenta nada de su familia», habrían exclamado a coro: «Pues es verdad». Pero esa chispa de ingenio no iba a saltar nunca por sí sola de su cabecita.

Al cabo de un año, Jay se marchó de repente y no les escribió. Las visitas se habían acabado, y mamá dijo:

–Corderita mía, me temo que no puedo permitirme el St. Catherine's. Es un colegio muy caro, ya lo sabes, y no voy a consentir que mis hijas vivan a costa de los demás.

V



Benares Lodge, en Huntingdon Terrace, las había cobijado desde que Jay tenía diez años y Molly nueve. De algún modo, su madre había conseguido proteger su verdadera dirección durante el segundo y largo período de visitas; tenía un abanico de recursos asombroso. Incluso Susan, que nunca elogiaba sin añadir una pizca de malicia, exclamaba una y otra vez:

–¡No me explico cómo lo hace!

Ahora Lorna había decidido mudarse:

–Esta casa me trae demasiados recuerdos –dijo, bajando los párpados con tristeza, como si hubiera enterrado allí a todos sus seres queridos.

El número 31 de Netherby Park Road, en Ealing, no era tan bonito, pero tenía un estilo similar. Lorna tuvo que gastar lo que llamaba «sus ahorros», lo que quedaba de los meses de abundancia, en empapelar y pintar y en arreglar el sistema de agua caliente y el fogón.

–Una mudanza siempre es un dineral –decía–. Vamos a tener que apretarnos el cinturón una buena temporada, polluelas mías. No quiero sacar a Molly de la escuela de la señorita Rolandi; ha empezado muy bien.

La de la señorita Rolandi era una escuela de arte dramático, principalmente para adolescentes, adonde habían enviado a Molly hacía poco por consejo de la señorita Collins:

–Es una comediante nata. Sinceramente, señora Blake, no veo cómo podría asegurarle mejor el futuro que dándole una formación adecuada.

Así pues, durante los seis meses siguientes, Lorna administró la casa con mano austera y pagó las mensualidades. Jay iba al instituto politécnico, a un curso de teneduría de libros y contabilidad.

–Hay que darles una educación práctica –decía Lorna–. No soy vieja todavía, pero nunca se sabe, y cuando no esté aquí para cuidarlas…

Llevaban una vida monótona, libre de peligros. Pero, un sábado por la tarde, Jay y Molly volvieron del cine del barrio y se encontraron el ambiente enrarecido. Algo había alterado a Lorna. Su equilibrio volvía a ser precario, aunque no de la misma manera que en épocas de visitas, cuando casi siempre estaba de un humor excelente, con el aire de quien tiene el poder de conceder favores. Esta vez no era más que una mujercita preocupada que no sabía a qué santo encomendarse, hecha un manojo de nervios, como si hubiera perdido todo el aplomo. Pero entonces llegó el mazazo, la vieja consigna:

–Venga, a vestiros, rápido. Vais a salir con mamá. Bueno, tú no, Molly. Tú quédate en casa. Jay puede venir. ¡Ay, Dios mío!

A continuación, una breve discusión con Susan.

–Tenía que pasar un sábado, con todo cerrado, aunque de todas formas no sé si me dejarían sacar una suma tan grande.

–No entiendo a qué viene tanto jaleo. No se ha preocupado por él en todos estos años. Y no le va a servir de nada, pobre hombre, que aparezca usted justo para el final y el entierro. Tanto lío por las formas y el respeto.

Pero en la réplica de Lorna resonaron las obstinadas tradiciones de The Nook, de Clifford's Bay, de Benares Lodge:

–Es mi deber ir y llevar a las niñas. Hay que olvidar el pasado. Aunque no sé de dónde voy a sacar ropa de luto para ellas, con estas prisas… Susan, mientras estoy fuera, ve a comprar dos fajas anchas de color negro. Ah, y sombreros; dos sombreros de fieltro negro; la forma da igual. Ay, Dios mío, hay que pensar en tantas cosas a la vez… ¡Si al menos tuviera para los billetes! ¡Si hubiera algún familiar o un viejo amigo! Ser pobre te aísla de todo el mundo. Detesto pedir a desconocidos.

En atención a la desgracia, Susan se mordió la lengua para no soltar una réplica demasiado brusca.

–No sé, no sé… –Lorna cogió el último número de *Mayfair* y, distraída, puso el dedo al azar en mitad de la página de «Ecos de sociedad». Luego abrió los ojos y leyó–: «La bella esposa del honorable Ambrose Bristow, miembro del Parlamento, ha tenido la original idea de decorar su casa con conchas marinas y estuco blanco»…

Jay bajó las escaleras con desgana, con la misma ropa que se ponía cada día para ir al politécnico, pero con la vieja boina verde y los rizos sueltos sobre la frente, como concesión a este semiperíodo de visitas. Estaba dispuesta a amotinarse si hacía falta. Por nada del mundo se volvería a poner aquel horrible traje de marinero. Para su sorpresa, Lorna no pareció darse cuenta.

–¿Te has lavado las manos, cariño? –le preguntó con aire ausente.

Dos horas después, Molly oyó el chasquido de la verja.

–¡Jay! ¡Jay, estoy aquí arriba! ¿Qué tal?

–Ha sido espantoso –dijo Jay. Se quitó la gorra y el abrigo, los tiró de cualquier manera y se desplomó en la cama con gesto enfurruñado.

–¿Peor que de costumbre?

Esta vez tenían que hablarlo, porque lo ocurrido no formaba parte inevitable del ritmo habitual, sino que era, de nuevo, un misterio.

–No se han creído ni una palabra. No le han dado nada. Y ha sido culpa de mamá. Nunca la había visto hacerlo tan mal: confusa, nerviosa, contradiciéndose, sin darse cuenta de que no daba con la tecla, sin parar a tiempo, soltando ayes y repitiendo la historia…

–¿Qué historia?

–Una nueva. No la habíamos oído nunca; al menos, yo no, y supongo que tú tampoco. Sobre una clínica psiquiátrica en Escocia.

Molly negó con la cabeza.

–¿Inglefield?

–No, Blake. Ha enseñado el certificado de matrimonio, claro, y unas cartas descoloridas y fotografías antiguas, y ha dicho que papá estaba vivo, pero que ella siempre había preferido que las niñas pensaran que estaba muerto porque el recuerdo era demasiado terrible, y que ahora se estaba muriendo y tenía que ir a verlo por última vez, y que lo decente era que sus hijas estuvieran en el entierro. Y la señora Bristow ha dicho: «En mi vida he oído una historia tan inverosímil. Será mejor que se vaya». Y también: «La advierto de que podría considerar mi deber indagar en todo esto para proteger a otras personas».

Molly se puso pálida.

–Ay, Jay…

Pero se refrenó antes de preguntar: «¿Significa eso que irá a la policía?». Era mejor no asustar a Jay mientras aún hubiera alguna posibilidad de escapar de la cárcel.

Una confusa atmósfera de vergüenza se cernía sobre la casa. Su madre estuvo un buen rato hablando a solas con Susan; pero se acordaba de decir: «¡Chist, las niñas!», y «Fuera, polluelas mías», cuando entraron de golpe en la habitación, sin dejarles escuchar nada, lo cual también se salía del patrón habitual.

A la mañana siguiente, domingo, ella, Jay y Molly se mudaron a unas habitaciones baratas en North Kensington, donde pasaron dos semanas angustiosas, hasta que Susan, impaciente y malhumorada («Un gasto innecesario, con lo mal de dinero que anda usted ahora»), convenció a Lorna de que volviera a Netherby Park Road.

–No entiendo de qué tiene miedo. No dejó ninguna dirección, ¿verdad? Aunque esta vez podría haberlo hecho y no habría pasado nada. Salir pitando a esconderse en una pensión, cuando no tiene nada que temer; poner nerviosas a las niñas y a todo el mundo. Podría haber mirado fijamente la cara de boba de esa honorable señora y haberle dicho: «Bueno, pues haga lo que le dé la gana, ¿y a mí qué?».

Lorna confesó:

–Sí, fui una tonta. Me ofusqué. Me pareció tan… tan indecoroso tener que pedir dinero. Aunque sea por el bien de las niñas.

Cuando la mujer se marchó, Grace Bristow cogió el teléfono y marcó un número. Tenía intención de avisar a todas sus amigas de la buena sociedad londinense de que una estafadora andaba por ahí

con el cuento de que su marido se estaba muriendo en un manicomio de Escocia y no tenía dinero para el billete. Ya le había tocado lidiar con gente así, tanto antes como después de casarse con un diputado, pues Grace Bristow había sido decoradora de interiores aficionada y salía a menudo en los periódicos; «aunque no sé por qué eso les hace suponer que tengo dinero para dar y regalar». La habían engatusado dos o tres veces, y luego había descubierto su error con enfado. Era un alma vanidosa, y le dolía no tener razón. Pero esta mujer, esta tal Blake, no engatusaría ni al más crédulo: era absurdo; no tenía ni el aplomo ni la audacia que hacen falta para dedicarse a la estafa. Aun así, más valía poner sobre aviso a sus amigas, que habían hecho lo mismo por ella en varias ocasiones.

Shirley Dennison era la undécima de la lista, más o menos. Para entonces, la indignación de Grace había perdido un poco de fuelle:

–¿Hola? ¿Eres tú, señorita Temple? ¿Cómo anda nuestra muñequita de los rizos dorados?[42]

–Ojalá tus padres te hubieran bautizado Greta, en lugar de Grace –fue la respuesta, fría y un tanto exasperada.[43]

–Escucha, Shirley. Acaba de venir a verme una de esas mujeres, ya sabes, de las que van pidiendo, con una historia tan inverosímil y tan mal contada que no sé ni para qué se ha molestado en intentarlo. Pero he pensado que más valía ponerte sobre aviso, por si iba a tu casa. Ya se lo he dicho a Kathleen, a Norah, a Percy, a Tommy y a los Barclay.

–Sí que te ha cundido. Y ¿cómo voy a reconocer a tu amiga?

–Lleva a una niña. Bueno, no tan niña: de unos doce o trece años, diría yo. Bastante mona, con largos tirabuzones rubios y una boina

escocesa verde espantosa; prestada, supongo.

–¿La boina?

–No, Shirley. Estás insoportable esta noche. La niña.

–«La niña de atrezo» no sería un mal título para un relato. ¿Te has rascado el bolsillo?

–Dios, no. ¿Me tomas por una institución benéfica? Además, era una farsante, te lo digo yo. Normalmente te hacen dudar; pero esta estaba tan nerviosa, confusa y asustada, jadeando, repitiéndose y contradiciéndose sin parar, que al final la eché con cajas destempladas advirtiéndola de que iría a la policía con una descripción detallada.

–Y ¿vas a hacerlo?

–Todavía no; quizá más adelante. Ha dicho que tenía al marido en un manicomio de Escocia; me he quedado con la dirección, y voy a escribir allí primero para averiguar si existe y, si existe, preguntaré si han oído hablar de una tal señora Blake, si su marido es un interno y si la habían llamado para que fuera a verlo antes de que muriera.

–No me parece muy amable de tu parte –dijo la voz fría y burlona al otro lado del hilo–. Todas tenemos que ganarnos la vida de alguna manera. Bueno, adiós, Grace. Me voy de gira de conferencias.

–¿América otra vez?

–No, por Dios; si acabo de volver. En América no podrán verme ni en pintura hasta dentro de dos años por lo menos. No, esto es por las ciudades nórdicas: Estocolmo, Oslo, Gotemburgo… Será divertido.

–Preferiría dar conferencias a hacer campaña por Ambrose. ¡Esas condenadas elecciones parciales! Imagíname dentro de cuatro días intentando halagar a los votantes en galés. Adiós, querida. ¿Sabes si

los Cranfield están en la ciudad? Creo que tendría que llamarlos y fastidiarle los planes a nuestra querida señora Blake. No has sido ni de lejos tan agradecida como deberías, Shirley.

–Es un oficio como cualquier otro. Yo no le daría nada, pero le dejaría probar suerte con los incautos.

–¿Hola? ¿Shirley?

–Ah, ¿eres tú, Grace? Creía que estabas en Gales, dando la tabarra a los electores.

–Salimos esta tarde. Solo quería decirte, Shirley… Porque hay que ser justa…

–Así es, Grace, así es.

–Que he recibido noticias de Escocia. Del manicomio. No te lo vas a creer: la pobre señora Blake decía la verdad. Nos equivocamos de cabo a rabo.

–¿Nos? ¿Nosotras?

–Era cierta hasta la última palabra. Lo he corroborado. Tenía un marido allí; se estaba muriendo; le habían escrito pidiéndole que fuera y llevara a las niñas. Y no pudo ir. Shirley, ¿crees que podremos perdonárnoslo alguna vez?

–Habrá que intentarlo –dijo Shirley, aceptando el plural–. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Dejarle una tarjeta de visita? ¿O cien libras?

–Eso es lo más desolador. Se fue sin dejarme ninguna dirección. Se asustan cuando hablas de la policía.

–Lo cual no deja de ser curioso en este caso, si estaba diciendo la verdad.

–Sí. Es curioso. No había pensado en eso.

–Pregúntaselo cuando la veas.

–Shirley, ya te he dicho que no sé dónde encontrar a esa pobrecilla. No hay forma de dar con ella. Esto nos ha servido de lección: tendríamos que sentirnos mucho más responsables del sufrimiento ajeno; abrirnos más unos a otros; vivimos demasiado encerrados en nosotros mismos, como dentro de una coraza…

–El secretario del manicomio te daría la dirección, si volvieras a escribirle.

–Ah, pues tienes razón.

–Así podréis abriros todo lo que queráis.

–Tengo que irme corriendo a desempeñar mi papel de candidata consorte. Cuando vuelva de Gales, lo arreglaré todo.

–Apuesto a que se te olvida –murmuró Shirley, después de colgar.

A Jay y a Molly nunca les explicaron aquella visita aislada; quedó como un desafío a su ingenua creencia en los patrones establecidos. Después vivieron casi tres años sin sobresaltos, haciendo toda clase de sacrificios en nombre del ahorro y la prudencia. Lorna se mataba a trabajar, según decía, pero vivían dentro de sus posibilidades e hicieron algunos amigos nuevos muy agradables. Todos los veranos iban a Clifford's Bay. Los trajes de marinero se vendieron con un montón de ropa vieja cuando mamá hizo limpieza general. La ropavejera que los compró los sostuvo a contraluz y murmuró con desdén que apenas valía la pena llevárselos.

VI



–Mi consejo es que no lo haga –dijo Susan, con un énfasis siniestro en el «no».

Lorna le dirigió una sonrisa dulce y negó con la cabeza. El gesto significaba: «Sé lo que hago y pienso hacerlo».

–Empiece de cero, si es que tiene que empezar –prosiguió Susan–. Aunque, ojo, me parece un pecado desbaratar el hogar ahora que las niñas han crecido, con Jay a punto de encontrar trabajo y Molly en la pantomima. Pero, si lo lleva dentro y tiene que salir, búsquese un sitio nuevo. Hay un proverbio sobre los perros que vuelven a su vómito[44].

–No te pega nada soltar sermones.

Lorna seguía sonriendo. Se movía inquieta por la habitación, ahuecando cojines. Tenía los ojos vivos, superficiales y obstinados.

–¿Ahora resulta que aconsejar sentido común es soltar sermones? Fue a suplicarle a esa señora Bristow hace… ¿Cuánto? ¿Dos, tres años? Y la pifió. Pues bien, ¿y qué?

–Ahí está la cosa –dijo Lorna–. No me sentía con ánimos, por eso la pifié.

–La corroe el orgullo, ¿verdad?

Susan sonrió con malicia. Sin embargo, Lorna siempre le había hecho gracia y siempre se la haría. Y ahí estaba otra vez, de vuelta a

las andadas. Cualquiera habría pensado que, después de aquel fiasco, se habría asustado lo suficiente para sentar la cabeza de una vez por todas y dejar que sus hijas trabajaran para mantenerla en su vejez.

Le expuso esta tentadora propuesta.

–Gracias, querida Susan, pero puedo mantenerme sola.

–Si sigue así, acabará por mantenerla el Estado.

–No digas tonterías.

–¿No dijo que la honorable señora creía que le estaba contando un montón de mentiras y que iba a investigar?

–Resultó que le estaba contando un montón de verdades.

–Sí, eso es lo más gracioso. Estaba diciendo la verdad, por una vez. Y, sin embargo, fue una de las pocas ocasiones en que no se salió con la suya. Qué gente más desconfiada hay en el mundo, ¿eh? ¡Es que me parto de risa!

–Primero escribió a Escocia –dijo Lorna, pensativa–, y el director del psiquiátrico le respondió que, en efecto, el señor Leonard Blake se estaba muriendo; que, en efecto, se habían puesto en contacto con su mujer, pobrecilla, para pedirle que fuera urgentemente con las niñas si quería verlo con vida; y que, en efecto, la señora Blake no había podido ir. La honorable señora Bristow tuvo que sentirse avergonzadísima de haber dudado de una historia tan triste.

–¡Ahí lo tiene! Con las cartas a su favor, podría haberse quedado tan tranquila en casa, e incluso haberle dado su dirección para que viniera luego con un bolso lleno de dinero y un «le ruego que me disculpe, señora Blake». Ya se lo dije entonces. Pero no: usted salió corriendo, muerta de miedo, porque creía que había hecho algo indecoroso.

–Ahora lo veo de otra manera. Además, recibí una carta suya. Por eso sé que escribió a Escocia.

–Eso no me lo había dicho –contestó Susan, ofendida. Lo perdonaba todo menos el secretismo.

–En aquel momento me sentía fatal con todo aquello. Ni siquiera quise leer la carta. La guardé.

–¿Cómo consiguió la dirección? ¿Qué le decía?

–Por el director. Solo que lamentaba el error y que si le haría el favor de ir a verla.

–Muy amable, vaya.

–Así que voy a ir.

–Por fin, casi tres años después. Es usted la monda. Bueno, vaya. Espero que saque una buena tajada. ¿Se lleva a las niñas?

–Jay puede venir. A ella le gusta. Molly ha crecido demasiado. Además, con seis funciones de noche y dos matinés a la semana… No quiero que se agote.

–Ha tenido unas críticas estupendas.

–Sí, angelito mío. Es una actriz nata, y los elogios no parecen subírsele a la cabeza.

El cálido amor maternal en la voz de Lorna se superpuso por un momento a la indiferencia de la tahúr hacia los lazos familiares. Pero Jay, con los ojos ensombrecidos por el pánico, se rebeló:

–No pienso ir.

Lo sabía, por supuesto; tanto ella como Molly sabían, por todos los indicios, que estaba a punto de ocurrir otra vez. El período intermedio de paz había terminado, y había sido más largo de lo habitual, excepto por aquella visita misteriosa que su madre se había

obligado a hacer en plena fase de «no ir de visita» y en la que le había fallado la confianza.

–Tengo casi dieciocho años –dijo Jay, sumándose seis meses de un plumazo–. Y he aprobado todos los exámenes. Y no quiero, no puedo, sencillamente no puedo seguir yendo de visita. Supongo que te gustaría volver a vestirnos con trajecito de marinero y calcetines agujereados, ¿no? Y dejarme otra vez el pelo largo con tirabuzones. Seguro que te gustaría que Molly renunciara a su carrera para que fuéramos contigo y te ayudásemos a contar mentiras y más mentiras…

Por fin había salido a la luz, expresado en abierta rebelión, lo que con tanto esmero se habían guardado siempre. Salió casi sin hacer ruido, como si un cristal se hiciera añicos sobre una alfombra gruesa; porque Jay habló en un susurro, con la boca seca; solo sus ojos reflejaban agitación y desconsuelo.

Su madre apenas hizo frente a la crisis; se limitó a encogerse de hombros y a decir, con aire despreocupado:

–Todo lo que he hecho ha sido por vuestro bien, el de Molly y el tuyo.

El tópico le salió de forma mecánica, como si no tuviera mucho interés en resultar convincente.

Pero la vehemencia de la muchacha no hizo más que aumentar, avivada por el inoportuno recuerdo de que ella misma, años atrás, se había sentido entusiasmada con la alianza; había acogido con agrado la ruptura de su vida monótona; incluso se había sentido tentada de colaborar, con una mezcla de miedo y excitación…

–Ninguna madre ha hecho nunca lo que tú has hecho con nosotras. Molly lo odiaba tanto que casi se muere de odiarlo. Unas

veces nos decías que había que decir siempre la verdad y no pedir nunca nada, y otras… ¡Bah, qué más da! Pero hasta aquí he llegado.

Su madre se acercó al espejo y empezó a retocarse el pelo con un gesto admonitorio que Jay conocía bien:

–Molly tiene un carácter más conformista que tú; yo he tenido que apañármelas con unos ingresos muy reducidos, pero tú nunca aceptaste ser pobre. Me partía el corazón tener que negaros los lujos que me pedíais: clases de violín…

Jay se había preguntado adónde conduciría todo aquello. Ahora lo sabía. Mamá se había ido acercando sigilosamente a esas tres últimas palabras. Había echado mano de un látigo.

–No puedo quedarme en casa –sollozó Jay. No, ya no podían seguir viviendo juntas, su madre y ella. Se habían dicho demasiadas cosas–. Me voy.

Lorna seguía ante el espejo, de espaldas a su hija. Pero ahora su voz fue indulgente y maternal:

–Jay, cariño, creo que ni tú misma sabes lo que quieres, salvo montar un numerito por nada. Deja de comportarte como una boba y de criticar lo que no entiendes. Cuando seas mayor, te darás cuenta de que la vida no es fácil para una mujer que se ha quedado sin marido y con dos hijas que criar y educar. Lo he hecho lo mejor que he podido.

Molly volvió de la matiné de *Dick Whittington*[45] y se encontró a Jay sentada en su baúl, ya hecho. No tardó mucho en contarle lo que había pasado.

–Sí, vete. Me alegro.

–Te alegraste cuando me mandaron a St. Catherine's. Siempre te alegras. ¿Tan horrible es tenerme en casa? –preguntó Jay, no con

resentimiento, sino con humildad. Estaba segura del amor de Molly, pero no de que ella no fuera, en verdad, horrible.

–No dejaré de echarte de menos ni un solo minuto. –Molly le dedicó a su hermana una de esas sonrisas lentas que cortaban el aliento y que eran su único parecido con Lorna–. Excepto –puntualizó, para no faltar a la verdad– cuando esté haciendo de Bigotes. –Bigotes era el gato de la pantomima.

–Entonces, cuando acaben las funciones, ¿te vendrás conmigo?

–Yo estoy bien aquí. Me han contratado para *Naughts and Crosses*. Un papel divino. Me han hablado de él hoy. De todos modos, no estoy mucho en casa. Además…

–Da igual el «además» –la interrumpió Jay. Puede que hubiera adivinado, o puede que no, que Molly iba a decir: «Yo estoy más a salvo que tú cuando empiezan las visitas; las he odiado siempre, desde el principio. No corro peligro».

–¿Adónde piensas ir?

–¿Te acuerdas de Daffy y de Clo Carberry? Te hablaba mucho de ellas. Me ayudarán a encontrar un trabajo. Sus padres son arquitectos o algo así en Southampton.

–Hace tiempo que no sabes de ellas, ¿verdad? A lo mejor se han olvidado de ti.

Pero Jay era optimista. No podía evitarlo, al recordar cómo la adoraban y admiraban, cómo la seguían a todas partes, repetían todo lo que decía, copiaban todo lo que hacía, suplicaban que les hiciera caso y la elogiaban delante de las otras niñas.

–Tres años no es tanto tiempo. Daffy y Clo no son de las que se olvidan de una amiga.

–Tendrás que quedarte hasta mañana. Mi banco no abre hasta las diez.

Desde que Molly trabajaba –y Bigotes era su tercer papel–, su madre había insistido, con prudencia y sensatez, no solo en que Molly abriera una cuenta a su nombre, sino en que ahorrara al menos dos tercios del sueldo. Lorna aceptaba a regañadientes una libra a la semana para los gastos de la casa, lo que, según decía, era la mayor ayuda del mundo.

–Ay, Molly, no puedo aceptar tu dinero.

–No seas boba. Claro que sí.

–Eres la pequeña. Yo tendría que ganar más que tú.

–En el teatro siempre se gana más al principio. Tú tenías que estudiar para los exámenes.

–Gracias a Dios que los aprobé. Ahora que tengo un título, no debería tardar mucho en empezar a ganar dinero. ¿Sabes? –dijo, tras una pausa–, mamá se ha portado bien con nuestra educación. Ha defendido siempre su importancia por encima de todo…

–Sí.

–Molly…

–¿Sí?

–Nunca has sido de muchas palabras, ¿eh?

–¿Qué quieres que diga?

–No me explico cómo puedes hacer el payaso interpretando a Bigotes hasta conseguir que me parta de risa y me duela la barriga, y luego ser tan seria en casa.

–Mira a Dan Leno y a Grimaldi[46] y… a Charlie Chaplin. No es que me esté dando aires –se apresuró a aclarar Molly–. Pero todos los payasos son melancólicos en casa.

–Pensaba que uno actúa según se siente.

–No funciona así. ¿Vamos a decirle a Susan que te vas?

–¿Por qué no? A esa vieja granuja le da igual lo que hagamos.

–Seguro que ha cometido algún que otro asesinato en sus noches libres.

Jay se rió.

–Aun así, quería irme antes de que volviera mamá. Hemos tenido una bronca tremenda.

–¿No está?

–No, ha salido.

Sus miradas se encontraron. Las visitas habían empezado de nuevo.

De pronto, Molly exclamó con alegría:

–¡Córcholis, si hoy es viernes! El fantasma se pasea los viernes[47]. Llevo encima la paga de la semana. Toma: seis libras. En cuanto me des una dirección, te mandaré mucho más. Pero con esto te da para el billete a Southampton.

Una frase que ambas conocían bien, pero que sonó extraña en boca de Molly: «para el billete a Southampton».

CUARTA PARTE
El chico enemigo

I



Alexander Muir-Leslie, antiguo oficial del 17.º de Lanceros, se incorporó en la cama de su habitación, en la planta veintisiete de un hotel de Nueva York, y empezó a echarse las cartas de tarot Teuila[48]. Lo hacía a modo de mantra todas las mañanas, entre el desayuno y la lectura del periódico. No había ninguna razón concreta para levantarse temprano, y le reconfortaba la combinación de las cartas y sus coincidencias o contradicciones con las de la mañana anterior. Hoy la Calamidad había salido en la cuarta fila, la de «Lo que no esperas», flanqueada por Sorpresa a un lado y Visita al otro. La Calamidad estaba representada por un diablo danzante que arrojaba jabalinas.

Alexander frunció el ceño; era improbable que recibiera una visita, pues nadie le visitaba. «Así que puedes guardarte tu Calamidad», pensó. Y, en cualquier caso, ahí, en la quinta fila, sin llegar a tocarla, pero en perpendicular, estaba el Sol, y eso indicaba predominio de la Buena Fortuna. La Mujer Rubia, a la que él llamaba Sylvia, no había salido esta mañana; ni tampoco la Mujer Morena. Sin embargo, una Mujer de Pelo Castaño se encontraba, junto al Sol, en la fila de «Lo que ha de cumplirse». La mañana anterior, el Sol había salido en la tercera fila, la de los Deseos, donde traía más suerte. La mañana en que no aparecía, Alexander siempre echaba las cartas una segunda

vez para darle otra oportunidad a un día que se antojaba insípido, aunque en el fondo del alma sabía que hacer eso era indigno de su inteligencia.

Satisfecho, las recogió, las dejó a un lado y cogió el periódico. Leerlo de principio a fin también era parte del ritual; los acontecimientos del mundo no le interesaban especialmente.

Pero hoy, en las páginas centrales, un párrafo destacado anunciaba el compromiso de Sylvia.

Se había prometido con un neoyorquino, propietario de un importante grupo de publicaciones. Parker B. Harland, en una visita al Viejo Continente, había conocido a la bella Sylvia Mainwaring, dama de la alta sociedad, y se había enamorado a primera vista. Era un auténtico romance. Se casarían en la iglesia de Santa Margarita, en Westminster, dentro de cinco semanas.

Y hacía seis años había estado prometida con él, Alexander Frederick Muir-Leslie.

En los cinco años y medio de exilio, casi se había olvidado de la mujer que los había separado. Ahora, el odio y el deseo de venganza, el deseo de matar, volvieron con la fuerza de un impacto físico. Se tumbó y pensó, no en Sylvia, sino en Lorna Inglefield.

Lorna Inglefield.

Y pensó en quitarse la vida, pero no hoy, porque se sentía demasiado enfermo. Le dolía la cabeza y le temblaban las piernas. En unos días, cuando se encontrara mejor y fuera capaz de pasar a la acción, entonces se mataría.

No había otra cosa que hacer. No le quedaba esperanza. Sylvia estaba prometida y pronto se casaría con ese Parker B. Harland. Era extraño que, a pesar de no haber recibido ni una sola palabra de ella

en todos esos años, nunca se le hubiera ocurrido que pudiera prometerse con otro. En su cabeza, Sylvia se había quedado estática, sin avanzar; fijada en el momento en que le había escrito aquella carta terrible.

Se quedó en la cama, aferrándose maquinalmente a su vieja rutina: desayuno, cartas Teuila, periódico. Su rutina era como la barandilla de una escalera empinada. Tenía que cogerse a ella o se caería.

Pensaba en Lorna Inglefield sin cesar, más incluso que en su amor infiel. Lor-na… Lor-na… Dos notas que repiqueteaban en su cabeza como el chirrido monótono de un grillo.

Alrededor de una semana después, cuando ojeaba una columna de la sección literaria del periódico, de escaso interés para él, reparó en la mención del lugar de nacimiento de una autora.

> Shirley Dennison, la célebre escritora inglesa, cuyas potentes novelas proletarias… gira de regreso por América… alojada en el Algonquin… su última conferencia antes de volver a Inglaterra tendrá lugar mañana en el ayuntamiento de Brooklyn… Nacida en 1894 en Market St. Dunstan's, Inglaterra, la señorita Dennison llevó una vida sin sobresaltos hasta la Gran Guerra… condujo una ambulancia… su colorida y vibrante primera novela, *Fuegos de Flandes*… nos complace recibir a tan distinguida personalidad…

«Market St. Dunstan's.» Estas palabras saltaron a la vista de Alexander, nítidas y cargadas de significado, de entre el resto del texto ondulante y sin sentido.

¿Market St. Dunstan's? Tenía alguna relación con Sylvia.

«Neil Inglefield con Lorna Mason en la iglesia de Market St. Dunstan's.»

¡Claro! Entonces, esa tal Shirley Dennison, que había nacido allí, podría contarle lo que quería saber. Por fin tenía otra pista para encontrar a Lorna; la primera desde que Neil Inglefield se le había escapado de entre los dedos.

«Estoy demasiado enfermo para levantarme», pensó Alexander. Sí, Lorna Inglefield le había arruinado la vida, y ahora estaba enfermo, muy enfermo. Con la naturalidad de quien, absorto en una idea, ha perdido todo sentido del ridículo, envió un telegrama a Shirley Dennison al hotel Algonquin, convocándola con urgencia a su habitación.

Intrigada por aquel desconocido Alexander Muir-Leslie y su extraordinario mensaje, Shirley decidió ir. Como en el hotel de Alexander la conocían, le dijo a Sidney, el jefe de conserjes, que subía a la habitación del capitán Muir-Leslie, y que, si no reaparecía en los próximos siete días, derribasen la puerta y buscasen su cadáver.

Sidney la tranquilizó. Conocían al capitán Muir-Leslie desde hacía bastante tiempo. Siempre estaba yendo y viniendo. Era, en apariencia, un caballero muy agradable. Inofensivo. Inglés. Un poco chiflado.

Y así se lo pareció a Shirley cuando lo encontró sentado en la cama, con un aspecto no muy distinto al de don Quijote, estudiando atentamente con el monóculo cuatro filas de coloridas cartas ilustradas dispuestas ante él, y con el mazo en la mano, listo para poner la quinta.

Su asombro fue tal que se olvidó de los preliminares de cortesía, suponiendo que la situación los requiriese.

–¿Se puede saber qué demonios pasa aquí?

Alexander la miró con gravedad y la saludó con una inclinación de cabeza.

–¿La señorita Shirley Dennison? Confiaba en que me diera tiempo a terminar y ponerme el batín cuando me avisaran de recepción. Pero ¡estos ascensores! –Movió la cabeza–. Nunca se sabe. A veces paran en todas las plantas y otras te suben en un suspiro. Es usted muy amable por haber venido.

–En absoluto. Es un placer. –Si él podía mostrarse formal sentado en la cama y haciendo un solitario con cartas ilustradas, ella también–. Por favor, termine lo que estaba haciendo.

Pero era una situación de lo más insólita: primero el telegrama y la urgencia, y ahora las cartas.

–Lo haré, si de verdad no le molesta. ¿Quiere sentarse? Creo que la silla más cómoda es la que hay al lado de la ventana. La vista de la Quinta Avenida…

–Prefiero quedarme aquí, si le parece bien.

Con un gesto, el capitán la hizo partícipe de las cartas Teuila y de todos sus oráculos. A continuación colocó la quinta fila y emitió un «¡Ah!» de profunda satisfacción.

–¿Qué ocurre? –preguntó Shirley.

–Es la Visita otra vez. Usted. A eso no se le puede llamar coincidencia, ¿verdad? Una Visita junto al Deseo. Ese es el Deseo, el Barco. Por lo general, si sale en cualquier fila que no sea la tercera, que es la propia fila de los Deseos, no cuenta. Pero junto a la Visita… es extraordinario. Sí, y ahora que me acuerdo, hace una semana más o menos, salió una Mujer de Pelo Castaño. Después de la Calamidad y antes del Sol. Me acuerdo muy bien. O ¿fue antes de Una Gran Sorpresa? Esa es la Sorpresa, el muñeco de resorte de ahí

arriba. Pero no significa gran cosa con la Decepción al lado. –Y añadió rápidamente–: Podemos pasar por alto la Decepción. Podría referirse a cualquier nimiedad, como que el café no estuviera bueno; no lo estaba esta mañana; he tenido que llamar para quejarme. –Estudió las cartas de nuevo, absorto, como un astrónomo escrutando el cielo–. ¿Una Mujer de Pelo Castaño? –Estudió a Shirley y luego volvió a mirar una carta que representaba a una mujer morena con una rosa roja prendida en el pelo–. Esta se le parece más –reconoció, a regañadientes–. La Mujer Morena, debajo de la Espada, que representa el Peligro. Pero no sé…, tiene usted mucho plateado en el pelo, lo que lo hace bastante más claro. ¿Cómo se definiría, con toda sinceridad? ¿Morena o de pelo castaño? No se puede hacer trampa; de lo contrario, el asunto pierde cualquier significado.

Con mucha delicadeza, Shirley le puso una mano en el hombro huesudo. No le habló con dulzura, como para complacer a un niño o a un enfermo, porque intuyó que a aquel hombre lo habían herido de muerte y había que respetar a toda costa la dignidad que le quedaba.

–Diría que de pelo castaño, sin lugar a dudas, si es que soy la Visita.

–Bien. –Alexander suspiró aliviado. Luego recogió las cartas con esmero y las guardó en su estuche. Shirley se sentó en el sillón al lado de la ventana. Supuso que la había hecho llamar porque había leído algo suyo que le había gustado y donde había creído encontrar un mensaje personal. A juzgar por las cartas de sus admiradores, su obra estaba llena de mensajes personales, pero nunca hasta ahora la había llevado a un encuentro tan rocambolesco–. Señorita

Dennison, usted nació en Market St. Dunstan's, ¿verdad? ¿Vivió allí el tiempo suficiente para… conocer a la gente? ¿A la gente de la zona?

–Viví allí de forma intermitente hasta los veinte años.

–¿Conoció a Lorna Inglefield? De soltera se llamaba Lorna Mason. ¿Conoció a Neil Inglefield? –No volvería a esperar el momento más oportuno; la astucia le había hecho perder su única pista hacía casi seis años, en California. Pero ahora la esperanza renacía, rica en promesas. En unos minutos, tal vez, podría levantarse, vestirse y volver a Inglaterra; ir directamente a ver a Sylvia justo a tiempo para impedir su boda; demostrar que aquella mujer era una farsante, que su «persecución» había estado justificada… «Oh, Alec, Alec, querido. Perdóname. Lo siento. Me equivoqué.»

–Sí, claro –replicó Shirley–. Conocí a Lorna. Dio al traste con mi gran amor y me arruinó la vida. –Estaba tan acostumbrada a hablar con frivolidad de aquel episodio que no juzgó necesario adoptar un tono solemne, y menos con un desconocido de hombros huesudos que estaba en la cama leyéndose la fortuna en unas cartas ilustradas.

–¡No me diga! –exclamó Alexander, con el júbilo de quien encuentra a un compañero de infortunio–. ¡Caramba! ¿De verdad?

–Bueno, vamos a ver, ¿a qué Lorna se refiere? La madre de mi querida Lorna Mason se casó con el padre de Neil, que, si no recuerdo mal, también se llamaba Neil…

–¿Así que había un Neil padre y un Neil hijo, y una Lorna madre y una Lorna hija? –dedujo Alexander, asimilando a toda velocidad, con el entendimiento espoleado de pronto, aquella información nueva y fascinante–. Y ¿se casaron también la hija y el hijo?

–¡Qué va! El joven Neil la odiaba a muerte.

–Entonces ¿estaba utilizando el certificado de matrimonio de su madre?

Alexander se recostó en las almohadas, exhausto. Daba a Sylvia por reconquistada.

–Capitán Muir-Leslie, ¿conoce usted a nuestra Lorna?

El capitán desestimó la pregunta con un gesto.

–Volverá conmigo a Londres, ¿verdad? –dijo, en cambio, aunque de forma meramente protocolaria. Por supuesto que Shirley Dennison volvería con él a Inglaterra, de inmediato–. Necesitaré su ayuda para demostrar que se hacía pasar por su propia madre. ¡Dios mío! –exclamó, al caer en la cuenta–, y pensar que podría haber sabido esto hace años por boca de Neil Inglefield.

–¿Qué relación tiene usted con Neil Inglefield? Capitán Muir-Leslie, ¿de qué va todo esto? ¿Qué hace nuestra Lorna con un certificado de matrimonio falso?

Le dirigió una sonrisa entre marcial y socarrona. Ah, las mujeres, siempre curiosas, siempre haciendo preguntas, siempre queriendo saber; incluso las inteligentes que escribían libros. Pero estaba dispuesto a complacerla. Así que le contó la historia de la mujer que había visitado a Sylvia, y todas sus consecuencias.

Sylvia brillaba, angelical, en primer plano. Y la mujer, una figura detestable y siniestra, surgía de entre las sombras del vestíbulo.

–Pero esto es una difamación, si va por ahí haciendo creer a todo el mundo que Neil Inglefield se casó con ella y la abandonó en la miseria y con dos hijas. Neil tendría que saberlo.

–Llevo seis años escribiéndole con ese propósito –dijo Alexander, con un justificado deje de amargura.

–¿Contándole lo que me ha contado a mí?

–No, eso no se pone en una carta. Le pedía que viniera a verme. Si no se hubiera marchado con tantas prisas aquella vez en California…

En su fuero interno, Shirley creyó comprender los motivos que podía haber tenido Neil para poner pies en polvorosa. El relato completo de Alexander, con todos los preliminares, justificaciones, descripciones de Sylvia, denuncias de Lorna y lo que las adivinas tenían que decir al respecto, había durado casi tres horas.

–¿A qué dirección enviaba sus cartas?

–A la sede de Hoteles Neptune.

–¿Aquí, en Nueva York?

–No. En Londres.

–También habrá una sede en Nueva York, si tienen tantos hoteles repartidos por América. ¿Dónde está la guía telefónica?

Shirley encontró el número y llamó para preguntar si el señor Inglefield estaba en América y, de no ser así, dónde.

Alexander observaba sus movimientos con gratitud y admiración, pero también con cierta inquietud. Le parecía que Shirley se estaba desviando de lo importante. Tendría que estar reservando sus camarotes en el próximo barco de vuelta a Inglaterra y a Sylvia.

Shirley colgó y se volvió, radiante:

–Hemos tenido suerte. Está en el hotel Neptune de Florida. Le enviaré un telegrama. Podría venir, si consigue escaparse.

–¿Lo conoce lo suficiente para hacerlo venir? –preguntó Alexander, un poco aturdido por el ritmo de la vida moderna, ahora que volvía a tener algo en juego.

Ella le sonrió.

–Bueno, usted no me conocía hasta esta mañana, ¿verdad? En realidad, no he visto a Neil desde que él tenía dieciséis años y yo veinte, pero siempre nos hemos llevado bien. ¿Qué le parece esto?: «Lorna Mason difunde historia difamatoria contra ti stop creo importante tomes medidas stop ven lo antes posible para conocer detalles. Shirley Dennison, Hotel Algonquin, Nueva York».

–Pero no dice nada de mí –protestó Alexander.

Pese a la compasión que sentía por el capitán, Shirley le respondió con una pequeña mordacidad:

–Le estoy reservando como una grata sorpresa.

II



–Pero, Shirley, ¿quién es el hombre al que me llevas a ver? Soy muy tímido con los desconocidos.

–Ya te lo he dicho: el que trajo las buenas noticias.

–¿Sobre Lorna? ¡La muy arpía! Ya verás cuando le ponga las manos encima. –Porque Shirley ya le había hecho un resumen de las actividades profesionales de Lorna y de cómo él estaba implicado, omitiendo únicamente que Neil ya se había encontrado con el capitán Muir-Leslie y había estado a punto de oírlo todo de primera mano. Pensaba que Neil merecía un castigo por su anterior falta de amabilidad con Alexander.

–Esta es su habitación. Hagas lo que hagas, no lo alteres; está enfermo: crisis nerviosa; *El hombre de la máscara de hierro*, o *Seis años en un ataúd*[49]. Lo estoy sacando a flote, pero me cuesta Dios y ayuda. Capitán Muir-Leslie, le he traído al señor Inglefield.

–¡Dios! –dijo Neil.

Pero se dio cuenta de que el Rey Pelmazo, como siempre lo había llamado para sus adentros, había estado gravemente enfermo y seguía hecho una pena; así pues, tras dirigirle a Shirley una mirada elocuente que prometía ajustarle las cuentas más adelante, se recompuso con rapidez y consiguió que su saludo sonara mucho más cálido y cortés que el monosílabo anterior:

–Esto sí que es una sorpresa, señor. Shirley no parece saber que ya nos conocemos; me llamaron de improviso y no pudimos terminar nuestra conversación.

–Y ¿tampoco recibió mis cartas?

Touché, pensó Shirley. Pero, como parecía que ya iba siendo hora de rescatar a Neil, se le adelantó con un hábil:

–A propósito de Lorna… –Y logró así captar por completo la atención de Alexander.

–Lorna no se va a ir de rositas –dijo Neil–. Haré que la procesen en cuanto volvamos. La muy sinvergüenza. Y siempre tan condenadamente persuasiva. Fui el único que la caló desde el principio. «El chico enemigo», me llamaba. Y no me extrañaría que ahora siga con la broma y se esté dando el gustazo de vengarse de mí por haberle abierto los ojos a Marcus.

–¿El señorito Marcus? –A su pesar, la curiosidad de Alexander se avivó. El señorito Neil y el señorito Marcus. Las piezas sueltas del rompecabezas se iban encajando a toda velocidad–. ¿Era su hermano?

–Sí, mi hermano mayor.

–Ha llegado el momento –observó Shirley– de una de esas magníficas escenas a la antigua usanza en las que el abogado de la familia se sienta con gesto grave y dice: «Reconstruyamos ahora los hechos tal como sucedieron en 1820».

Los ojos de Alexander, hundidos en sus cuencas cavernosas, melancólicos como los de un mono que ha caído de un árbol muy alto y ha quedado maltrecho para siempre, se movieron despacio de Neil a Shirley y otra vez a Neil. La aparente falta de seriedad de

ambos ante asuntos tan graves como el odio y el desamor lo desconcertaba.

La nueva generación… Sí, estaba dispuesto a ser indulgente con la nueva generación, recordando cómo una generación anterior lo había tenido que ser con él. Pero estos dos eran más o menos de su edad; la señorita Dennison era incluso mayor, y llevaba unas gafas de montura roja que desentonaban con su belleza de rasgos afilados. Sin embargo, su ritmo era más rápido; su actitud, más frívola; su forma de hablar, más desenfadada.

–Me gustaría mucho saber… –empezó a decir, en tono cortés. Después de todo, aún llegaría a tiempo de impedir la boda de Sylvia, puesto que zarpaban al día siguiente–. Me gustaría mucho saber cómo entró esa mujer en la vida de ustedes dos.

–Adelante, Neil.

–Mi padre volvió a casarse. Se casaba cada dos por tres; Hollywood era su patria espiritual, solo que nació cincuenta años antes de tiempo. Pero esta vez eligió mal: la señora Mason, una viuda con una hija de lo más anodina, Lorna, que era por entonces sencilla y modosa, con un aire anticuado; una estampa de Kate Greenaway[50].

–Zapatos de hebilla y un lazo en la cintura –murmuró Shirley.

–Bueno, no exactamente, porque ya tenía mi edad cuando entró en la familia; casi dieciséis. Debía de ser más bien la impresión de candidez que daba: una mata de pelo castaño y ademanes serviciales mientras subía y bajaba escaleras para traer cosas. Tenía que ser servicial para hacerse notar de algún modo; de lo contrario, su madre la habría eclipsado por completo. Mi madrastra era una mujer muy bella, ¿sabe? ¿Te acuerdas de ella, Shirley?

Shirley asintió.

–Sí. Triste como una leyenda. Todos querían atenderla. A mí me parecía maravillosa.

–A mí no –replicó Neil, con el mismo tonillo de superioridad de cuando eran unos críos en Market St. Dunstan's: él, el perspicaz, y Shirley, la ingenua–. Pero papá, naturalmente, se desvivía por ella. Y en cuanto al aire melancólico de sus ojos… Resulta que, unas semanas antes de conocerlo, se había pulido hasta el último penique en las mesas de Montecarlo, y, en fin, son cosas que dejan melancólico a cualquiera.

–Neil, eso no lo sabía.

–Pues sí, la señora Mason era una jugadora empedernida; lo único que le importaba era el bacará. Pero estaba empezando a perder oído, así que volvió a Londres y fue a un especialista que le dijo que no tenía remedio. Entonces, por suerte para ella, conoció a mi padre y ocultó ese pequeño detalle. Iba empeorando, pero muy poco a poco, así que primero le echó el guante y, unos meses después, le dijo que temía que pudiera tener «un problemilla» en los oídos, nada grave, pero que quizá convendría ver a un especialista. Papá la llevó a su médico de confianza, luego tuvo una entrevista privada con él y finalmente se lo comunicó con muchísima delicadeza. Los dos estaban desconsolados y dispuestos a sacrificarse el uno por el otro. Ella no dejaba de decir que, si lo hubiera sabido antes, habría rechazado casarse con él: ¡ay, le había arruinado la vida! ¡Qué iba a hacer él atado a una mujer sorda!

–¿Cómo supiste que ya había consultado a un especialista antes de casarse?

–Recuerda que fui un escéptico desde los dos años; y los chicos tienen una reacción natural contra sus madrastras; fíjate en Hamlet: si hubiera sido su padre el que se hubiera enamorado y vuelto a casar, habría sido aún más insoportable. Desconfié de las Mason desde el principio; eran demasiado amables y abnegadas. Se me ocurrió pasarme por la consulta de otros especialistas de garganta y oído y pedirles que verificaran el nombre; fue un tiro a ciegas, pero averigüé lo que quería. El hombre no me dijo nada, claro, pero la fecha la delataba. No obstante, no estaba seguro de si quería delatarla o no. A un joven siempre le gusta demostrar que tiene razón y que es más listo que sus mayores, pero ver a mi padre cada día sabiendo que nunca podría decírselo no tenía nada de divertido…

–¿No se lo dijiste? ¡Oh, cuánto me alegro!

–Shirley, soy un bruto implacable; pregúntale a cualquiera de los innumerables directores a los que he despedido de la Neptune Company. Pero no soy un monstruo. Papá era el hombre más bondadoso del mundo, y tanto él como Marcus, los criados, el pueblo entero, todos trataban a la pobre señora como a una santa. Sufría, desde luego, pero sufría entre algodones. Para eso se había casado con él.

–¿Y Lorna? ¿Nuestra pequeña Lorna? ¿Lo sabía ella?

–Ya lo creo que sí. Probablemente fue idea suya desde el principio, para quitarse el muerto de encima. Fingía querer y adorar a su preciosa madre, pero estoy convencido de que la aborrecía con toda el alma. Su madre no le dejaba espacio para crecer, acaparaba el protagonismo, y nuestra pequeña Lorna ambicionaba ya entonces el poder. Planeó conseguirlo a través de Marcus. Hizo el papel de hermanita cariñosa con él, que nunca había tenido una hermana

pequeña; lo cogía de la mano, lo miraba embelesada, no se despegaba de él y le hacía pequeños recados con pies rápidos y silenciosos. De mil maneras le halagaba su hombría y su estatura. Pretendía ser algún día la señora de Marcus Inglefield y mangonear a su antojo.

–Eso tampoco lo sospeché nunca –musitó Shirley–, aunque la vi cogerlo de la mano bastantes veces. A Marcus parecía gustarle.

–Y tanto que le gustaba –dijo él, sombrío.

–Neil, ¿qué pasó con Lorna después de que me echara de Market St. Dunstan's?

–Papá se llevó a su madre a Montecarlo a morir. Luego, un poco más adelante, murió él también y el hogar se deshizo.

–¿Así que le perdiste la pista?

–No del todo. Conocía a algunas personas que conocían al hombre que se casó con ella. De hecho, se había alojado en la mansión un par de veces. Leonard Blake. Un tipo apuesto, ancho de hombros, aire nórdico, con algo de animal noble.

–¿Blake? –repitió Shirley–. ¿Blake?

–Sí. Un nombre muy común. ¿Por qué le das tantas vueltas, como si fuera un bicho raro que examinas con el paraguas?

–No lo sé muy bien. Algo ha asomado entre la niebla y ha vuelto a desaparecer. ¿Es verdad que Marcus vive ahora en el norte y controla el tráfico de licores, sentado en un tonel y coronado de hojas de parra?

–Siento desilusionarte, Shirley, pero, más que sentarse en un tonel, se ha convertido en uno.

–¿Mi Marcus? ¿El Marcus guapo, esbelto y romántico que conocí?

–Ese mismo. Está casado con una mujer rolliza y bondadosa y tiene siete hijos. Todos tienen un nombre que empieza por «G».

–¿Por «G»? ¿Por qué?

–Supongo que le procura alguna oscura satisfacción sexual –respondió Neil mirando de reojo a Alexander, que dejó caer el monóculo y se puso a darle vueltas entre los dedos.

–¿Niñas o niños?

–Seis niñas y un niño, y otro en camino.

–Gertrude… –empezó a decir Shirley–. Galswintha, Gladys…

Alexander, arrastrado por el juego a su pesar, contribuyó con otro nombre:

–Ginebra.

–Alguien ha estado leyendo los *Idilios del rey*[51] –dijo Shirley riendo.

El capitán se olvidó al instante de los hijos de Marcus y se sumió en la melancolía. Cuántas veces le había leído a Sylvia poemas de Tennyson en voz alta…

–Y Gwendolen, por supuesto. Para el niño hay muchos donde elegir: Gordon, Geoffrey, Gerald. Pero ¿cómo vamos a llamar al próximo vástago de Marcus si resulta ser una niña?

–La «G» es una letra endiabladamente difícil –Alexander se estaba enfadando, además de interesarse–. ¿Por qué tuvo que elegir la «G»? ¡Gloria!

–Estaba a punto de decirlo.

Neil, solo por fastidiar, sugirió que podrían ser gemelas.

–¡Grace! –exclamó Alexander–. Nos olvidamos de Grace.

Shirley se incorporó de golpe.

–¡Grace! ¡Claro! Eso es. Aunque no se me puede reprochar que no atara cabos enseguida. Fue hace tres años y no le presté mucha atención. –Se volvió hacia Neil con aire de quien saca un pez de colores de la chistera–: Supongo que el marido de Lorna, el señor Leonard Blake, se volvió loco y ella lo internó en un manicomio de Escocia, ¿no?

Neil la miró asombrado.

–Eso no puede ser una simple conjetura afortunada. Sí, se volvió loco, aunque no sé dónde lo metieron. Eso también lo lleva sobre la conciencia nuestra pequeña Lorna, aunque lo achacaron a una recaída de la neurosis de guerra. Era un héroe de guerra y ella lo cazó en la cresta de la ola, con su flamante D. S. O.; una respuesta desafiante a mí, a Marcus, a su madre y a todos sus enemigos. Pero Blake no tenía dinero, solo su sueldo; y Lorna, una pequeña renta que había heredado de su madre. Ni siquiera recuerdo a qué se dedicaba Blake. Creo que tuvieron hijos. De todo esto solo me llegaron rumores, y siempre de tercera o cuarta mano. Había sufrido neurosis de guerra, eso es verdad, pero se había recuperado. Estaba loco por Lorna. Era una verdadera obsesión, nadie más existía para él…

Shirley se cruzó entre Neil y Alexander para coger un cigarrillo que no necesitaba. Ya tenía uno entre los labios.

–Cuidado con eso –susurró, para que solo Neil alcanzara a oírla, y él, obediente, se apartó del tema de las obsesiones masculinas por mujeres indignas para explayarse a gusto sobre el temperamento de Lorna:

–Me da que el sexo sin más no le interesaba mucho. Buscaba emociones, sí, pero de otra índole. Ahora parece que las obtenía de

ir por ahí sacándole el dinero a incautos sentimentales.

Alexander musitó una protesta, y Neil se apresuró a seguir:

–Ya me entiende… –«¡Maldita sea, siempre me olvido de este pobre diablo!»–. Imagino que muchos jugadores empedernidos no son gran cosa en la cama por la misma razón, porque han encontrado otra forma de desahogarse que les gusta más. En cualquier caso, lo rechazó, al pobre hombre, y él lo aceptó con demasiada resignación; tendría que haberle partido la crisma y haberla llevado a rastras al dormitorio. Pero lo que hizo fue tener una aventurilla tonta con la mujer de su jefe. Ninguno de los dos sabía disimular. Poca sesera. Cuando el jefe se enteró, Blake se fue a la calle y volvió a perder la chaveta. Por culpa de Lorna, como siempre. Después de eso le perdí la pista; o, más bien, les perdí la pista a las personas que conocían a las personas que tenían amigos que conocían a Blake; y me había olvidado de su existencia hasta que recibí el siniestro telegrama de Shirley. No va a ser fácil dar con ella, pero juro que lo haré.

–Yo también juré que lo haría –dijo Alexander–, hace seis años. Pero no conseguí nada. Absolutamente nada. Míreme ahora.

Shirley le dio una palmadita en el hombro. Había llegado a sentir que aquel Quijote desamparado era responsabilidad suya, con molinos y todo.

–Me lo ha puesto en bandeja hace un momento. Usted mismo, sin saberlo. «G de Grace», ha dicho. Grace es la señora de Ambrose Bristow, una dama muy engreída que figura en la décima fila de mis amistades, más o menos. Me llamó hace unos años para prevenirme contra una de esas estafadoras itinerantes que había intentado sacarle el dinero del billete a Escocia con no sé qué cuento de llevar

a una niña a un manicomio para ver a su padre moribundo. Una tal señora Blake.

–¿Señora Blake?

–Señora Blake. Ahora entenderá por qué junté Grace con Blake y me salió Lorna.

–Entonces ¿no era siempre la señora de Neil Inglefield?

–Por lo visto, no. Lo curioso es que lo hizo tan mal que Grace no se creyó ni una palabra. La echó de casa amenazándola con llamar a la policía y luego verificó su historia, que resultó ser cierta de principio a fin. Como Grace había llamado a todas sus amigas para alertarlas, tuvo que volver a llamarlas para tranquilizarlas; estaba casi arrepentida; todo lo arrepentida que puede llegar a estar Grace. Es una coincidencia extraña, ¿verdad?, que Lorna fuera a ver a Grace, que me llamó a mí, que conocía a Lorna, aunque no sabía que era Lorna hasta que Alexander me mandó llamar porque nací en Market St. Dunstan's y, por lo tanto, podría conocer a Neil Inglefield. Pásame un cigarrillo y pide que nos suban el cáliz de la hermandad. *Highball*, lo llaman aquí.

–Nunca he creído en las coincidencias –dijo Neil–, y no voy a hacerlo ahora. Así que tendré que volverme religioso. Esto es la mano de Dios.

–Se equivocan los dos –lo corrigió Alexander en voz baja–. Lo extraordinario es que una mujer despreciable haya campado a sus anchas durante tantos años y que esta sea la primera coincidencia, y no la centésima, que la delata. Sobre todo si Londres era su territorio de caza. ¿La mano de Dios, dice? No, más bien la mano del diablo evitando las coincidencias todo este tiempo.

Neil y Shirley lo miraron, sorprendidos. Lo que decía era profundamente cierto, y más sensato que todo lo que ellos habían dicho a la ligera. Sin embargo, hasta ahora habían tratado el asunto como si fuera de su exclusiva incumbencia, algo sobre lo que tenían que reflexionar antes de pasar a la acción, y a Alexander como a un pobre idiota en horas bajas, una víctima ingenua, un enfermo ensimismado, un niño patético, un exmilitar de pocas luces.

–En cualquier caso, le ha llegado la hora –declaró Neil–. Y no veo qué puede salvarla. –Lanzó el desafío al aire con despreocupación–. Nuestra primera visita cuando lleguemos a Londres será a tu amiga Grace, para que nos dé la dirección. Y después iremos directamente, los tres juntos, a hacerle una visita a Lorna para darle las gracias por lo que ha hecho por nosotros.

Esperaba que Alexander asintiera con gesto vengativo, pero se limitó a esbozar una sonrisa y a negar con la cabeza.

–Espero que me disculpen –respondió, como si Neil hubiera propuesto una visita social sin mayor trascendencia–, pero creo que estaré ocupado. Si les parece bien, lo dejo en sus manos.

Había perdido el interés en vengarse de la mujer desconocida, por fin conocida. Que Inglefield se ocupara de ella; o no, como quisiera. Seis años antes, su único afán había sido hacerle pagar por lo que le había quitado, pero ahora el instinto de persecución se había consumido; ahora lo único que quería era volver a ver a Sylvia y presentarle pruebas suficientes de que había sido injusta con él, tras lo cual rompería de inmediato el nuevo compromiso y le diría: «Alec, perdóname. Te quiero». Y el dolor, la ira y su larga desolación se desvanecerían como una pesadilla. «Alec, perdóname. Te quiero»…

III



En una noche cálida pero sin luna, en mitad del Atlántico, Neil y Shirley paseaban por la cubierta de botes. Los dos sentían esa comodidad mutua que nace cuando la afinidad intelectual y el afecto se combinan con una indiferencia física absoluta. Al cabo de un rato, Shirley dijo:

–Me preocupa ese hombre.

–¿El tío Alexander? ¿Por qué? Está radiante; aterciopelado, como una rosa que se abre al sol del mediodía.

–Exacto. Eso es lo que me preocupa. Todo se basa en la confianza. Lleva seis años resignado a no vivir, con la cara vuelta hacia la pared. Este cambio es demasiado repentino.

–Gracias a ti ha mejorado muchísimo, ¿no crees?

–Yo no he hecho nada. Pero le he cogido cariño al pobre diablo.

–Yo también, en cierto modo. Es un poco como un hijo adoptivo, ¿verdad? Aunque no sé por qué lo elegimos a él, cuando podríamos haber elegido entre cientos de bebés sonrosados y rollizos de ojos azules de cualquier orfanato… ¿Qué te reconcome, Shirley?

–El miedo. ¿Qué crees que pasará cuando Alexander se presente como un conquistador ante Sylvia Mainwaring y le diga: «Querida, aquí tienes de nuevo a tu Alec. Yo tenía razón sobre aquella mujer y

tú no. Ha quedado demostrado. Ahora, manda a paseo a tu prometido y nos casaremos el lunes»?

Neil frunció el ceño, tiró la colilla por la borda y encendió otro cigarrillo.

–Sí, ya veo a qué te refieres. Su optimismo es anómalo. Y supongo que ella ya habrá olvidado que existió una mujer llamada Lorna. La vida sigue, al fin y al cabo.

–La de él no. La del capitán se detuvo.

–Me sorprende que esa tal Sylvia no se haya casado veinte veces desde que rompieron.

–Pura casualidad.

–Y ¿si resulta que estaba muy enamorada de Alexander y, al volver a verlo, planta a su prometido?

–Me temo que no, Neil. Es todo demasiado simple. Para Alec, el tiempo se detuvo cuando apareció Lorna. Para Sylvia, que obviamente es una tonta guapa, un poco testaruda, un poco malcriada, sentimental, de las que no soportan que las contradigan… aguas poco profundas, en cualquier caso; para Sylvia, el tiempo habrá seguido su curso. Tengo miedo, Neil.

–«Muchas son las causas por las que los hombres mueren y se convierten en pasto de los gusanos, pero el amor no es una de ellas»[52] –le recordó él.

–No estaría yo tan segura.

–Tú misma has estado enamorada, Shirley, y mírate ahora, tan fuerte y feliz. ¿O no?

–Fuerte y feliz, sí. Pero yo soy mujer.

–Mi apuesto hermano no merecía la pena, Shirley. Yo le tenía… le tengo cariño a Marcus, como sabes. Pero él y la Sylvia de Alexander

están cortados por el mismo patrón. No habrás dejado que su recuerdo se interponga en tu camino, ¿verdad?

Shirley se encogió de hombros.

–Depende de lo que entiendas por «interponerse en mi camino».

En aquel entonces, se había sentido igual que Alexander; había querido morir, pero no de forma pasiva, dejando que la vida se le escapara poco a poco de las manos por falta de tenacidad para agarrarse a ella, sino con un deseo feroz y activo de cercenar la amargura con el tajo certero de la muerte. Porque a la pérdida se había sumado la humillación.

En cuanto a la posición social, ella, la sobrina huérfana de la enfermera del distrito, con la que vivía en Market St. Dunstan's, estaba tan por debajo de Marcus Inglefield, primogénito del acaudalado señor Inglefield, el de la mansión, que una boda feliz habría sido un desenlace tan improbable para su romance como el de la aldeana y el señorito en un folletín victoriano barato. Y Shirley estaba demasiado enamorada para desear obstáculos pintorescos. Intentaba convencerse de que era una tontería preocuparse y de que las distinciones de clase empezaban a perder importancia en 1913; aun así, se sentía insegura y cohibida cada vez que pensaba en Marcus, y un poco demasiado insolente y deslenguada cuando estaba con él. Ella tenía veinte años y Marcus veintidós, y él era para Shirley el mundo entero, el aire que respiraba, su amanecer y su ocaso. Creía, por un millón de señales menos perceptibles que la diferencia entre dos briznas de hierba, que él también la amaba; pero era un muchacho tímido, a pesar de su apostura y su brillante paso por Oxford. Cuando la pequeña Lorna Mason se sumó al grupo de jóvenes de la mansión y sus alrededores, a Shirley se le ocurrió

un par de veces que Lorna actuaba como una especie de ayudante de campo subalterna al servicio del joven al que llamaba su hermano mayor y por el que Shirley suspiraba en silencio. Le pareció enternecedor. La chiquilla solo tenía dieciséis años, y Neil, su hermanastro de la misma edad, no la había recibido bien en su nuevo hogar; se burlaba de ella o la trataba con fingida cortesía, por lo que era natural que buscase refugio en Marcus.

–Neil es mi enemigo –le dijo una vez a Shirley, con el labio tembloroso y los ojos muy abiertos y tristes–. Pero supongo que no puede evitarlo, porque nunca quiso tener una hermana, así que le debe de resultar horrible que yo viva aquí. Pero a Marcus no le molesta, así que no pasa nada. Ni siquiera le importa que yo sea tan fea y él tan guapo, y se lo cuento absolutamente todo. Tú también quieres a Marcus, ¿verdad?

Shirley, con veinte años, subestimó la precocidad de los dieciséis y pensó que la cría, al decir «querer», se refería a un simple aprecio; Shirley sonrió, le alborotó cariñosamente el pelo castaño y le dijo que no fuera boba, que no era ni mucho menos fea. Tenía… –Aquí se esforzó por encontrarle virtudes a Lorna Mason–. Tenía el cuello largo y elegante con un hoyuelito encantador en la nuca (si bien la cabeza era demasiado grande para su cuerpecillo delgado), y… y los pies y los tobillos bastante bonitos. Y ese leve arqueo de cejas, como de sorpresa, como si se asombrara de su propia osadía por atreverse a vivir y a estar allí; y, aunque ahora estaba pálida, cuando fuera un poco mayor podría ponerse colorete y carmín.

–Incluso ahora, cuando te emocionas y se te suben los colores, y con ese bonito fular blanco y plateado que te regaló Marcus por Navidad…

Así que Lorna se animó y se fue dando saltitos a ver si podía hacer algo por alguien: por su madre, por su padrastro o por Corry, el mayordomo, que se estaba haciendo viejo y siempre era muy amable con ella y con mamá. Lorna respondía a la amabilidad, pensó Shirley, de una forma un tanto poética, como una campanilla de invierno al sol: no es que irguiera su cabeza lacia, pero se percibía el calor recorriendo aquel tallito agradecido. «¿La odiará Neil de verdad, o es que está en esa edad en la que uno necesita meterse con alguien?»

Marcus y Neil habían organizado una fiesta en casa por Pascua. La mansión estaba llena de muchachas bonitas y jóvenes impetuosos o lánguidos. A Shirley no la habían invitado a quedarse, porque vivía en el pueblo, a pocos minutos de la verja de entrada, pero subía todos los días a jugar al tenis y a otras cosas, o a practicar los nuevos pasos de tango que empezaban a ponerse de moda, procedentes de Argentina. El baile, y en especial el tango, causaba furor entre los jóvenes de la época. Competían sin cesar, y todos querían destacar. Algunos tenían una habilidad natural y otros la adquirían, pero uno de ellos, el más entusiasta, no la adquirió nunca. Ese era Marcus.

Precisamente hablaban de Marcus y de su peculiar torpeza aquella tarde que Shirley recordó ahora, como tantas veces durante los últimos veintiún años, siempre con una sensación de náusea y desgarro debajo del corazón.

A Marcus lo acababa de llamar su padre por un asunto relacionado con la finca.

–Es curioso lo de Marcus. Tiene oído para la música, le encanta bailar y se sabe los pasos, pero no sabe bailar. ¿Por qué será?

–Es muy gracioso verlo cuando le pone toda el alma. Es como si llevara raquetas de nieve en los pies, dando grandes zancadas y empujando a su pareja, más que llevándola.

–Y anoche se empeñó en hacer esa exhibición de tango. No me explico cómo fue capaz, con todo el mundo sonriendo, aplaudiendo y marcando el ritmo.

–Te las apañaste muy bien para fingir que disfrutabas del suplicio, atrapada entre sus brazos. ¿Qué sentiste?

Shirley podría haber respondido con sinceridad: «Que estaba en el cielo». Sabía tan bien como los demás que Marcus no era un buen bailarín, que carecía de un instinto esencial de gracia y equilibrio, pero no era consciente de ello cuando estaba entre sus brazos. Podía sujetarla en la posición más retorcida e incómoda, y seguiría siendo Marcus, a quien amaba con tal pasión que le resultaba muy divertido, aunque tuviera que disimularlo, estar con sus amigos hablando y criticando su forma de bailar como si él no significara nada para ella. El secreto, por supuesto, tenía que guardarse; por nada del mundo debía nadie sospecharlo hasta que él le hubiera dado el derecho a defenderlo abiertamente, a proclamar que bailaba como un príncipe. Así que ahora unía su charla a la de los demás, orgullosa de no dejar traslucir diferencia alguna entre su forma de hablar de Marcus y la de ellos.

–¿Cómo te coge? ¡Enséñanos!

–Pues crucificada contra él, tiesa como un palo, con su hombro derecho levantado…

Pero Lorna, la devota pseudohermanita, lo oyó todo. Se escabulló del despreocupado grupo, esperó a que Marcus estuviera libre y solo, y entonces le contó… ¿qué?

¿Cómo lo había conseguido? ¿Diciéndole sin más que Shirley y los demás se habían burlado de cómo bailaba, riéndose e imitándolo?

¡Que Shirley, precisamente Shirley, lo hubiera traicionado! Marcus le dijo que no quería volver a verla ni a dirigirle la palabra. La defensa de Shirley, aunque irrebatible en su corazón, era demasiado débil incluso para ser expresada. Cuando amas a un hombre con locura, el malentendido se complica hasta formar una maraña que jamás puede deshacerse. Lo miró a los ojos, lo escuchó y supo que estaba herido en lo más hondo, implacablemente resentido. Volvió a casa y le dijo a su tía que no podía quedarse en Market St. Dunstan's. Se fue a Londres y se formó como enfermera en un hospital.

Seis meses después la destinaron a Flandes. Tuvo suerte; necesitaba el estruendo de los cañones para acallar el recuerdo de aquella escena con Marcus.

Ahora, de camino a Inglaterra en 1935, se le ocurrió preguntarle a Neil, que había estado presente cuando imitaron el baile de Marcus, si sabía algo de lo que había sucedido después, con la pequeña Lorna en el papel de mensajera de Cupido. Su respuesta la sobresaltó:

–No creerás que fue corriendo a soltarle sin más que habías parodiado su forma de bailar en la exhibición de tango, ¿verdad?

–¿No fue eso lo que hizo?

–Querida Shirley, ¿dónde tienes tu olfato para la gente? Como si Lorna hubiera actuado alguna vez con franqueza pudiendo hacerlo con doblez. «Mi querido Marcus, tengo que contarte una cosita que te va a hacer muuuy feliz. Si no, claro, no te la contaría, porque te quiero mucho, muchísimo.»

–¿Hacerlo feliz?

–«Se han estado burlando de ti ahí abajo. De tu forma de bailar, quiero decir, pero eso da igual porque son unos tontos. A nadie puede interesarle lo que digan, y, además, bailas de maravilla y seguro que tienen envidia. Pero lo que sé que te va a hacer muy feliz y te hará olvidar lo otro es que la única que no ha participado ni dicho nada es Eunice. Y, Marcus, cariño, yo sé que estás enamorado de Eunice. Y ella no ha abierto la boca mientras Marion, Shirley, Tom y todos los demás se reían de ti. Ay, Marcus, querido, ¿verdad que te alegras? ¿A que sí?»

–¡Dios mío!

–Sí. Magistral, ¿no crees?

–¿Qué le hizo pensar que Marcus estaba enamorado de Eunice?

–¡Qué Eunice ni qué ocho cuartos! Ese fue simplemente el toque Lorna, casi indoloro. Indoloro para Lorna, quiero decir. Si se lo hubiera contado a Marcus sin más, te habría perjudicado igual, desde luego, pero también se habría perjudicado a sí misma quedando como una chismosa portadora de malas noticias: el mensajero al que solían matar en el teatro griego. Y el amable propósito de quitarte a ti de en medio era dejarse el camino libre para cuando tuviera edad suficiente. Así que a la hermanita le convenía seguir siendo pura y virtuosa a los ojos de Marcus. Pero ¿quién iba a culpar a una niña ingenua que solo quería darle una alegría y que simplemente se había equivocado sobre la chica de la que estaba enamorado?

–¿Estabas delante cuando Lorna…?

–No, claro que no. A buenas horas iba a cometer ella ese error. Marcus me lo contó cuando estaba de permiso, más o menos un año

después. Me encargué entonces de desenmascararla, y Lorna nunca me lo ha perdonado.

–Supongo que por eso todavía le produce cierto placer ir por ahí diciendo que eres el padre de sus hijas y mancillando tu nombre.

–Pobrecita, no sabe que el buen buque Némesis surca las olas a dos días de Inglaterra. Shirley, querida, ¿no estarás llorando?

–Me estoy muriendo de risa.

–Como el payaso de *Pagliacci*[53]. Siempre me ha incomodado la risa hueca y quebrada de quien ha perdido a alguien.

–Criatura, ¿dónde tienes el sentido de la proporción? Han pasado veintiún años. Desde entonces he estado en la guerra y en un centenar de aventuras amorosas que me han curtido la piel, y he dado varias veces la vuelta al mundo, y me he convertido en una escritora medianamente famosa, y me han quitado el apéndice, y he dado conferencias ante un público de dos mil personas, y hasta he leído alguna que otra crítica de mi obra. ¿A quién le importa Marcus?

–¿Un centenar de aventuras, Shirley?

–Dejémoslo en noventa y nueve.

–Noventa y nueve –repitió Neil, obediente–. ¿Hay alguna esperanza de que, si al tío Alexander no le va bien con Sylvia, se case contigo?

–Como solución, práctica pero sin chispa. Las prefiero con chispa. ¿Lorna se mostró compungida cuando vio que había herido a Marcus en vez de alegrarlo?

–Le rodeó el cuello con los bracitos y se colgó de él, llorando, suplicándole que le dejara hacer algo para compensar la pena que le había causado.

–Eso no lo sabes.

–Sí que lo sé. Lo sé todo de ella. Conozco sus perversos motivos y sus reacciones. Siempre los he conocido, y ahora también. Nunca me equivoco con Lorna. Soy el enemigo.

–Para ser un mocoso de dieciséis años –lo pinchó Shirley–, me sorprende que ya hayas alcanzado una posición de cierta distinción y autoridad en el mundo de la hostelería.

–Escucha, Shirley. Yo quería a mi padre. Y a Marcus. Incluso le tengo cariño a ese guiñapo que en su día fue un militar apuesto y gallardo. Y siempre he sido fiel a mi amiga Shirley Dennison. ¿Hace falta ser un crío para indignarse y defender con furia a las víctimas? Y en cuanto a ti, Shirley, a pesar de los libros de viajes y los apéndices y los dos mil amantes y todas las demás cosas maravillosas que acabas de nombrar, creo que has estado cumpliendo condena desde aquellas Pascuas de 1914.

IV



Grace Bristow dijo que era una grata sorpresa ver a Shirley después de tanto tiempo, y que tenía muy buena cara, aunque un poco cansada, casi blanca, a decir verdad, que era el color de moda. Se alegraba mucho, además, de conocer al señor Inglefield, que era casi una celebridad (aunque no dijo «casi»), pues para cualquiera que se hubiera alojado en un hotel Neptune era evidente que detrás había alguien con iniciativa, y si había algo en lo que ella creía, como esposa de un político, era en la iniciativa; siempre le decía a Ambrose –«que es el diputado por East Ledford»– que en el mismo instante en que empezara a estancarse, lo abandonaría, y entonces ¿qué sería de él?

–Seguiría estancado –respondió Shirley con rapidez, atajando la perorata–. Grace, ¿te acuerdas de que me hablaste de una mujer apellidada Blake? Una tal señora de Leonard Blake que vino a pedirte el dinero del billete a Escocia.

–¿Para llegar a tiempo de ver a su marido antes de que muriera? Claro que me acuerdo. Nunca olvidaré lo cruel y desconfiada que fui, solo porque la gente cínica siempre te va advirtiendo de que no ayudes a desconocidos. Ahora creo que más vale pecar de ingenua nueve veces que de desconfiada una, cuando alguien necesita ayuda de verdad. Aquel error me enseñó a actuar siempre siguiendo mi

instinto, así, sin pensar, ¡chas, chas! –Hizo un gesto complejo, dando una palmada como si aplastara una avispa encima del hombro derecho y otra encima del izquierdo, para simbolizar la rapidez de acción–. ¿Sabes, Shirley? La primera vez que te llamé, cuando aún tenía dudas, tú adoptaste la postura convencional.

–¿Sí? Bueno, soy absurdamente convencional. La cuestión es: ¿conseguiste su dirección? Es mucho esperar que no se haya mudado desde entonces, pero…

–Pero si vino a verme hace solo unas semanas. Por supuesto que puedo darte su dirección. Siempre y cuando la quieras para ser amable con ella; bastantes penalidades ha pasado ya, la pobre.

–Oh, déjate de historias, Grace… –empezó a decir Shirley, con impaciencia.

Pero Neil, al percibir en las sinuosidades mentales de la señora Grace Bristow cierta complacencia que delataba una fe inquebrantable en su propio criterio, juzgó más prudente conseguir primero la dirección y solo después explicarle con qué intenciones la buscaban.

–Lorna Blake es una vieja amiga mía –intervino, y el profundo tono de cordialidad de su voz le arrancó a Shirley un suspiro de admiración–. De hecho, es algo más que eso: mi padre se casó con su madre, así que es mi hermanastra, pero me temo que le perdí la pista hace años.

–¡Oh, señor Inglefield, qué interesante! Y qué coincidencia; o, mejor dicho, qué afortunada coincidencia para ella que yo le hablara de su caso a Shirley y que Shirley lo conozca a usted. De no haber sido por mí, quizá nunca se habrían reencontrado.

–No sabe cuánto se lo agradezco –dijo Neil, con una de sus encantadoras sonrisas.

La señora Bristow, henchida de una benévola satisfacción consigo misma (como siempre), y también con Lorna Blake y su hermanastro, el señor Inglefield –dejando fuera únicamente a Shirley, que no había mejorado desde su última gira por América, aunque sin duda allí la malcriaban–, fue a su escritorio y, tras rebuscar un poco, sacó la dirección de la señora Blake en Ealing y se la dio a Neil, que tuvo que refrenarse para no arrancársela de las manos ni mirar a Shirley con expresión victoriosa.

–No habría podido llegar en mejor momento para la pobre señora Blake, porque, aunque no les una un parentesco de sangre, su encantadora hijita Jasmine sería su sobrinastra, ¿no? Y tal vez, si no hay nadie más, podría llevarla usted al altar.

Neil anotó para sus adentros que la encantadora Jasmine debía de ser una de las dos hijas que Lorna había tenido la gentileza de atribuirle en sus encarnaciones como señora de Neil Inglefield.

–Me interesa todo lo que pueda contarme sobre Lorna. Así, cuando la vea, no tendré que ser indiscreto haciéndole demasiadas preguntas. De niña era especialmente sensible. Y el mundo –añadió Neil– suele ser muy cruel con las mujeres sensibles.

De esta forma consiguió que Grace Bristow le contara la historia de Lorna envuelta en una luz rosada, remontándose a tres años atrás, cuando el director del manicomio le había confirmado su conmovedora historia. Grace había obtenido de esta misma fuente la dirección de la señora Blake y le había escrito una carta muy amable pidiéndole que volviera a verla y dándole el pésame por la muerte de su marido, «aunque, por supuesto, era lo mejor que le podía pasar

al pobre hombre, y por el bien de la niña no se podía desear que volviera…».

–No dejas de hablar de «la niña», Grace. Tiene dos hijas.

Grace negó con la cabeza.

–No. Solo una. Una preciosidad, Jasmine. No aparentaba más de doce años cuando la vi, pero debía de ser mayor, porque ahora ya está en edad de casarse. Por eso su madre vino a verme de nuevo, después de tanto tiempo. Nunca contestó a mi carta, y ya sabe cómo son las elecciones parciales, estaba tan nerviosa por que Ambrose saliera elegido que el asunto se me fue de la cabeza hasta que, hace unas semanas, Mary me trajo una nota y me dijo que la mujer que se la había dado estaba esperando. Entonces me acordé al instante y, por supuesto, dije que la recibiría. No la hice esperar ni un momento. Parecía mucho más joven que la vez anterior; no, más joven no es la palabra… No sabría explicar la diferencia, era demasiado sutil. Se la veía incluso más erguida, como si su estado de ánimo se hubiera reajustado y hubiera encontrado la mejor forma de afrontar las dificultades. La primera vez se había andado con muchos rodeos, se había repetido y había estado muy torpe. Pero ahora se mostraba tranquila y lúcida, con una dignidad notable. Me dio las gracias por mi carta y dijo que pocas señoras habrían reconocido que se habían equivocado como yo, y que hacía falta un carácter noble para hacerlo. Dijo que no había podido aceptar entonces mi invitación para que viniera a verme porque le avergonzaba mucho haber dado la impresión de que mendigaba, y que solo la desesperación le había dado el valor necesario, y que había visto que yo no la creía y no me lo reprochaba en absoluto, pero que, si hubiera vuelto a verme, yo le habría ofrecido dinero y

ella no lo habría soportado, porque, al fin y al cabo, su pobre marido estaba muerto y ya no la necesitaba.

–Una actitud muy digna –dijo Neil con gravedad–. Así que esta vez no quería dinero, solo una taza de té y disculpas mutuas.

La señora Bristow pareció un poco incómoda.

–Sí, mandé que trajeran el té. Y hablamos de su marido. Dijo que su verdadera vida había terminado y que no podíamos desear tenerlo de nuevo entre nosotros.

–¿Nosotros? No sabía que lo habías conocido.

–Shirley, cuando te pones en ese plan… Además, nos referíamos a la neurosis de guerra en general; tenemos una responsabilidad con esos hombres, todos y cada uno de nosotros. ¿Estuvo usted en la guerra, señor Inglefield?

–Llegué para el último año.

–¡Ah!… Dijo que su pequeña Jasmine se parecía cada vez más a él. Era evidente que la pobre mujer lo había adorado y que ahora adoraba a la niña…

–Grace, lo siento. No soporto esta *Rapsodia en Blake*[54]. La pobre mujer, como tú la llamas, ha sembrado problemas suficientes para llenar el mejor arriate del país. ¿Qué cuento te soltó esta vez? ¿Lo comprobaste?

–No –respondió Grace con frialdad–. Por supuesto que no. La primera vez que vino seguí el consejo de gente como tú y «comprobé» su historia, como dices, y resultó ser cierta hasta la última palabra.

Shirley no respondió. Sabía que ese era su punto débil. Además, Neil se estaba deleitando perversamente con Grace, alisándole el lustroso pelaje cada vez que Shirley lo erizaba.

–¿Ha dicho usted que mi sobrinastra está prometida? Espero de veras que el muchacho sea un buen partido, y que pueda facilitarle las cosas a la pobre Lorna ahora que ya no es tan joven.

–Ese es el problema, señor Inglefield. Es demasiado buen partido. Por eso la señora Blake está tan angustiada. Conseguí que se sincerara conmigo. Su hija está perdidamente enamorada del joven, pero es orgullosa. Supongo que será por la vida tan dura que han tenido, y lo del padre y todo eso. Los dieciocho son la edad más sensible. No soporta la idea de presentarse ante él sin nada de nada; ni siquiera un poco de ropa nueva. Ya sabe usted que los Blake no son exactamente de nuestra clase… –Había olvidado que el padre del señor Inglefield se había casado con la madre de la señora Blake, y lo dijo con el tono condescendiente que solía emplear Ambrose para referirse a los pequeños comerciantes de su circunscripción–; ese tipo de gente es siempre tan convencional… Resulta cómico ver la importancia que le dan a cosas de las que nosotros hemos aprendido a despreocuparnos; las bodas, por ejemplo: los padres de la novia ponen la ropa blanca y el ajuar, y la boda tiene que celebrarse en su casa. La tonta de la muchacha quería incluso romper el compromiso, según me dijo su madre, antes que casarse como una mendiga.

–El rey Cophetua[55] –apuntó Neil, enarcando una ceja con calculada elocuencia para hacer ver, por un lado, que entendía a la bella y orgullosa Jasmine Blake, y, por otro, que consideraba a la señora Bristow una brillante psicóloga con la que estaba en total sintonía; una sintonía de la que quedaba excluida su amiga Shirley, relegada esa tarde al ostracismo.

Grace se rió.

–Sí, exacto. Pero la doncella de Cophetua era realmente una mendiga, ¿comprende?; los pies descalzos lo cambian todo. Esta chica estaba preocupada por sus zapatos y sus medias. Y a la madre le resultaba insoportable pensar que la vida de su hija pudiera irse al traste por faltarle una suma tan pequeña.

–¿Cuánto? ¿Cincuenta libras?

A Grace la pilló desprevenida la displicente aceptación de Shirley de lo que había ocurrido.

–Veinte.

–¿Así que te las sacó?

–Shirley, no me *sacó* nada. No soy una ingenua. Conozco la naturaleza humana, ¿no crees? Se las di voluntariamente; una expiación, si quieres llamarlo así, por lo que le negué la vez anterior. Se lo debía.

–¿Te han invitado a la boda?

Grace negó con la cabeza.

–A la señora Blake no se le ocurriría decirle a la chica que le han dado dinero. Sería fácil fingir que… bueno, pues que…

–¿Que había aparecido de repente bajo el colchón?

La sugerencia fue ignorada.

–Resultó ser una mujer de una delicadeza natural. Dijo que nunca habría aceptado el dinero de una desconocida. ¿Cómo iba yo a presentarme en su humilde hogar? Habría sido una falta de delicadeza…

–Tanta delicadeza junta me está dando náuseas: la delicadeza de la muchacha que no quiere casarse con su joven ricachón sin media docena de todo, y la delicadeza de la madre, y la tuya… Voy a vomitar de un momento a otro.

Neil desistió de poner paz después de este último comentario de Shirley. Se recordó que ya tenía la ansiada dirección, así que podía dejar que se despacharan a gusto. Grace y Shirley tuvieron una de las trifulcas más divertidas que Neil había tenido el placer de presenciar; divertida y estimulante. Esperó a que se hubieran lanzado los insultos finales y luego dejó a una Shirley nada arrepentida en su apartamento y siguió en el taxi hasta la dirección de Lorna en Ealing.

Justo antes de despedirse de Shirley en la entrada de Curzon Mansions, ella le preguntó:

–Neil, ¿sigues hirviendo de rabia?

–¿Lo dudas?

–Hace un momento, me ha parecido…

–No te preocupes –la tranquilizó Neil–. No naciste para el servicio diplomático, Shirley. Si tú y yo hubiéramos hecho frente común, indignados y acalorados, habrías podido esperar sentada la dirección de Lorna. –No añadió que un hombre siempre siente un ligero distanciamiento cuando dos mujeres entran en combate. A lo largo de generaciones de antepasados varones, el mensaje se ha ido transmitiendo: «Mujeres, cosas de mujeres; es mejor no meterse».

Shirley, intuyendo la razón de fondo de esta actitud, prefirió no insistir. Se limitó a decir:

–No sabía que fuera tan vengativa, pero me repatearía que Lorna acabara escapándose.

–No puede, salvo por intervención divina.

–No creas que es solo porque me separó de Marcus; de eso hace demasiado tiempo. Ni porque haya tenido la insolencia de utilizar tu nombre y ensuciarlo; ni siquiera, aunque curiosamente esto es lo

que más me duele, por el perjuicio que le ha causado a Alexander. Pero esas dos niñas, Neil… De repente, por algo que ha dicho Grace, me he preguntado qué clase de infancia de pesadilla habrán tenido, arrastradas por su madre de casa en casa, visitando a desconocidos, oyéndola soltar patrañas, viendo cómo les quitaba el dinero…

–Tienes demasiada imaginación, Shirley. –Neil le cogió las manos y las sostuvo con firmeza un momento–. Entra, siéntate tranquilamente y sírvete una copa bien cargada. Y deja que yo me encargue de lo demás. Te prometo que todo saldrá bien.

El trayecto hasta Ealing era largo, y Neil tuvo tiempo de sobra para pensar en la imagen que Shirley le había presentado de unas niñas indefensas explotadas sin escrúpulos. Cuando llegó a Shepherd's Bush, su ira contra Lorna volvía a estar tan encendida como la de ella. Y esa mujer se había atrevido a estafar amparándose en su nombre: la señora de Neil Inglefield. Quizá algún día, por propia voluntad, Neil le daría ese nombre a un amor aún por conocer. Eso era asunto exclusivamente suyo. Pero ahora el nombre, protegido con tanto celo, había sido robado y maltratado: «Mi marido, Neil Inglefield…». La idea le causaba un agudo malestar, como si alguien sucio se hubiera puesto su traje favorito. «Qué curioso –reflexionó–, eso me irrita más que el hecho de que vaya diciendo por ahí que la abandoné a ella y a mis hijas y las dejé en la miseria.»

Neil Inglefield había tenido la desventaja de verse confirmado demasiado pronto en el escepticismo. Era, con diferencia, la personalidad más inteligente e independiente de su familia. Sus padres habían sido crédulos, amables y románticos. Y su hermano mayor, Marcus, se les parecía. A Neil, el menor de los Inglefield, un

muchacho feo pero atractivo con una personalidad inquieta, le tocó quedarse al margen y verlos pasar confiadamente por el mundo, el mismo mundo del que él desconfiaba un poco. Era afectuoso por naturaleza, pero aprendió a frenarse; a medida que crecía, se enorgullecía cada vez más de su inmunidad a los engaños sentimentales. La intrusión de las Mason, madre e hija, en su círculo familiar, atrapando a su padre y amenazando con atrapar también a Marcus, lo hizo profundamente infeliz; aunque tampoco esto lo reconoció nunca, y fingía disfrutar despojándolas de sus falsas apariencias, si bien esto era un asunto para su propia satisfacción interna; era consciente de que a su padre y a su hermano convenía dejarles residir en cualquier paraíso de necios que se ajustara a su temperamento. Mucho antes de cumplir los veintiuno, Neil ya pensaba como un hombre hecho y derecho.

Confiaba en su mano firme para gobernar la vida y en nada más, salvo algún que otro amigo. Solo se vanagloriaba de su capacidad para juzgarse a sí mismo sin adornarse ni menospreciarse. Atribuía un valor artificial, demasiado alto, a su propia inmunidad, y por eso sabía muy poco de lo que ocurría en verdad a su alrededor, pues obedecía a una compulsión imperiosa y perpetuamente inoportuna de preservar esa inmunidad dentro de un cauteloso radio de dos metros, sin permitir que entrase nada humano. Ser crítico añade bastante diversión a la vida, aunque, por supuesto, no tanta como ser acrítico. Y, cuando se olvidaba de estar prevenido contra las intenciones ocultas de los demás, o de apartar los pies –que, al fin y al cabo, no eran más valiosos que los del rey Canuto– de una zona donde pudieran mojarse, disfrutaba de la compañía y el afecto de sus semejantes con verdadero deleite.

El resultado de todo esto era el hombre al que Shirley había convocado por telegrama a Nueva York unas dos semanas antes; un hombre del que un observador casual podría haber dicho que era bondadoso, despreocupado, juvenil, encantador, travieso; pero que en el fondo, como bien sabía Shirley, se había vuelto intolerante y autoritario; sabía demasiado y, sin embargo, no lo suficiente de hombres y mujeres; no lo suficiente, al menos, para juzgarlos con piedad. Su trabajo no le hacía ningún bien; había fomentado su tendencia a exaltar la eficiencia y condenar la ternura.

Sin embargo, Neil podría haber sido tierno: Shirley había entrevisto ese fondo en su manera de tratar a Alexander; uno habría esperado que sintiera desprecio por un militar inglés convencional que había sido lo bastante necio para perder el control de su vida porque una chica guapa y tonta lo había dejado por una razón aún más tonta. Pero Neil había sido encantador con Alec; e igual de encantador con Shirley, salvo cuando le tomaba el pelo o se esforzaba por disimular lo mucho que la apreciaba. Shirley tenía esperanzas puestas en Neil, pero también reparos. Por eso, obedeciendo a un impulso, había intentado tocarlo en la fibra sensible: «¿Qué clase de infancia de pesadilla habrán tenido?».

V



El número 31 de Netherby Park Road, en Ealing, era una casita agradable de aire pseudocampestre, alegres cortinas de cretona, la puerta pintada de un azul vivo y una aldaba de latón en forma de barco. Resultaba difícil asociarla con nada siniestro, pero a Neil le fue muy fácil asociarla con la Lorna que había conocido, con sus modales antiguos y sosegados, y una ropa que hacía pensar que la modista que la había cortado había estado soñando con Kate Greenaway antes de coger las tijeras.

Negro de ira, Neil deseó que fuera ella, y no una criada, quien le abriera la puerta; así podría desahogarse sin más demoras fastidiosas.

Pero la muchacha que abrió no tenía ni el más remoto parecido con Lorna que justificase descargar el rayo sobre ella.

Neil estuvo en silencio tanto tiempo que Molly se vio obligada a hablar primero:

–No hay nadie más en casa. ¿Quería usted ver a alguien?

–A la señora Blake. ¿Tardará mucho?

–No lo sé. Bueno, sí, suele tardar cuando…

–¿Cuándo?

–Cuando sale –concluyó Molly, sin mucha convicción.

–Esperaré.

No «¿te parece bien que espere?», sino «esperaré»: el ultimátum de un conquistador, de un enemigo que entra a tomar posesión. Molly se preguntó quién sería aquel hombre de rostro moreno y ojos grises casi verdes –de una luminosidad asombrosa, cuando una habría esperado que fueran castaños o negros–, con porte arrogante y el tipo de ropa que a ella le gustaba, llevada como a ella le gustaba.

Tal vez por un instante fugaz se permitió creer que había ocurrido lo mejor: que se había enamorado de Jay, a pesar de ser mucho mayor, y había venido a hablar con mamá. Así Jay estaría a salvo para siempre; saltaba a la vista que era de los que respetaban la ley y el orden.

–¿Me dice su nombre, si va a esperar?

–Neil Inglefield.

–¡Neil Inglefield!

Neil no estaba preparado, aunque tendría que haberlo estado, para la conmoción que delató el rostro de la muchacha; el conflicto entre la alegría y el desconcierto; el esfuerzo por no perder la compostura.

–Pase, por favor.

Antes de que Neil pudiera reunir sus defensas o tantear en busca de su ingenio para tenerlo a mano, como un gánster se aseguraría de llevar la pistola, se encontró cómodamente sentado en un sillón redondo con cojines mullidos, en una sala de estar absolutamente «lornesca»: una profusión de cretona y batallones de latón, con una tímida concesión a la artesanía moderna. Una sala que, en sentido figurado, vestía faldas abullonadas y cofia. La muchacha le acercó una mesita de Benarés con cenicero, cigarrera y cerillas en una

cajita ridícula con una borla larga, e insistió en que le dijera si prefería té o whisky con soda. («Espero que Susan tenga la botella de siempre en algún sitio donde pueda encontrarla.»)

–Nada, gracias.

Estaba desconcertado. ¿Por qué lo trataba mitad como a un criminal, mitad como a alguien con un derecho incuestionable a estar allí? Y… ¡Dios santo!, las lágrimas le corrían por la cara en un torrente luminoso; pero, mientras ella no reconociera con palabras o gestos que estaba llorando, poco podía hacer él.

–¿Eres Jasmine?

–No, soy Molly. Qué buena memoria tiene –respondió ella con educación. (Aunque menuda tontería, pensó, decirle eso a tu propio padre. A lo mejor nos puso él el nombre.)–. A Jasmine la llamamos Jay. Ya no vive aquí. –Y prosiguió con empeño, intentando entretenerlo con una conversación apropiada–: Me temo que no me parezco mucho a usted, pero creo… No, estoy segura –se corrigió, queriendo dar con la nota justa– de que Jay tiene su boca.

Por encima de todo, quería que él no sintiera que le estaba reprochando la larga ausencia; ahorrarle la humillación, a su edad, de tener que aguantar la reprimenda de una mocosa de diecisiete años, e hija suya, además. Al fin y al cabo, ¿quién querría cargar con dos bebés llorones, y encima niñas?; y, siendo sincera, quién sabe lo que mamá pudo haberle hecho a un hombre honrado, que era lo que él parecía.

–A ver si lo entiendo –dijo Neil–. ¿Jay tiene mi boca?

De pronto, la luz se abrió paso entre la niebla. «¡Maldita sea! –pensó–, lo había olvidado.» O, más bien, como Lorna se había presentado como «la señora Blake» ante Grace Bristow y era

evidentemente la señora Blake en su propia casa, Neil había dado por sentado que las niñas sabían quién era su verdadero padre.

Y ahora ¿qué se supone que hace un hombre? Es bastante fácil dar la noticia de que eres el padre perdido cuando la chica no lo sabe; pero la situación inversa, comunicarle que no eres su padre cuando ya te trata con espíritu filial, es cien veces más confusa. Nunca en su vida se había sentido menos paternal. Aun así, era mejor decírselo sin más demora. No se podía insultar a una joven del temple y la entereza de Molly siguiendo con aquella farsa de salón.

–No soy muy efusiva –empezó a decir Molly, parapetándose aún tras un gesto serio, pues temía haber decepcionado ya a su padre por no haberlo abrazado nada más verlo–. Pero quizá usted tampoco lo sea, y por eso los dos preferimos conocernos antes de…, antes de…, antes de que…

–Conocí a tu padre –dijo Neil con delicadeza–. Leonard Blake recibió la D. S. O. en la guerra, con todo merecimiento, pero eso fue antes de que nacieras, claro. No sé si alguien… si tu madre… te ha dicho que murió hace dos o tres años, en Escocia. –Vio en sus ojos el súbito reconocimiento de algún incidente relevante, y se apresuró a continuar, esforzándose por que su voz siguiera sonando serena y cordial–: Después de la guerra, nunca estuvo lo bastante bien para vivir en casa. A muchos de nosotros nos pasó lo mismo. Lo siento.

Se levantó con esfuerzo de aquel silloncito rechoncho y absurdo, fue hasta la ventana y se puso de espaldas a Molly. Ella no necesitaría su ayuda para asimilar aquello, pero quizá necesitara tiempo; al menos eso sí que podía dárselo.

Lorna debía de haber alternado su verdadero certificado de matrimonio con el falso que había utilizado con Sylvia Mainwaring y sin duda en otras ocasiones, el que decía que Lorna Mason estaba casada con Neil Inglefield, de modo que los dos nombres le resultarían familiares a Molly. Por alguna razón, la muchacha había vinculado su nacimiento al equivocado. ¿O acaso a Lorna le había procurado un amargo placer decirles a las hijas de Blake que en realidad eran hijas del chico enemigo?

–Si usted no es mi padre, pero es Neil Inglefield… –Neil se volvió al percibir una nota de pánico en la voz–. Entonces quizá le haya enviado la policía –terminó Molly, pero en un susurro inaudible para él. Llevaba años temiendo encontrar a la policía en la puerta, desde que supo que había razones por las que tenían que huir de casa sin dejar señas.

Shirley le había dicho a Neil, apelando a su imaginación: «¿Qué clase de infancia de pesadilla habrán tenido esas dos niñas?». Sí, pero ¿no podría haber previsto que ese mismo factor podría disuadirlo de denunciar a Lorna, en vez de empujarlo a hacerlo? Pasara lo que pasara, había que tranquilizar a esta muchacha, y de inmediato. Era como un joven capitán que busca desesperadamente más reservas de las que tiene y las hace venir de todas partes.

Neil le sonrió.

–Siéntate y tranquilízate –dijo–, no soy policía. –Y luego, haciéndole el honor de ser franco hasta el límite de lo posible, añadió–: No te voy a negar que he venido furioso por… bueno, por una idea equivocada que tu madre se había hecho de mí, y tenía intención de montar una escena, así que es una suerte que no esté,

¿verdad? De lo contrario, a estas alturas ya estaría gritando y volcando muebles.

El tono despreocupado y nada dramático, que la invitaba a reírse con la imagen de un hombre dando rienda suelta a su enfado, tuvo más efecto en Molly que las palabras que dijo. Aún no podía respirar del todo tranquila; seguía con los ojos fijos en él como si en cualquier momento el tigre pudiera saltar; pero empezaba a volver un poco de color a los labios. El pánico más intenso había pasado, porque se recordó: «Jay ya no está aquí; está lejos y a salvo; así que no pasa nada». Y, con Jay a salvo, el peligro ya no era acuciante, ni siquiera grave. Con Jay a salvo, volvió la serenidad, y con ella una actitud filosófica: «Tenía que ocurrir tarde o temprano. Ahora, a afrontarlo».

–Mi madre lo ha pasado muy mal, por una cosa u otra –dijo Molly, con el corazón desbocado, pero con el aplomo de una enfermera que explica un caso delicado a un médico no muy inteligente. Se sentó, como le había pedido Neil, y encendió un cigarrillo. Que él fuera tan amable lo hacía todo, paradójicamente, más difícil en vez de más fácil–. Siempre ha puesto mucho empeño en darnos una buena educación, para que pudiéramos ganarnos la vida cuando ella no estuviera para… para hacer cosas por nosotras. Y había épocas en que se ponía nerviosa. Supongo que por la preocupación excesiva, y por no tener marido, y por intentar vivir dentro de sus posibilidades. Tenía unos ingresos fijos muy escasos, no sé de cuánto. Y, aunque era muy ahorradora, a veces durante años, le dolía no poder darnos algún capricho. Y pintar tarjetas de Navidad no da para mucho más. Nosotras nos las habríamos apañado sin los caprichos, pero mamá… mi madre… cuando estaba nerviosa y

preocupada… creo que a veces se dejaba llevar; y si en esas épocas dijo cosas sobre usted…

Molly se sonrojó hasta las orejas. Ahora que había tenido un rato para atar cabos, podía imaginar por qué había venido a montar una escena y a volcar muebles. Si al menos le estuviera permitido romper las cadenas de la lealtad, la lealtad familiar, la lealtad al hogar, qué alivio supondría soltar aquella carga, dejarla sin más a los pies de aquel desconocido cuyo nombre conocía tan bien; que la miraba mientras ella seguía desgranando las migajas de verdad atenuante que podía reunir, con unos ojos tan llenos de comprensión que Molly se dio cuenta por primera vez de que la bondad puede conmover con la misma intensidad que una declaración de amor.

–No te preocupes por lo que tu madre dijera de mí; supongo que la irritaba cuando éramos jóvenes y nos acabábamos de conocer. –Estaba absorto en su deseo de ayudar a la joven hija de Lorna a preservar su dignidad intacta. Bastantes humillaciones habría sufrido ya. Le revolvía el estómago pensar en todo lo que había soportado; y, sin embargo, milagrosamente, había salvaguardado su integridad después de años de visitas con Lorna, utilizada como uno de sus patéticos atrezos y como un incentivo más para la generosidad de los desconocidos. Reprimió el impulso natural de estallar y decir todo lo que le habría gustado hacerle a aquella mujer diabólica. A Molly no se la podía tranquilizar con procedimientos tan primitivos, así que repitió–: Supongo que yo también era irritante. –Uniéndose a ella en el juego de buscar excusas para Lorna.

Pero esta estrategia produjo un efecto del todo inesperado. Molly tuvo un desliz infantil en su deber de centinela, un desliz incluso de la discreción. Hasta ahora no había sido ni vieja ni joven; había

hecho gala de una sabiduría atemporal que nace de la agotadora necesidad de una vigilancia constante, pero su siguiente sugerencia fue una vergüenza incluso para una chica de diecisiete años. Deduciendo del último comentario de Neil que su madre y él habían tenido en otro tiempo una relación lo bastante íntima para irritarse y hacerse daño mutuamente, Molly no solo sacó una conclusión equivocada, sino que fue mucho más lejos:

–No tendría que ocuparse de mí. Ahora gano un buen sueldo. Es normal que no quiera que Jay y yo seamos una carga para usted. Pero nos valemos solas, y yo estaría más que dispuesta a independizarme; de hecho, hasta sería divertido, después de tanto tiempo viviendo en casa…

Neil no entendía nada:

–¿A qué viene todo esto? Me alegro de que os valgáis solas; es estupendo, pero…

¿Qué demonios quería decir con «una carga para usted»? Estaba encantadora ahora, sin rastro de miedo ni tensión en la cara, simplemente parloteando como cualquier otra chica jovencísima:

–Puede hablar conmigo con toda confianza. Trabajo en el teatro, y una se curte enseguida con lo que oye. Si usted y mamá… cuando los dos eran muy jóvenes… que haya vuelto así, furioso y queriendo romper cosas, demuestra que todavía la lleva en la sangre; el odio está muy cerca del amor, ¿no cree?

–No siempre –dijo Neil, en tono grave–. Pero sigue, por favor.

–A mamá se le da de maravilla llevar una casa; sabe a quién llamar en una emergencia, cómo quitar las manchas, las cantidades exactas al pedir verduras… –Y de pronto cayó en una posibilidad terrible que explicaría por qué él guardaba silencio; las mejillas se le

volvieron a poner como la grana–. Perdóneme si ya está casado –susurró–. No se me había ocurrido.

Neil se echó a reír. No pudo evitarlo. Dadas las circunstancias, no se habría podido concebir una idea más hilarante que la de casarse con Lorna. Hasta que las últimas palabras de Molly dejaron claro adónde quería llegar, Neil había supuesto que le estaba proponiendo retomar una aventura que, según sospechaba ella, había terminado prematuramente tras una pelea en los impetuosos años de juventud. Pero la criatura era, en el fondo, sensata y hogareña: primero lo había colocado como padre, y ahora lo estaba instalando como padrastro. Y creía, pobrecilla, que se estaba mostrando resuelta y pragmática, y que velaba por el bien de todos.

–No, no estoy casado, Molly, pero, verás, soy el hermanastro de tu madre, así que dudo que un matrimonio entre nosotros funcionase, al margen de cualquier incompatibilidad de caracteres.

–¿Hermanastro? –Frunció el ceño, tratando de encajar la nueva pieza.

–La madre de tu madre se casó con mi padre cuando ella y yo teníamos unos dieciséis años.

Se arrepintió de haberlo dicho al ver que la chica volvía a envejecer ante sus ojos mientras ataba cabos sobre el certificado de matrimonio: no era de su madre, sino de su abuela, solo que mamá lo había utilizado como propio.

Molly había tenido suficiente por hoy, más de lo que podía soportar, aunque lo había soportado muy bien. A Neil no le sorprendió que fuera valiente, pero ¿de dónde sacaba esa distinción? ¿Y esa decencia asombrosa? «Dios, es un encanto», pensó. Se maldijo por no merecer el privilegio de ayudar a una muchacha así;

hacía falta una delicadeza como la punta de la antena de una polilla, y la suya era como la suela de un zapato. Delicadeza… Se acordó de que Shirley le había dicho a Grace Bristow que tanta delicadeza junta le daba náuseas. Pero no era momento de pensar en Shirley; ya se ocuparía de eso después. Ahora tenía que irse. Lo mejor que podía hacer por Molly era poner fin a la conversación y dejarla en paz. Sin embargo, sabía, y quizá ella también, que un día, no muy lejano, ya no tendrían nada que esconderse, y podrían avanzar desde ese punto.

–Molly, ¿qué quieres que haga? Acataré tus órdenes. ¿Me voy antes de que vuelva tu madre?

–Es usted el hombre más amable que he conocido –dijo Molly.

–¿Vas a decirle que he estado aquí? No tienes por qué, ¿sabes?

–Prefiero no hacerlo. La preocuparía muchísimo –respondió, aceptando su generosidad con un pequeño suspiro de alivio.

Neil nunca se había tomado en serio la telepatía, pero una curiosa intuición le hizo decir ahora, no como una observación casual, sino con decisión, como si Molly, sin palabras, le hubiera suplicado que le quitara un peso más de encima antes de irse:

–Tu abuela, la que se casó con mi padre, tenía pasión por el juego, ¿sabes? Espero –añadió, adoptando el tono de un hombre de mediana edad que bromea con la impetuosidad de la juventud– que no lo hayas heredado. Son cosas que no siempre se pueden evitar, cuando se transmiten de una generación a otra.

–Gracias –respondió ella con sencillez. Y, tras una pausa–: Una vez nos llevaron a ver su tumba, a Jay y a mí; está en Montecarlo. Supongo que era su lugar favorito, si le gustaba jugar.

El reloj dio las siete; Molly lo miró un segundo y apartó la vista. Su madre podía llegar en cualquier momento.

–¿En qué teatro actúas, Molly? Ya que no puedo volver aquí…

Ella se lo dijo. Y Neil se despidió rápidamente y se marchó.

–¡Shirley!

Neil entró a grandes zancadas en su estudio, preparado para que le dieran un buen rapapolvo por traidor. La sangre le hervía y se sentía exultante. Qué revuelo más absurdo habían armado, tanto él como Shirley y Alec, por una nimiedad. Todo el mundo sacaba lo que podía de los demás, y los métodos de Lorna no eran más que una variante en la técnica. Y, aun aceptando que fuera una sinvergüenza, había dejado de ser asunto suyo.

–¿Por qué estás sentada a oscuras?

Apenas alcanzaba a distinguirla: una silueta apática frente a un fuego muy débil, sin leer ni escribir, ni siquiera sumida en una agradable ensoñación.

–¿Neil? No, no enciendas la luz, me duelen los ojos. ¿Has visto a Lorna?

No dio una respuesta directa.

–¿Te acuerdas, Shirley, de que dije que solo una intervención divina podría salvarla? Bueno, pues Dios ha intervenido.

–Dos veces, quizá –dijo Shirley–. Continúa.

Neil le habló de Molly.

–Y la decisión está tomada. No voy a denunciarla, porque no puedo hacer nada que perjudique a esa niña. Lorna está a salvo de mí para siempre. Molly es pura honradez y pura belleza.

–¿Y Lorna se libra por eso?

–Me temo que sí. No se puede evitar. La vida es curiosa.

–Y que lo digas –convino Shirley.

–Soy el único que tiene base legal para actuar contra ella. Tú no, y Alec tampoco. Aunque no respondo de lo que él pueda decir…

–Alec no dirá nada –lo interrumpió Shirley, haciendo un esfuerzo por recomponerse–. Se ha pegado un tiro hace cosa de una hora. –Un largo silencio–. Me han llamado de su club. Ha sido instantáneo; si no, habría ido. –Y luego–: Siento haberte dado la noticia de un modo tan efectista.

–¿Acababa de ver a Sylvia?

–Sí, por supuesto.

–Otra vez Lorna –dijo Neil, con gesto sombrío.

–Sí, otra vez Lorna.

A pesar de la oscuridad, Neil leyó en la mirada de Shirley una última pregunta. Se volvió, y Shirley comprendió que esa era su respuesta definitiva. Ninguno de los dos tuvo que expresarlo con palabras. Hombres y mujeres, cuando se enamoran, son insensibles y obstinados. Molly era ahora la historia de Neil, como Sylvia había sido la de Alexander. La muerte de Alec había sido un golpe para Neil, pero en realidad no cambiaba nada. Algún día se casaría con la hija de Lorna. Y Sylvia se casaría con Parker B. Harland el próximo miércoles, tal como estaba previsto. Alexander había muerto, y Marcus vivía en el norte y tenía siete hijos cuyos nombres empezaban todos por «G».

–Y eso es todo –dijo Shirley en voz alta–. ¿Te ha ofrecido algo de beber, o quieres tomar una copa ahora?

QUINTA PARTE

Lady Bountiful[56]

I



Era una tarde lóbrega de enero cuando Jay se presentó con un ramo de globos en la puerta de Sally Greene. Sally era la hija de la asistenta. La señora Greene limpiaba las oficinas de Walker, Dudley e Hijo, Arquitectos, y luego seguía con otras casas y despachos de Southampton; rara vez llegaba a su casa antes de las seis.

Sally no tenía nada que hacer; las calles estaban sombrías y desangeladas, y del cielo húmedo caía una oscuridad lánguida. No tenía nada que hacer ni nada agradable en lo que pensar, lo cual, a los siete años, era un estado de desesperanza que se prolongaba en una eternidad melancólica. En verano, al menos, podía bajar corriendo a los muelles y ver los enormes transatlánticos de tres chimeneas alejarse hacia el horizonte. En verano, con sol, Southampton era una ciudad alegre. «Nada que hacer. Nada que hacer», canturreaba Sally, malhumorada, pues adoraba el color y el movimiento. Ni siquiera la llegada de su madre al cabo de un rato alegraría las dos habitaciones grises del semisótano ni el tiempo desapacible de la calle. La señora Greene era una mujer paciente, pero no alegre. Era buena con Sally, pero de un modo resignado y triste, y Sally quería que la vida fuera toda música y globos.

En Navidad había tenido un globo, uno que le habían regalado a su madre en el mercado: era azul y llevaba impreso «Feliz Navidad»

en vivaces letras rojas. Pero aquel maldito gato se había abalanzado sobre él casi al instante, en un momento trepidante en que Sally no había sabido si gritar de emoción ante el peligro, el fuerte estallido y el asombrado respingo del gato, o llorar de pena al ver su tesoro perdido antes de haber tenido ocasión de lanzarlo al viento para verlo brillar.

–Nada que hacer –suspiró de nuevo la niña, aburrida del aire viciado del cuarto. Se encontraba en el mismo estado de ánimo que inspiró a Shelley sus *Versos escritos en un momento de abatimiento cerca de Nápoles*.

De pronto llamaron a la puerta; una llamada alegre, pensó Sally, no brusca como la del cobrador del alquiler, ni tímida como la de la señora Reynolds, la vecina de enfrente, cuando iba a pedir un poco de margarina porque se le había acabado.

Sally abrió y se quedó boquiabierta. Apenas reparó en la joven de pelo dorado y sonrisa tímida y cautivadora, vestida con un abrigo raído. Solo vio lo que la joven llevaba en la mano: un ramo enorme de relucientes globos de colores; doce, catorce, cien… un mundo de globos.

Sally los contempló hechizada. Su madre le había dicho: «No esperes que te den algo a cambio de nada hasta que te mueras». Pero ¿acaso no estaba viva cuando llamaron a la puerta y entraron flotando los globos? No tardarían en volver a salir flotando, claro, pero de momento estaban tan cerca que le bastaba con estirar un dedo para tocarlos: esferas de satén tensas y relucientes, frágiles y, sin embargo, de algún modo, resistentes.

–Eres Sally, ¿verdad? Te he visto alguna vez en la oficina, cuando venías a buscar a tu madre. Nos contó lo disgustada que te

quedaste con lo del globo de Navidad; lo reventó el gato, ¿verdad? Pues te he traído estos. No dejes que el gatito…

Jay se interrumpió, deslumbrada por el resplandor en los ojos de la niña.

La señorita Emerson servía una mesa muy frugal. Con lo que cobraba por la habitación, el desayuno y la cena, solo podía sacar beneficio de la comida, y tampoco mucho, pues los huéspedes del South Riviera Private Hotel ganaban, a lo sumo, entre treinta chelines y tres libras a la semana, o bien no ganaban nada y se aferraban desesperadamente a los restos de una renta propia o a las migajas de la renta de otro. Ni siquiera hoy, lunes de Pascua, veía la forma –así lo expresaba ella con ambigüedad– de ofrecer nada especialmente festivo para la cena; de todos modos, sus mejores huéspedes se las habían ingeniado para irse de excursión, y a los lados de la larga y estrecha mesa del comedor solo quedaban los despojos: los refugiados alemanes, el señor y la señora Hartmann con su hijo; el viejo señor Nichols, a quien la artritis había apartado de la orquesta municipal, y la señorita Matcham, una dama bien conservada que rondaba los cincuenta.

La señorita Emerson sirvió el estofado, que era casi todo patata y nabo.

–¿Dónde se habrá metido madame Sobolev? Sé que no ha salido, porque los Bryden la invitaron a acompañarlos; muy amable de su parte, en mi opinión, teniendo en cuenta lo triste que se pone siempre en Pascua, recordando los viejos tiempos en San Petersburgo y negándose a llamar a la ciudad por su nuevo nombre, pobrecilla.

El señor Nichols dijo:

–Siempre he oído que en Rusia celebraban la Pascua por todo lo alto. Con regalos y demás.

Y la señorita Matcham añadió con una risita:

–Seguro que sabe dónde están las joyas de la corona rusa y no quiere decirlo.

–Pero ¿cómo iba a saberlo? –empezó a decir la señorita Emerson, que también había tenido inclinaciones románticas de joven, pero la experiencia le había enseñado a tener los pies en el suelo. Era difícil no darle un corte a la señorita Matcham cuando, lejos de la orilla, por así decirlo, dejaba de nadar y se ponía a flotar. Mientras tanto, los alemanes hacían fervientes votos por que la conversación no derivase hacia los refugiados. Era un tema terriblemente incómodo para ellos, que solo seis meses antes eran ciudadanos ricos y respetados de Múnich. Carl, su hijo, su tesoro, por suerte no oía nada de aquello. Estaba sumido en un feliz ensueño, como siempre desde el glorioso día de hacía seis semanas en que le habían regalado un violín para reemplazar el que los nazis le habían destrozado.

–*¿Quierre* alguien abrir la puerta? –gritó una voz grave y alegre desde fuera–. Tengo las manos ocupadas.

–¡Anda, es madame Sobolev! ¡Parece contenta! –La señorita Emerson le hizo un gesto a Maggie para que dejara de dar golpetazos con los platos en la mesa y fuera a abrir.

Entró entonces todo el espíritu de la Rusia imperial anterior a 1917: madame Natasha Olga Tamara Sobolev, sonriente, asintiendo con la cabeza, misteriosa, hospitalaria, con un tarro grande de caviar de Astracán en una mano y una botella de vodka en la otra; regalos de los Reyes Magos, y bien generosos.

Madame Sobolev se sentó en el extremo opuesto al de la señorita Emerson y sirvió raciones regias. El vodka los puso a todos muy alegres, galantes y afectuosos. Bebieron a la salud de madame, luego a la de la señorita Emerson y después, con entusiasmo, a la de Jasmine Blake, que se había alojado en la pensión durante sus primeras cinco semanas en la prestigiosa firma Walker, Dudley e Hijo, Arquitectos, y se había acordado, la bendita criatura, de que a madame Sobolev le encantaba el caviar y no lo probaba muy a menudo.

–Pero no son solo los regalos, sino el espíritu con que se dan –exclamó la señorita Matcham–. Ha elegido un lunes de Pascua, cuando sabía que quizá se sintiese usted un poco alicaída, madame, y sin olvidarse del vodka para acompañar. Y acuérdense de cuando averiguó la fecha del cumpleaños de la señorita Emerson y llenó la casa de sus flores favoritas: violetas de Parma y mimosas. El South Riviera parecía… –Se detuvo; resultaba absurdo decir que el Riviera parecía la Riviera. Soltó una risita y continuó con picardía–: Espero que la próxima sea yo, antes de que se acabe la racha.

Maggie, que llevaba los tacones torcidos y tenía los pies siempre cansados, cruzó una mirada con su amigo secreto, Carl, por encima de la cabeza de la señorita Emerson. Era una desaliñada, pero una desaliñada agradecida; y, aunque no le había contado a nadie lo de los seis pares de medias de seda carísimas que crujían sensualmente en su mano cuando las cogía y las acariciaba, se había sentido impulsada a contárselo al chico alemán, porque su alma rebosaba de gozo y él sacaba de su violín una música tan hermosa que era imposible ocultarle nada.

–Es evidente que viene de una familia con mucho dinero.

Esta romántica leyenda había empezado a flotar como un vilano desde el día de la llegada de Jay; ahora, corroborada por tantos regalos espléndidos, hechos con rapidez e impulsividad, sin reparar en el precio, ya no era algo impalpable, sino tan sólido como la verdad misma.

–La vida social, las presentaciones en sociedad y demás están muy bien para una chica sin carácter, pero, hoy en día, las que lo tienen se rebelan y buscan sus propias experiencias. Se les meten en la cabeza todo tipo de ideas nuevas, leyendo sobre política y economía…

–No se puede decir que el caviar sea económico –terció la señorita Matcham, soltando una risita. Se lo estaba comiendo en cantidades generosas con el tenedor, en vez de untarlo en finas rebanadas de pan como los demás–. Bueno, si es una de esas chicas modernas que tanto critican algunos periódicos, lo único que puedo decir es que me gusta más que las otras, y que ojalá siga así. Fíjense en que no se gasta un penique en darse un capricho: orquídeas para los pobres, pero, para ella, pan a secas y un colchón de piedras.

Este discurso no le hizo mucha gracia a la señorita Emerson. Ella no se contaba entre «los pobres», aunque la desbordante profusión de flores de Jay hubiera dado color a cierta sordidez de su vida cotidiana; y, cuando Jay se había alojado en el South Riviera, no había dormido en un colchón de piedras, por muchas otras austeridades que hubiera tenido que soportar.

–Es orgullosa –continuó la señorita Matcham, sin arredrarse ante la mirada altiva que le dirigió la señorita Emerson desde el otro extremo de la mesa–. Orgullosa y sensible, lo cual yo, desde luego, entiendo. Y también reservada. Si le haces una pregunta personal, y

no es que yo lo haya hecho nunca, te responde con esa mirada suya, tan bonita y vivaz: «Por favor, no me pregunte. Que nadie me pregunte». Es natural que se avergonzara de que su madre tuviera tanto dinero y quisiera casarla con un viejo horrible con forúnculos y un título. Y se negó en redondo a que la presentaran en sociedad.

–*Fabelhaft!*[57] –exclamó la señora Hartmann con admiración.

Madame Sobolev se puso a parlotear sobre el padrecito, la zarina y la corte de Rusia. Como era la anfitriona, la señorita Emerson la dejó explayarse a cuenta del caviar; luego, volviéndose hacia la señorita Matcham, dijo:

–¿De verdad le contó la señorita Blake todo eso?

–¿El qué, señorita Emerson?

–Lo del marido viejo con título y su negativa a que la presentaran en sociedad.

La señorita Matcham cogió su copa y apuró las últimas gotas de vodka.

–Dicen que hay que echar la cabeza hacia atrás y beberlo de un trago, sin que toque los labios, ¿verdad, madame? Estoy segura de haber oído que es así como hay que hacerlo, pero no sé si yo… Bueno, señorita Emerson, no con esas mismas palabras, pero la idea se entreveía. Sencillamente… se entreveía. Claro que yo soy muy rápida rellenando huecos por pura intuición. Se nota por cómo hago los puzles, que, según los psicólogos, es un detalle de lo más revelador.

–*Ach? ¿Ha estudiar* usted en nuestra lengua, entonces? ¿Freud, Jung, Adler…?

–A todos. Pero estoy convencida de que me confió lo de no querer que la presentaran.

El señor Nichols murmuró que, si uno se paraba a pensarlo, era una ceremonia bárbara. Y el prestigio de Jay en el South Riviera se vio realzado no solo por el festín ruso que había proporcionado, sino por la encantadora imagen de una joven que volvía la espalda a las ceremonias bárbaras y prefería vivir entre los trabajadores, compartiendo con sencillez y austeridad sus duras condiciones, y durmiendo en un colchón de piedras.

Betty Forsyth estaba aprovechando la pausa del café de las once para recaudar algunas contribuciones pendientes de cinco chelines para un regalo de bodas. Una de sus compañeras, Ruby Mitford, iba a casarse en breve y ya se había marchado de Walker, Dudley e Hijo, lo que facilitaba a Betty la tarea de presionar a las chicas de contabilidad y avergonzarlas anunciando en voz alta lo que llevaban recaudado. Helen Mitford, la hermana mayor y menos agraciada de la novia, estaba en la sala, con la cabeza inclinada y el ceño fruncido sobre su labor de punto, pero Betty no consideró necesario bajar la voz por ella.

–Tres libras y quince chelines ya –anunció–, y quedan por lo menos cuatro aportaciones de cinco, que es otra libra. Cuatro con quince; pongamos que cinco libras. Ah, y la mía, claro –añadió en un repentino y cómico *diminuendo* que hizo reír a sus compañeras: «¡Esta Betty!».

–Y la mía, claro –repitieron las demás, imitándola.

–¿Jay? No, tú ya has puesto. El teléfono, Rose.

–Estoy archivando –contestó Rose, impasible. Llevaba diez minutos sin hacer nada, y confiaba en seguir así otros diez.

–Nelly Ann, te falta un chelín todavía.

–Corazón, dame hasta la semana que viene, anda. De verdad que no llevo suelto.

–Son ya varios días sin llevar suelto. ¿Cómo te las apañas para moverte? Además, en Walker Dudley hay suelto de sobra, ¡por mucho que escasee todo lo demás!

–Ponme otro poquito, Hopkins; mi taza estaba a medio llenar. –El chico de los recados se fue obedientemente con el termo a la cafetería de enfrente–. ¿Le mandamos una taza a la Huerfanita Annie[58]?

La cuestión de si mimar o no a la digna y anciana señorita Anne Paynter, secretaria personal del señor Dudley, se debatía con solemnidad cada mañana, pero a la señorita Paynter seguía sin llegarle ningún café.

–Ahora, propuestas. Helen, ¿qué le han regalado a Ruby hasta ahora?

–Cuatro juegos de cóctel, una mesa de bridge, seis toallas de baño, una vajilla, once pitilleras, un estuche de cucharillas de café y un juego de salvamanteles pintados a mano. –Helen enumeró los artículos como quien se arranca espinas; como si no pudiera olvidar ni por un segundo que Ruby era su hermana pequeña y no tendría que haberse casado primero–. El más bonito de todos fue anónimo.

–¡Caramba, qué romántico! ¿Qué era? Me imagino que de algún otro chico que estaba enamoradísimo y ella ni lo sospechaba.

–Supongo que sí. Pretendientes no le han faltado. Solo que Ruby siempre se daba cuenta.

–Y ¿qué era? ¿Una joya?

–No, una figura de cristal con una lámpara. Psique, creo. De Lalique[59]. Ruby está encantada. Es tan ligera y elegante que hace

que una habitación de lo más corriente parezca… –No encontró la palabra.

–Descartadas las lámparas para nuestro regalo, entonces.

–Yo propongo una cubertería.

–Unos cuantos volúmenes encuadernados de algo.

–Un reloj.

–Una maleta.

El teléfono volvió a sonar.

–¿Sí, señor Ernest? –Y luego–: Jay, Toby te necesita.

–¿Cómo? ¿Así, sin más? Todas sabemos que no puede vivir sin ella, pero, en mis tiempos –se burló Nelly Ann–, los jóvenes disimulaban sus preferencias con un decoroso…

–Déjate de bobadas, anda –la atajó Jay, entre risas, y bajó corriendo al despacho del socio más joven, con la cara encendida y el cuaderno de notas en la mano.

Jay había empezado en el departamento de contabilidad, y lo lógico habría sido que siguiera allí, pues su talento para los números superaba con creces su aptitud para la taquigrafía. El señor Macdonald, el jefe de contabilidad, estaba encantado con ella, a pesar de que al principio le había molestado que entrara alguien nuevo en un departamento con plantilla suficiente. Pero, al cabo de unos meses, el joven heredero de la firma, Ernest Dudley, «Toby» para todos cuando no había que guardar las formas, descubrió que inventar pretextos para ir en busca de Jay se estaba volviendo tedioso, así que se las ingenió para trasladarla a la sala de mecanógrafas, que le quedaba más cerca. Su padre y su tío tenían secretaria personal, pero Toby, que pasaba mucho tiempo fuera supervisando obras, no tenía a nadie trabajando para él en

exclusiva, y solía recurrir a una u otra chica para dictarle cartas y poner orden en el escritorio, las cuentas, las citas y todos los pequeños quebraderos de cabeza propios de su trabajo. No hacía muchos años que «el señor Ernest» era todavía «el señorito Toby»; en realidad, era demasiado joven para ser socio, pero su padre estaba tan orgulloso de su único hijo y tan deseoso de hacer honor al nombre de la firma, Walker, Dudley e Hijo (él mismo había sido en su día el «hijo» del fundador), que, antes de que Toby acabara la universidad, ya andaba diciendo: «Que el chico se gane las espuelas».

–Es curioso. –Betty miró hacia la puerta por la que Jay acababa de desaparecer con la levedad de una hoja, una burbuja o una voluta de humo; la habían apodado «la mecanógrafa flotante», aunque sin malicia–. Es curioso, pero a ninguno de los Dudley parece molestarle este asunto de Jay y Toby. Todas hemos leído con avidez en nuestras novelitas rosas la historia de la bonita mecanógrafa venida a menos, y cómo se arma siempre la marimorena cuando el hijo del jefe se enamora de ella. De hecho, no sé cómo consiguen arreglarlo para que todo acabe bien. Pero los Dudley están más contentos que unas Pascuas.

–Y ¿qué esperabas? Si son unos blandengues. Caer en esa familia es como caer en una caja de bombones; no hay ni una almendra ni un trocito de turrón que ofrezca la más mínima resistencia.

–Y ¿qué me dices de Wilfred el Andarín?

–Sí. Wilfred es una almendra. Y no le hizo mucha gracia lo de Jay. Pero no es más que el tío. Aun así, Jay tuvo suerte de que le fallara el hígado al mes de llegar. ¿Cuándo vuelve? ¿Alguien lo sabe?

–Dentro de dos meses, según he oído. Justo a tiempo para impedir la boda.

–No veo por qué iba a hacerlo. Si supiéramos todo lo que hay que saber, seguramente Jay nos parecería buen partido incluso para Toby.

Helen Mitford dijo de repente:

–Fue Jay quien le mandó a Ruby la lámpara de Lalique.

–¿Sí? ¿De verdad, Helen? ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes, si era anónimo?

–Yo no me lo creo –terció Betty–, porque apoquinó sus cinco chelines para el regalo conjunto, y no lo habría hecho si hubiera regalado algo por su cuenta.

–Betty, cariño, tienes que aprender a pensar a lo grande. Si la chica puede permitirse gastar seis o siete libras en una figura de cristal de Lalique, ¿por qué no iba a soltar cinco chelines adicionales para evitar sospechas?

–Pero, si lo hubiera mandado ella, ¿por qué ocultarlo? A casi todas nos ha hecho regalos fabulosos. Mira los esmaltes azules de Nelly Ann. Pero en la tarjeta siempre ponía muy claro: «Con cariño, de Jay».

–No quería avergonzarnos regalando mucho más de lo que podemos permitirnos.

–Eso ya es rozar la santidad, ¿no? Voy a acabar llorando.

–Es que es casi una santa. –Helen apartó bruscamente su labor y se levantó del alféizar de la ventana–. Tengo que ir a buscar los presupuestos de la urbanización de Merlin Park.

Al pasar junto a las demás, un rastro tenue de un perfume muy caro flotó en el aire. Betty lo olfateó con la apreciación de quien

sabe.

–Eso es L'Heure Bleue de Guerlain[60], o no me llamo Betty. No es propio de nuestra Helen ir dejando un aroma tan embriagador. ¿Creéis que se ha consolado probando el perfume del ajuar de Ruby?

–¿Helen? Qué va; aquí somos honradas a carta cabal.

Rose Dixon, la incorporación más reciente al departamento de contabilidad, preguntó:

–¿Qué son los esmaltes azules de Nelly Ann? Nunca se los he visto puestos.

Las demás se echaron a reír al imaginar a Nelly Ann con un collar de cepillos para el pelo. Y la compañera de piso de Jay se lo explicó:

–Los vi en el escaparate de The Gift Shop. Mi viejo juego de tocador era horrible. Ya sabes lo que pasa cuando ves algo tan bonito que te dan ganas de apretujarlo, y se te mete en la cabeza y no puedes hablar de otra cosa. Un buen día llegué a casa y allí estaban, desplegados en el tocador. Me quedé tan pasmada que apenas acerté a darle las gracias. Pero ella me interrumpió. Me dijo que con mi cara le bastaba; la muy granuja había cogido mi Kodak y me estaba esperando al acecho; me pilló con la boca abierta y los ojos como platos. Es un cielo –concluyó Nelly Ann con fervor.

–Y ¿sus cosas son igual de lujosas?

–Qué va. De lo más corriente, como las nuestras. Y monta un escándalo de mil demonios si nos endeudamos con las cuentas de la casa. Dice que tenemos que vivir dentro de nuestras posibilidades.

–Un poco exagerada, ¿no?

–Sí, estas chicas ricas que se vienen a vivir con las pobres son siempre las más estrictas. Habrá leído mucho –prosiguió Betty, sin

saber que repetía las palabras de la señorita Matcham, por quien habría sentido un desprecio supremo–; sobre política, sociología y esas cosas: *La situación económica de las oficinistas*…

–Si crees que has ejercido de oficinista la última hora y media, Betty querida, te equivocas; no has hecho más que poner una marca al lado de tres nombres y sacarnos los cuartos para el regalo de boda de Ruby. Que, por cierto, nunca me ha caído bien, ni viva, ni muerta, ni casada.

Madame Roxane Guilbert celebraba su sexagésimo cumpleaños. Y lo celebraba con un copioso festín de lágrimas. Llevaba muchos años como institutriz con los Carberry, así que estaban acostumbrados a su temperamento galo. Era una mujer grande y jovial, como una figura alegórica de *La Gloire* en un desfile patriótico francés; de buen corazón y mirada procaz; una procacidad que no tenía reflejo ni en su alma ni en su pasado, que había sido de lo más respetable: una *jeune fille bien élevée*[61], con una pequeña dote, un *mariage de convenance*[62] y un *bon petit mari*[63] muerto en la guerra. Aquel aire de descarada procacidad era, pues, accidental, pero materializaba todo lo que un inglés de la época esperaba encontrar en París en los tiempos felices en que aún se la llamaba *Gay Paree*[64]. Los Carberry adoraban a madame Guilbert. No hay equivalente en francés de la expresión *being put upon*[65], pero a Roxane no le hacía falta; dirigía la casa, a la señora Carberry, a Daffy y a Clo, a los criados, a la niñera y a cualquiera del clan Dudley que se pusiera a su alcance, en particular al propio señor Norman, cabeza de la firma y de la familia, del que se burlaba cariñosamente por su debilidad, su bondad y su falta de iniciativa con las señoras: «*Un an de mariage*[66], un hijo,

Tobee, y una mujer que muere en el parto… *Parbleu!*, ¿y eso es excusa para no volver a levantar cabeza en veinte o treinta años?».

Era alegre, eficiente y cariñosa. Nunca sermoneaba a los jóvenes, pero, aunque no encontraba sermones en las piedras, sí encontraba, con gran regocijo, sexo en todas partes[67] y un placer inocente en creer siempre lo peor sin vacilar, y en pregonarlo con la convicción de que lo peor era lo mejor. Le daban miedo los animales domésticos y gritaba cuando se le acercaban, lo cual creaba, naturalmente, ciertas dificultades en una casa de campo llena de niños en el New Forest. Los niños le tomaban el pelo y ella se lo tomaba a ellos, respondiendo a lo que solían llamarse «preguntas embarazosas» con tal franqueza y soltura que el embarazo moría de inanición. Clo era su favorita; y después, el primo hermano de Clo, *m'sieu Tobee*. Era pariente lejana del duque –¿de Orleans o de Borbón?– que debía ser rey de Francia. Se entendía que tenía derecho a llorar en su cumpleaños.

Pero, este año, el 8 de junio trajo una auténtica decepción. Todos sus regalos habían sido *pratiques*, regalos sólidos, excelentes y duraderos; madame Guilbert los había recibido con exagerados aspavientos, pero lo cierto es que, aunque todos eran útiles, ninguno le hacía ilusión.

Et quoi, alors? ¿Acaso era una anciana para que le regalasen bolsas de agua caliente y zapatillas de andar por casa? ¿O una catedrática interesada en el diccionario Oxford y en un estuche nuevo para las gafas? *Ne suis-je pas femme?*[68]

Daffy y Clo llamaron a la puerta y entraron a la vez, seguidas por la tropilla de los pequeños. Le entregaron a madame dos paquetes grandes, uno pesado y otro ligero.

–Acaban de llegar por correo –anunciaron, y esperaron a que los abriera.

El primero, envuelto en elaboradas capas de serrín y papel de seda, era un cuenco de cristal verde claro; el segundo, montones y montones de lirios del valle, fragantes y espléndidos.

–*Ah, mon Dieu, les fleurs de lys de mon beau pays!*[69] –exclamó madame, juntando las manos y estrechando cuantas tuvo a su alcance, entre sollozos embriagados. Conviene recordar que era pariente del rey de Francia: enviarle lirios del valle era como enviarle Versalles y las Tullerías, estandartes bordados y las perlas de María Antonieta.

Las Carberry más pequeñas la miraban horrorizadas. No entraba en sus esquemas que los mayores lloraran. Además, siempre había flores de sobra en el jardín y en los prados de alrededor; más de las que nadie en su sano juicio pudiera querer. Era, pues, un regalo de cumpleaños de lo más tonto.

Daffy echó a sus hermanas de la habitación. Mientras tanto, Clo buscaba alguna tarjeta en las cajas.

–Aquí está: «*Bonne fête et beaucoup d'amour, de Jasmine*».

–Oh, la pequeña, qué encanto –exclamó madame, vertiendo el agua de la jarra en el cuenco y acariciando los delicados ramilletes mientras los desataba–. *Beaucoup d'amour*… En nuestro idioma no se dice eso, aunque aquí acostumbréis a decir *much love* incluso cuando el sentimiento es solo de *amitié*. No lo olvides, Duffee. Y tú tampoco, Clo. Igual que yo no olvidaré nunca el tierno corazón que se acordó del cumpleaños de una vieja y pesada institutriz francesa.

–No eres pesada –replicó Daffy enseguida.

–Ni vieja –dijo Clo.

Y, zanjado el asunto, se sentaron en el suelo y charlaron sobre su amiga del colegio, Jay: lo amable y generosa que era con todo el mundo; la sorpresa que se habían llevado cuando llegó el otoño anterior buscando trabajo, cualquier trabajo; no pedía favores, sino trabajo, porque se había marchado de casa. «No me preguntéis por qué, por favor, no. Prefiero no decirlo. Pero de alguna manera tengo que ganarme la vida y no endeudarme.»

–Pero es imposible –las interrumpió madame– que con su sueldo me compre estos lirios de mayo, tan difíciles de encontrar, y el cuenco que parece agua rizándose a la sombra del sauce verde de vuestro jardín, y aún le alcance para vestirse, comer y pagarse un techo, ¿no?

–Vive como un espartano. Dejaría que el zorro le devorara las entrañas[70].

–Daffy y yo hemos intentado darle cosas para que esté más cómoda, pero no las acepta. Dice: «No, por favor, no. Estoy perfectamente, y preferiría que no», y nos cuenta algo gracioso del trabajo para cambiar de tema.

–Tendrá sus ahorros. Solo que es tan escrupulosa que no quiere vivir con más lujo que sus compañeras en la empresa del tío. Es como la princesa que notó el guisante debajo de dieciocho colchones, ¿verdad, Roxy?

–*Mais non*, no se parece en nada. Esa famosa princesa era una chica sin educación; de lo contrario, no se habría quejado ni montado ese numerito con los colchones. Una verdadera aristócrata no habría dicho nada, *mais rien du tout*[71]. *Mais la petite Jasmine, c'est du vrai sang*[72]. Siento por ella un gran cariño, *une vraie tendresse*. Si yo tuviera una hija, una pequeña… –madame Guilbert

adoptó una expresión tan voluptuosamente maternal como si hubiera parido al menos una docena–, se habría parecido a nuestra Jasmine. Cuando se case, si es desde esta casa, seré yo quien le prenda el velo *et les fleurs d'oranger*[73].

En Admiral's House, en Fripp's Hard, se daba por sentado, con gran regocijo, que su primo hermano Toby no tardaría en pedirle matrimonio a Jay y que ella aceptaría, lo que daría a Daffy y a Clo la oportunidad de ser damas de honor vestidas de amarillo claro. De hecho, las muchachas lo habían hablado con todo el mundo menos con los interesados, y tampoco Jay y Toby se habrían librado de no haber sido porque la señora Carberry se lo había prohibido. No es que reconociera defectos graves en Daffy y Clo, pero sí que su torpeza de cachorrillos, sus retozos afectuosos, sus saltos desenfrenados y su tendencia a volcar el costurero y enredar las zarpas en la lana, requerían la intervención de una mano adulta de vez en cuando. Su tío Wilfred había dicho en una ocasión, con socarrona ternura, que tendrían que haberlas cocido un par de minutos más.

Así pues, contemplaban la perspectiva de la boda con ilusión, sin un ápice de celos, y se disponían a vestir a Jay para el baile del Príncipe, como un par de hermanastras excepcionalmente guapas en una versión revisada de la Cenicienta.

–Mamá ha recibido una carta del tío Wilfred esta mañana. Dice que todos los robles de Carolina del Sur están cubiertos de una cosa llamada musgo español, y que, si de él dependiera, contrataría a un ejército de parados para que lo quitaran todo. Mamá ha dicho: «Vale, pero ¿a nosotras qué más nos da? Ojalá vuestro tío no fuera gruñón hasta por carta».

–Volverá el mes que viene –intervino Clo–. Más le valdría a Toby casarse con Jay antes de que llegue. Al tío Norman sabe manejarlo, igual que todos; hasta un conejillo de indias podría manejar al tío Norman, de tan bueno que es. Además, le encantaría tener a Jay de nuera. Pero el tío Wilfred es duro de pelar. ¿A que sí, Daffy?

Su hermana asintió.

–Es un hombre de mundo –dijo–. Al principio insinuó que a Jay la habían colado por enchufismo, pero tuvo que reconocer que su habilidad para los números honraba el colegio en el que había estudiado, y que estaba a la altura, incluso para su preciado Walker, Dudley e Hijo.

–Pero le dijo a mamá: «Va a por el chico». Lo oí. «Va a por el chico», con esa voz exasperante de «a mí no me la dan» que les gusta poner a los hombres mayores.

Con la única excepción de Wilfred Walker, los Dudley eran la sal de la tierra, pero sin una pizca de sal en su composición. Su admiración mutua no tenía límites, salvo, una vez más, en el caso del tío Wilfred, que guardaba un poco las distancias y habría querido que Norman y sus hermanas, Lucy y Mary, y las chicas y el joven Toby, y todos sus allegados, dependientes y empleados, dejaran de plantar rosales en cada enrejado y aprendieran a ver las cosas como son. No tenía, por ejemplo, ninguna objeción contra la chiquilla que Daphne y Clorinda habían traído de su antiguo colegio; y no era, como sospechó con recelo al principio, una intrusa cabeza hueca. Pero no veía motivo para dar saltitos de alegría por que el único hijo de su primo se hubiera enamorado perdidamente de ella. Ya tendría tiempo Toby de sentar la cabeza y casarse dentro de diez años. Además, se la veía tan frágil que daba la impresión de que se

rompería a la menor caída. En su opinión, desde que la pequeña Blake había llegado a Hampshire, todo el círculo de los Dudley, tanto empresarial como familiar, se había vuelto más infantil y más tonto. Así como algunas personas son portadoras de ciertas enfermedades, Jay parecía portar y transmitir una infección de cantos de pájaro y gotas de rocío que a Wilfred Walker le resultaba exasperante y poco profesional. Pero no tenía nada en contra de la muchacha, salvo que, en lugar de caminar con paso firme sobre la tierra, se movía como si la gravedad no le afectara.

–Un puñado de pétalos al viento –convino Mary Carberry, con tono sentimental–. Un columpio sin cuerdas visibles…

–No digas bobadas, Mary. ¿Un columpio sin cuerdas? Sería una tabla suspendida en el aire. Y ¿qué tiene eso que ver con nuestra nueva auxiliar de contabilidad? De verdad que no sé qué os pasa a todos. Norman siempre se ha derretido con un ricito dorado, pero no estaría de más que tus hijas y tú mostraseis un poco de celos; sería lo razonable y lo decente. Te digo que va a por Toby. Si no quieres verlo, allá tú. En fin, adiós.

Y se fue de vacaciones seis meses al Nuevo Mundo por motivos de salud. Como era incapaz de disfrutar del sol sin pensar en el mañana, combatió el aburrimiento informándose sobre los últimos avances en sistemas de aire acondicionado, aislamiento, escaparates y diseño de hormigón armado; y confió, sin demasiado fundamento, en que a su vuelta la casa Dudley habría dejado de tambalearse con cada soplo de brisa.

Cuando los lirios del valle estuvieron en agua, un estanque poco profundo de delicadas campanillas blancas de bordes festoneados, madame Guilbert retrocedió con orgullo para contemplarlos desde

todos los ángulos, y se dirigió a Daffy y Clo, que seguían de cuclillas en la alfombra:

–Os digo que sería mejor que se casaran de inmediato, esos dos, y no solo porque el buen tío regresa, sino porque pronto llegará julio, agosto, *la grande chaleur*, *lune de miel*, el viaje de novios…

Daffy canturreó:

–Luna de miel, luna de cosecha…

–Pero, cuando la sangre joven está inquieta y no hay luna de miel, ¿qué pasa con la cosecha *après la chaleur?*

Madame Guilbert disfrutaba de una orgía vicaria, con Daffy y Clo escuchando, tan inocentes, tan atentas, tan bobaliconas, tan desconcertadas por el simbolismo de lunas y cosechas.

–¿Habéis leído las dos conmigo a De Musset? ¿Te acuerdas, Duffee? «*Poète, prends ton luth, le vin de la jeunesse fermente cette nuit dans les veines de Dieu. Mon sein est inquiet, la volupté l'oppresse…*»[74] Responded rápido: ¿de dónde es la cita?

–George Eliot –respondió Daffy, aturrullada–. No, quiero decir George Sand. Roxy, ¿crees que Clo y yo tendríamos que hablar con Toby? Clo siempre ha tenido mucha influencia sobre él, aunque es cuatro años menor. Con tacto, claro, y sin decir nada de lunas de miel ni meterte a ti por medio; solo un empujoncito para que se dé prisa y se lance. ¿O prefieres encargarte tú, ya que eres francesa?

–*Mes enfants*, no sería *convenable;* no soy la madre de la joven…

–Pero es que no tiene una madre que le sirva de nada. Su madre la perseguía.

–Sí, detestaba la idea de que Jay se mezclara con el proletariado para entender de verdad el problema. Es el tipo de mujer que habría dicho: «¿Por qué no comen pasteles?»[75]. Me parece muy noble que

Jay se emancipara; tiene mucho más carácter del que yo he tenido nunca.

–O del que he tenido yo.

–No, tú tienes muchísimo más carácter que yo, ¿verdad, Roxy?

Daffy y Clo porfiaron amistosamente un rato, atribuyéndose una a la otra grandes dosis de carácter. Madame Guilbert las interrumpió:

–¿Visteis alguna vez a *la mère de Jasmine*, en el colegio donde estudiasteis juntas?

Daffy frunció el ceño, haciendo un esfuerzo por recordar.

–Creo que sí, en una entrega de premios. Una mujer grande, de aspecto descarado, con caderas oscilantes; pelo platino y cubierta de pieles, una especie de Boadicea, muy diferente de Jay. A no ser que fuera otra persona. Pero nunca nos invitó a su casa, aunque éramos sus mejores amigas.

Al sargento Dale, conserje de Walker, Dudley e Hijo, le sorprendió al llegar a casa una tarde encontrar el aire vibrando de música. Vivían bajo el mismo techo su mujer, su cuñada, su madre y cuatro hijos, el mayor de doce años, pero ninguno tocaba instrumento alguno, de modo que entre todos no habrían podido componer la orquesta que ahora formaba oleadas de melodía a través de la puerta de la cocina y la puerta principal hasta la calle semirrural, cuyos árboles goteaban y parecían encenderse con el reflejo del sol después de un chaparrón primaveral. El sargento Dale también goteaba y parecía encendido, pues no le gustaban las sorpresas; le gustaban el cumplimiento del deber, los planes, la organización y un ritmo de vida sobrio y decente. Pero abril, como decía a menudo, era un mes traicionero que interfería con el ritmo, los planes y la organización; con todo, en suma, menos con el cumplimiento del deber.

Y ahora ¿qué era eso de que lo recibiera una caprichosa y espontánea explosión de música en vez de un apetitoso olor a filete con cebolla? ¿Alguien les había prestado un gramófono? No le gustaba pedir prestado. Algún día, cuando pudiera permitírselo, pensaba regalarles uno, de segunda mano, quizá. A Ben, el mayor, le entusiasmaba la música; no había quien lo despegara de una banda cuando la había. Pero la música no era forma de ganarse la vida.

Abrió la puerta de golpe. El sol poniente se colaba a través de las cortinas por la pequeña ventana cerrada, sorteando los geranios y los adornos, e iluminaba al grupo de niños que rodeaban extasiados una radio portátil colocada en el centro de la mesa de la cocina. Las tres mujeres, vestidas de negro, marrón apagado y morado deslucido, formaban un círculo exterior; las tres con las manos ocupadas todavía, una con el cuenco del postre, otra con la labor de punto, pero absortas en la música que brotaba tan gloriosamente de la caja de nogal e inundaba la estancia.

Un poco apartada, como si no tuviera nada que ver con el truco de magia, con la boca temblando en una sonrisa de pura alegría mientras observaba a Ben, había una joven de pelo rubio y abrigo raído a quien el sargento reconoció como la señorita Blake, que llevaba unos pocos meses trabajando en su empresa y que nunca le había dado ningún problema, como sí hacían otras, bien lo sabía Dios.

La emisora London Regional tuvo el tacto de poner fin a su hora de orquesta de la BBC justo cuando el sargento empezaba a preguntarse si alguien iba a reparar algún día en su presencia. ¡Que a un hombre le pasara esto en su propia casa!

Benny se acercó un poco más al maravilloso aparato. Los ojos le brillaban como estrellas, tenía el pelo pegado a la frente sudorosa y apenas podía respirar; estaba en el paraíso. Y no se lo iban a quitar, aquel reino de armonía; podía liberarlo cuando quisiera; se lo habían regalado a él, a Benny Dale, y era suyo para siempre.

–Ay, George –explicó la señora Dale, un poco preocupada de antemano, pues su marido era un hombre excelente y había ganado muchas medallas que le adornaban el pecho, pero encontraba pegas a todo lo que los niños querían, y a casi nada le daba el visto bueno. Y, cuando hay cuatro en la familia, además de mamá y la pobre Florrie, y tienes que apañártelas para llegar a fin de mes sin deber un penique… –. Ay, George, la señorita Blake le ha traído a nuestro Benny una radio, como la que siempre hemos querido y prometiste comprarle algún día. ¿No te parece un detalle precioso? Estábamos escuchándola –añadió, de forma un tanto innecesaria.

El sargento Dale era un poco lento de reflejos, pero le gustaba la exactitud.

–Yo hablaba de un gramófono –la corrigió–. Nunca pensé en una radio. Nunca he sido de aparatos. Y no fue una promesa; «quizá», dije, «quizá, si te portas bien…».

Ben, demasiado aturdido para percibir la amenaza que flotaba en el aire, alargó un dedo y giró el dial para encontrar música en otra emisora. Ahora podría pasarse noche y día haciendo eso. Lo controlaba él. Canturreó un *Te Deum* de alegría a dúo con la voz invisible que salía de la caja de música.

–Espero que no le sepa mal, sargento –dijo Jay con preocupación–. No sabía quién era Benny cuando…

–No se lo habrá pedido él, ¿verdad, señorita? Ni ninguno de mis hijos… Aquí nunca hemos sido mendigos, ni mi mujer ni yo, y espero que nunca lo seamos. Si se la pidió…

–No, no. Claro que no. Ha sido cosa mía, todo culpa mía. –Parecía estar implorando perdón por un crimen–. Lo vi apoyado en la verja de una casa en St. Michael's Square, escuchando. La ventana estaba abierta y sonaba la radio, y de repente la apagaron antes de que terminara la canción. –¿Cómo explicarle a aquel hombretón de metro noventa lo terrible que era la expresión de desamparo en la cara del niño, plantado al otro lado de la verja mientras la gente rica y privilegiada encendía y apagaba la música a su antojo?–. Así que le pregunté cómo se llamaba, y aquí estoy –concluyó, cuidándose de no añadir: «Ojalá no hubiera vuelto usted tan pronto». Había sido muy bonito y emocionante entrar en aquella casa con el milagro de Benny en la mano.

Pero el sargento Dale no era un padre cruel. Solo quería asegurarse de que todo estaba en orden, de que nadie había pedido la nueva adquisición y de que la gratitud hubiera quedado expresada en regla y forma.

–Es usted muy amable, señorita, al pensar en mi hijo, aunque con una trompeta habría tenido de sobra… –No acertaba a expresar lo que quería, que era que la señorita Blake, siendo una simple mecanógrafa de la empresa, debía de haberse gastado una cantidad excesiva y desproporcionada en un regalo para el hijo del conserje–. Ben, no te quedes ahí mirando como si fuera un truco de magia. Espero que le hayas dado las gracias a la señorita como es debido.

Los enormes ojos castaños de Ben se movieron lentamente de la radio a su padre, y de su padre a Jay.

–¡Sí, sí que me las ha dado! –exclamó Jay, consternada. No quería oír palabras de agradecimiento, nunca. Era recompensa suficiente ver el hechizo que podía obrar.

Pero, de los cuatro hijos del sargento, Gert, la que seguía en edad a Benny, era rencorosa: no le parecía justo que la caja de música no se hubiera repartido en cuatro partes iguales, una para cada uno, así que exclamó:

–Benny no ha dicho gracias, papá, ni una sola vez. Creía que lo diría, tal como nos has enseñado, pero no lo ha hecho; la ha cogido y se la ha quedado sin más.

–Benny, hijo mío, me sorprende que… –empezó a decir el sargento en un grave *crescendo*.

Pero Jay había huido. Corrió, pero no para salvarse a sí misma, sino a Benny. Una vez hubo una niña rica y una niña pobre; una benefactora por un lado, y por el otro la humillación de tener que recibir, siempre recibir, y dar las gracias delante de todo el mundo.

II



Toby Dudley había sobrevivido a una semana de lluvia sin Jay, y le había resultado insoportable. Así lo expresaba él, al menos. En realidad, lo que había hecho era supervisar con impaciencia la restauración de una gran casona georgiana en ruinas, a unos sesenta kilómetros de distancia. Los propietarios no estaban satisfechos con el avance de las obras y se desquitaban con el capataz. Norman Dudley consideró prudente que Toby se quedara allí unos días. El chico no se tomaba nada en serio y tenía que aprender que en los negocios había que trabajar, no jugar; tenía buen ojo para los estilos de época, pero tendía a impacientarse con la monótona tarea de elaborar presupuestos y especificaciones.

Jay no era oficialmente la secretaria personal de Toby, si bien la empleaba cada vez con mayor descaro en esa función, en lugar de llamar, según correspondiera, a Nelly Ann Ryman o a Helen Mitford. Pero no podía llegar al extremo de llevársela a todas partes. Además el tiempo había sido horrible; aunque eso le traía sin cuidado: el buen tiempo era un desperdicio si Jay y él no estaban juntos. Pero ahora había vuelto, era sábado por la tarde, y la copiosa lluvia de julio se desplazaba hacia el oeste.

Su irritación se aplacó un poco cuando su tía Lucy, que les llevaba la casa a él y a su padre, le informó, sin esperar siquiera a que

preguntase, de que Jay estaba pasando el fin de semana en Fripp's Hard con los Carberry, como hacía a menudo. La tía Lucy, al igual que su hermano Norman, su hermana Mary, sus sobrinas Daphne y Clorinda, madame Guilbert, los niños, los perros y todo aquel clan de almas cándidas, veían el romance con benevolencia y no le ponían ningún impedimento. Había incluso momentos en que Toby se rebelaba contra tanta complicidad benévola; momentos en que le habría gustado que el ambiente no fuera tan propicio. Su hombría era como un ejército en blandos tiempos de paz[76], deseoso de poner a prueba su fortaleza. ¿Separarlo de Jay? Que lo intentasen. Pero nadie lo intentaba. Daffy y Clo resultaban hasta un poco irritantes, con esa costumbre suya de atribuirse el mérito por haberlos juntado. Jay era extraordinaria. Jay era increíble. Pero qué lástima que Toby no fuera el único en saberlo y tener que defender su convicción frente a los prejuicios y la intolerancia: «Me da igual que solo sea una mecanógrafa de la empresa de mi padre…» y cosas así.

Aún no estaban formalmente prometidos. También a esto sentía Toby cierta reticencia, por la lluvia de confeti y buenos deseos que caería sobre ellos al instante. Además, Jay solo tenía diecinueve años, y su constitución frágil e infantil la hacía parecer incluso más joven, aunque ella siempre aseguraba, riendo, que las apariencias engañaban, y que era fuerte como una atleta.

Con todo, por una vez no le molestó que la tía Lucy le facilitara el cortejo con su servicial información. No tenía sentido perder una tarde de julio buscando a Jay cuando estaba fondeada en casa de sus primas.

Toby subió andando sin sombrero bajo la lluvia. Su pelo rojo era lo único que brillaba en el paisaje empapado mientras cruzaba el césped y se colaba con sigilo por las puertas cristaleras, pues había entrevisto un jersey naranja igual de brillante sentado de espaldas en el mirador y absorto en un puzle. Conocía bien aquel jersey; incluso lo había visto a medio tejer en la mesa de su despacho, con dos agujas rosas clavadas en un enorme ovillo de lana, un día que el señor Macdonald reclamó a Jay de improviso.

–Eres daltónica –le dijo en broma cuando volvió–. Si no, no utilizarías agujas magenta con lana naranja.

–Y ¿por qué no? Son colores del ballet ruso[77]. Una vez los vi cayendo juntos por una pared.

–¿El ballet entero?

–Enredaderas en flor. Los dos colores quedaban divinos, entrelazados. Fue cerca de Montecarlo.

–Caramba, señorita Blake, ¿ha viajado usted?

–Pues sí, señor Ernest, soy toda una viajera. Estuve en Montecarlo antes de cumplir los catorce.

–Viajar es muy instructivo, ¿verdad? Y no me llames «señor Ernest».

–Te pega mucho.

¿Así que había terminado el jersey mientras él estaba fuera? Menudo descaro. Se le antojó que tenía un derecho adquirido sobre aquella prenda, y que tendría que haber estado a su lado para sacar las agujas magenta y echarlas a la chimenea de estilo Adam[78]; y después, inspeccionar la obra terminada y decir, imitando el acento escocés ligeramente quejumbroso del señor Macdonald: «No está mal del todo, pero tiene más puntos caídos que lana lleva».

Se acercó con sigilo por detrás. Jay estaba absorta encajando las piezas del puzle a medio hacer. «Hablando con objetividad –se dijo Toby, y jamás ha habido un joven menos objetivo–, diría que es la criatura más hermosa de este siglo, y una nueva maravilla del mundo.» Lo que dijo en voz alta, por encima del hombro de Jay, fue:

–Esa sección va mucho más arriba y forma parte del carruaje del otro lado. Al menos, así sería si no la tuvieras al revés. Mira, así.

–¡Toby! ¡Qué malo eres! Le has quitado toda la gracia. –Pero qué suerte que le hubiera dado motivo para protestar, así no tenía que decir: «Ah, has vuelto», con fingida indiferencia, esforzándose por que no se le notara la alegría en la voz–. Llevo desde la hora de comer esforzándome como una burra, y ahora llegas tú y te llevas los laureles.

–Como una burra, nunca mejor dicho. –A Toby le martilleaba el corazón con tal violencia que le oprimía la garganta y le dificultaba el habla–. Porque solo una burra confundiría los arreos de un caballo con una vidriera emplomada. Mira –dijo, dándole la vuelta a dos piezas.

–Ah… sí. Sí, puede que tengas razón. ¿Me dejas ayudar, Toby, cariño, o el puzle ya es tuyo? –Porque él se había sentado en la silla que Jay acababa de dejar libre y había tomado el mando de la operación–. Ya lo habías hecho antes, seguro; si no, es imposible que… ¡Toby, esa pieza no! ¡La estaba reservando para el final!

Él no hizo caso de sus gritos y protestas, y siguió con implacable determinación. Era un joven pecoso y de facciones más bien feas, y, sin embargo, apuesto: bien plantado, con una llamarada de pelo rojo, cejas prominentes sobre unos ojos azul claro, sonrisa amplia y atractiva, huesos fuertes y unas manos que parecían saber por

instinto lo que hacían, sin titubear. Oía la suave respiración de Jay, apoyada en él, cogiendo piezas a la desesperada e intentando encajarlas donde no cabían, gritando de rabia cuando Toby, con gesto señorial, se las quitaba de las manos y las colocaba en su sitio. Al cabo de un rato, dejó un paquete encima del puzle con la indiferencia de quien deja un trozo de queso en la encimera. «¿Le gustará? ¿Le parecerá horrible? ¿Me llamará "Toby, cariño"? ¿Lo llevará siempre? ¿Habría sido mejor comprar el pavo real?»

–Toma.

–¿Es para mí? –susurró Jay. Rompió el lacre, desenvolvió el papel y abrió la cajita de cartón; sobre una base de algodón había un bonito broche de diamantes en forma de velero–. Toby, qué bonito. Es precioso. Eres un sol. Pero, Toby…

–¿Te gusta? –preguntó él, impasible–. No sé por qué los aficionados a los puzles no hacéis primero el marco y luego rellenáis el paisaje. Es el único método sensato. Yo siempre…

–Toby.

Él se volvió de golpe al percibir la nota de angustia en su voz.

–Toby, no puedo aceptarlo, de verdad que no.

La decepción pesa por dentro como el plomo, pensó Toby; hasta el punto de que es un milagro que no ceda el suelo y me caiga al sótano.

–Perdona. Ha sido una tontería. Nunca he sabido elegir. Había un pavo real… Pero a lo mejor es que no te gustan los broches. También estuve mirando pitilleras, pero pensé que esto te lo podías poner…

–Ojalá pudiera. No es que no me guste. Ni que prefiera pavos reales o pitilleras o cualquier otra cosa. Es solo que… por favor, Toby,

no me hagas regalos. Por favor.

–¿Por qué no?

–No me gusta aceptarlos.

–A veces eres absurda.

A Jay se le llenaron los ojos de lágrimas que le quemaban como fuego.

–No soy absurda.

–Sí que lo eres. Vivir en una celda con un cilicio, eso es lo que te gustaría. Eres… eres desconsiderada al no aceptarlo.

–No soy desconsiderada.

–No dejas de decir que no eres esto y no eres lo otro. Me gustaría comprarte galerías enteras de diamantes.

–Lo sé. Y ese es precisamente el problema. Son diamantes. Es valioso.

–Qué va; es una baratija que cogí sin apenas mirarla.

Pero Jay lo sabía. Su instinto distinguía lo que era una baratija de lo que no.

–No lo entiendes.

–Siempre he jurado que el día que una chica me dijera «no lo entiendes» la dejaría.

–Pues déjala. Márchate con un juramento. Cumple lo que juraste.

–Jay… cariño. Y ¿si te lo regalo por tu cumpleaños? ¿Cuándo es?

Jay negó con la cabeza.

–Soy una empleada de tu padre, y…

–Por Dios, Jay, no puedes ser tan remilgada y anticuada; es imposible; te estás comportando como la heroína de una obra de teatro. De las malas –apostilló.

Un momento de tensión y silencio.

No. Volvió a meter el pequeño velero en la caja, la cerró y se la metió en el bolsillo a Toby. Después le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios. Era la primera vez.

–¡Jay! –exclamó él, sin aliento.

–Mira el cielo. Azul. Se ha despejado a nuestras espaldas mientras discutíamos. Venga, Toby, salgamos. Vamos al estuario.

Se lanzó al porche, bajó de un salto los escalones, cruzó el césped a la carrera llamando a los dos sealyhams[79], Hengist y Horsa[80], que la siguieron a toda velocidad, ladrando y dando volteretas de alegría porque el aburrimiento del día había terminado. Toby la alcanzó en un momento:

–Eres una diablesa. Mi diablesa adorada.

Madame Guilbert los vio desde el balcón de la sala de estudio, protegiéndose los ojos del sol cegador, y los despidió con un potente grito que el viento hizo jirones antes de que les llegara; pero Toby volvió la cabeza y vio a la vieja institutriz gesticular como la diosa de la procreación en una farsa mitológica francesa, y se echó a reír y gritó: *«¡Bon soir, Roxy!».* Un declive del prado se los ocultó a la vista. Pero la fugaz imagen de Jay le había arrancado a madame Guilbert un hondo suspiro, al pensar que ni siquiera en la flor de su juventud habría podido ella hacer gala de una felicidad tan descarada como la de esa muchacha que corría libre con sus pantalones grises y el jersey naranja, mientras los sealyhams hacían cabriolas y tropezaban con sus talones. A Jay no le preocupaba que el viento le alborotara el pelo, ni que el sol le diera de lleno en los ojos; no llevaba un chal por si después refrescaba; no tenía que vigilar dónde ponía los pies por miedo a que los tacones altos le jugasen una mala pasada: todas esas penosas limitaciones que se

imponían con resignación las señoras de mediana y avanzada edad como madame Guilbert. E incluso cuando ella había estado, como Jay, en edad de merecer, hacía cuarenta años, su noviazgo había sido *comme il faut*[81], conforme a los usos de la época y a las convicciones de sus padres; su prometido, un joven de lo más formal, en vez de perseguirla enloquecido por la hierba alta hasta la orilla del agua, se había quedado en el salón y había pedido permiso para cortejarla castamente junto al reloj de sol. ¿Había sido buena o había sido mala, *la surveillance*[82]*?* Roxane no habría sabido decirlo. Escenas pastoriles en porcelana de Dresde. Suspiró de nuevo y volvió a la sala de estudio vacía, confiando en que aquel alocado pastor y aquella ninfa del siglo xx recordasen al menos que la hierba estaba mojada cuando se tirasen impulsivamente al suelo buscando la tierra, pues sabía que tarde o temprano lo harían. Si no hoy, mañana, cuando volvería a llover, *bien sûr*. Sentía en el pecho una ternura protectora, veteada de envidia; bajó las escaleras inquieta, en busca de compañía, y, al cruzarse con Norton, el mayordomo, le sonrió con una picardía tan matizada, de significado tan misterioso, que agitó en igual medida su hombría y su sentido del decoro. Norton estaba acostumbrado a madame Guilbert, y había combatido en Flandes y sabía leer a los extranjeros como un libro abierto, pero nunca podía uno estar seguro de lo que tramaban. Más valía andarse con ojo.

–Roxy –dijo la señora Carberry en el salón–, acabo de echarle un rapapolvo a Norton por lo de la plata y todavía me tiemblan las piernas. ¿Lo has notado disgustado?

–No lo he visto –contestó madame con total sinceridad.

Jay y Toby, reunidos de nuevo, estaban tan entusiasmados que necesitaban desfogarse de algún modo. Vieron a Daffy y a Clo navegando por el estuario con los dos hijos del obispo en el velero de Toby, el Good Fortune, y les gritaron todo tipo de lindezas cuando la botavara cambió de banda y por poco los lanza al agua.

Después encontraron una lancha motora, la Ohi, amarrada entre juncos de un vivo color anaranjado, a medio repintar y abandonada durante el fin de semana. A su lado estaba el bote auxiliar: Tender to Ohi. Jay y Toby cogieron el bote de pintura y añadieron «Be» delante. A la luz del crepúsculo, el resultado era de una ternura inefable, y se alejaron desternillándose de risa.[83]

–¡Me encantaría que le pusieran mi nombre a un barco! –exclamó Jay–. No se me ocurre nada más emocionante ni más halagador. Aunque tendría que morirme joven, para que la gente llorase cada vez que viera el Jasmine. No, espera, Jasmine no es un buen nombre –continuó, sin tomar aliento, mientras Toby resolvía en secreto comprar un yate en cuanto la economía se lo permitiera, o antes incluso, solo por el placer de bautizarlo en su honor–. Quedaría mejor La Alegre Susan, o La Pícara Kate, o…

–Eso suena a barco de pesca. A un yate no lo llamas La Alegre Susan ni La Pícara Jane ni La Sinvergüenza de Christine. Mira, ya sé lo que haremos: rebautizaremos el Good Fortune; la gente borra a menudo el nombre de su barco para ponerle otro. El Jasmine. Jasmine II –repitió en voz baja, paladeando el nombre.

–¿Cómo que segunda? –protestó Jay, alarmada–. ¿Es que has tenido otra Jasmine?

–Claro que no. –Sin embargo, prefería Jasmine II: sonaba más sofisticado–. Organizaremos una ceremonia especial.

Un destello azul surgió de entre los juncos y cruzó el agua como una flecha.

–¡Un martín pescador! ¡Mira, Jay! –Y de pronto se echó a reír–. Perdona.

–¿Por qué?

–Hace una hora he estado a punto de decirte que me recordabas a un martín pescador. Pero se me había olvidado que tienen un cuerpo horroroso, con las patas cortas y la cabeza enorme. Tú te pareces a…

–Da igual a qué me parezca –dijo Jay–. A una chica con jersey naranja, supongo. Me alegro mucho de no vivir en Londres. Me encanta esto. Me encantan las tardes de sábado cuando sale el sol después de llover. Me encanta oír el agua gorgoteando, riendo y chapoteando contra los postes. Me encanta ver un gran transatlántico asomando por la curva del río y pasando como si atravesara el jardín de tu padre; es absurdo: levantas la vista de la pista de tenis y ahí está el Berengaria, inmenso y majestuoso. Me encanta vivir en el extremo de Trumpet Street que da al mar. Me encanta el vapor de ruedas que traquetea a primera hora de la mañana, y las grúas del puerto recortadas contra el cielo del atardecer, y el color de los viejos almacenes, pardo rojizo y pardo violáceo, con el verde descolorido de las contraventanas. Y me encanta bailar en el Pier Pavilion, y sentarme en el jardincito del Museo, y sentirme como Ana Bolena.

–Menuda lista. ¿Nunca viniste de vacaciones al New Forest cuando eras pequeña?

–No. Molly y yo íbamos a Clifford’s Bay.

–¿Molly es tu hermana?

Jay asintió.

–Es actriz.

–¿Ah, sí? Creo que me suena el nombre. Molly Blake. ¿Qué está haciendo ahora?

–Está de gira por el norte con *Naughts and Crosses*. Se estuvo representando en el West End casi un año.

–¿Le tienes cariño? Me cuentas unas cosas muy raras de ti, Jay. Ninguna información. Solo sé que una vez fuiste a Montecarlo, que se te dan bien los números y que te emocionas cuando ves un transatlántico desde el jardín.

–Y ¿no te basta? Yo creo que con esas piezas se puede componer una chica.

–Sí, pero ¿qué clase de chica?

–Pues una tonta, Toby.

III



Cabría suponer que las dos de la madrugada serían horas de remordimiento y de terror, de yacer desvelada pensando que la semana siguiente llegarían los auditores para su visita anual. Era casi seguro que la descubrirían. Sin embargo, Jay no sentía aprensión ni arrepentimiento. No se revolvía febrilmente en la cama, sino que, con la mano izquierda bajo la mejilla, sonreía en la oscuridad, sumida en una despreocupada ensoñación que no guardaba la menor relación con la realidad.

Había sido maravilloso dar a manos llenas, dar a cada uno lo que deseaba, sin reparar en el precio, solo por la satisfacción de saber que, de no haber sido por ella, esa pequeña parte de felicidad jamás habría existido; más glorioso que cualquier gloria que hubiera imaginado, aunque siempre había soñado con ser Lady Bountiful.

Todo había sucedido con la mayor naturalidad, como si no pudiera ser de otro modo: enterarse de que a la pobre Sally se le había explotado el globo, y que se le ocurriera de repente la más deliciosa de las ideas: «Le llevaré un ramo entero, uno de cada color». Los globos no costaban mucho, y aquel día era viernes, cuando, como diría Molly, el fantasma se paseaba. La cara de Sally, sus ojos… No cabía duda: si tenías el don de adivinar con tanta exactitud lo que el otro quería, era injusto y mezquino no utilizarlo. El juego de tocador

de esmalte azul de Nelly Ann, el caviar y el vodka de madame Sobolev por Pascua, la radio de Benny Dale, y flores, flores por todas partes, montañas de flores, una gloriosa y perfumada profusión dondequiera que pudieran consolar o embelesar. Pues la propia Jay estaba embriagada por el ardor de dar. No podía parar, y no veía por qué tenía que hacerlo. Los globos eran baratos, se los podía permitir con su sueldo de tres libras y quince chelines a la semana; pero, para los violines, el cristal de Lalique y los frascos de L'Heure Bleue, hacía falta disponer de otros fondos. Se veía a sí misma como un Robin Hood moderno: quitaba a los ricos para dar a los pobres. Todo el mundo admiraba a Robin Hood. Era una especie de santo caballeresco.

Si hubiera comprado una sola cosa para sí misma, reflexionaba Jay, si se hubiera quedado con un solo penique de las libras robadas, sí se podría, con razón, poner en duda su honradez. Pero había sido escrupulosa y exacta, y solo había gastado dentro de sus posibilidades, como le habían enseñado desde pequeña. Incluso había rechazado el barquito de diamantes de Toby; un barquito tan bonito y brillante que le habría gustado prendérselo en su mejor vestido de verano, el que se le pegaba al cuerpo y flotaba al andar, verde como los helechos tiernos. Podría habérselo puesto justo donde se cruzaban los pliegues, cerca del corazón: el barquito que para ella era el nombre de Toby escrito en diamantes. Pero no podía ser; costaba demasiado; habría estado mal aceptarlo. Al menos sabía distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal, y de nada servía fingir lo contrario.

¡Qué verano había pasado! Qué verano más ligero y luminoso de campanas y globos y oro al vuelo. Hasta ese verano, ni siquiera

había empezado a vivir. Como una potrilla feliz, inmune a los celos como san Bernardo lo era a la lluvia bajo un paraguas invisible, Jay corría por prados fantásticos con la tranquilidad de una niña que juega en el jardín de su casa.

Sin embargo, durante los últimos siete meses, Jay había estado robando a la empresa cantidades que oscilaban entre los cinco chelines y las veinte libras.

Quitar a los ricos para dar a los pobres. ¿Se estaba engañando a sí misma? Si se hubiera tratado solo de eso, ¿habría sentido aquel vacío y aquella desgana la única vez que probó a enviar un regalo de forma anónima? No repitió el experimento; no tenía ninguna gracia. Detestaba que le dieran las gracias, sí, pero hasta los reyes tiraban bolsas de oro a la multitud, a la que le traía sin cuidado de dónde salía el dinero.

Ahora era julio, y los auditores irían la semana siguiente a revisar las cuentas de Walker, Dudley e Hijo. Pero Jay no temblaba, ni veía cernirse sobre ella los muros de la prisión; tampoco se le ocurrió huir mientras aún estaba a tiempo, antes de que la detuvieran. Al contrario: como buena jugadora, la magnitud de su apuesta la electrizaba.

Toby la apoyaría en las buenas y en las malas. Daba igual que descubrieran que había manipulado las cuentas aquí y allá: «No me he quedado ni un penique. He hecho felices a los pobres». Cuando ya no tuviera escapatoria, diría con sencillez y elocuencia: «Sí, lo hice por ellos, y por supuesto que no me arrepiento. Que hagan conmigo lo que quieran».

Y él respondería: «Estoy contigo, cariño».

El ensueño era febril y gozoso. Era Robin Hood, la amiga de los oprimidos. Era el rey de Francia repartiendo dádivas. Era una pródiga que apostaba temerariamente para que otros recogieran las ganancias. «No hace falta que te mezcles en esto, Toby. Puedo afrontarlo sola.» «Cariño, eres la chica más valiente y generosa que he conocido. ¿Cómo puedes pensar que te abandonaría solo porque hay peligro? Si tú no tienes miedo, yo tampoco.» «No, no tengo miedo.»

Campanas y globos en el aire. Jay se quedó dormida con una sonrisa en los labios. Era una tontería desvelarse solo porque los auditores venían la semana siguiente.

IV



Madame Guilbert estaba sentada entre Daffy y Clo al fondo de la sala, debajo de la galería. Le resultaba extraño encontrarse en el tribunal de una ciudad catedralicia inglesa, no como mera espectadora, sino profundamente implicada, con un interés personal y angustiadísima por una de las acusadas. Había seis casos, y el de Jay era el penúltimo: «N.º 5. Blake, Jasmine». Lo leyó en la lista de procesados que le había dado el alguacil mayor. Era amigo de la familia y había cenado a menudo con la señora Carberry en Admiral's House, así que les había conseguido buenos asientos abajo, entre los testigos y los posibles miembros del jurado, en lugar de arriba, en la galería, con los simples espectadores. La señora Carberry se había negado a ir. «No puedo, Roxane. Sería demasiado doloroso. Esa pobre chica insensata… Le teníamos cariño, todos. La habríamos acogido encantados como mujer de Toby, y mientras tanto le estaba haciendo esto: falsificando notas de gastos a su nombre, consiguiendo que firmara donde no debía; es inconcebible.»

Mais oui, era inconcebible. Estar allí esperando a que *la petite Jasmine* subiera por aquellas escaleras desde los calabozos: *la petite Jasmine*, que le había mandado el enorme cuenco de *fleurs de lys* por su cumpleaños, un regalo tan sutil y afectuoso. Pero ¿cómo iban

a saber que el dinero con el que había pagado las *fleurs de lys* y todos los espléndidos regalos que la generosa muchacha había ido repartiendo a su alrededor se lo había robado a su enamorado? *«Bonne fête et beaucoup d'amour, de Jasmine.»* Aquel francés torpe había adquirido un patetismo especial. Jasmine, a la que habían querido tanto, siempre tan dulce, tan alegre, casi como una más de la familia:

> N.º 5. Blake, Jasmine… Delito… En una fecha comprendida entre el 15 de abril de 1935 y el 30 de junio de 1935, en Southampton, se apropió indebidamente de ciertos bienes, a saber, diez libras, nueve chelines y cuatro peniques en metálico que le había confiado Ernest Dudley con el fin de que la susodicha Jasmine Blake los entregara a John Edward Jones, papelero…

Madame Guilbert no quería seguir leyendo la terrible lista de cargos, pero no pudo resistirse:

> En una fecha del mes de mayo de 1935, en Southampton, falsificó un documento con apariencia de cheque bancario y orden de pago por valor de trece libras, once chelines y cinco peniques, librado por Ernest Dudley…

Ernest Dudley; es decir, *monsieur Tobee*. Toby se había enamorado de *la petite Jasmine*. Habían sido una pareja muy feliz, corriendo de la mano por el césped mojado. Madame Guilbert, al acordarse del día en que había llorado de alegría en el balcón al verlos tan felices, volvió a llorar, con amargura esta vez, por la traición a Toby.

–Basta, Roxy. Aquí no –le susurró Clo, con aspereza.

Roxane se enjugó los ojos con el pañuelo y sorbió ruidosamente por la nariz. A su otro lado, Daffy, menos severa, también susurró:

–Roxy, intenta serenarte, por favor. ¿Oyes eso? Son las trompetas. Quiere decir que el juez está llegando.

El toque de trompetas disipó por un instante la sensación de realidad fría y gris que oprimía el corazón de madame Guilbert. Sonaban cada vez más cerca, justo en la puerta. Sonaban inspiradoras; las trompetas evocaban gloria, romance y pompa. Quizá, después de todo, una justicia que venía precedida de trompetas no fuera demasiado severa con *la petite Jasmine*. El secretario del tribunal y un grupo de abogados se levantaron en el estrado, con el rostro expectante vuelto hacia la puerta por la que tenía que entrar la comitiva del juez. La sala al completo se puso en pie. Madame Guilbert dudó, algo aturullada, de si tenía que hacer una reverencia; se le había olvidado preguntar, y ahora era demasiado tarde; ya había aparecido el alguacil mayor con una vara larga rematada en marfil tallado. El juez era una figura espléndida con la toga medieval de color escarlata, el birrete triangular y la peluca de rizos blancos del período de Marlborough que enmarcaba un rostro ancho y apuesto. Lo seguía el corregidor, con uniforme de alamares rojos y plateados y una espada. También la cara de este le resultaba familiar a madame Guilbert, tanto de las cenas de los Carberry como de los diversos grabados de cacería y retratos de coroneles y brigadieres que los Carberry y los Dudley colgaban en las paredes y nunca miraban. El alcalde con la toga, el ujier del juez… Ya estaban todos sentados. Si madame Guilbert hubiera conocido la expresión, habría dicho que la justicia británica entraba por los ojos. Le impresionaron profundamente las ceremonias subsiguientes del primer día de sesión, cuando el secretario entonó una larga y florida fórmula que invocaba a Dios, al rey Jorge y al lord canciller, y los abogados hicieron una reverencia al juez, y este, el honorable sir Piers Layton, caballero, les devolvió el saludo con un

floreo del birrete. Acto seguido, el juez se marchó acompañado del corregidor, el capellán, el alguacil mayor, el ujier y su secretario personal.

–¿Por qué se va, si aún no ha hecho nada? –preguntó, desconcertada, una mujer cerca de madame Guilbert.

El hombre que tenía al lado respondió con divertida condescendencia:

–Ha ido a ponerse algo más sencillo para el día a día.

Madame Guilbert observó que las pelucas de los abogados, inclinados unos hacia otros en animadas consultas profesionales, componían un mosaico de blanco impoluto y gris oscuro y mugriento. Algo más animada desde que había visto la cara del juez, que, aunque severa, le pareció desprovista de crueldad o vanidad, le dijo a Daffy:

–*Regardez donc*, ese de ahí, *là bas*, el que se ríe. Ya va siendo hora de que se compre una peluca nueva. La tiene roñosa.

Sobre ese particular, Daphne Carberry estaba mejor informada. Le explicó a su bulliciosa institutriz francesa que los abogados con más experiencia y antigüedad estaban muy orgullosos de su peluca curtida y se aferraban a ella hasta que, literalmente, se les deshacía en la cabeza.

–Los de las pelucas limpias son novatos; se mueren de ganas de que se les pongan «roñosas».

–*Tiens*[84]. –Madame Guilbert se volvió de Daffy a Clo–. *C'est rigolo.* ¿Has oído, Clo? *C'est rigolo, ça.*[85]

Pero Clo fingió que no la oía. Se negaba a participar en cualquier conversación con su hermana. Que madame Guilbert estuviera sentada entre ellas daba la medida de los estragos que Jay había

causado en las familias Dudley y Carberry. Las hermanas habían sido siempre inseparables; era para ellas una fiesta sentarse juntas, cuchichear y bromear sobre lo que ocurría a su alrededor como si llevaran años sin verse. Cuando estalló la noticia de la detención de Jay y comprendieron que la guapa amiga a la que habían adorado y ayudado, sin esperar a cambio reconocimiento ni gratitud, era una ladrona que había estafado a la empresa de sus tíos, se abrazaron, horrorizadas, y fueron desdichadas en perfecta sintonía. No obstante, surgió luego la cuestión de cómo había reaccionado su primo Toby a lo sucedido, y aquí, por primera vez en su vida, Daffy y Clo no consiguieron ponerse de acuerdo. Fue el fin de su unión, porque Daffy se aferró a su idea romántica de la amistad y soltó unas sensiblerías de tal magnitud que ni siquiera madame Guilbert pudo secundarla. Estaba furiosa con Toby por «dejar a Jay en la estacada»; decía que tendría que haberla defendido contra viento y marea; que su amor era bastante flojo y mediocre si no resistía lo que quiera que ella, pobrecita, hubiera hecho. «Ni siquiera merece que se le llame amor. No era más que deseo.»

Pero Clo, para su propio asombro, descubrió en su interior una integridad demasiado firme para aceptar semejante actitud. Precisamente porque Daffy y ella habían sido las responsables de conseguirle a Jay un puesto en la empresa familiar, precisamente porque habían visto en Jay a un ser perfecto y adorable, y su entusiasmo desbordante había alentado la perspectiva de un matrimonio con su idolatrado primo Toby, ahora se sentía tanto más ultrajada por la traición de Jay a esa confianza y ese cariño. Se negaba a compadecerla:

–Toby tiene razón. No es lo que hizo, sino cómo lo hizo.

–Eres muy dura. No sabes lo que es la tentación.

–Sí que lo sé. Y no soy dura. No te entiendo, Daffy.

–Y yo no entiendo a Toby.

–Pues yo sí. Está destrozado. Porque se aprovechó de él, eso es lo horrible. Se aprovechó de que estaba enamorado de ella. Si se hubiera limitado a meter la mano en la caja y coger el dinero, sería distinto. Pero como él confiaba en ella para rellenar cheques y hacer las hojas de gastos y todo eso… fue su instrumento. ¿Te parece bonito que alguien tan decente como Toby tenga que cargar con ese recuerdo el resto de su vida? De poco le va a servir que el tío Norman lo mande a dar la vuelta al mundo. Esto lo perseguirá allá donde vaya. Ya nunca será el mismo. Se volverá amargado. Se volverá escéptico. Puede que odie a las mujeres para siempre, porque todas le recordarán a Jay. ¿Te acuerdas de su cara? –A Clo le tembló la voz–. ¿Te acuerdas de su cara el día que vino a vernos, justo después de enterarse?

Pero Daffy se mantuvo en sus trece:

–Todo eso está muy bien. Pero, si de verdad la quisiera, no dejaría que el tío Norman lo mandara a dar la vuelta al mundo. Se quedaría a esperarla.

Ninguna de las dos daba su brazo a torcer. Según el momento, madame Guilbert se mostraba de acuerdo con una, con la otra o con ninguna, pero intentaba siempre poner paz. Era una tarea agotadora. Se alegraría cuando terminara el juicio; la tensión había llegado a un punto insoportable. Toby, en la adversidad, se había revelado más primo de Clo que de Daphne. El descubrimiento de los auditores había sido un golpe devastador para el muchacho; lo había dejado aturdido, frenético, fuera de sí; pero, una vez confirmada la

culpabilidad de Jay, ni se le pasó por la cabeza hacer el gesto romántico de «defenderla contra viento y marea», tal como Jay primero, y Daffy después, habían imaginado con tanto candor. Su chica era una mala pieza, y no había más que hablar. Lo había embaucado para que robase a su propia empresa; la de su padre, la de su tío. Que todos se hubieran mostrado tan comprensivos con él, incluso el tío Wilfred, le hacía sentir peor, no mejor. Lo habían hecho socio a pesar de su juventud, y por su culpa habían perdido más de setenta libras; no es que la cantidad importase, pero había sido a través de él.

Tenía que borrarla de su vida.

Jay se había declarado culpable ante el magistrado tras descubrirse los robos, de modo que Toby no tenía que comparecer. Era solo un testigo condicional y no lo habían citado. En cuanto concluyera el juicio, partiría de Inglaterra para someterse al viejo y probado remedio de dar una vuelta al mundo que ayude a olvidar.

Su padre, que desde el primer día le había cogido cariño a Jay y había vaticinado que sería un rayo de sol en la casa, entre otras efusiones propias de caballeros bondadosos y encantadores que viven en las nubes, estaba profundamente apenado por lo ocurrido; se negó durante un tiempo a creerlo, y ni siquiera entonces habría consentido en presentar cargos de no haber sido por la firme insistencia de su cuñado y socio, Wilfred Walker, que acababa de volver de América cuando los auditores hicieron el descubrimiento. Walker no albergaba ningún afán vengativo, pero, como buen ciudadano y hombre práctico, ahora que su primera impresión de Jay se había visto confirmada, se negó con rotundidad a que ninguna ñoñería sentimental le impidiese hacer lo que habría hecho

la empresa con cualquier empleada a la que hubieran sorprendido robando.

Jay había rechazado la fianza y declarado que no quería abogado defensor. Desde su detención, había alternado entre una agitación desaforada y un silencio no menos desaforado, en tanto que parecía ocultar una especie de ensueño febril en el que concebía sin cesar soluciones heroicas a su situación. Al parecer, aunque se había declarado culpable, no era consciente de haber hecho nada malo, en los estrictos términos de la realidad. No dejaba de preguntar por Toby. Cuando por fin le dijeron que Toby no solo se negaba a verla, sino que estaba a punto de marcharse de Inglaterra quién sabía por cuánto tiempo, quizá meses, quizá años, cayó como un plomo desde su estado de exaltación, se volvió hosca e indiferente, y opuso una resistencia impenetrable a cualquier intento de sus amigos por consolarla o ayudarla.

–Habrá que avisar a la madre, naturalmente –dijeron la señora Carberry, la señora Dudley, la tía Lucy y madame Guilbert, todas consternadas y angustiadas.

La madre vino, fue recibida por la señora Carberry, la llevaron a ver a Jay, pero no tuvo más éxito que las demás en sacarla de aquel estado de estupor, consecuencia de una transición demasiado brusca: la sombría metamorfosis de la alegre fantasía de campanas y globos en vidriera multicolor, de amor y popularidad, de Lady Bountiful y princesita, de prados de flores y velas blancas en el río, en un mundo de hierro y piedra.

–Está *farouche*[86] –le dijo madame Guilbert a la señora Carberry, resumiendo la situación en una palabra que no tenía traducción al inglés–. ¿Dice que ni siquiera la madre ha conseguido ablandarla?

Ah, la pauvre femme! Se le debe de partir el corazón. ¿Le ha parecido simpática?

–Me ha parecido una mujercita agradable, sí. Es difícil juzgar cuando conoces a alguien en circunstancias tan anormales. Estaba muy afectada, como es lógico. Vestida con poco gusto y preocupada por no causar ningún trastorno. Sin mucha personalidad, diría yo. Volverá para el juicio, claro.

–¿Ya se ha marchado a Londres?

–¿Para qué iba a quedarse? Ha dicho que tenía que volver al trabajo, y que no podía hacer nada por Jay. Trabaja mucho. Por lo visto, andan muy justas de dinero; bueno, eso ahora lo sabemos de sobra. Lástima que no lo supiéramos antes, porque la avalancha de regalos caros nos habría hecho sospechar y podríamos haberlo atajado a tiempo.

Sin embargo, a pesar de la negativa de Jay, Norman Dudley, a título personal y como amigo de la muchacha, le había pedido a su hermana que encargara a unos procuradores la contratación de un abogado defensor, cuyos honorarios correrían a su cuenta; dado que su propia empresa era la parte acusadora, no podía permitir que su nombre figurase en el asunto.

La comitiva volvió a entrar por la puerta reservada al juez. Sir Piers Layton seguía llevando la toga, pero se había puesto una peluca mucho más sencilla. Se sentó en su gran sillón e hizo una señal para que comenzase el trabajo propiamente dicho.

Madame Guilbert observó con fascinada curiosidad cómo el primer acusado subía los escalones hasta el banquillo entre dos celadores y esperaba en pie mientras el secretario del tribunal leía el acta de acusación. Era como estar en el teatro, pensó, intentando reprimir el

pánico sofocante que le producía saber que aquellos eran hombres y mujeres, chicos y chicas de verdad, y que de teatro no tenía nada. Como producción escénica, habría dejado mucho que desear: el ritmo era demasiado lento, había largas interrupciones y los diálogos avanzaban a trompicones. Como la mayoría de sus compatriotas, era una gran aficionada al teatro, apasionada y exigente, y habría tenido muchas cosas mordaces que decir si aquello se hubiera desarrollado detrás de unas candilejas. Pero estaban a plena luz del día, y esto era un tribunal de justicia. No había atrezo ni decorado que suavizasen el hecho de que las personas que subían aquellos escalones y se ponían detrás de la barandilla corrían el riesgo terrible de perder la libertad.

El primer caso era un homicidio imprudente; madame Guilbert solo vio la expresión del hombre un instante, antes de que se volviera hacia el juez: un nerviosismo sombrío sometido a férreo control. Era muy delgado y se le marcaban los pómulos más de lo normal. Iba conduciendo su automóvil, se había salido de la cola cuando no debía, había atropellado a una chica en bicicleta y la había matado. Se declaró culpable de conducción temeraria, pero no de homicidio imprudente. Le pasaron al juez un plano de la carretera, que examinó con atención. Al fiscal le bastó con exponer los hechos. El juez se mostró benévolo: le impuso una multa y la retirada del permiso de conducir durante dos años: «La conciencia de lo que ha hecho, que lo acompañará toda la vida, debería ser castigo casi suficiente». Pero al menos, pensó madame Guilbert con un suspiro de emoción contenida, al menos será libre. Ya lo es. Nunca habría imaginado que pudiera sentir semejante alivio por un completo desconocido.

Siguió una escena un tanto cómica a propósito de pagar la multa antes de abandonar la sala.

–Pero si no lo lleva encima –exclamó Roxane en voz bien alta, dirigiéndose a Daffy–, *enfin*, no se puede ser mago. ¿Por qué no le dejan pagarla después?

El siguiente caso se prolongó un buen rato: un procurador que había especulado con fondos y acciones que le habían confiado sus clientes. Había once cargos, y se declaró culpable de cada uno de ellos a medida que se los leían. El abogado defensor solicitó respetuosamente que constara que la mujer del acusado, directora de un colegio femenino, no había participado ni se había beneficiado de las operaciones de su marido, no sabía nada de ellas, pero que, no obstante, podría verse obligada a cerrar el colegio por el descrédito que, sin culpa suya, recaería sobre su reputación. Al parecer, el acusado era mejor marido que administrador, pues se decía que su mujer le profesaba una gran devoción y que a él solo le preocupaba librarla de cualquier posible escándalo. El juez hizo hincapié en ello al dictar sentencia, dejando más o menos claro su firme esperanza de que los padres de las alumnas tuvieran un poco de sensatez y no crearan dificultades innecesarias. Habló con voz queda, pero con tanta tolerancia y sensibilidad que madame Guilbert se formó la vívida imagen de una nube de madres y padres, pero sobre todo madres, corriendo por la calle y cruzando en tromba las puertas del colegio, hechos un revuelo de indignación y aspavientos, para arrancar a sus tiernas criaturas de las aulas y devolverlas cuanto antes a su hogar inmaculado.

Al procurador le cayeron tres años de trabajos forzados. Roxane suspiró de nuevo. Mujer de gran corazón, no podía evitar el deseo

de que nadie tuviera que ser condenado y que todos salieran del tribunal cantando alegres himnos de libertad. Pero tenía que recordar que aquel procurador que tanto quería a su mujer había tratado con muy poco amor y bondad a algunas víctimas ancianas que apenas tenían para vivir.

–*C'est difficile* –murmuró Roxane, y el corazón le empezó a latir con fuerza al percibir un nuevo movimiento en torno al banquillo. *«Maintenant c'est la petite Jasmine»,* pensó.

Pero quedaba un caso más antes del de Jay: también un delincuente joven, un muchacho de unos veinte años que había forzado el candado del contador de gas de su casa y lo había desvalijado sistemáticamente.

–Pero ¿sus padres no veían que estaba roto? –preguntó madame, primero a Daffy y luego a Clo.

Un instante después, el juez formuló exactamente la misma pregunta, lo cual la colmó de satisfacción. El jefe de policía declaró con aplomo y profesionalidad que el padre del muchacho había muerto y su madre estaba postrada en cama.

–Desde donde se encontraba, señoría, la madre no podía ver el contador del gas.

–*Ah, mon Dieu!* –exclamó Roxane entre dientes, pues le pareció un detalle conmovedor del caso que la madre, desde la cama donde estaba postrada, no alcanzase a ver el contador del gas con el candado roto.

Roxane, desde donde estaba, tampoco veía gran cosa del joven ayudante de barbero. La ropa le colgaba informe, como si solo la sujetara el cinturón de su vieja gabardina. No le vio la cara. El juez le advirtió con severidad de que, si persistía en su actitud y en su

conducta delictiva, se pasaría lo que le quedaba de vida entrando y saliendo de la cárcel. Lo condenó a tres años en un reformatorio de Borstal[87].

–*Mais qu'est-ce que c'est que ce Borstal?* –preguntó madame Guilbert.

A continuación, por fin, subieron a Jay.

Madame Guilbert, inclinada hacia delante con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada, llegó a entrever por un segundo el rostro de la muchacha en el giro de la escalera que iba a dar al banquillo. Después ya solo le vio la espalda, de pie o sentada entre dos celadoras; pero la línea de los hombros y la espalda, al igual que la cara, era elocuente en su absoluta falta de expresión: helada y sin esperanza. Llevaba un abrigo viejo azul marino, una boina del mismo color y una bufanda de lana verde oscuro. Había perdido esa apariencia que tanto admiraba madame Guilbert, de espuma marina iluminada por el sol. Tenía la piel de color ceniciento y apagado, y la boca fruncida en un gesto obstinado, acorde con la voz. La institutriz, que había confiado en que al menos la etérea personalidad de *la petite Jasmine* lograse ablandar por sí sola al juez y al público, se reclinó en el asiento con una aguda punzada de decepción.

Un hombre sentado justo delante de madame Guilbert le murmuró a la mujer que tenía al lado:

–Muy joven, ¿verdad? No tendría que haber vivido fuera de casa todavía. Lo siento por sus padres.

–Soy su madre –contestó la mujer.

Lo dijo en voz baja, pero Roxane la oyó y envió una gran oleada de compasión a aquella trágica señora Blake, trabajadora, respetable

y viuda, que tenía que ver a su hijita en el banquillo de los acusados.

«Pero quizá –pensó Roxane, aunque le costaba expandirse y entusiasmarse con su optimismo habitual–, quizá no la castiguen esta vez. Tiene buena cara, el juez. Sería una suerte que tuviera una hija de la misma edad. Así seguro que se mostraría compasivo.» No era, desde luego, un razonamiento muy sólido, siendo la justicia británica un mecanismo impersonal y equilibrado, pero…

–Culpable –respondió Jay cuatro veces a los cuatro cargos del acta de acusación–. Culpable.

Lo dijo con tono desafiante, como si en realidad quisiera decir «inocente». Porque ¿cómo lo interpretaban ellos, los hombres que la habían atrapado y arrastrado hasta aquí y habían traducido a un gris sórdido toda aquella hermosa y resplandeciente felicidad que ella había esparcido a su alrededor en primavera y en verano? ¿Como generosidad? Pero la generosidad se había encogido y marchitado en la concepción jurídica, árida y triste, hasta no ser ya más que cargos leídos por el secretario del tribunal:

–Jasmine Blake, ¿es así como se llama usted?

–Sí.

–Jasmine Blake, se le acusa de un delito grave, a saber, falsificación conforme al artículo 2, apartado 2a, de la Ley de Falsificación de 1913, y los cargos que se le imputan establecen que usted, en un día del mes de mayo del año 1935, en Southampton, en este condado, con ánimo de defraudar, falsificó un título de valor, a saber, un cheque u orden de pago bancario supuestamente librado por Ernest Dudley contra Lloyd’s Bank Limited por la cantidad de trece libras, once chelines y cinco peniques. ¿Se declara usted culpable o inocente de este cargo?

–Culpable.

–Y un cargo adicional de la presente acta la acusa de haber puesto en circulación dicho cheque a sabiendas de que era falso y con ánimo de defraudar…

Al oír el nombre de Ernest Dudley repetido una y otra vez en relación con los sucesivos cargos, madame Guilbert, hasta entonces un poco más inclinada a simpatizar con Daffy que con Clo, comprendió de pronto qué golpe tan terrible debía de haber supuesto para la integridad no solo de la empresa, sino de la familia, y en especial para el propio Ernest Dudley. Como un eco de su pensamiento, oyó a Clo murmurar: «Es abominable», y, volviéndose consternada de una hermana a la otra, vio que Daphne estaba colorada y Clo pálida, y que las dos, indignadas, se tragaban las lágrimas. Acarició la mano primero de una y luego de la otra, pero sabía que era Clo quien tenía razón, no Daffy: Jay les había hecho algo espantoso a las dos fieles bobaliconas que le habían conseguido un puesto en Walker, Dudley e Hijo.

Cuando volvió a prestar atención a lo que ocurría en la sala, el fiscal ya había concluido su escueta exposición, y el abogado defensor, contratado por el bufete de la señora Carberry, estaba haciendo lo que en jerga forense se conoce como «verter lágrimas». Su estrategia era evidente: habían puesto a aquella joven en un cargo de responsabilidad para el que era todavía demasiado infantil e inexperta.

(–¡No es justo! ¡Está echándole la culpa al tío!

–*Tais-toi, ma petite.*[88]

–Pero no es justo. Si fue el tío quien lo contrató para defender a Jay…

–Tiene que hacer lo que pueda. Tu tío, *il est bon comme du pain*[89]. Lo entenderá.)

Se aludió con indulgencia al enamoramiento de Toby; y luego el señor D. L. Randall, letrado con mucha experiencia, redujo el tono de su elocuencia a un arrullo, como si meciera a un bebé en la cuna, mientras le recordaba a su señoría que la joven, si bien era cierto que había echado mano, por medios turbios, de un dinero que no era suyo, también lo era que había vivido escrupulosamente dentro de sus posibilidades, con austeridad casi espartana: la ropa, la comida, el alojamiento, los escasos placeres que se permitía, no excedían en nada lo que cabe esperar de un sueldo de tres libras y quince chelines a la semana. No tenía deudas. Había robado, sí, pero de forma desinteresada. No se trataba tanto de una actitud criminal como de una concepción errónea de la vida y la moral. Un psicólogo diría que padecía un complejo de Lady Bountiful, pero lo que significaba, en lenguaje corriente, era que había vivido en una especie de mundo de fantasía, pero sin egoísmo, con la sensibilidad necesaria para percibir cuándo otros eran infelices y en qué medida esa infelicidad y la monotonía de su vida podían aliviarse con un regalo bonito y costoso en el momento oportuno. Procedió a enumerar a algunos de los beneficiarios de las libras robadas por Jay: niños, ancianos, extranjeros desamparados…

Era una lista conmovedora, y madame Guilbert rezó fervientemente para que no mencionara las *fleurs de lys*. Por suerte, al abogado le cautivó tanto el violín que Jay le había regalado a Carl Hartmann que se detuvo ahí y no siguió.

–Señoría –dijo, por último–, solo necesito llamar a una testigo: la madre de la acusada.

–¿Es necesario? –preguntó el juez, pues se hacía tarde y, por lo visto, ya se había formado una opinión sobre Jay.

El abogado defensor prometió ser breve y la señora Blake subió al estrado y juró, con la habitual retahíla apresurada y farfullada, decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Jay no miró a su madre ni una sola vez. Un observador perspicaz habría advertido, incluso, que volvía ligeramente la cabeza en dirección opuesta al estrado, como si no tuviera nada que ver con aquella figura insignificante de ojos trágicos que tragaba saliva convulsivamente: la típica madre viuda, débil pero respetable, de una hija descarriada.

La señora Blake causó buena impresión, no por cómo declaró, pues murmuraba, se trababa, se repetía y no entendía las preguntas del abogado, sino porque era a todas luces una madre que había intentado, sin demasiado éxito, hacer lo mejor por una hija insensata y testaruda; Deméter culpándose por el tormento de Perséfone en el infierno[90].

–Puede que la malcriase. Cuando me pedía cosas bonitas, no tenía corazón para negárselas. Quizá tendría que haberle inculcado que éramos pobres y que no podíamos permitirnos lujos… Sí, trabajaba mucho… Sí, tenía una pequeña renta, pero aun así no era fácil llegar a todo… No, no es hija única, y a las dos tuve que darles una educación; solo que Jay fue a St. Catherine's… Naturalmente, yo no podía pagarlo; fue una buena amiga nuestra que se interesó por Jay… Sí, es posible que eso le diera ilusiones de grandeza. Pero sé que en el fondo no es mala. Lo sé. Pero a veces las chicas jóvenes se extravían y parece que todo les da igual. Eso espero, de verdad que sí –en respuesta a la observación del abogado de que su hija

siempre había tenido un buen hogar–. Hice lo que pude, pero ya sabe cómo son estas cosas.

La declaración flaqueó cuando se abordó la cuestión de si había dado su conformidad a que su hija trabajase en la firma Walker, Dudley e Hijo, y de cuánto la había visto desde que se mudó a Southampton.

–No quería que se fuera de casa –murmuró la señora Blake–. Me parecía demasiado joven y creía que era mejor que viviera conmigo, al menos en su primer empleo. Pero, como suelen hacer las chicas cuando se exaltan y no quieren aceptar consejos de nadie, montó en cólera, y desde entonces, casi un año ya, apenas nos hemos visto. Yo confiaba en que me escribiese. Supongo que tendría que haber venido a verla, pero me resultaba difícil ausentarme, entre unas cosas y otras. Me culpo a mí misma, de verdad que sí. Más que a nadie.

Volvió a su asiento acompañada de miradas compasivas. Una mala hija de una buena madre: ese fue el veredicto general. Una de las espectadoras de la galería le susurró a la señora de al lado:

–Sí, las conocí cuando esta y su hermana eran pequeñas. Jugaban con mi hija Kathy en Clifford's Bay, en las vacaciones de verano. Jay era de una belleza extraordinaria, pero a mí me gustaba más la otra, Molly. Era más honrada, y se notaba, ya entonces. La pobre señora Blake era muy simpática y amable, aunque siempre me pareció un poco ineficaz. Cuando leí en el *Western Sentinel* que iba a celebrarse este juicio, me dije: «Me acercaré a ver si es la misma. Son solo tres kilómetros». Qué triste. Menos mal que mi Kath está fuera y no se ha enterado. Intentaré hablar con la señora Blake después; si no la encuentro, supongo que algún funcionario me dará su dirección.

El inspector de policía estaba declarando, como ya había hecho en dos o tres casos anteriores. Madame Guilbert quedó muy impresionada por su seguridad y aplomo, en comparación con los testigos menos experimentados. Se oía cada palabra con claridad, y sabía a quién tenía que dirigirse y adónde mirar. En cuanto al juramento, podría haberlo hecho con los ojos cerrados.

Expuso todo lo que constaba en sus registros sobre el pasado de Jay: la fecha de su llegada a Southampton, la pensión donde se había alojado al principio, las habitaciones que había compartido con otra chica. El juez preguntó si era cierto que la familia Dudley la había tratado como a una hija, y el inspector respondió que, en efecto, la habían tratado como a una hija: siempre estaba en casa de la señora Carberry o del señor Dudley. No tenía antecedentes penales.

–¿Cómo ha sido su comportamiento desde la detención? –preguntó el juez.

–Correcto, señoría. Al principio tenía mucho que decir. Se mostraba indignada por los cargos y quería explicar por qué no los merecía. Últimamente, sin embargo, tengo entendido que se ha… –pausa–… sumido en un silencio casi total.

Con esto concluyó. El juez se inclinó para hablar con el secretario del tribunal, sentado justo debajo, en el estrado. El secretario preguntó entonces a Jay si quería decir algo antes de que se dictara sentencia.

–Sí –Jay alzó los ojos hacia el juez y habló con serenidad y confianza, como si estuvieran a solas. Todos los presentes se inclinaron hacia delante, asombrados y expectantes. Era inusual que un acusado, y menos uno tan joven, tomara la palabra desde el

banquillo. Por lo general, le hacían llegar al juez una carta con lo que querían que supiera, porque tenían miedo de que les fallaran las palabras en un momento así–. No he hecho daño a nadie. Los he hecho felices. No he cogido dinero de nadie que fuera a echarlo de menos. No he gastado ni un penique en mí. Ya se lo ha dicho él, pero no estoy segura de que usted haya tomado nota. No puede estar mal si no es para ti, ¿verdad? Tiene que haber una diferencia, si es que hay diferencia en algo. En lo que a mí respecta, viví estrictamente de mis ingresos. Pero todo lo que rodeaba a esa gente era duro, estrecho y gris, y yo lo cambié. Me alegro de haberlo hecho. Sus ojos cuando me daban las gracias… Es como tocar el cielo, que te den las gracias así. Creí que la gente lo entendería. Me daba igual que lo descubrieran. Pero lo único que les importa ahora es de quién era el dinero, no lo que hice con él…

Se interrumpió y se tapó la cara con las manos.

Se hizo un silencio tenso. Madame Guilbert rezó para que el corazón del juez se hubiera conmovido con aquellas palabras; para que fuera indulgente. *Elle était si mignonne, la petite Jasmine*[91]*…* Tendría que estar fuera, entre flores y riachuelos, no allí dentro esperando la sentencia.

Una de las celadoras le tocó el brazo y le susurró algo. No podían leerle la sentencia con la cara hundida entre las manos.

El juez, al dictar sentencia, la amonestó con gravedad.

–Parece creer usted que el destino que da al dinero justifica los medios con que lo consigue. Es evidente que tiene una concepción distorsionada de la vida, lo cual es peligroso, muy peligroso. Ha tenido un buen hogar y una buena educación. Quizá, sin embargo, la malcriaron un poco y no le enseñaron con suficiente claridad la

diferencia fundamental entre el bien y el mal. Todavía puede aprenderla, si está dispuesta a aceptar la lección en vez de rebelarse contra ella, como está haciendo ahora. La condeno a tres años en un reformatorio de Borstal. Eso no significa necesariamente que vaya a pasar allí tres años. La duración del internamiento dependerá por entero de usted.

V



A la salida del tribunal, en el crepúsculo incipiente, madame Guilbert, acompañada de Daffy y Clo, se encontró con Lorna y, sin pensarlo, le puso una mano en el brazo.

–Lo siento. Lo siento con toda mi alma, pero quizá todo se arregle todavía. Perdone que le pregunte: ¿ha visto a la pequeña? Me he fijado en que ha salido usted del tribunal después de su caso.

A Lorna le conmovió aquella muestra de compasión, tan sincera y reconfortante.

–No ha querido hablar conmigo. Ha sido inútil. Darle la espalda a su propia madre, como si yo… Una de las celadoras ha sido muy amable. Me ha dicho que a menudo les hacen eso a las personas que más quieren. No sirve de nada que me quede. Tengo que volver a Londres.

Pero madame Guilbert no podía consentirlo. Era demasiado triste.

–Venga un rato con nosotras, al menos. Después de tanta tensión estará cansada y hambrienta. Se le nota. Ya conoce a la señora Carberry. Estas son sus hijas. Todas le teníamos mucho cariño a *la petite Jasmine, n'est-ce pas, Duffee? N'est-ce pas, Clo?* Permita que me presente: soy Roxane Guilbert. He sido muchos años una amiga fiel de la familia, además de institutriz…

Lorna se apartó con un movimiento brusco, como presa de una repulsión extraña, casi violenta, hacia la otra mujer.

–¿Está segura –preguntó, con voz ahogada– de que ha sido siempre una amiga fiel para Jay? ¿Está segura de que no ha sido su enemiga? ¿De que no fue usted, quizá, quien…?

Se dio la vuelta y se alejó a paso rápido.

–*Mais, mon Dieu!* –exclamó madame Guilbert, sofocada.

¿Qué había dicho para provocar esa reacción? ¿Qué podía haber de ofensivo en unas palabras que le habían salido del corazón?

–¡Qué grosería tan espantosa! –dijo Daffy.

–No, eso ha sido más que grosería. Me ha contestado como una mujer fuera de sí. Tan tímida en el tribunal, tan agradecida al principio cuando la he compadecido por la desgracia. Y ¿cómo ha podido pensar que yo, precisamente yo, podía ser enemiga de su pobre hija? No, tiene que ser la conmoción, que la ha trastornado. Volvamos a casa, *mes enfants*. Tres años. No ha sido un día feliz.

Debió de ser un deseo instintivo de encontrar la quietud más profunda que existiera, después del resplandor y la exposición de los tribunales, lo que llevó a Lorna, tras su breve encuentro con la institutriz francesa de los Carberry, a apartarse de la calle y refugiarse en el recinto de la catedral. La sensación de paz era allí casi material, algo que se podía tocar como el terciopelo. En la luz menguante apenas se distinguía el tono burdeos de los ladrillos, la robusta sencillez del estilo con que la época de la reina Ana y los primeros años del período georgiano siguen recompensándonos, la armonía de pórticos y montantes; pero al fondo de los jardines delanteros iban encendiéndose una tras otra las luces, dibujando un patrón irregular de cuadrados ambarinos. Para los pocos que, como

Lorna, paseaban por el sendero diagonal que cruzaba el césped hacia la catedral, entre el tejo centenario y el grupo de olmos altos y frondosos, la sensación al contemplar aquellas ventanas podría haber trascendido el mero placer estético; podrían haber sentido que, si pertenecían a aquel mundo, o al menos si no había razón para no pertenecer a él, allí encontrarían seguridad contra todo mal.

Lorna se detuvo. Oyó trompetas que se acercaban desde la ciudad, acompañadas por el repiqueteo medieval de cascos de caballo: el juez rojo[92] se dirigía en solemne procesión a sus aposentos en el otro extremo del recinto. La comitiva apareció a la vista, y el clamor de las trompetas sonó entonces nítido y triunfal: tres trompeteros a caballo delante del carruaje y tres detrás. El friso de las ventanas iluminadas aparecía y desaparecía por detrás de la comitiva a medida que esta pasaba y se alejaba lentamente.

Por unos instantes, la Iglesia y la ley se habían aliado para infundir pánico a una mujer que estaba en peligro y fuera de su refugio.

SEXTA PARTE
Camaleón

I



Lorna entró en el número 31 de Netherby Park Road, en Ealing, llamó a Susan y fue a la sala de estar, donde se derrumbó con un suspiro de cansancio en uno de los sillones rechonchos y mullidos. La señora Anderson se había equivocado y la había metido en un tren lento, y ella estaba demasiado trastornada para protestar. El penoso viaje había durado casi tres horas.

Susan entró bastante más comedida de lo habitual.

–¿Té? –preguntó escuetamente, y ya a la defensiva contra cualquier persona invisible que insinuase que debía montar un numerito de llantos y aspavientos por lo que había pasado.

–Sí, por favor.

–La esperaba antes.

–La señora Anderson se presentó anoche, cuando estaba haciendo la maleta, e insistió en que me quedase a dormir en su casa.

–¿Quién es esa?

–Da igual. ¿No hay cartas para mí, Susan?

–Un montón. La mayoría certificadas; por eso las he guardado en el cajón. Algunas han llegado aquí y otras las he recogido en la tienda de Thompson. Ahí las tiene; puede leerlas mientras miro si hierve el agua. La distraerán de sus penas.

Lorna alzó la vista con una sonrisa lánguida, se apartó el pelo de la cara y, al pasar Susan por su lado, le cogió la mano.

–«Nuestras penas», ¿no te parece?

–Pobrecilla… –murmuró Susan–. ¡Pensar que sería tan fácil engañarlos! Pero Jay siempre ha sido la más tonta de las dos. –Se soltó y se fue corriendo a la cocina.

Cavilando sobre la tetera como una bruja sobre su caldero, pensó: «Es curiosa, eso sí, la suerte que ha tenido la señora hasta ahora. Cuántas veces he dado por sentado que nos pillarían, yendo siempre al borde del precipicio. Pero tiene razón: es el instinto lo que le dice quiénes no van a denunciar. ¿Ya hierves? Bien, no tardaremos. Cualquier otra mujer, después de pasar algo así con una hija, habría pedido un buen lingotazo. Pero ella nunca le dará a la bebida, no señor: "Una buena taza de té y me encontraré mejor", como si fuera la mujer del párroco. Menudo bicho raro. A veces no estoy segura de que no se crea la mitad de las historias que cuenta, a juzgar por la cara de no haber roto un plato que me pone cuando le tomo un poco el pelo: "Lo que hago, Susan, lo hago por mis hijas, para darles una educación". Ya, pues en bonito sitio ha acabado la mayor, con educación o sin ella. No la han absuelto, que si no la jefa se la habría traído. Pobre criatura. Y pobre de la otra también; a Molly se le va a caer el mundo encima cuando se entere. Ninguna de las dos es tan dura como su madre. Y ¡mira que es divertido vivir con ella! Cerca de veinte años ya, y aún no me he cansado. Supongo que preguntarte si cada vez que llaman a la puerta será la policía te da un poco de vidilla. Ahora bien –le soltó al bote de té mientras servía tres cucharadas de té indio y se quedaba mirando absorta la imagen de "El ciervo acorralado" de la tapa–, me alegro de que se haya

pasado a lo de las cartas en vez de ir ella en persona. Más seguro, en general. Y con la tienda de Thompson a unas paradas en autobús, es más difícil que averigüen dónde vivimos, salvo que vigilen la puerta. Y rinde igual de bien, si no mejor. Aunque no creo que le guste tanto abrir cartas como plantarse en la casa, esquivar al mayordomo y soltar el rollo en persona. En fin, es un oficio como cualquier otro, y, al fin y al cabo, ¿quién es una para juzgar?… Quita de en medio, gata; a ti no te toca hasta mañana, así que no te pegues a mis piernas cuando voy con la bandeja».

Pero el tono de Susan era sombrío, incluso al reñir a la gata. No era cariñosa por naturaleza, pero consideraba a la familia de Lorna como la suya propia, y ahora ¿qué podía hacer por Jay? No es que supiera aún el veredicto ni la condena; había buscado en los periódicos vespertinos y en los diarios londinenses más baratos, pero ninguno dedicaba un solo renglón a un caso menor de desfalco en el suroeste de Inglaterra. Si a Jay la hubieran asesinado, en cambio…

Susan observó a Lorna mientras se bebía el té. Cuando terminó la segunda taza, dijo:

–Ha ido mal, supongo.

Lorna asintió.

–Tres años en un reformatorio de Borstal.

–¿Eso no era solo para chicos?

–También hay uno para chicas. Solo uno.

–¿Tres años? Maldita sea, eso es muy duro. Bastante peor que la cárcel, si quiere mi opinión –añadió Susan alegremente. Y su vena macabra la empujó a obsequiar a Lorna con unos cuantos detalles desagradables, extraídos de la inagotable cantera de su imaginación, sobre lo que hacían en Borstal con los internos.

–¡Susan, no quiero oírlo!

–Bueno, vale –dijo Susan, sin ofenderse lo más mínimo–. De hecho, lo entiendo –concedió, magnánima–. ¿La llamaron a declarar? Y Jay… –bajó la voz– ¿la delató?

–¿A quién?

Susan, con caballerosidad, decidió que no era momento de exclamar: «¡Deje de hacerse la tonta!».

–Supongo que la vio después, ¿no? Se pondría hecha una furia, me imagino. Nunca fue tan tranquila como Molly cuando las cosas venían mal dadas. Subía y bajaba como un termómetro, nuestra Jay. «Marcurial», creo que lo llaman. ¿Soltó un discurso desde el banquillo?

Lorna asintió.

–Eso tendría que haberla ayudado. Es bastante guapa. O ¿diría que ha perdido algo de atractivo? ¿Cuánto había mangado? ¿Más de setenta libras? –Susan soltó un agudo silbido de admiración–. ¡Vaya! De tal palo, tal astilla, ¿eh?

Lorna no respondió. Sus dedos jugueteaban con una carta en el regazo. Era de una señora muy amable que se compadecía de las dos hijitas de la señora Blake, que querían un vestido bonito como las demás niñas para la fiesta de fin de curso; sí, era muy triste que fueran las únicas con ropa raída y llena de zurcidos: «Así que, en vez de dinero, le envío un vestido de noche que he tenido guardado mucho tiempo por motivos sentimentales; quiero pensar que ahora llevará felicidad a otros. Es un poco holgado, voluminoso y pasado de moda, pero, como dice usted que se le da bien la costura y que pensaba hacerles dos vestidos nuevos si pudiera permitirse comprar la tela, estoy segura de que no tendrá dificultad en convertir este en

dos. Deles un beso a Joyce y a Margery de mi parte y dígales que espero que estén guapísimas y que se lo pasen muy bien en la fiesta».

Y ahora «Joyce» estaba en la cárcel, y «Margery»…

–Susan, ¿recuerdas que te dije que no dijeras nada de Jay si escribías a Molly?

–¿Qué? ¿Todavía no?

La voz de Susan rezumaba decepción. En cierto modo, esperaba con ganas el momento de escribir aquella carta, ahorrándole el mal trago a Lorna pero vertiendo su desprecio por la empresa de los Dudley al completo y por todo el aparato de la justicia, la ley y el orden, añadiendo una buena parrafada con lo que les habría dicho a la cara de haber tenido la oportunidad… «Todos ahí plantados en su estrado, tan pagados de sí mismos, contra una pobre cría paliducha que solo quería divertirse un poco y no sabía muy bien cómo. ¡A mí me daría vergüenza!»

–Tarde o temprano tendrá que enterarse –argumentó Susan, a propósito de escribirle a Molly.

–Lo sé. Pero dejemos que sea feliz el mayor tiempo posible. Volverá a casa dentro de tres semanas, y entonces se lo diré yo misma.

–¿Qué cree que hará? ¿Irse corriendo a ver a Jay?

–Eso querrá, por supuesto, pero no servirá de nada; no le permitirán recibir visitas; y, aunque se las permitieran, Jay se negaría a hablar.

–¿Cómo que «se negaría a hablar»? ¿Es que no habló con usted?

–No. Y eso es lo que más me ha dolido. Mi propia hija. Y ni se me había ocurrido reprocharle nada, Susan, como habrían hecho la

mayoría de las madres. Solo quería abrazarla, consolarla un poco y decirle que haríamos todo lo posible, y que, si no servía de nada, a la vuelta encontraría su hogar igual que siempre, porque estoy segura de que saber lo mucho que me ha hecho sufrir es castigo suficiente. Pero no se conmovió. No dejó que me acercara. Fingió que le daba igual lo que hicieran con ella, lo que se dijera en el juicio, todo. Fue terrible, Susan. Mi pequeña Jasmine. Claro que la conmoción le habrá afectado. Y luego ese chico…

–La ha dejado tirada, ¿no? Son todos iguales. ¿Qué esperaba?

–Esperaba mucho –susurró Lorna, entre lágrimas–. Siempre ha sido una niña romántica, ya lo sabes. Y cuando descubrió cómo es la vida de verdad…

–La vida es una canalla, y ese jovencito también, por lo que usted me cuenta. ¿Fue él quien lo descubrió y avisó a la policía?

–No. Alguien sospechó, la institutriz francesa, supongo, y habló con uno de los socios de la firma, el tío del chico; y él llamó a los auditores. Creo que fue así, aunque no estoy segura; me hice un lío tremendo con la lista interminable de cargos, y la cabeza me daba vueltas.

Susan la miró de reojo, con una mezcla de cariño, escepticismo y humor. El sentido común le decía que los estudios de arquitectura no tienen institutrices francesas husmeando en busca de irregularidades. Además, ya había oído esa cantinela antes. Se remontaba a un día de hacía mucho tiempo, cuando Jay y Molly eran pequeñas y Jay estaba enferma, y Lorna volvió a casa después de haber ido, por así decirlo, de visita con Molly.

–¿No hay posibilidad de que me dejen mandarle una tarta de chocolate con varias capas?

–No, mi vieja y querida amiga. Pero es un detalle muy bonito, y podrás hacerle una tarta de chocolate con varias capas todos los días cuando haya vuelto.

–Habrá que cebarla. Estará en los huesos. Con lo melindrosa que ha sido siempre con la comida, esto no lo quiero, esto no me gusta; y con la ropa igual; no le va a hacer ni pizca de gracia tener que ponerse esas telas ásperas que rozan en la piel y que ya han llevado Dios sabe cuántas antes que ella, y lavarse con pastillas de jabón amarillo, de ese barato…

–¡Susan, para!

Susan paró, consciente de que era un momento en el que convenía tener un poco de consideración, pero pensó con rebeldía: «¿Para qué cerrar los ojos a la realidad?».

–¿Ha llegado un paquete para mí? ¿Uno grande?

–Sí, ahora que lo dice… Una caja vieja de cartón con el papel medio roto. ¿Qué hay dentro?

Lorna sonrió con picardía, haciendo un esfuerzo evidente por sacudirse la tristeza.

–No estoy segura, pero lo más probable es que haya un vestido de noche, «un poco holgado, voluminoso y pasado de moda».

–¡Válgame Dios! –exclamó Susan–. Y eso ¿para qué nos sirve?

–Si la tela es buena, puedo sacar seis o siete chelines. A no ser, querida Susan, que te quede bien. En ese caso, te lo regalaré para que vayas a un baile.

Susan se rió, trajo a rastras el paquete, lo abrió y desplegó la respuesta de la amable señora a la carta lastimera de Lorna sobre sus dos hijitas y la fiesta del colegio: un recargado vestido de noche de allá por 1910, de tul rosa sobre una base de raso morado. El tul

estaba bordado con un dibujo de cuentas rosas y doradas, rematado con un pesado fleco rosa y morado, y del hombro colgaba una ajada guirnalda de orquídeas de terciopelo violeta.

–¡Válgame Dios! –repitió Susan, sosteniéndolo en alto–. ¡Con esto voy a estar hecha un primor! ¿Me lo pruebo?

Lorna accedió, divertida con la idea, y contenta de estar otra vez con su ingobernable criada.

Susan no se molestó en salir de la sala de estar; se quitó el delantal y el viejo vestido de percal y se enfundó el rosa y morado.

–¿No estoy hecha un primor? –preguntó, pavoneándose ante Lorna–. Los mozos se me van a rifar, ya lo verá. El viejo Sammy Thompson, el del quiosco, ya anda buscándome las cosquillas, pero, cuando me vea con esto, me pone patas arriba sin darme tiempo ni a pestañear.

Se recogió las faldas, que ondulaban alrededor de las piernas flacas y los zapatones de suela gruesa, y se puso a bailar con gestos exagerados y patadas al aire, cantando:

> Maisie es un primor.
> Maisie es una flor.
> A todos les ríe las gracias
> y va regalando miradas,
> y el día que baja a la playa,
> caen todos rendidos de amor.

El timbre y unos golpes en la puerta.

Susan se paró en seco.

–A estas horas será el cartero. Más cartas para firmar. Pero no puedo abrir con esta pinta de chalada. –Le guiñó un ojo a Lorna–. No vayan a pensar que esto es una casa de mala nota.

–Voy yo –dijo su señora.

Y así fue como Lorna le abrió la puerta a Neil Inglefield en su segunda visita.

II



–Buenas tardes, Lorna –dijo Neil con tono alegre y resuelto–. El calavera de tu marido ha vuelto a casa. ¿Te alegras de verlo?

Había olvidado por un momento que aquella era la madre de Molly y, por lo tanto, su futura suegra. Volvía a ser la pequeña Lorna de Market St. Dunstan's, y él el chico enemigo que se deleitaba –con una mala fe que nunca se molestó en disimular– desmontando de un plumazo todas sus farsas y echando por tierra sus discretas intrigas.

Sin embargo, si su presencia la había sobresaltado, si la forma de saludarla le había causado algún temor, Neil pensó que lo disimulaba muy bien. Aunque quizá exageró un poco la bienvenida:

–¡Neil! ¡Mi querido Neil! ¿Sabes lo que te digo? Que si un ángel se me hubiera aparecido y me hubiera susurrado: «Elige, de entre todas las personas del mundo, a la que más te gustaría ver para charlar sobre los viejos tiempos», habría respondido: «Neil Inglefield».

–Ah, ¿sí? Pues me temo que parte de la charla va a tratar de los nuevos tiempos, Lorna, y de ángeles no hay ni rastro todavía. ¿Se puede saber a santo de qué vas diciendo por ahí que soy tu marido y que te abandoné? Aunque –añadió cortésmente–, a decir verdad, habría sido un honor y un placer…

–¿Abandonarme? –Lorna soltó una risita. Tenía los ojos muy abiertos, brillantes y alerta–. Qué bromista eres, Neil. Siempre lo has sido. A veces me daba la impresión de que te pasabas un poco; es decir, que no tenías en cuenta que las chicas jóvenes son muy sensibles. Pero eso ya me da igual, ahora que vamos teniendo una edad.

–Ahora que vamos teniendo una edad –repitió él–. ¿No me invitas a pasar, Lorna?

Y, como conocía el camino a la sala de estar, pasó por su lado a grandes pasos, abrió la puerta de par en par y entró antes de que ella pudiera impedirlo.

Susan estaba subida a una silla baja frente al espejo de la chimenea, para verse bien con su flamante vestido de baile. Al entrar Neil, casi pierde el equilibrio.

–¡Dios santo! –exclamó él, reaccionando a este encuentro inesperado con mucha menos desenvoltura que Lorna al de hacía un momento–. ¡Susan Orris! ¡Virgen Santa!

Los jóvenes de Market St. Dunstan's y alrededores nunca habían tenido queja de Susan ni como virgen ni como santa, ni mucho menos en su faceta semiprofesional; pero resultaba un poco desconcertante toparse con ella así, sin previo aviso, en la sala de estar de Lorna, más de veinte años después. Viéndola con aquel atuendo estrafalario, a nadie se le habría ocurrido pensar que se ganaba la vida de forma más o menos respetable como cocinera, doncella, camarera, criada, niñera y asistente personal, todo a la vez. Molly le había hablado de Susan, por supuesto, en sus escasos momentos de reminiscencia infantil –escasos porque había que recortarlos tanto que apenas quedaba nada–, pero había muchas

Susan en el mundo, y Neil no había vuelto a pensar en aquel espécimen en particular desde que desapareció de sus pastos nativos.

–¡Señor Neil!

Susan bajó de un salto del pedestal con una espontánea sonrisa de alegría al ver una cara que siempre le había gustado bastante, incluso a oscuras. Pero entonces vio a su señora justo detrás de Neil y recordó de pronto ciertos usos ilícitos de cierto certificado de matrimonio: Lorna Mason con Neil Inglefield; y recordó también que hacía unos años, en su visita anual al pueblo con motivo del Día del Armisticio, se había enterado de que Neil andaba tras la pista de Lorna, o había puesto a alguien tras ella: un tipo acicalado con aire de militar. Pero la cosa había quedado en nada. Y ahora estaba allí en persona, y con razones de sobra –pensó Susan con ecuanimidad– para no estar contento. Al fin y al cabo, uno es dueño de su nombre, ¿no? Y Lorna lo había manoseado a su antojo, lo había arrastrado por el fango, y luego lo había pisoteado para rematarlo. ¿Habría traído a la policía?, se preguntó, con la lealtad en pie de guerra para defender a Lorna, tanto si era culpable como si era inocente. Como si la pobre no hubiera tenido bastante últimamente, pensó, para que ahora le cayera esto.

–¡Señor Neil! Vaya, las desgracias nunca vienen solas. ¡Qué detalle pasarse a vernos! Yo lo tenía guardado en un rinconcito de la memoria, como un cuadro precioso en un marco dorado, y, mire por dónde, aquí lo tenemos, en carne y hueso, y más guapo que de mozo, incluso con la ropa puesta. ¿Qué le pongo de beber? Bah, no se preocupe –dijo, al ver un gesto de Lorna reprochándole tanta

familiaridad–. No sé usted, pero yo tengo una botella de whisky guardada.

Neil miró con sorna primero a una y luego a la otra.

–No quisiera parecer demasiado curioso, pero ¿compartís las dos esta casa?

La respuesta de Lorna fue un prodigio de recato y respetabilidad burguesa, pero al menos zanjó la cuestión:

–Susan es mi fiel criada y compañera desde hace muchos años –explicó, convertida definitivamente en la encantadora señora Blake del número 31 de Netherby Park Road–. Se estaba probando un vestido nuevo cuando has llegado, Neil. De lo contrario, te habría abierto ella, por supuesto. Si guardas otros recuerdos de ella de cuando eras un muchacho alocado, que sepas que está arrepentida, y no hace ninguna falta sacarlo a relucir. Dejemos que el pasado entierre a sus muertos[93]. Susan, por favor, prepara té lo más rápido posible.

Susan, amansada, dirigió a Neil una mueca a medias y se marchó a la cocina dando patadas a los bajos del vestido para no pisarlos. Neil se quedó por un momento igual de perplejo por aquel aire recatado y virtuoso de Lorna, lo que le dio a ella la oportunidad de añadir:

–Te agradecería que no desestabilizases a Susan, Neil. Me costó mucho domesticarla al principio, pero ahora confío en que ha dejado atrás sus viejas costumbres. Las niñas la ayudaron mucho.

Fue un error. Volvió a encontrarse frente a un hombre resuelto de treinta y siete años y, en lo que a ella concernía, de un genio temible. Un hombre, además, al que había perjudicado.

–Sí, las niñas. Precisamente de eso he venido a hablar contigo, Lorna. De Jay y de Molly.

–¿Conoces a Jay y a Molly? Pero eso no puede ser. De nombre, tal vez –balbuceó–. Tienes que conocer a Molly algún día.

–Ya conozco a Molly. Voy a casarme con ella… algún día –repitió con sarcasmo, poniendo fin de un plumazo a la patética comedia de buenos modales que Lorna intentaba representar. Y le contó su primera visita a Netherby Park Road–. De modo que, ya ves, Lorna –concluyó, de nuevo con el tono burlón que sabía que ella detestaba, porque le servía de escudo de hojalata contra el que todos sus disparos rebotaban sin efecto–, estás a salvo de mí, ahora y para siempre. No te lo mereces, pero así es. Nadie lamenta este hecho con más sinceridad que yo. En cuanto al riesgo de ser procesada por otras víctimas de tus tejemanejes como mendiga profesional, no depende de mí. Hasta ahora parece que has tenido una suerte extraordinaria burlando a la justicia…

Se interrumpió de golpe, porque Lorna había soltado un débil gemido y se había echado a llorar. Lágrimas de verdad, no de cocodrilo. Lloraba como una niña, con la boca abierta y emitiendo quejidos sordos desde el fondo de la garganta. Neil la había supuesto más dura, más difícil de doblegar; era grotesco, pero, aunque le costase reconocerlo, también conmovedor.

–Oye, Lorna –dijo bruscamente, como si volvieran a ser los dos adolescentes de dieciséis años en una escaramuza menor de su eterna batalla–. Oye, ¡basta ya! ¿De qué sirve llorar? Tenías que saber que algún día lo descubriría y vendría a pedirte cuentas. Además, acabo de decirte que estás a salvo; no te denunciaré nunca. No podría, queriendo tanto a Molly…

–¡Molly! –Lo que brotó entonces, entre sollozos de pura aflicción y desamparo, tenía una causa verdadera, y no era su propio peligro, ni pasado ni presente–. Molly… nunca… nunca me ha ocultado nada. Si te quiere… Si te quiere, he perdido a mi niña…

–Eso espero. –La voz de Neil volvió a endurecerse. El momento de compasión había pasado–. ¿Qué le has hecho a tu niña, y a tu otra niña, ya que estamos? Dios mío, Lorna, no hay un solo criminal en la historia del derecho penal que haya arrastrado a sus hijos por un infierno peor que el que tú les hiciste pasar, año tras año, cuando no podían defenderse. Si hubieras tenido una pizca de imaginación, te habrías dado cuenta de lo que sufrían; de lo que sufría Molly, por lo menos. En cualquier caso, que no te haya hablado de mí no es motivo para deshacerte en lágrimas. Te lo ha ocultado por consideración, para que siguieras durmiendo tranquila. Cuando llama a tu puerta la persona cuyo nombre has arrastrado por el fango, lo normal, digo yo, no es ofrecerle un té, sino prepararse para una querella por difamación y falsedad.

En ese momento tan oportuno, Susan, vestida ya con el desaliñado uniforme de siempre, entró con la bandeja del té, la dejó bruscamente en la mesita entre Lorna y Neil, y se marchó enfurruñada.

Lorna había recobrado el dominio de sí misma. La sensación de la tetera en las manos la indujo a preguntar al visitante, con sus modales más refinados, cómo le gustaba el té.

–¿Con leche? ¿Con azúcar?

–Ni una cosa ni otra, gracias.

–Y ¿cómo están todos? ¿Cómo está Marcus?

Sus miradas se encontraron. En los ojos de Lorna chispeaban la malicia y un extraño deleite. «Y eso que aún no sabe ni la mitad», pensó Neil con ironía.

–Marcus está muy bien, gracias. Se casó con una mujer encantadora, bellísima y de gran talento, y goza de un enorme prestigio en su profesión. Tienen siete hijos. No, ocho. Y viven en Carlisle.

–¿Carlisle? Eso está muy al norte, ¿verdad? Carlisle. Me alegro de que sea feliz.

–No lo dudo –dijo, y sonrió cuando ella le pasó la taza–. Mi querida Lorna –murmuró–, tienes muchas cuentas que rendir, ¿verdad? La muerte de Alec, entre otras cosas.

–¿La muerte de Alec?

–Alexander Muir-Leslie. Se pegó un tiro. Y la causa, mi dulce hermanastra, se remonta directamente a ti.

–Pero si nunca he oído hablar de él.

Neil soltó una carcajada.

–No, por Dios, estoy seguro de que no. ¿No es asombroso este mundo? Nunca has oído hablar de él y, si no fuera por tus refinados tejemanejes, estaría vivo, casado con Sylvia y feliz como una perdiz.

–¿Cómo voy a ser yo responsable?

–Se puede ser responsable de alguien a quien no se ha visto nunca, si esa persona se suicida por algo que tú has hecho.

–Mira, Neil –dijo Lorna, irritada, pues aquella conversación era una tortura añadida a la tortura de toda la semana–, me gustaría que dejaras de reírte de esa forma tan… tan espantosa, y que, o bien me explicaras la gracia, o te largaras de una vez.

–Eso de echar a un invitado no es muy propio de una buena anfitriona, ¿no te parece? Aún no me has ofrecido «otra tacita», y ni siquiera me he bebido esta. Yo no soy de los que comen de tu mano, bonita, pero no me iré sin decirte a qué he venido.

Sacó del bolsillo un periódico doblado, un diario londinense, el *Westminster Tribune*, de línea intelectual y un tanto elitista. Se lo pasó a Lorna y le señaló el pasaje que debía leer, algo menos de media columna sobre una circunstancia bastante inusual de un caso en el circuito judicial del suroeste: una joven apellidada Blake que se había apropiado indebidamente de unas setenta libras de los fondos del estudio de arquitectos en el que trabajaba; su abogado defensor declaró: «Un psicólogo diría que padecía un complejo de Lady Bountiful…».

–Es tu hija, ¿verdad? Molly me dijo que trabajaba para un arquitecto.

–Sí –respondió Lorna, apartando el periódico con gesto de cansancio–. Es Jay. Pero tenía la esperanza de que no saliera en ningún periódico de Londres.

–Es el único que lo ha publicado. Lo vi por casualidad mientras comía. La cuestión es la siguiente: ¿lo sabe ya Molly?

–No. Se lo he ocultado. No quería que se preocupara antes de poder decírselo yo misma.

–Sí, bueno, eso habría servido si la noticia se hubiera quedado en la prensa local. Molly está en el norte y el juicio fue en el suroeste, pero algún alma caritativa terminará leyendo esto, lo relacionará con la hermana de Molly Blake y se lo contará. De todos modos, no podemos arriesgarnos. Iré directamente a Edimburgo; solo

necesitaba averiguar primero cómo estaban las cosas. Por lo que sabía, podrías haberla mandado llamar…

–¿Mezclar a Molly en un asunto tan sórdido como este? ¿A mi Molly? ¡Neil, no lo entiendes!

No, pensó Neil, no lo entiendo. Gran parte de lo que ocurría en la cabeza de Lorna seguía siendo, más aún después de esta conversación, un misterio fascinante y siniestro. Lo único que había llegado a comprender y podía dar por cierto era su apasionado y genuino apego a las dos hijas. Pero ni siquiera su amor le había impedido utilizarlas sin escrúpulos como accesorios lastimeros, una y otra vez, durante aquellos espantosos diez años en que eran aún lo bastante pequeñas para resultarle de utilidad.

–Sí, ve y cuéntaselo, Neil, con la mayor delicadeza posible. –De pronto, Neil advirtió que lo estaba tratando como a un aliado, un yerno amable y solícito con el que no tenía secretos–. Molly adora a la pobre Jay, ya lo sabes, y esto va a hacerle mucho daño. Una de las cosas que me consolaban en los peores momentos era ver que entre mis dos pequeñas no había nunca ni celos ni peleas, a pesar de que Jay era la guapa y Molly la inteligente. –Esbozó una sonrisa burlona que a Neil le revolvió el estómago–. Supongo que tú dirás que la guapa es Molly.

Neil se levantó y echó la silla hacia atrás con tal brusquedad que la volcó dando un golpe. No podía soportar aquella familiaridad con Lorna. Aunque por el bien de Molly no haría nada para perjudicarla, en su fuero interno seguía siendo el chico enemigo.

–Lorna, más vale que te lo diga sin rodeos: no me he ablandado contigo lo más mínimo; me revienta que las circunstancias me

impidan denunciarte a la policía. No siento indulgencia alguna, y no quiero que pienses lo contrario.

–Pero, Neil, tenemos que ser indulgentes. Al fin y al cabo, todos somos humanos; tendríamos que intentar comprender, como hice yo con Susan hace años, con la imaginación si no con otra cosa, cómo las dificultades pueden empujar a una persona hasta el extremo…

–¿Las dificultades te empujaron a decirles a desconocidos que estabas casada con un tal Neil Inglefield que te dio dos hijas y luego se largó dejándote sin un penique?

–Solo lo hice una o dos veces. De hecho, creo que solo una. Fue por el bien de las niñas. Pasara lo que pasara, tenían que recibir una educación, y mi pobre Len…

–Ya sé lo de tu pobre Len. Y tienes razón en compadecerlo. Era un caso digno de compasión. –Neil se oía a sí mismo sermoneando con una rectitud que le habría repugnado en otro hombre y en otras circunstancias; pero sentía como si aquel sofocante saloncito pseudo-Tudor, con las tazas de té y los cojines mullidos, las cretonas de flores y los adornos de latón, estuviera atestado de las víctimas de Lorna (el padre de Neil, Marcus, Shirley, Blake, Alexander, Jay) proclamando a voces lo que les había hecho. ¿Por qué tenía que arrastrar a otros a sus juegos miserables? Bastaba con ver adónde habían conducido a Jay; y lo que podrían haberle hecho a Molly de no haber sido por una invisible piedra de toque de integridad que le fue concedida por misericordia cuando cualquier otra misericordia faltó.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Lorna lo siguió.

–Ya basta, Lorna; vuelve a tu saloncito.

–Neil, ¿le darás recuerdos a Molly de mi parte?

–Por lo que valgan.

–¿Te quiere?

–Sí, gracias a Dios.

–Es muy joven para casarse. Después… me dejarás verla de vez en cuando, ¿verdad?

–Lo menos posible, querida.

–Es un matrimonio magnífico para mi pequeña. No pienso interponerme.

Esa era Lorna representando el papel de madre complacida. «Un sucedáneo», pensó Neil.

Pero entonces, de forma inesperada, volvió a ser auténtica. Como cuando, sobrevolando las nubes, miras hacia abajo y ves de repente un pequeño campo verde y familiar, antes de que el manto plateado vuelva a taparlo.

–Sí, tienes razón. Lo menos posible. Ay, Molly… Pero tienes toda la razón. Ya hemos visto lo que ha pasado con Jay.

El orgullo herido de Susan la obligó a quedarse en la cocina, dándole vueltas a la reprimenda de Lorna. «Como si yo fuera una cualquiera», murmuró indignada; queriendo decir que la había tratado como si fuera una simple cocinera al servicio de una señora convencional que la trataba con amabilidad pero no le consentía confianzas, en vez de la descarada e indócil Susan Orris de Market St. Dunstan's, unida por un capricho del destino a aquella criatura singular que era Lorna Mason, Lorna Blake; quizá el único ser sobre la faz de la tierra que sabía la mayor parte del tiempo lo que su señora se traía entre manos, y podía sonreír y decir «¡Allá ella!» o «¡Me va a matar!», queriendo decir justo lo contrario: que se alegraba, y mucho, de vivir al lado de Lorna.

Pero, aun así, ¡dejarla en ridículo delante del señor Neil, el de la mansión! «Con la de veces que… Bueno, lo pasado, pasado está. Pero ¿de quién es la culpa, digo yo, de que me haya pillado vestida como la abuela en el baile de gala.» Aunque, bueno, la pobre ya había tenido bastantes quebraderos de cabeza esta semana. «A pesar de todas sus rarezas, quiere a esas crías, y, por muy pesada que se ponga diciéndolo, la verdad es que ha hecho mucho por ellas, y rara vez les ha levantado la voz, y les ha dado muchos caprichos, cuando ha podido, mientras que otra se lo habría gastado todo en ella. ¿Quién iba a pensar que Jay acabaría entre rejas, con esa carita de no haber roto nunca un plato y esos modales tan finos que te engatusaban sin que te dieras cuenta? ¡Jay! Pero si era capaz de abrir la ratonera, soltar el ratón, y convencerte de que lo justo era soltarlo, después de lo que te había costado atraparlo. Da pena imaginársela en las garras de la justicia, haya hecho la muy boba lo que haya hecho, medio sonámbula como anda siempre.

»Menudo susto tiene que haberse llevado la señora, ir a abrir creyendo que era el cartero y encontrarse al señor Neil, que para ella siempre será el chico enemigo. ¿Qué querría? Si entro ahora y recojo el té, a lo mejor se le pasa el mal humor. Si va a echarle a la policía encima por utilizar su nombre sin permiso, más vale que me entere, y cuanto antes mejor. El horóscopo dice que esta no será una buena semana para la familia Blake y compañía: "Absténgase por ahora de pedir un aumento a su jefe". Allá voy, preparada para lo peor.»

Pero fue con cautela, por si acaso.

Lorna no la oyó entrar. Estaba sentada de espaldas a la puerta, absorta en las cartas. Las que ya había leído estaban esparcidas a su

alrededor: en la mesa, en el suelo, en el regazo; entre ellas, cheques y giros postales, sueltos o sujetos con alfileres. Sonreía levemente.

Susan contempló aquel ensimismamiento. «¿Será eso lo que más le importa, a fin de cuentas? Un auténtico *menigma*, esta Lorna.»

III



Sir Halmar Barnard rara vez estaba en su piso de Londres. Antes de jubilarse, hacía dos años, había sido un hombre importante en Tarmouth, y desde su jubilación había demostrado ser, en cierto modo, aún más valioso para la comunidad local, pues se interesaba por un sinfín de obras benéficas, participaba en comités, tenía intereses en los dos periódicos más importantes de la región, ejercía de mayordomo de la parroquia, era presidente del club de golf y ganaba un premio tras otro por sus calabazas. Su laboriosidad de jubilado se había ido extendiendo cada vez más: empleaba su influencia (su «humilde influencia», como decía él) en promover la paz, las buenas relaciones comerciales, el deporte y la armonía general en todas partes.

Sucedió, pues, que se encontraba en la capital como delegado en la Conferencia Mundial para la Promoción del Entendimiento entre Naciones, y hacía poco le habían hecho una entrevista sobre cuáles eran, a su juicio, las perspectivas de dicho entendimiento, en la que se trataron, entre otros, los siguientes temas: ¿cómo ocupa su tiempo libre?, ¿son los cincuenta la edad más activa del hombre?, ¿está justificado que apartemos la vista de nuestros problemas para ayudar a los desfavorecidos en el extranjero?, y ¿es posible encontrar la utopía en este mundo material? Como es natural,

tratándose de un hombre de intereses tan dispares, su correspondencia era siempre abultada. En ese momento, leía una carta por segunda vez. Era una carta de súplica y no conocía a la remitente, pero le interesaba en especial porque parecía apelar precisamente a ese don de la imaginación que él mismo consideraba la vidriera a través de la cual caía la luz dorada en una capilla que, de otro modo, habría sido un lugar frío y desnudo. Esa era la expresión exacta que había utilizado en la entrevista.

Estimado sir Halmar:

Si al empezar a leer esta carta tiene la sensación de que no tendría que haberle escrito y que es una impertinencia porque no nos conocemos de nada y cómo se me ocurre rebajarme de esta manera, por favor, se lo ruego, rómpala y no siga leyendo. Pero usted, con su extraordinaria imaginación –porque es extraordinaria, créame–, comprenderá que, cuando una se encuentra en un apuro tan grave como el mío, uno de esos apuros que, como dijo un poeta alemán, la tienen a una en vela toda la noche, llorando sentada al borde de la cama sin saber si los dioses pueden oírla[94], las últimas personas a las que una puede recurrir son precisamente los amigos y familiares, sobre todo si la habían advertido de que no fuera imprudente ni emprendedora. A quien recurre es a un desconocido, y, si lo elige bien, este le dirá: «Déjeme ayudarla», en lugar de: «Te lo advertí mil veces». O, en el peor de los casos, no dirá ni hará nada. Y eso también es preferible, si a una todavía le queda un jirón de dignidad.

Intentaré ser breve: soy una mujer que lleva muchos años ganándose la vida por sus propios medios y que depende por entero de su trabajo. En general, tomándome pocas vacaciones, me las he apañado bastante bien y he llegado a cogerle cariño a mi oficio, que consiste en bordados muy delicados, acolchados y encargos de ajuar, con una especialidad en reproducciones de *petit point*. Hace unos meses, mientras consultaba unos diseños de costura en el Museo de South Kensington[95], entablé conversación con una mujer que me pareció muy inteligente y muy simpática, y que se dedicaba al mismo negocio que yo pero en Carlisle, según dijo. Una está sola y habla con la gente; esto también lo

comprenderá usted. Ella habló de asociarnos, pero yo no tenía capital, así que la cosa no prosperó. Entonces me propuso que yo, desde Londres, hiciera trabajos para su empresa de Carlisle. Cuando volvió allí, me envió encargos de varias piezas pequeñas. Se las mandé y me pagaron, no de inmediato, pero sí por lo general a los pocos días, lo cual me inspiró confianza, y no tenía nada que objetar en cuanto a las condiciones. Después recibí un encargo importante para el que tuve que hacer un gran desembolso personal. Se trataba de copiar un juego de tapizados de *petit point* para el salón de una gran casa de campo. No quiero aburrirlo con detalles, estimado sir Halmar, pero sabrá usted que el coste de los cañamazos especialmente diseñados para este tipo de labor es enorme en proporción. Trabajé día y noche en este encargo, con la esperanza de dejarlos satisfechos y poder así dedicarme a este tipo de labor, que es más rentable que la lencería. Finalmente lo envié por correo certificado y recibí un escueto acuse de recibo. Esto no me alarmó, y esperé como de costumbre a que me pagaran, pero no recibí más que silencio. Escribí a la mujer que había sido mi contacto inicial en la empresa, pero me devolvieron las cartas con el sello de «destinatario desconocido», y se me cayó el alma a los pies. Mientras tanto, los mayoristas me reclaman el pago con insistencia. Solo me queda una cosa por hacer, y es ir a Carlisle a comprobar por mí misma si esa empresa y esa mujer existen; me refiero, claro está, a la mujer que conocí en el museo y que me tendió tan cruel engaño. Me cuesta creer que fuera lo bastante ingenua para fiarme de ella, pero era tan convincente y tan amable que nunca se me ocurrió que su historia pudiera ser falsa y que estuviera, como dicen los americanos, «armando un tinglado». ¡Ojalá tuviera a alguien con experiencia y sensatez que me aconsejara en estas cosas! Me cuesta perdonarla, porque ahora, pensándolo bien, creo que disfrutó engañándome. Cuando llegue a Carlisle tendré que contratar a un abogado que me ayude al menos a recuperar mis piezas de *petit point*. ¿No le parece que sería más sensato que recurrir a un abogado de Londres? Al fin y al cabo, los que están sobre el terreno conocen mejor la situación. Pero no tengo ni para el billete de ida, y mucho menos para los honorarios de un abogado. Y no me atrevo a marcharme hasta haber pagado al menos una buena parte de las veinte libras que me costó el material, pues me amenazan con emprender acciones legales.

No tengo valor para decirle: «¿Quiere ayudarme?». A fin de cuentas, ¿por qué tendría usted que hacerlo? Aunque si pudiera… Estoy medio enloquecida de preocupación. Si recupero mi trabajo, podré venderlo y devolverle al menos una parte de lo que me preste, pero usted mismo comprenderá que no sería honrado por mi parte prometerlo.

Estoy destrozada y al límite de mis fuerzas. Si no consigo ayuda antes del viernes, leerá usted en los periódicos la noticia de una tragedia, otra de tantas tragedias corrientes, pero sabrá cómo se vio abocada a ella una mujer sola y desesperada.

Que Dios le bendiga,

(Sra.) Lorna Blake

Sir Halmar leyó la carta dos veces con mucha atención. Le impresionó, pero no hasta el punto de sentarse enseguida a responder a la desventurada señora Blake con un cheque de veinticinco libras. Era sentimental por naturaleza, pero ni generoso ni impulsivo; hombre corpulento, rubio y rubicundo, de ascendencia danesa, su complexión nórdica daba al instante la impresión de que el suyo no era un simple título comprado, sino la encarnación de la caballerosidad protectora: «¡Sir Halmar! ¡Ayúdeme, sir Halmar!». Y lo cierto es que ayudaba muy a menudo: con consejos, con cartas de presentación, acompañando en persona a la gente, consiguiendo entradas gratuitas, y haciendo los más denodados esfuerzos por interesar a otros en una buena causa o en favor de una víctima infortunada; ayudaba con compasión, con miradas solemnes y frases entrecortadas por una emoción sincera, con su voz profunda y bondadosa, con palmaditas tranquilizadoras en la mano y el hombro; apuntando direcciones y diciéndoles: «Diga que va de mi parte; verá qué fácil es hablar con sir Andrew cuando sepa que lo envío yo». Sí, estaba siempre dispuesto a desvivirse por los demás, pero hacía

falta ser muy astuto para lograr que sacara la pluma y firmara un cheque.

Se casó muy joven y enviudó pocos años después; un viudo empedernido, decía la gente, tan obstinado en esto como en todo lo demás. Su carácter, igual que su apariencia, tenía una especie de solidez rojiza que no admitía intromisiones, de modo que no volvió a casarse. Sus dos hijas, al hacerse mayores, lo cuidaron hasta que se casaron y se marcharon con sendos maridos entregados a la construcción del Imperio. Se las arregló igual de bien sin ellas, aunque sabía ser muy conmovedor cuando hablaba de su desamparo. Los hombres corpulentos siempre consiguen parecer más desamparados que sus congéneres más menudos, ágiles y delgados; no pueden escabullirse de un lado a otro ni refugiarse en cualquier recoveco; su única forma de no parecer indefensos y abandonados es ponerse un casco de policía.

Pero ¡qué ocurrencia! ¡Confiar así en una mujer a la que conoces delante de una vitrina del museo y, después de cinco minutos de cháchara, mandarle un paquete de mercancía valiosa! ¡Hay que ver! ¡Hay que ver!

–¡Alfred! –llamó sir Halmar. Como el tecleo de la máquina de escribir en la habitación contigua no cesaba, cruzó el despacho a grandes pasos y abrió la puerta de par en par–: ¡Alfred!

Lo que entró, solícito y risueño, era conocido entre los amigos de sir Halmar como «el lagarto rosa». Por el color habría podido pasar por hijo de sir Halmar, pero no por la complexión, ya que era diminuto; una hilera de encías rosadas asomando por encima de los dientes expresaba una alegría perpetua y diligente. Llevaba seis años como secretario de sir Halmar, y se entendían de maravilla.

–Alfred, dime qué te parece esto. –Le tendió la carta de la señora Blake–. Me resulta muy penoso, muy penoso, la verdad. Sin duda tengo que hacer algo para ayudar a esa pobre incauta.

Alfred, comprendiendo que se esperaba de él compasión aderezada con un punto de desdén por el sexo femenino, compuso el rostro con las líneas que denotaban estas reacciones, se puso las gafas sin montura –que se había quitado al oír la llamada de su jefe–, y leyó las siete páginas y media de letra pequeña e inclinada.

Cuando acabó, las volvió a leer. Sir Halmar siempre leía todo dos veces, y Alfred se había modelado con tal fidelidad a imagen y semejanza de su jefe que ya no habría podido darse por satisfecho con una sola lectura aunque hubiera querido.

–Y ahora dime, Alfred, y responde rápido, por instinto, antes de que tengas tiempo de pensarlo: ¿Es… esta… una… petición… sincera… o… no… lo… es?

–No –dijo Alfred, dando la respuesta equivocada. Acto seguido, al advertir un destello de disgusto en los ojos de sir Halmar, se corrigió–: No es insincera, desde luego. No es una estafa. De hecho, este podría ser uno de esos casos excepcionales, el que aparece una vez de cada doce y que siempre estamos buscando.

Se mostró tanto más categórico cuanto que había estado a punto de no adivinar la respuesta que coincidía con la convicción del propio sir Halmar.

–Bien; eso mismo he pensado yo. Una mujer refinada y de buen gusto, además; una mujer de nuestra clase; ¿te has fijado?: vidrieras y Goethe. ¿Diremos que algo redundante? Bueno, puede ser. Pero, pobre criatura, quería llegarme al corazón, tenía que llegarme, y lo hacía a tientas en la oscuridad. En realidad, me habría

complacido más una sencillez absoluta, descarnada, pero ¿cómo iba ella a saberlo, Alfred?

Alfred no sabía cómo iba ella a saberlo. Además, llevaba una mañana bastante ajetreada, con mucha correspondencia pendiente, y pensó que más valía ir al grano.

–¿De cuánto quiere que le extienda el cheque?

Sir Halmar se estremeció ligeramente al oír la palabra «cheque».

–Estaba pensando en cinco libras.

–Cinco libras –repitió Alfred, sabiendo perfectamente, por su larga experiencia, que al final no serían cinco libras.

–Ya ves lo que dice: se propone ir a Carlisle y consultar a un abogado de allí. Suponiendo que esté en la indigencia total, y la vida es dura para una mujer que lucha sola en el mundo, sobre todo una mujer como esta… Suponiendo, como digo, que esté en la indigencia total, cinco libras cubrirían de sobra el billete y le darían para, pongamos, dos o tres noches en Carlisle mientras el abogado hace las primeras gestiones.

–De sobra –convino Alfred–. De hecho, sir Halmar, no veo razón para que pase dos o tres noches en Carlisle. Una hora tendría que bastarle para comprobar si la empresa existe o no, o si ha existido alguna vez; ahora bien, es probable que un abogado necesite varias semanas para investigar la estafa.

–Entonces no tendría ningún sentido que se quedara en Carlisle; dos o tres días serían peor que inútiles.

–Mucho peor –convino Alfred–. Pero, por otro lado, sir Halmar, dudo de que pudiera ir y volver en el mismo día; es decir, sin una fatiga excesiva.

A sir Halmar le brillaron los ojos.

–No me gustaría que se fatigase en exceso. –A menudo se burlaba con cariño de la inclinación de su secretario por el vocabulario formal. No obstante, si podía ahorrarse el gasto de una noche en Carlisle…–. ¿Cuánto dura el viaje?

Alfred fue a la habitación contigua y volvió con una guía *ABC*[96].

–Los trenes más rápidos tardan unas cinco horas, según parece. Y cinco de vuelta. Pero quizá el abogado no pueda recibirla de inmediato, y la mujer tendrá que comer en algún sitio.

Era evidente que la humanidad iba a imponerse a la tacañería.

–¿Qué te parecen tres libras? –tanteó sir Halmar, con gesto dubitativo–. ¿O tres libras y diez chelines?

–Los honorarios del abogado…

–Ah, eso lo pagaría aparte –se apresuró a decir.

–Está haciendo gala de una gran generosidad, si me permite decirlo, sir Halmar.

A sir Halmar le habría gustado responder, con la sencillez y la naturalidad que los buenos modales prohíben: «Sí, ya lo sé». Pero tuvo que restarle importancia:

–Me temo que no, Alfred, me temo que no. Si hubiera obedecido a mi primer impulso, y a todos nos gusta vernos en el papel de hada madrina, me habría ofrecido a resarcirla de la pérdida de las tapicerías. Pero aún no está todo perdido, y, si logramos recuperarlas, y podemos ayudarla a hacer todo lo posible, sería mucho mejor para su amor propio. Esta carta muestra hasta qué punto le repugna la idea de aceptar dinero.

–Estoy seguro de que nunca lo habría pedido –apuntó Alfred, que seguía hojeando distraídamente la guía. Con la vida tan ajetreada que llevaba, rara vez tenía ocasión de consultarla; pero todos

aquellos hoteles del principio eran fascinantes, por lo que quizá no estuviera tan atento como de costumbre a la psicología de sir Halmar; de lo contrario, nunca habría añadido–: Si no la estuvieran amenazando con emprender acciones legales…

Fue un recordatorio inoportuno.

–Siempre amenazan mucho antes de actuar de verdad –lo atajó sir Halmar–. A un comerciante le basta con poner la palabra «abogado» en una carta mecanografiada para que las mujeres salgan corriendo y cacareando como gallinas. Esperarán. Cuando vuelva de Carlisle, podrá asegurarles que se han tomado medidas. Medidas prácticas, de las que ellos entienden. Dos libras y diez chelines has dicho, ¿verdad, Alfred?

–Me temo que no será suficiente, sir Halmar. El billete mensual de ida y vuelta a Carlisle, en tercera clase desde Euston, 469 kilómetros; número de habitantes: cincuenta y siete mil trescientos cuatro…

–Omite el número de habitantes –le pidió sir Halmar–. Aún no he empezado siquiera a dictar las cartas de la mañana. ¿Cuánto cuesta el billete mensual de ida y vuelta? No habrá billetes de ida y vuelta en el día para distancias tan largas.

–Ida y vuelta mensual, setenta y ocho con nueve; no, eso es en primera clase.

–La primera clase la avergonzaría –decretó sir Halmar–. La avergonzaría de un modo terrible, terrible. No debemos cometer ese tipo de errores, ¿verdad?

Las encías relucieron.

–Desde luego que no. Tercera clase, ida y vuelta, cincuenta y dos con seis. Dos libras, doce chelines y seis peniques. Así que me temo

que con dos libras y diez chelines no bastaría… Y habría que contar con una noche, y una comida, y una cena, y un desayuno, y otra comida…

–Pero, vamos a ver, amigo mío, también tendría que comer y cenar y desayunar y comer si se quedara en casa.

–Eso es muy cierto –reconoció Alfred, aunque no del todo convencido de que aquellas comidas no debieran correr a cargo de sir Halmar. Cuando uno viajaba, tenía que disponer de una suma suficiente para cubrir los gastos. De lo contrario, perdía dinero. Esta pobre mujer, cuya confianza había sido tan vilmente traicionada, y que se había metido en semejante aprieto, no parecía tener, en este momento de crisis, dinero alguno que perder. Alfred miró a sir Halmar a los ojos y sir Halmar le devolvió la mirada. Los gastos volvían a dispararse. Pronto se plantarían en las cinco libras iniciales.

–Vamos a ver –exclamó de pronto sir Halmar, con tono campechano–. ¿Para qué demonios tiene que ir a Carlisle? Es un viaje espantosamente largo, y seguro que está agotada, sin poder dormir por las noches, dando vueltas en la cama.

Por alguna razón, la imagen de la mujer que le había escrito pasando las noches en vela despertaba en sir Halmar una ternura melosa. En la carta no había el menor indicio de que fuese guapa, pero el desvalimiento y la súplica adoptan con mucha frecuencia en la imaginación de un hombre la forma de unos ojos azules y llorosos alzados hacia él, unas manitas trémulas con uñas de color rosa nacarado, facciones delicadas, cabellos dorados…

–¿Para qué tiene que ir a Carlisle? –repitió con obstinación–. Tiene que haber una forma mejor de averiguar el nombre del abogado más competente de allí. Averíguamelo tú, Alfred. Ella puede

escribirle para darle los detalles, nombres, fechas, etc., y él se encargará del resto. Y que le envíe una carta que pueda enseñarles a esos malditos comerciantes que no dejan de hostigarla. ¿Qué te parece, Alfred?

A Alfred le pareció mucho más sensato.

–En tal caso no haría falta enviarle dinero.

–En absoluto. Dinero en efectivo, quiero decir.

–Sí, a eso me refiero, a dinero en efectivo. Los honorarios del abogado correrían de mi cuenta, por supuesto, pero eso no es dinero en efectivo.

Era mucho más fácil soportar con ecuanimidad la pérdida de una cantidad indeterminada en una fecha indeterminada del futuro, que la de un billete de cinco libras en el momento, visión hermosa y reluciente que flota un instante en el aire y al siguiente se ha desvanecido para siempre.

Pero, justo cuando todo parecía haberse resuelto satisfactoriamente, Alfred hizo una sugerencia de lo más inoportuna:

–«Si no consigo ayuda antes del viernes –citó–, leerá usted en los periódicos la noticia de una tragedia, otra de tantas tragedias corrientes…» Ojalá pudiéramos hacer algo más inmediato por ella. Los abogados… y no sé si esto se aplica a los de Carlisle en particular, no me atrevería a afirmarlo… –Las encías volvieron a relucir sonrosadas, y los ojos, detrás de las gafas, adoptaron un aire socarrón– pero los abogados, en general, son una raza lenta, ya sabe; no son precisamente locomotoras exprés. Y no cabe duda de que esta banda con la que ha topado la señora Blake no tardará en esfumarse con sus ganancias mal habidas.

–No podría impedirlo aunque fuese ella en persona. Así que…

–Estaba pensando en un detective privado –dijo Alfred con aire triunfal–. Conozco una agencia muy buena, de la máxima discreción, en Cornhill; si les dijera, asegurándome de que no trascendiera… «sir Halmar no es de los que pregonan sus buenas obras», les diría… pero si les garantizase que usted se haría cargo de los gastos, podrían enviar inmediatamente a uno de sus mejores hombres. Creo que lo habitual es hacer un depósito de, digamos, cinco libras…

Sir Halmar estuvo a punto de echarse a llorar. Ya estaban otra vez en las cinco libras. Y el asunto había llegado demasiado lejos para decir: «Mejor nos olvidamos y no hacemos nada». Además, sus sentimientos estaban ya comprometidos. No se podía ser tan cruel con Lorna Blake, Lorna la desvalida, la bella Lorna con lágrimas en los ojos dulces… no, azules como la genciana, confiando en él, creyendo en él, con los deditos marcados por los pinchazos de la aguja inmisericorde. «Cosen y cosen y cosen, pobres, hambrientas y sucias…»[97] No, seguro que no estaba sucia: «Y lavarás tu cuerpo y mantendrás blanca tu ropa»[98]. Esa era Lorna. Sir Halmar era muy aficionado a la poesía. Pero ¿cinco libras de depósito para un detective privado? Y ¿quién sabía cuánto más podría costarle? Miró con resentimiento a Alfred, a quien poco a poco se le fue borrando la sonrisa de complacencia al percatarse de que el golpe de efecto no había salido como esperaba. Sin embargo, por el momento no veía la forma de retirar la sugerencia y volver a ser el niño bueno de sir Halmar. Y sir Halmar no veía la forma de ahorrarse las cinco libras y seguir siendo el gallardo benefactor de Lorna Blake. Era un punto muerto tan logrado como el que Sheridan imaginó para el duelo en *El crítico*[99].

Sir Halmar tuvo una inspiración.

–¡El coronel Henshaw! –exclamó–. ¡Claro, eso es! Mucho mejor que un detective privado o que dejar que la pobre mujer viaje sola hasta allí. Mi viejo amigo Bob Henshaw, jefe de policía, o como quiera que se llame el cargo, en Belcastle. No lo he visto desde que se marchó, y de eso hace… déjame pensar… cuatro años, pero estoy convencido de que me basta con escribirle y pedírselo para que se ocupe del asunto por mí. Y es la persona indicada para hacerlo. Estos estafadores siempre se amedrentan cuando se presenta algo oficial con botas grandes a meterlos en cintura.

–Belcastle.

Alfred desplegó con cuidado el mapa que venía al principio de la guía *ABC*.

–Eso es Escocia –dijo sir Halmar por encima de su hombro, y Alfred se ruborizó y le dio la vuelta al mapa rápidamente.

–Veamos: aquí está Carlisle, y aquí Belcastle. No, no están muy cerca. Unos 70 u 80 kilómetros, me temo, si no más. Ochenta y ocho, tomando la escala como…

–Escúchame, Alfred –lo interrumpió sir Halmar–, tienes que acostumbrarte a pensar a lo grande, a no ser tan estrecho de miras. Es un detalle irrelevante, creo yo, que el coronel tenga que pasarse una hora u hora y media en el coche, cuando lo más probable es que ya se pase el día recorriendo el condado. Le escribiré yo mismo. Estará encantado de hacerle un favor a un amigo. Y también escribiré a la señora Blake, de mi puño y letra, para tranquilizarla. A una mujer así le dará una gran satisfacción saber que un alto mando de la policía se está ocupando personalmente de su caso. Eso la ayudará a dormir esta noche más que una aspirina. Aunque si pudiera ver al coronel…

Sir Halmar echó hacia atrás su noble cabeza nórdica y rió al recordar la lozana fortaleza de su amigo. No había nada como ser un vikingo.

IV



Por el momento había salvado aquel reluciente y preciado billete de cinco libras. Pero, en cuanto recibió el telegrama frenético de la mujer, en cuanto oyó su voz al teléfono, apremiante y desesperada, comprendió con pesar que el billete ya estaba perdido, tan perdido como si no lo hubiera tenido nunca. Podría darse con un canto en los dientes si al final la cosa no pasaba de cinco libras. A eso conducían el sentimentalismo y la compasión, dos traidores de la prudencia. El telegrama, calculó, debía de haberse expedido en el mismo instante en que ella recibió su carta. Decía: «Error gravísimo por el amor de Dios no haga nada hasta que nos veamos Lorna Blake». Y la llamada de teléfono fue aún más frenética: una voz ronca, vacilante y, sin embargo, extrañamente cautivadora, le suplicó que la recibiese de inmediato. No dejaba de repetir, igual que en el telegrama: «Ha habido un error terrible». Pero sir Halmar estaba ofendido. Era todo demasiado dramático, demasiado íntimo. Sus instintos benévolos, el deseo de ayudar a una pobre criatura en apuros, habían subido hasta la cota de las cinco libras, bajado, vuelto a subir y, finalmente, se habían estabilizado: estaba dispuesto a escribir al coronel Henshaw, y las molestias que conllevara le traían sin cuidado; no tenía inconveniente en pedirle a un viejo amigo que se tomara el tiempo y el esfuerzo que hicieran falta para reparar la

injusticia cometida contra una desconocida. Así pues, ¿por qué no mostraba ella gratitud comportándose con sensatez, enviándole los datos que necesitaba y resignándose a esperar?

–Verá, mi querida señora Blake, soy un hombre muy ocupado, y Londres no es mi casa. Tengo muchos asuntos que atender aquí antes de volver a Tarmouth. –La exaltación de la mujer lo alarmaba. Toda aquella corpulencia rojiza escondía un alma algo menos valerosa de lo que aparentaba–. Señora Blake, rara vez concedo entrevistas personales. Si lo hiciera, me asediarían. Ni se imagina usted hasta qué punto. Si pudiera serenarse y decirme qué quiere que le escriba al coronel Henshaw, o qué prefiere que no le diga… Sería una pena que desaprovechara esta oportunidad. El coronel Henshaw…

Lorna colgó.

Sir Halmar estaba exasperado y, al mismo tiempo, extrañamente apenado, como si le hubieran privado de un placer exquisito. Alfred lo encontró intratable durante las dos horas siguientes. «Tacto –se repetía Alfred–; hace falta tacto; tacto.» No se lo decía a sir Halmar, sino a sí mismo. Alfred era una buena persona. Su ambición era llegar a estadista. Se imaginaba en el Consejo de Ministros en plena crisis. «Tacto, eso es lo fundamental; tacto antes que acción, no acción antes que tacto.» Un buen lema para el mundo en general…

Y entonces la mujer irrumpió en el despacho. No había esperado en el vestíbulo ni siquiera el tiempo suficiente para que Webster la anunciara. Después le contó a Alfred que, antes incluso de que le abriese la puerta, ya estaba gritando: «Tengo una cita. Tiene que dejarme pasar. Es cuestión de vida o muerte». Y lo había atravesado como si fuera aire.

Webster tenía poco de etéreo, así que Alfred dedujo que la embestida debía de haber sido tan imperiosa y arrolladora como la de la Victoria de Samotracia[100] precipitándose para evitar un cataclismo.

Pero todo esto lo supo después. De momento, la mujer estaba en presencia de sir Halmar, y Alfred, fuera de escena. Porque las primeras palabras de la desconocida habían sido: «Tengo que hablar con usted a solas. Es imprescindible». Y sir Halmar había accedido sin rechistar.

La entrada de la mujer lo había sobresaltado, pero no fue nada comparado con la conmoción que le produjo su primera revelación. Ella guardó silencio un momento tras la salida de Alfred, como para recobrar fuerzas ahora que por fin estaba dentro, con el mayordomo y el secretario fuera de combate, así que sir Halmar empezó con un comentario cauto, escogido y modulado para calmarla, sobre cuánto le había alegrado encontrar una solución práctica al grave problema expuesto en su carta; pero ella se abalanzó sobre sus últimas palabras.

–No. La carta no era mía. Yo no la escribí. Sir Halmar, tiene que creerme; no respondo de las consecuencias si no me deja explicarle este error espantoso, espantoso. Yo no escribí esa carta…

–Pero, querida, por supuesto. Por supuesto que no fue usted. Claro que le dejaré explicarse. Faltaría más. Pero ¿no le apetece antes una copita de jerez? Un jerez clarito. ¿Manzanilla? Creo que a todas las señoras les sienta bien una copa de manzanilla.

La señora Blake negó con la cabeza, pero le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa repentina y dulcísima que dejó hechizado a sir Halmar; era tan alegre, tan infantil, de líneas tan

bonitas, que hasta el más hosco de los hombres se la habría devuelto. La mujer era, pensó, hermosa de una forma sutil; una forma que la mayoría de los hombres no habrían advertido en los primeros tres minutos, pero a él no lo engañaban las apariencias. Tenía un aire vagamente extranjero: los ojos brillantes, la elegancia del cuello largo. Tendría que llevar pendientes, gotas de ópalo, fuego en una nube lechosa. A menos, claro, que fuera supersticiosa[101]. Una madre o abuela rusa explicaría la voz ronca y cautivadora, los movimientos expresivos de las manos, demasiado fluidos para un tipo enteramente inglés, sin rastro de timidez. Y el modo en que se había enrollado el fular alrededor del cuello, los hombros y los brazos, subrayando con delicadeza el calor anómalo de aquel día de finales de octubre, también era propio de una extranjera. Y a él, además, le gustaban las mujeres pálidas y esbeltas.

–Sir Halmar, yo no escribí esa carta. Ni se me pasaría por la cabeza. Es horrible incluso pensarlo… Una carta de súplica… Una carta que es casi como pedir dinero; Dios sabe lo que diría mi pequeña si se enterase. Pero ya ha ocurrido antes, y me temo que volverá a ocurrir si no… Ay, ojalá la vida no fuera tan difícil. –Esto último lo dijo en voz muy baja, como irritada con su propia debilidad–. Una no debería ser tan blanda –prosiguió, en el mismo tono de suave reproche–, ¿verdad? –Y alzó la mirada hacia sir Halmar–. Vamos, reconózcalo. Piensa usted que todas las mujeres, sobre todo las que estamos solas, somos demasiado blandas, demasiado necias, demasiado crédulas. Y que por eso nos metemos en líos y tenemos que recurrir a un hombre como usted para que nos saque del apuro.

–Mi querida señora…

–Pero es verdad. Es verdad, solo que no de la forma que usted cree. No tengo ni la más remota idea de lo que le escribió, excepto que al final siempre es lo mismo. Siempre acaba pidiendo dinero.

–¿Quién?

–Nuestra institutriz. La señorita Gardiner.

Ahora que lo había dicho, estaba más tranquila. Pero sir Halmar seguía estupefacto. No sabía qué pensar ni qué decir.

–Por favor, sir Halmar, ¿puedo ver la carta? Me da pavor leerla, pero me será más fácil explicarme cuando sepa qué ha escrito en mi nombre.

Sir Halmar abrió con llave el cajón del escritorio y sacó la carta.

–Sí, incluso ha imitado mi letra otra vez –murmuró Lorna Blake.

Sir Halmar no pudo menos que admirar la entereza con que leyó la carta de principio a fin; y cómo, presa de un arrebato, la rompió en pedacitos.

–Y ahora –dijo, levantando la cabeza para mirar a sir Halmar, que se inclinaba solícito con la copa de jerez que había mandado traer a pesar de sus protestas y le había servido mientras leía–, ahora que está destruida, podré explicarme mejor. Muchísimas gracias. Qué color tan bonito. Como el ámbar al trasluz. Es muy amable por su parte agasajar a alguien a quien, a estas alturas, aún debe de tener por una estafadora.

Sir Halmar declaró con absoluta convicción que, desde el mismo instante en que había puesto los ojos en la señora Blake, había sabido que eso era imposible.

–Pero su institutriz… Sin ánimo de inmiscuirme, mi querida señora Blake, ¿no cree que tendría que despedirla si falsifica su letra y

utiliza su nombre? Es un delito, ya sabe, usar el nombre de otra persona para obtener dinero con engaño.

–Lo sé, lo sé. Pero hasta ahora he conseguido proteger a la pobre señorita Gardiner; Gardie, como la llamamos en casa. Y mientras solo sea mi nombre… Verá, no lo utiliza con la finalidad de conseguir nada para sí misma. Nunca lo ha hecho, y eso es lo que sería un delito, ¿no le parece? La pobre nos quiere con locura, a mí y a la niña. Lleva años con nosotras, y no soporta que pasemos apuros y yo tenga que economizar y no pueda darle a la niña todo lo que necesite. Mi marido, en vida, siempre me decía: «Despídela». Así, sin más. Solo ocurrió una vez antes de que él muriera, pero se puso hecho una furia. No acertaba a ver que la pobrecilla era, y sigue siendo, digna de lástima. ¿Usted también cree que tendría que despedirla?

–Sin duda –respondió sir Halmar con gravedad–. Puede que la quiera con locura, como dice, pero con más razón… ¿Debo entender que nada de lo que decía la carta es cierto? ¿Que no hubo ninguna estafadora en el museo? ¿Ninguna empresa fantasma en Carlisle?

–Ni en Carlisle ni en ningún sitio. Cuando se le mete algo en la cabeza, pilla lo que tenga a mano y lo teje todo junto: habrá oído hablar a alguien de Carlisle… No hay una sola palabra de verdad, excepto, si he de serle sincera, que andamos algo justas de dinero; pero no hasta el extremo que ella pinta, como si nos viéramos obligadas a mendigar. A mí me inculcaron unos principios que hoy parecen anticuados; hoy en día, por lo que tengo entendido, mucha gente no ve inconveniente en pedir prestado, pero mi madre se habría horrorizado. Era una viejecita regordeta y encantadora, y honrada a carta cabal.

Miró los pedazos de la carta que había arrojado contra la estufa eléctrica olvidando, en su arrebato de ira, que esta no podía reducirlos a cenizas.

–Qué desorden he dejado en su precioso despacho. Le ruego que me disculpe. Tengo la impresión de haber venido a profanarlo.

Se agachó a recoger los pedazos, pero sir Halmar se adelantó.

–Déjelos, querida; Webster se ocupará luego. Pero le confieso que estoy alarmado, muy alarmado, ante la idea de que esté permitiendo que su buen corazón, su excesiva compasión, la dejen a merced de… ¿Dice que ya lo ha hecho otras veces?

–Al menos tres o cuatro. Siempre me he enterado a tiempo y he tenido que salir corriendo a dar explicaciones. Es muy doloroso. En una ocasión hasta tuve que devolver el dinero, y me costó un siglo convencer a aquel hombre de que no me hacía falta y de que no se lo había mendigado yo. Y era diputado, nada menos. No, no le diré quién, no sería justo para la pobre Gardie. He tenido que reprenderla cada vez con mucha severidad, y era terrible: lloraba y lloraba y me juraba que no lo volvería a hacer. Siempre he conseguido ocultárselo a mi pequeña. Gardie la adora; le profesa verdadera devoción; es su esclava; vive solo para nosotras. Sir Halmar, ¿no cuenta a su favor que no se habría gastado ni un penique en sí misma? ¿Que todo, absolutamente todo, lo daba a otros de forma desinteresada? Dígame, ¿no cuenta?

Levantó hacia él la mirada límpida y confiada de una niña que espera que el hombre sabio le aclare enseguida el confuso galimatías impreso en la página que le han dado para leer. Daba la casualidad de que este era precisamente el tipo de conversación que entusiasmaba a sir Halmar. ¡Ah, la deliciosa y gratificante sensación

de que alguien venga a decirte que, a fin de cuentas, no quiere tu dinero, en vez de que, a fin de cuentas, sí lo quiere! Era como si le volcaran una bolsa de dinero contante y sonante en las manos; como si se lo entregaran bien apretado dentro de una media. Era asombroso imaginar que el dinero había volado lejos y después verlo volver, triplicado en valor por aquel ficticio periplo a través de un limbo de pérdida total. Y no es que la mujer fuera débil, ni mucho menos: era fuerte como el batir de alas de los cisnes sobrevolando el río. Sin embargo, esa fuerza, ese extraño encanto extranjero, los empleaba en convencerlo de que no hiciera nada por ella, nada de nada, excepto aconsejarla. Cada instante era un puro deleite. A pesar de toda esa fuerza, se sometía a su criterio, le pedía que le dijera lo que hacer. Era un elogio embriagador. Y se daba la circunstancia de que ninguna mujer habría hallado un medio más certero de hechizarlo que hacerle creer primero que quería su dinero, para liberarlo a continuación, como por milagro, de este temor.

Ahora iban a tener una larga y fascinante discusión ética. Sir Halmar la vio venir como un niño ve acercarse el paquete donde sabe que está el ansiado tren de cuerda. Una discusión en parte sobre un problema abstracto y en parte sobre otro que requería administración práctica y masculina. Acercó a la chimenea el sillón de enfrente y se sentó sonriendo. Luego se acordó, dejó de sonreír y puso cara de hombre experimentado.

–Señora Blake, estoy muy preocupado por usted. Sí, lo estoy, aunque la conozca desde hace tan poco. Pero quiero que me haga una promesa. Quiero que me prometa que despedirá a esa institutriz suya, esa… ¿señorita Garnett, ha dicho?

–Gardiner –lo corrigió Lorna–. Y le prometeré cuanto esté en mi mano, sir Halmar. Se lo debo, después de lo bien que me ha ayudado a resolver una situación tan penosa para ambos.

–Para mí ha sido una situación muy grata –contestó sir Halmar, y se preguntó si ella habría entendido lo que quería decir.

Hubo una pausa.

–¿Y la promesa?

–Ah, sí, la promesa. Quiero que me prometa que apartará a la señorita Gardiner de su vida para siempre. Cuanto más lejos, mejor.

–No podría. Sir Halmar, me resulta sencillamente imposible. Dejando a un lado la cuestión sentimental, el pasaje solo ya lo haría inviable; yo…

–Señora Blake –la interrumpió sir Halmar–, discúlpeme si me excedo pero ¿me permitiría pagar el pasaje?

Lorna lo miró a los ojos, y sir Halmar no pudo determinar si el ofrecimiento la había ofendido. Tenía los ojos castaños velados por una sombra, y los labios le temblaban. El aire parecía vibrar entre ellos, como si quisiera que él le adivinase el pensamiento.

–No –dijo de pronto sir Halmar–. No piense eso. Es justo lo que no debe pensar.

–¿Qué es lo que no debo pensar?

–Que me queda la menor sombra de duda. Que yo… que yo… –se debatía torpemente, como una abeja chocando una y otra vez contra el cristal–… que no me habría atrevido a hacerle tal ofrecimiento si su carta… Pero no era su carta, y comprendo cuánto debe de aborrecer cada palabra, con una caligrafía idéntica a la suya y firmada con su nombre. Precisamente por eso insisto tanto en que se deshaga de ella; y es porque usted tiene un corazón demasiado

blando por lo que quiero que toda la responsabilidad sea mía, hasta el último penique. Entiéndame, señora Blake: le será más fácil si me deja ocuparme de todo; de elegir el destino, Sudáfrica, América del Sur, lo que sea; de elegir el barco, pagar el pasaje, todo.

Alfred, en la habitación de al lado, se preguntaba qué estaría suplicando su jefe con tanta vehemencia y tanto ardor, y con aquel vigor juvenil en la voz.

–¿Tiene uno derecho? Hay un verso de Browning: «Es peligroso jugar con las almas»[102]. ¿No es una responsabilidad tremenda, para usted, jugar con el alma de mi pobre señorita Gardiner? Arrancarla de nuestro lado, sin un verdadero motivo, porque, al fin y al cabo, no se la puede culpar si no cree que esté haciendo nada malo, ¿verdad? Pedir en nombre de otros, ¿es una deshonra? ¿Puede serlo? Una especie de complejo de Lady Bountiful. Muchos lo hacen y son alabados por ello; las monjas, por ejemplo, cuando salen a pedir donativos. ¿Le he hecho dudar?

–No –respondió sir Halmar con firmeza–. Es usted elocuente, pero argumenta como una mujer. Hay demasiado corazón en lo que dice. No me ha hecho dudar lo más mínimo.

–Entonces ¿cómo tendría que sentirme si me enterara de que la pobre Gardie se ha tirado por la borda justo antes de llegar a Table Bay?

–Espero que no sintiese nada. No sería culpa suya. El asunto ha dejado de estar en nuestras manos desde el momento en que ha venido a verme. Si yo quisiera, podría denunciar a esa mujer, a esa institutriz suya, por haber intentado sacarme dinero con engaños.

–Lo sé, lo sé. Por eso, cuando me escribió hablándome del jefe de policía… de un proceso judicial… todo me pareció tan inminente…

Me asusté mucho por Gardie. Y ahora, en cambio, se ofrece a pagarle el pasaje a Sudáfrica. Movido por la más pura misericordia. Es un milagro.

–Movido por la más pura consideración con usted, querida. Ha tenido que soportar demasiado por culpa de esa mujer.

Lorna tenía los ojos humedecidos y aún fijos en sir Halmar, con alguna duda debatiéndose en su interior que los sólidos argumentos del caballero no habían logrado acallar.

–¿Es posible que seamos, o que podamos ser, responsables de alguien a quien nunca hemos visto y que, desesperado por algo que hemos hecho, se quita la vida?

–Desesperada –la corrigió sir Halmar–. Pues bien, yo asumo toda la responsabilidad; recta y cabalmente, la asumo. Ahora dígame, ¿qué piensa de mí?

Lorna era una de las pocas mujeres que sir Halmar había conocido capaces de levantarse de un sillón sin esfuerzo aparente, como si flotase. Le sonrió de nuevo y respondió:

–Prefiero no decirle… recta y cabalmente… lo que pienso de usted.

Sir Halmar volvió la cabeza, y un rubor aún más intenso se extendió sobre su habitual color sonrosado.

–Recto y cabal –repitió Lorna, y la entonación dejó claro a quién iban dirigidos estos calificativos–. Pero ¿qué pensará de mí, sir Halmar, si acepto? El pasaje de la señorita Gardiner costará, al fin y al cabo, más que los tapizados. Pedir cosas… va contra la decencia…

–No.

–Contra el decoro, entonces –dijo, y advirtió la ternura con que él sonreía al oír aquella palabra tan remilgada–. Sí, el decoro. Nadie recibe nunca un regalo que no haya pedido.

–Usted, desde luego, no me lo ha pedido.

–No conseguirá convencerme. Resulta que, a la postre, soy una cazafortunas. Pero aceptaré agradecida el pasaje de Gardie.

Y sir Halmar tuvo la fugaz impresión de que una broma diminuta saltaba de la cabeza de Lorna, como un pez que salta del agua, centellea por un instante y vuelve a zambullirse. ¿La ocurrencia la había alegrado, entonces? ¿La de haber resultado ser, a la postre, una cazafortunas?

–Pero pongo una condición. No puede verla antes de que se vaya. Pobre Gardie, me temo que tiene usted razón en lo que dice, pero al menos puedo ahorrarle esa humillación.

Sir Halmar aceptó. No tenía especial interés en conocer a la señorita Gardiner. Un encuentro así no habría beneficiado a ninguno de los dos, y, desde el punto de vista social, prometía ser cualquier cosa menos memorable.

V



Solo llevaban dos días prometidos y, por petición insistente de Lorna, el compromiso todavía era un secreto cuando una noche, cenando en un restaurante pequeño y exquisito de Albemarle Street, ella dijo:

–Halmar, tengo que confesarte una cosa.

Él la miró con ternura por encima de la copa de Richebourg, de intenso color granate. Su amada no bebía vino. Le había dicho, riéndose de sí misma, que fingir que le gustaba era demasiado esfuerzo, y que más valía ser sincera desde el principio y beber el té o la limonada que prefería; y a veces, cuando se sentía exótica, un vaso de sidra dulce.

–A tu lado todo parece de color de rosa –fue lo único que el embelesado caballero atinó a responder.

–En tu caso, ese color ya lo tenías antes de conocerme –bromeó Lorna, y los pendientes que él le había regalado, unos ópalos de fuego, pues ella le había asegurado que no era nada supersticiosa, se balancearon y centellearon.

Al comprárselos, Halmar la había advertido:

–Los ópalos, como sabes, son piedras semipreciosas, y bastante baratas. Te habría salido mucho más a cuenta fingir que eras supersticiosa. La honradez no compensa.

Pero ella le había contestado:

–Una no puede ir en contra de su naturaleza. Además, después de casarnos, seguro que se me olvidaría y me delataría.

–Repite eso, Lorna, mi vida.

–Seguro que se me olvidaría…

–No. Lo de «después de casarnos».

–«Después de casarnos» –repitió ella, y él le dedicó una sonrisa radiante como el sol de mediodía en un cielo sin nubes. Porque no tenía cejas.

–Bueno, ¿y esa confesión tan terrible? Dime dónde has escondido el cadáver y veremos qué se puede hacer.

–Es mi hija. Hay algo de ella que aún no te he contado. Puede que no me perdones…

Sir Halmar dio otro sorbo al borgoña. A pesar del poco tiempo que llevaban prometidos, ya se había percatado de que podía quedar algo turbio por averiguar sobre la hija de Lorna, porque aún no había tenido oportunidad de conocerla, y desde que Lorna lo había aceptado solo habían hablado de sí mismos y del futuro. Lorna se alegró mucho al enterarse de que sir Halmar tenía una gran casa de campo a varios kilómetros de Tarmouth. Dijo que su mayor deseo siempre había sido vivir en el campo y no volver a pisar Londres; y, cuando él habló de que su actual *pied-à-terre*[103] en Berkeley Mansions era demasiado pequeño para los dos y de que tendría que cambiarlo por uno más grande, ella exclamó:

–No, Halmar, por favor. Ni se te ocurra. Nunca voy a querer acompañarte cuando tengas que venir a Londres. No me atrevería a moverme entre gente famosa y brillante. Y seguro que todos tus amigos son famosos y brillantes. No sabría qué decirles. Así que déjame allí con mis guantes de jardinería y mi despensa, y seré más

feliz que una perdiz. Mira, soy ama de casa de corazón, aunque hasta ahora lo haya sido a escala modestísima. Soy de esas mujeres que disfrutan revisando el armario de la ropa blanca y contando tarros de mermelada casera. Y, como a ti te gusta el vino, haré un esfuerzo y aprenderé a hacer vino de diente de león, de prímula y… ¡de saúco! –Se interrumpió y soltó una risita alegre al ver la cara de espanto de sir Halmar–. ¿Qué pasa? –le preguntó, en tono de broma.

–¿A eso lo llamas vino?

–Como tantos miles de personas. En tiempos de la buena reina Isabel[104], las mujeres se lo daban a beber a sus héroes cuando volvían de las hazañas en el Caribe.

–En aquellos tiempos sencillos, los héroes no conocían otra cosa. Ahora tendrían algo que decir.

–Mi querido sir Halmar –replicó ella, con un destello en los ojos.

Él le selló los labios con un beso. «Que le sirva de escarmiento. ¡Con "sir Halmar" a mí!»

Pero Lorna, en cuanto tuvo los labios libres, repitió, confiriendo al título ceremoniosa solemnidad:

–Sir Halmar…

–¿Lady Fair?

Estaba encantado de haber encontrado una réplica. Al cabo de otro breve interludio de bromas, dio con una mejor: «lady Wimple»[105]. Ahora, cuando ella lo llamase «sir Halmar», con sus resonancias de vikingos, mares del norte y guerreros con yelmo alado, él podría contraatacar llamándola «lady Wimple» y pidiéndole que le trajese ponches medicinales, cordiales y barrilitos de vino de saúco. Nunca había conocido a nadie con un torrente tan

embriagador de conversación, que armonizaba a la perfección con el suyo y lo estimulaba a nuevas piruetas verbales. Era perfecta.

Sin embargo, en medio de aquel derroche de ingenio, sir Halmar reparó en que el asunto de la niña había quedado en el aire.

–Vamos, querida, no tengas miedo. Cuéntamelo. Te aseguro que estoy preparado para las pequeñas cargas de la padrastría. Yo he tenido dos hijas, pero, gracias a Dios, ya son mayores, están casadas y viven lejos. Aunque las echo de menos, claro –se apresuró a añadir.

Pero la verdad era que sus hijas le habían costado una fortuna y no siempre habían sido consideradas. Una de ellas le había mentido, incluso, y la otra lo había llamado «carcamal» hacía solo siete años.

¡Carcamal! Él, sir Halmar Barnard, que apenas pasaba de los sesenta, pilar de Tarmouth, a quien todo el mundo consultaba y cuyo consejo desinteresado se escuchaba con la más profunda deferencia: «Usted tendría que haber sido abogado, sir Halmar». Venerado por los pobres, investido caballero por el rey. ¡Carcamal, nada menos! Ya sentía una oleada de ternura por la hija de Lorna, que, con una madre así, sería sin duda modesta, respetuosa y cariñosa, y lo cautivaría con sus graciosos modales, a pesar de la misteriosa advertencia que la acompañaba: «Algo que no te va a gustar».

–Se dedica al teatro.

Lorna lo soltó del tirón, sin respirar, y alzó la mirada con temor para ver cómo había encajado el golpe su prometido.

Halmar se echó hacia atrás en la silla y prorrumpió en una carcajada tan estruendosa que algunos comensales se volvieron, sorprendidos, hacia su discreto rincón.

–Eres la lady Wimple más encantadora y anticuada que haya vivido en un zapato[106] –exclamó–. ¿De verdad pensabas que hoy en día, en 1936, un hombre razonable podría escandalizarse de que alguien se dedicara al teatro?

–Quizá sea un poco anticuada –reconoció Lorna–. Nunca me ha acabado de gustar la idea, pero Molly demostró tanto talento desde muy pequeña que tuve que ceder. Me acuerdo de cuando iba a hacer de Fondón en *El sueño de una noche de verano…*

Le contó, riéndose un poco de sí misma, cómo se había empeñado en ahorrar haciendo una cabeza de burro casera, y el desastre que había sido; tanto que al final el colegio tuvo que encargar una a Clarkson's[107].

–¿Fondón? Qué papel más raro para una niña. Claro que yo me la imaginaba todavía pequeña.

–Es usted muy amable, sir Halmar.

–En absoluto, lady Wimple –dijo, y levantó la copa hacia Lorna con gesto cortés.

–Molly tiene diecisiete años. Es un genio de la comedia. Fue a la escuela infantil de arte dramático de la señorita Rolandi y le dieron su primer papel en el West End, el gato de *Dick Whittington*, antes de cumplir los dieciséis. Nunca se le han dado bien los papeles serios. A mí me habría gustado verla de Titania, o de Alice Fitzwarren, o de Tessa en *La ninfa constante*. Pero Molly, bendita sea, prefiere hacer el payaso. He visto al público retorcerse de risa con sus actuaciones. A lo mejor acaba siendo una nueva Gracie Fields[108]. Quién sabe.

–¿Es graciosa en casa?

Lorna negó con la cabeza y los ópalos volvieron a balancearse.

–No muy a menudo. Es una niña más bien pensativa, pero muy sensata. Una de sus profesoras dijo que le recordaba a Alicia en *A través del espejo*, precisamente porque Alicia siempre conservaba la calma, ¿verdad?, incluso cuando se hacía cada vez más pequeña o más grande, lo cual a mí me habría preocupado muchísimo… –Ahora que había roto el hielo, Lorna parloteó sin cesar sobre Molly, y nadie que la oyese habría puesto en duda el gran amor que sentía por su corderita predilecta–. Es una cursilería llamarla así, supongo, pero ¿qué habría sido de mí sin Molly en estos largos años de soledad?…

–Ya han terminado –le aseguró él.

–Ya han terminado –murmuró ella, con una sonrisa trémula.

Halmar pensó que, incluso en los dos días que llevaban prometidos, la personalidad de Lorna había experimentado una especie de transformación. En su primer encuentro –y seguramente ninguna pareja se había conocido en circunstancias más extrañas–, le había parecido vagamente exótica, estimulante, como si le corriese por las venas un hilo caliente de sangre gitana; una hechicera a su pesar. Pero ahora el elemento foráneo se había extinguido, ¿o acaso se lo había imaginado? Parecía más hogareña, más doméstica; el tipo de mujer que encendería un fuego pero nunca causaría un incendio; evocaba hoyuelos y cofias, madreselva en el porche y la tetera en el fogón; y también misa los domingos, en una iglesia anglicana. Ahora que iba a ser lady Barnard, sir Halmar se alegraba de este cambio. Su voz era menos ronca, más confiada; y, en cuanto a la impresión que le había causado la primera vez que entró en el despacho, la de un atardecer en fuga enredado entre árboles mecidos por el viento… ¡Bobadas! ¡Imaginaciones suyas! Pero si algunas de sus ideas eran de una

candidez casi angelical. Ya ni siquiera estaba seguro de que unos pendientes de ópalo fuesen apropiados para ella. Se puso a pensar en otras piedras semipreciosas con las que reemplazarlos más adelante: amatistas, ¿qué tal unas amatistas? Nada de supercherías con las amatistas.

–Háblame más de mi hijastra. ¿Es guapa? ¿Qué le digo cuando la vea?

–De pequeña no lo era, aunque tenía una carita muy mona. Pero ahora todo el mundo dice que es una belleza. Y la verás muy pronto; ha estado de gira y vuelve mañana; por eso tenía que contártelo.

–¡Ajá! –exclamó su prometido–. Así que has confesado a la fuerza.

–Me temo que sí.

Ahí están, pensó sir Halmar, la intuición no me ha fallado: tiene hoyuelos, hoyuelos muy sutiles, no de esos que saltan a la vista. Qué joya de mujer. Qué ganas de presentarla a mis amigos y familiares de Tarmouth y alrededores.

–¿Sabe lo nuestro?

A estas alturas ya le habían servido el brandy y le habían encendido el puro. Acercó la silla y le cogió la mano.

–¡Halmar! Nos mira el camarero.

–Pues que disfrute.

–No, aún no lo sabe. Tendré que decírselo, ¿verdad? Es absurdo, Halmar, pero me da un poco de vergüenza.

–Eso te honra. ¿Quería mucho a su padre?

–Qué va; apenas se acuerda de él.

–Entonces no creo que tengamos dificultades. Dices que es una chica sensata. A mí me gustan mucho los jóvenes. Es natural que al principio la perspectiva de tener un padrastro no le entusiasme;

Hamlet no siempre es un muchacho, ya sabes. Pero la colmaré de atenciones, y seguro que le alegrará saber que por fin alguien va a cuidar de su madre.

–Halmar, hay una cosa más: siempre me las he ingeniado para ocultarle a Molly lo de la pobre señorita Gardiner y sus tretas, ¿sabes? Le tenía cariño a su institutriz, aunque nada exagerado. Creo que los niños de ahora sienten de forma instintiva cierto desdén por las personas necias y sentimentales. Es probable que la pobre Gardie la abrumara un poco con tantos mimos y tantas lágrimas y con los regalitos que le hacía, siempre a destiempo y sin mucho tino.

–¿Qué le vas a decir, entonces? ¿Que se ha ido a Sudáfrica por salud?

–Algo así –respondió Lorna, con vaguedad–. Que llevaba una temporada tosiendo mucho, lo cual es verdad, y le tenía pavor al invierno, y apareció un tío suyo dispuesto a pagarle el pasaje a Sudáfrica, así que la despaché sin más discusión.

–Es curioso lo cerca que puede estar uno de la verdad –observó Halmar, con tono sentencioso–. Porque un tío sí que apareció, ¿no? Si me permites considerarme tío de la pobre Gardie…

–¡Cuánto me alegra que la llames así! –exclamó Lorna–. Demuestra que se te ha ablandado el corazón y que la has perdonado. Al principio eras un poco duro al hablar de ella.

–No me extraña. Durante años te puso en una situación en extremo comprometida y humillante. Ahora que se ha ido para siempre, puedo permitirme ser indulgente. Pobre señorita Gardiner.

–Pobre señorita Gardiner –repitió Lorna–. Entonces ni siquiera hace falta hablar de ella delante de Molly. Soy mala actriz, y me

costaría… ¿cómo se dice?… hacer el paripé.

–No tienes que hacer ningún paripé. Gardie carece de importancia, salvo porque nos unió. Solo por eso se lo perdono todo. ¿Cómo le diremos a tu hija que nos conocimos?

Lorna jugueteaba con los suaves pliegues del fular mientras lo pensaba.

–En verdad, creo que ni lo preguntará. Molly no es curiosa. Acepta las cosas como vienen, con esa actitud pensativa que tiene. Si surge el tema, lo más sencillo siempre es lo mejor: le diré que tuve un pequeño problema legal y recurrí a ti para resolverlo, y que fuiste muy amable y me ayudaste.

–Tráela a cenar mañana –le ordenó Halmar–. Tengo ganas de conocer a esa damita pensativa. Es una de tus deliciosas expresiones decimonónicas; siempre llamaré a mi hijastra «la damita pensativa». ¿Tiene comprometido el corazón?

–Sí.

–¿Qué ocurre, querida? Te has estremecido.

–Alguien ha pisado mi tumba[109]. ¿De qué estábamos hablando?

–Del pretendiente de Molly. ¿Te cae bien? ¿Lo invitamos a cenar también, o no vive en Londres?

–Vive en América. Pero no, no hablemos de él… No me cae bien. Espero que no prospere la cosa. No, no, no espero eso. Ha sido una mezquindad decirlo; sé que cuidaría de Molly. Lo que quiero es que ella sea feliz. Es solo una sensación mía, o quizá sea vanidad. No le caigo bien.

–Querida, me niego a creer que exista un joven con tan poco criterio. Espera a que te conozca como te conozco yo. No puede haberte tratado mucho, si vive en América.

–Solo nos hemos visto una vez. Halmar, ¿qué es esa bebida verde tan bonita que están llevando a aquella mesa en un vasito?

–¿Eso? Es *crème de menthe*, la delicia de las damas. ¿Te la pido?

Lorna dijo que no. Luego que sí. Preguntó si podría dejársela si era muy amarga. Titubeó. La probó. Exclamó, sorprendida, que no era amarga en absoluto, sino dulce, solo que le quemaba la garganta. Le rogó a Halmar que se bebiera lo que quedaba, para no desperdiciarlo. Fingió ofenderse cuando se negó. Le ordenó en broma que se la terminara. Dio otro sorbo y reconoció que no estaba tan mal. Halmar prometió comprar una provisión para su uso y disfrute en Beechcroft Manor. Lorna lo reprendió por mandón y le dijo que no iba a consentirlo…

Y así continuaron hasta que él le dio las buenas noches en la puerta del número 31 de Netherby Park Road.

VI



Shirley estaba sola en su estudio, intentando escribir, pero solo conseguía trazar dibujos muy intrincados en los márgenes de las cuartillas: arabescos bonitos y redondeados que se enroscaban y desenroscaban unos dentro de otros, libres de las ataduras de la vida y sus abruptas y angulosas circunstancias. Sus reflexiones, entrelazándose y superponiéndose, iban y venían entre Alec, Grace, Molly, Marcus, Neil, Jay, Lorna y ella misma, junto con un sinfín de irrelevancias secundarias. La muerte de Alec le había hecho comprender que su forma de reaccionar a un desengaño amoroso no había sido mucho mejor que la de él, con la salvedad de que Shirley había hablado menos del asunto. Cierto era que, a lo largo de los más de veinte años transcurridos desde que perdió a Marcus, podía decirse que había tenido una carrera razonablemente activa y brillante, pero, por más que rebuscase en su alma y su conciencia, no encontraba gran cosa que la redimiera. Alexander, al menos, tenía la disculpa de haber seguido creyendo que Sylvia era perfecta y que, por lo tanto, le habían arrebatado la perfección, lo cual era, ciertamente, un motivo legítimo de tribulación. «Muchas son las causas por las que los hombres mueren.» –Los versos le venían a la cabeza siempre que pensaba en Alec–. «Muchas son las causas por las que los hombres mueren y se convierten en pasto de los

gusanos, pero el amor no es una de ellas.» Aunque Rosalinda[110], claro, no lo sabía todo. «Pensar que desaproveché mis ganas de vivir por un hombre que les pone a todos sus hijos nombres que empiezan por G. Y con el mundo como está ahora.»

Después de eso, se puso a trabajar, ofreciéndose para cualquier tarea urgente y oportuna; intentando, si ya era tarde para cambiar el temperamento de perezosa amargura que se había vuelto tan natural en ella como una segunda piel, no dejar al menos que le dictase lo que merecía la pena hacer y lo que no. Se había declarado escéptica en materia de comités, expertos y «cauces oficiales», pero ahora descubrió que las personas que creaban estructuras para lidiar con el caos conseguían más de lo que podía despacharse con un encogimiento de hombros. Shirley siempre había sido un espíritu libre; tolerante, demasiado lacónica o demasiado impulsiva; con principios y convicciones debilitados por su tendencia a la ironía y por una valoración demasiado categórica de sí misma como individuo sin valor real, dotado tan solo de opiniones ingeniosas y afectos erráticos. Había discutido una vez con Alexander a propósito de esto. El capitán se escandalizó hasta la médula cuando Shirley le confesó que se había acostado con algunos hombres por indolente amabilidad, o –subestimando el impulso, como era característico en ella– solo por complacer; una actitud de «total, qué más da»; el matrimonio, sostenía Shirley, exigía pasión viva: el mismo fuego que la mayoría de los hombres y de las mujeres consideran esencial solo para sus aventuras. Pero Alexander, obsesionado como estaba, le reprochó a Shirley su laxitud moral y, no obstante, se aprovechó una vez de su amabilidad… para luego añadir la infidelidad como posdata a su saga de remordimientos por Sylvia, maldiciéndose por el desliz.

Como si tuviera alguna importancia, había pensado Shirley, al ver con ironía cómo el capitán, haciendo caso omiso de su presencia y, desde luego, de sus sentimientos, interpretaba los dos papeles de un diálogo compuesto por los supuestos reproches de Sylvia y sus propias justificaciones, un ejercicio de lo más reconfortante. Una de las cosas más asombrosas de la maravillosa naturaleza humana, pensó Shirley, era la capacidad que tenían los hombres de ignorar lo que ella sentía. No creía que a todas las mujeres les ocurriera lo mismo; más bien que alguna maldita cualidad provocadora y desafiante que tenía ella, de la que no era consciente y de la que con gusto se habría desprendido, lo propiciaba.

Pero ahora Alexander había muerto de amor. Y Neil, que tendría que haberlo vengado, había dado la justificación definitiva a la ironía de Shirley enamorándose perdidamente de la hija de la mujer responsable de todo.

Poco después de su primera visita a Netherby Park Road, Neil había traído a Molly para que la conociera.

–No te pido que hagas un esfuerzo por que te caiga bien, Shirley, ni ninguna tontería por el estilo. No tendrás que hacer ningún esfuerzo. Molly está a la altura de cualquiera, tenga la edad que tenga.

–Tranquilízate –le aconsejó Shirley–. Esto no es el zoo en medio de una tormenta. No pienso tratar a Molly con condescendencia, si es lo que te preocupa, solo porque llevo casi un cuarto de siglo más haciendo el ridículo.

–No. Pero como su madre es Lorna…

–¿Por eso me miras así? Hombre, si Dios puede hacer un arcoíris, también puede darle a Lorna una hija honrada. Aunque es curioso

que haya querido.

–A otras chicas de su edad –dijo Neil– se les nota el esfuerzo por ser honradas; pero la de Molly es una honradez natural, como una cascada.

La de Shirley y Molly era una de esas amistades gratificantes que a veces surgen cuando la diferencia de edad es tan grande como la que media entre una muchacha de dieciocho años y una mujer de cuarenta y uno. Shirley no podía evitar sentirse delicadamente halagada de que Molly hubiera mostrado una preferencia instantánea por su compañía frente a la de cualquier otra chica de su edad; más halagada que si Molly hubiera sido una niña, porque recordaba que a los niños a menudo se les priva de la libertad para explorar y elegir y se conforman con lo que tienen más cerca, sin discriminar. Y además los niños buscan con frecuencia, aunque los adultos rara vez lo reconozcan, ventajas materiales. Pero Molly se convirtió, sin más, en amiga de Shirley; hablaba con naturalidad de sus pensamientos y sus asuntos y nunca preguntaba por los de Shirley, no por egoísmo, sino porque la timidez propia de la juventud la llevaba a dar por sentado que Shirley no iba a honrarla con tan alta distinción; y, además, a los cuarenta y uno, si eras Shirley, eras tan sabia, tan experimentada, tan fuerte y tan desdeñosa que podías gobernar tu vida sin necesidad de hacer confidencias.

Shirley y Neil, tras deliberarlo, habían decidido tratar el asunto de Lorna y sus visitas, en lo que a su hija concernía, como motivo permanente de broma. Les pareció la mejor estrategia para no forzar las lealtades de la muchacha. Los dos sabían que no soportaba la compasión; Molly era consciente de que estaba ahí, disponible si le hacía falta. Y que ninguno de los tres hablase nunca de Lorna habría

sido una fuente inagotable de incomodidad: silencios repentinos, cosas dichas a medias y retiradas al instante. No, la broma era la mejor opción, y Molly la aceptó y la secundó con tal rapidez y gratitud que resultaba evidente que habían elegido lo mismo que habría elegido ella. Shirley creía que, con Neil como su amor y ella como amiga, Molly era todo lo feliz que podía ser después de la catástrofe que se había abatido sobre su hermana. Habían pasado apenas tres semanas desde el juicio y la sentencia de Jay. Neil le había llevado la mala noticia en persona a Edimburgo, y Shirley había recibido una carta desgarradora de Molly que, sin que la muchacha fuera consciente, revelaba cuán riguroso había sido su desvelo en la infancia, pues no expresaba sorpresa alguna. Neil le confirmó que no se había sorprendido. Cuando Jay se marchó a Southampton, Molly había albergado la ferviente esperanza de que encontrase allí refugio durante un tiempo, y esa esperanza se había visto truncada, pero el golpe había sido leve en comparación con el ciclo recurrente de sus temores.

Molly llegaba ese día a Londres después de una gira de tres meses. Shirley la esperaba a cenar, pero había recibido una llamada de última hora: «Cariño, no puedo ir. Qué fastidio. Tengo que ir a cenar con un viejo amigo pomposo de mamá. Pero intentaré escaparme y pasarme después».

De pronto vio a Molly doblar la esquina. Iba casi a la carrera, con la capa de terciopelo verde oliva abierta por el viento y un vaporoso vestido de noche con estampado de campanillas blancas sobre un fondo verde claro. Bajo el brazo llevaba un melón enorme medio salido del envoltorio. El melón parecía que quería escaparse, pero

Molly no le daba cuartel. Ya estaba justo debajo del balcón de Shirley.

–¡Molly!

Levantó la cabeza. Tenía las mejillas encendidas, fuego en los ojos; su serenidad habitual había dado paso a una tormenta.

–¡Subo! –gritó–. ¡Ay, Shirley, cariño!…

Se le cayó el pesado bulto, lo recogió con gesto de impaciencia y, como si acarrease el globo terráqueo y estuviera deseando soltarlo, desapareció bajo la cornisa del balcón hacia la entrada del edificio.

Shirley sonrió. «Criatura…» Pero estaba inquieta. ¿Qué habría pasado para alterarla así? No podía ser lo de Jay; Molly lo sabía desde hacía tres semanas, y era una pena con la que cargaba de continuo. Ahora, en cambio, había venido por la calle como quien va a la guerra, acompañada por una rabia y una traición repentinas. Sonó el timbre y Molly irrumpió en la casa.

Dios mío, pensó Shirley, sea lo que sea, es grave.

–Toma, cariño, esto es para ti. Cógelo, anda. Esta vez me he ido de casa para siempre. Se ha armado una de las gordas. ¿Puedo quedarme contigo un tiempo? Mamá va a volver a casarse, pero no es por eso.

Se sentó en la alfombra, pero se levantó enseguida, probó otra silla, probó el brazo del sillón de Shirley; se paseó de un lado a otro como Napoleón a bordo del Bellerophon, dijo Shirley, o como un coronel enfurecido con el hígado destrozado por los años de servicio en Oriente.

–Si no me quieres aquí… –empezó a decir Molly, con la seguridad de que sí la quería.

–Si no te quiero aquí, recogerás tus bártulos y buscarás otro hogar para criaturas desamparadas antes de que yo pueda decir «melón». ¿Este es el único equipaje que traes, por cierto?

–No es equipaje, es un regalo. Tampoco sé muy bien por qué lo he traído, la verdad, solo que lo vi ayer en un puesto callejero, antes de que empezara a parecerme descomunal y ridículo, y pensé: «Se lo llevaré a Shirley», porque sé que te gustan. La idea era parar con el taxi de camino a casa desde Euston, dejárselo al portero con una sonrisa y decirle: «Déselo a la señorita Dennison, por favor. Es escocés». Pero mamá lo ha estropeado todo presentándose en la estación con un coche del tamaño de un salón señorial, tapizado en ante gris perla. El coche de ese hombre. He cenado con ellos. Él… la llama «lady Wimple».

A Molly le dio un ataque de risa mezclada con sollozos.

–Para el carro –intervino Shirley–. No podemos asimilar tantas cosas a la vez. ¿Has dicho «lady Wimple»? ¿Acaso es un sir de apellido Wimple?

–Es sir Halmar Barnard. Lo de «lady Wimple» es una bromita entre ellos, para decirse cosas como: «con vuestro permiso, sir Halmar»; «a vuestros pies, lady Wimple».

–Sir Halmar Barnard. Suena muy respetable. Lady Barnard. –Había en la voz de Shirley un asombro reverencial que quien no conociese la peculiaridad de la situación habría atribuido a la envidia especulativa de una mujer sin marido ante una coetánea que acababa de conseguir la promesa de un segundo–. Caray, Molly, ¿cómo lo hace Lorna? ¿Quieres dejar de servirte copas y dejarlas por todos los rincones? Cógete una sola y acábatela. Tienes muy mala

cara. ¿No estará mi niña disgustada porque le endosen un padrastro?

–Claro que no. ¿Por quién me tomas? Llevo toda la vida intentando que mamá siente la cabeza. Pero, Shirley… –La muchacha volvió a levantarse de un salto, con fuego en los ojos–. Es por Jay. Ha renegado de Jay. Tres veces, que yo sepa. Solo porque está en la cárcel. –Pronunció las terribles palabras con la misma calma que si hubiera dicho «porque Jay está en el campo»–. Le ha dicho a ese hombre que solo tiene una hija: «Mi niña, mi Molly». Shirley, ¿no se te revuelve el estómago? ¿Puede haber mayor cobardía? Viniendo de una madre, quiero decir.

–Es muy feo –dijo Shirley, afrontando los hechos junto a Molly sin intentar suavizarlos.

La hija pequeña de Lorna siguió despotricando:

–Me ha dicho que lo hacía por Jay, para salvar su orgullo: «Jay lo preferiría así». –Molly hizo trizas esta excusa como si fuera la más ligera de las gasas–. Aunque fuera verdad, que no lo es, el orgullo de Jay no tiene nada que ver; sería solo una capa superficial que la haría querer esconderse y ocultar su nombre a un desconocido que entra en la familia. En el fondo, Jay querría que mamá diera la cara y dijera: «Antes de seguir adelante, has de saber que tengo dos hijas, y una de ellas, la mayor, la más guapa, la más encantadora, la más dulce, se ha metido en un lío. Seguramente por culpa mía, pero, en cualquier caso, si me quieres, ella forma parte del lote, lío incluido». –Hizo una pausa antes de continuar atropelladamente–: Mamá ha tenido que decírmelo en el coche, de camino a casa. Iba a llevarme a cenar con él en cuanto me cambiase, y yo podría haber soltado cualquier cosa si no me hubiera advertido. No parecía darse

cuenta de que había algo que yo no iba a tolerar: que renegase de Jay. –Se le endureció el gesto como a un centinela romano al que le proponen con frivolidad que abandone su puesto–. Le he dicho que iría a la cena, pero que ahí terminaría mi colaboración; y eso he hecho. Se acabó. Por eso –prosiguió, volviendo a cuestiones prácticas– me he llevado el melón a su casa, para poder venir directamente después de cenar. No pienso volver a dormir en casa de mi madre.

Shirley comprendió la profundidad de la herida en la lealtad de Molly por el modo en que se abandonó a frases exaltadas y a decisiones drásticas. La serenidad y el aplomo de Molly eran por lo general tan sólidos que Shirley y Neil reconocían sentirse inmaduros y melodramáticos a su lado y se avergonzaban de su temperamento descontrolado y sus afirmaciones exageradas.

–Molly, va a ser un placer tenerte aquí; no hay mal que por bien no venga. ¿Has traído tus cosas?

–No, Susan puede mandarme mañana hasta el último trapo.

La primera oleada de indignación de Molly empezaba a remitir, pero el desprecio por la traición de Lorna seguía intacto, y su determinación, inexorable. Shirley sabía que, si Lorna le había dicho a sir Halmar que solo tenía una hija, ahora, con toda certeza, ya no tenía ninguna; y se preguntó si la propia Lorna sería consciente. Seguramente no; de lo contrario, quizá se habría arriesgado a decirle la verdad a su prometido; quizá habría preferido poner en peligro la protección, la riqueza, un hogar, un título y el amor de un buen hombre –todo aquello de lo que, milagrosamente, había conseguido rodearse–, antes que perder a Molly. Su primer error a gran escala. El instinto de Lorna, que tantos años la había guiado entre

precipicios, debía de haberse debilitado sin remedio. Habría sabido que había perdido a Molly si la hubiera oído decir hace un momento: «Había algo que yo no iba a tolerar: que renegase de Jay».

¿Merecía la pena perder a Molly y a Jay por un marido rico y enamorado?

–¿Cómo es?

–¿Sir Halmar? –La voz de Molly era seria, pero un destello travieso asomó en sus ojos–. Bueno, tiene más de sesenta años y es muchísimo más guapo que Neil, por ejemplo. Pero estaría aún más guapo con un ala a cada lado del yelmo. Un apuesto vikingo dorado, de los que se lanzaban al agua, que les llegaba por la cintura, y arrastraban los barcos hasta la arena reluciente gritando «¡Skaal!». De hecho, «¡Skaal!» es lo que ha dicho cuando me ha invitado a brindar por él y por mamá. Creo que está encantado de ser nórdico, aunque su familia lleva siglos asentada en Inglaterra. Se ha interesado mucho por mi profesión, y me ha contado anécdotas divertidas sobre actrices escandinavas y actores franceses que hacían temporada en el Her Majesty's: «Aunque supongo que le sonará raro el pronombre, ¡ja, ja!»[111]. Y de vez en cuando miraba a mamá con esa complicidad que tienen los matrimonios.

–Sé a qué te refieres –observó Shirley con sarcasmo–. No hace falta que me lo expliques. Es divertidísimo para nosotras, ¿verdad?

–A mí me da igual –dijo Molly, riéndose. Era una risa limpia y sin rastro de ironía, de modo que Shirley recordó, como le tocaba hacer de vez en cuando, que llevaba más de veinte años en el lado equivocado de la experiencia, y que la joven Molly todavía estaba, por suerte para ella, en la otra orilla, muy lejos–. Me da igual, pero aun así no podría vivir con ellos. Me ha parecido inútil hacer buenas

migas, así que he estado bastante fría y distante, y he jugueteado con la suculenta comida que me había preparado, haciendo grandes aspavientos con el cuchillo y el tenedor, como cuando nos toca representar comedias de salón a la antigua usanza.

–¿Qué habéis cenado? No me ahorres ni un solo detalle macabro.

–Pudin de chocolate y gaseosa de jengibre.

–¡Mentirosa!

–Bueno, vale, langosta, urogallo y una *bombe glacée* maravillosa, ¡que para sir Halmar viene a ser lo mismo! «Vamos a agasajar a la niña con una cena por todo lo alto.» Y, además, hemos tomado el vino más delicioso que he probado en mi vida –añadió, sin sospechar que con esto había caído, pese a todo, en la trampa que le había tendido su futuro padrastro, pues el vino dulce, dorado y con cuerpo que le había servido en el banquete de bienvenida era de los que un paladar adulto no habría tocado hasta el postre–. Se ha pasado toda la cena bromeando sobre el teatro y mi «futuro» y esto y lo otro. Mamá apenas ha intervenido; estaba muy disgustada, aunque lo disimulaba bastante bien, porque, claro, yo le había cantado las cuarenta antes de llegar a casa de sir Halmar.

–Pero ¿no acabas de decir que estaban la mar de divertidos lanzándose miradas cómplices?

–No, no. Él la buscaba con la mirada, que no es lo mismo, y se imaginaba que por parte de ella todo iba bien. Me he puesto morada con la *bombe*, eso sí, pese a que me había propuesto que se me atragantase la comida. Es curioso que no se te atragante cuando está tan buena. A estas alturas, sir Halmar ya estaba planificando mis vacaciones con ellos: «Me temo que no habrá vacaciones», le he dicho, muy digna, y él ha ladeado la magnífica cabeza rubia (no se

les notan las canas cuando son tan rubios) y ha dicho: «Pero ¡incluso la Bernhardt y Ellen Terry tenían que descansar de vez en cuando!». Y que cuando fuese a Beechcroft Manor habría un poni para mí…

–No, Molly, me estás poniendo a prueba. Compórtate.

–He sido odiosa –reconoció Molly, con pesar–. No he podido evitarlo. Él se estaba esforzando al máximo por ser amable, y yo no podía permitir que siguiera. He dicho: «Lo siento, señor», no sé por qué demonios lo he llamado «señor», como un colegial mugriento, «lo siento, señor», he dicho, «pero, cuando usted y mamá se casen, me voy a independizar. Tengo mis propios medios». No era algo que se pudiera decir con buenos modales, así que ni siquiera lo he intentado, y me ha salido aún más brusco y hosco de lo que pretendía, y la bonita velada se ha ido al garete. «Puede retirarse, Webster», y el mayordomo se ha esfumado como Jeeves[112]; nunca había acabado de entender eso de que los mayordomos se «esfuman» hasta que he visto a Webster hacerlo. Y entonces sir Halmar le ha dicho a mamá, con mucha ternura… Va a ser bueno con ella, Shirley, porque es un hombre como Dios manda… Le ha dicho: «Querida, no te tomes al pie de la letra lo que dice nuestra damita pensativa. Déjanos solos y estoy convencido de que llegaremos a un entendimiento». Shirley, ¿no es una expresión curiosísima, «llegar a un entendimiento»? Llegar en un coche de caballos con lacayo, a un trote ceremonioso y pausado. Si no te entiendes con alguien de entrada, ¿cómo puedes «llegar» a un entendimiento? La damita pensativa se sentía como una bestia, pero una bestia implacable, porque, aparte de la cuestión moral –argumentó Molly acaloradamente–, mamá ha sido una necia al no

dar la cara por Jay. Estoy segura de que él lo habría aceptado. Se habría escandalizado hasta los tuétanos, por supuesto, pero para eso están los tuétanos. Y le habría dado a Jay una oportunidad cuando saliese. Pero no podía inmiscuirme en los planes de mi madre, por muy mezquinos y vergonzosos que fueran. Sinceramente, Shirley, ¿no te parece que el instinto de supervivencia es vergonzoso?

–Sinceramente, Molly, sí.

Guardaron silencio varios minutos. El pensamiento de Molly voló a través de los años. Se alegró tanto, tantísimo, cuando Jay se fue de la casa de su madre. Pensó: «Ahora Jay está fuera de peligro; estará a salvo, aunque venga la policía»; y la policía había venido, como no podía ser de otra manera, la policía cuyos pasos Molly había creído oír tantas veces desde los ocho años, pero habían seguido a Jay y habían dejado que mamá se casara con sir Halmar, que la llevara del brazo al salón, que se sentara allí a esperar por si a su protector y paladín se le ocurría decir algo que pudiera causarle la menor molestia. Y Jay… Jay estaba en la cárcel. El corazón indignado de Molly se hinchó cada vez más hasta sentir que le iba a estallar. Se puso a hablar otra vez muy deprisa, parodiando el final de su relato:

–Ha vuelto con un aire muy moderno y jovial, y antes de lo que yo esperaba, así que me ha pillado picoteando galletas como una loca. Estaba hecha un manojo de nervios, aunque no lo habría estado, claro, si hubiera podido decir la verdad. Era tan absurdo tener que aguantar allí, hosca y obstinada, mientras me soltaba un discurso sincero y muy de nuestro tiempo sobre que sus hijas eran mayores y estaban casadas y ya no lo necesitaban, y por lo tanto la hija de su joven y encantadora esposa, la única hija de su esposa, maldito sea,

maldita sea ella, quiero decir… ¡Malditos sean todos! En verdad era un encanto. Me habría quedado varios meses con ellos la mar de a gusto si mamá no hubiera sido una cobarde con lo de Jay. Imagínate, Shirley, ese hombre tuvo la desfachatez de decirme que mi actitud era anticuada, y que la escuela vienesa había explicado con detalle el complejo del hijastro. Y yo pensé: «Menuda cara se le pondría si supiera lo que me pasa por la cabeza en este momento». No hace falta que me digas, Shirley, que esa no es la forma más noble de sobrellevar un mal rato, consolándose con un «ay, si usted supiera lo que estoy pensando». Me sentía bastante mezquina, y la verdad es que no me hacía ninguna gracia. Ni siquiera es que me estuviera sacrificando por alguien.

–Hoy en día nunca tenemos la oportunidad de hacer un sacrificio limpio y heroico como el de Eric[113]. Es todo un lío tremendo.

–Es todo un lío tremendo –repitió Molly como un eco–. Al final él se ha enfadado conmigo, y no me extraña. Yo también me habría enfadado en su lugar. Ha dicho que era una desagradecida y una maleducada, y que ni siquiera me esforzaba por cooperar, lo cual me hizo sentir como unos grandes almacenes. Y que, por supuesto, no me merecía una madre tan buena. Shirley, ya no estoy segura de que deba casarme con Neil. De todas formas, no podré hasta dentro de unos años, porque es evidente que Jay me necesitará cuando salga –añadió, en un tono que procuró que sonara desenfadado y coloquial–. Necesitará que alguien la cuide un poco, supongo; nunca ha sabido cuidarse sola; va revoloteando de un lado a otro hasta que se da un batacazo horrible. No sé si tendría que haberle dicho a Neil que sí.

Shirley se lo temía. Pero, ahora que estaba sobre la mesa, podía tratarlo. Pelear con Molly era como nadar entre olas cristalinas y gélidas; era joven, al fin y al cabo, e implacable; la espuma te azotaba con fuerza; pero al menos veías por dónde nadabas.

–¿Por qué no ibas a casarte con Neil? Es una cuestión de lo más sencilla. Por supuesto que tendrás que ocuparte de Jay, esa tontaina imprudente. Nadie va a negar que es cosa tuya, pero por suerte Neil no va a disputarle a Jay tus atenciones; no necesita que lo cuiden; no es de esos hombres que son como niños y corren a enseñarle las rodillas raspadas a su madre, o a su mujer si no tienen madre. Neil tiene muchos defectos, pero es un adulto. Tú puedes encargarte de Jay, y él puede encargarse de ti.

–Ya lo sé. –Por la ventana abierta, Molly miraba con aire soñador la luna, un cuenco dorado suspendido entre la tierra y un cielo de terciopelo negro–. Ya lo sé. Y no tiene muchos defectos, Shirley. Uno o dos, como mucho.

–Podrías encontrar tres si te empeñaras –contestó Shirley con sequedad–. Pero en lo que a ti respecta, Molly, y te lo digo con la cabeza, no con el corazón, Neil tiene una gran ventaja: lo sabe todo, de la A a la Z. No tienes que explicar ni disimular nada. –«Algo que, por otra parte, nunca harías», añadió Shirley para sus adentros.

–¿Te refieres a lo de mamá, o a lo de Jay?

–A las dos cosas. Así que ¿por qué no ibas a casarte con él, digamos, dentro de un par de años, en cuanto Jay vuelva a casa? Yo me ocuparé de ella durante la luna de miel. Seguro que no me aburriré. Y después… Bueno, Neil no se pondrá sentimental, pero será un buen marido; de eso puedes estar segura. Y servicial, que es más de lo que se puede decir de la mayoría de los hombres.

–Por supuesto –replicó Molly con vehemencia–. Y claro que puedo confiar en él. Pero, oye, Shirley, ¿debería tener hijos? No soportaría casarme con Neil y no tenerlos.

–Conocí a Neil cuando era un niño insoportable; si vuestros hijos se le parecen en algo, tienes mis más sentidas condolencias. Pero aun así…

–No estoy hablando de eso, Shirley, y lo sabes. Te estás haciendo la tonta, como sir Halmar no paraba de decirme esta noche. Digo que, si Jay ha salido a mamá, y ahora sabemos que en eso sí que se le parece…

–Entonces tus hijos se parecerán a ti. O, en el peor de los casos, a Neil. Es una perspectiva de lo más halagüeña. No te agobies.

–¿Me estaba agobiando? –exclamó Molly, horrorizada de verdad–. Detesto a la gente que se agobia. Pero, Shirley, me acuerdo de una cosa…

–¿De qué, cariño?

–Mamá dijo una vez, al principio de una de sus temporadas tranquilas en casa, que sería muy bonito cuando una de nosotras se casara y tuviera hijos, porque así ella los podría querer y jugar con ellos. Shirley, ¡imagínate que un día me pide prestado a uno de mis hijos!

–¿Pedirte prestado? Molly –dijo con brusquedad–, eso es un disparate.

–Una vez íbamos en autobús, mamá, Jay y yo… no, solo mamá y yo, y el autobús se había parado y el cobrador había salido, y se acercó una mujer con un niño pequeño envuelto en un mantón sucio, una mendiga de verdad; se subió al estribo y entró gimoteando y diciendo que era por el pobre angelito y que por amor

de Dios una limosnita, buena señora. Llegó el cobrador, la echó y ella le escupió y lo insultó, y la gente del autobús empezó a decir que era una vergüenza, y que nueve de cada diez veces esos niños se alquilaban para que fuera más fácil sacarles dinero a las almas caritativas. Y yo no veía mucha diferencia con nosotras, la verdad, más allá de que yo era un poco mayor y mamá iba limpia.

Shirley tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar. Algún día Molly se lo agradecería, y Neil también, bien lo sabía Dios, si conseguía arreglar con mano firme todas estas encantadoras herencias que Lorna le había dejado a su hija menor.

–Ten un poco de sentido común. Lo tenías antes de atiborrarte en casa de tu padrastro esta noche y de beberte aquel vino celestial. Para empezar, si Lorna se casa con sir Halmar Barnard, ya no tendrá que ganarse la vida con esa profesión suya tan peculiar; y, para continuar, si, a pesar de ello, se te presentase un día y te dijera: «Préstame al niño esta tarde para pasearlo bajo la lluvia envuelto en un mantón», supongo que tú, o Neil, o los dos, o la niñera, o incluso yo misma si se diera la casualidad de que estáis todos fuera, seríamos perfectamente capaces de decir: «Lo siento, no. Búscate otro».

Molly no pudo evitar reírse.

–Gracias, Shirley, cariño. Gracias de verdad, sin sarcasmo. Me haces sentir que he sido una tonta.

–Lo has sido. Pero es la primera vez.

–Un hijo de Neil…

–Tú sueña, sueña. ¿Seguro que puedes esperar dos años y luego casi otro más?

–A duras penas, pero sí. Es extraño pensar que mis hijos se van a llamar Inglefield por fuerza, cuando durante años creí que era nuestro verdadero apellido, el que no nos permitían utilizar.

–¿Nunca lo preguntaste?

–¿A quién? ¿A mamá? No, qué va. –Molly frunció el ceño–. ¿Te parece raro? Sencillamente dábamos por sentado que nos llamábamos Blake, pero que la historia de los Inglefield era cierta, la que contaba en las visitas cada vez que sacaba aquel certificado de matrimonio. Sonaba mucho más verdadera que las otras. Pero no podíamos preguntárselo; Jay y yo ni siquiera lo hablamos entre nosotras, excepto una o dos veces. Supongo que es raro que no lo hiciéramos, pero, mientras no se hablara, era como si no existiera del todo.

Shirley lo entendía. Habría sido como adentrarse en el horror mismo y tocarlo. Rememorando un incidente en el que no había pensado desde hacía al menos treinta años, dijo:

–De pequeña me mandaron a pasar una temporada con unos parientes ricos; ricos, al menos, en comparación con la vida que llevábamos la tía Lucy y yo en Market St. Dunstan's. La tía Lucy era la enfermera del distrito. Pero aquella familia tenía dos doncellas. La que en teoría cuidaba de mí, Angèle, era francesa. Una noche, cuando yo estaba durmiendo y los mayores habían salido, Angèle entró gritando en mi cuarto, con la cocinera detrás, cubriéndola de insultos. Angèle cerró la puerta, echó el pestillo y se arrodilló junto a mi cama. Se abrazó a mí y me dijo que la cocinera quería matarla: *elle était méchante! C'était une putain*[114]. La cocinera aporreaba la puerta; era una mujercita flaca y encorvada, y no dejaba de gritar, con su vocecita flaca y encorvada, que Angèle había metido a un

hombre en su cuarto: ¡un hombre! ¡Un hombre! Era horrible lo que se gritaban a través de la puerta. Angèle estaba aterrada e histérica. Me dijo que la cocinera estaba loca, y que solo me tenía a mí para protegerla. Casi lo peor de todo fue verla en camisón y bata, con el pelo suelto y la cara blanca como el papel, crispada y desencajada, cuando hasta entonces no había sido más que una doncella respetable con vestido negro y cofia. Ese tipo de metamorfosis deja huella en un niño. De alguna forma, ya no recuerdo cómo, la cosa se calmó, y al día siguiente nadie habría dicho que hubiera pasado nada. Pero, cada noche que pasé en esa casa, me quedé horas y horas despierta en la cama, a oscuras, esperando que la pesadilla se repitiera: los gritos, los pasos apresurados, y Angèle temblando y abalanzándose sobre mi cama.

–No se lo contaste a nadie –dijo Molly como una afirmación, no como una pregunta.

–No, nunca se lo conté a nadie. No podía. Y hace unos años reconocí el mismo mecanismo psicológico en una novela que estaba leyendo: un grupo de niños en un país extranjero; estaban asomados a una ventana abierta, y abajo había una multitud, y nadie los vigilaba, y de pronto su hermano se cayó de la ventana y se mató. Los niños simplemente cerraron filas y no volvieron a hablar de ello. Es ficción, por supuesto, pero así son las cosas; creo que podría haber sido verdad.[115]

–¿Has puesto lo que acabas de contarme en alguno de tus libros? –preguntó Molly–. Lo de Angèle y la cocinera flaca y encorvada aporreando la puerta de tu cuarto.

Shirley sonrió y negó con la cabeza.

–¿No te han dicho, Molly, cielo, que los escritores nunca se ponen a sí mismos en sus libros?

–Ah, ¿no? ¿Tú tampoco? ¿No te encontraré en ninguno? Pues me había parecido reconocerte alguna vez.

–¿Siempre en una mujer muy atractiva? –preguntó Shirley con seriedad.

–Sí. Siempre. ¿Por qué no?

–Otra escritora me dijo una vez que, a medida que te haces mayor, dejas de ponerte como la heroína y te vas deslizando en personajes cada vez más secundarios, hasta que ya ni siquiera eres tú, sino tan solo un personaje que, en algún momento de la historia, refleja tus opiniones. No tiene por qué parecerse a ti en nada; puede tener otra edad, otro aspecto, e incluso ser un hombre. Pero, aun así, en cuanto ese personaje refleja tu forma de pensar, tienes que hacerlo atractivo. Es una especie de vanidad compulsiva.

La chica escuchaba con un respeto asombrado que siempre divertía a Shirley, como quien se siente infinitamente honrada al oír de primera mano «cómo hablan los escritores» y está decidida a mostrarse digna de tal honor, por tedioso y aburrido que resulte. Pero de pronto su expresión cambió, iluminada por una alegría radiante: la calle era tranquila, y había reconocido unos pasos por la ventana abierta.

Shirley se replegó. Sabía que en unos segundos iba a sentirse sola como la muerte. Sabía que era una tontería sentirse así. Esperó. Al poco sonó el timbre y entró Neil con el aire despreocupado de quien espera encontrar solo a una buena amiga de cierta edad. Entonces vio a Molly. Ella cruzó la habitación hacia él, y él avanzó y le cogió las manos. No dijeron nada. Habían ido el uno hacia el otro como

entre las paredes de un pasillo invisible, de forma que ni podían ni habrían querido desviarse ni un centímetro de aquel encuentro espléndido e inevitable.

Shirley pensó: «Esto es lo que los escritores llaman "un gran amor". Y que me aspen si se me ocurre otra expresión mejor –añadió–. Y que me aspen si… ¿Por qué he tenido que presenciar esto?». Porque le tenía cariño al arrogante Neil Inglefield, y más aún a Molly; pero Neil era la viva imagen de Marcus envejecido, y Molly era la joven hija de Lorna.

SÉPTIMA PARTE
Juego de espejos

I



La señora Dingle estaba sentada en el discreto sitio de siempre, un poco más allá de la mitad de la larga mesa del comité, y observaba a la presidenta con devoción, pensando: «Qué bien lo hace». Incluso a la honorable señora Parker se le había oído decir que lady Barnard era una gran adquisición, y eso, pensaba Mary Dingle, era todo un cumplido viniendo de la honorable señora Parker, dueña de la preciosa casa antigua en la que celebraban la reunión. Bastaba con mirarla en ese momento: con qué delicadeza ejercía su autoridad, sin atosigar a las señoras que no podían o no querían ceñirse al orden del día, sino reconduciéndolas cada vez que se perdían en fascinantes digresiones sobre asuntos locales, recordándoles que, al fin y al cabo, estaban allí esa tarde para ultimar los preparativos de la Feria Isabelina en beneficio de los refugiados alemanes, y que la cuestión de si a la señora Warnford le habían prestado en la biblioteca circulante una novela que la señora Norton había solicitado y le habían denegado hacía dos minutos no venía al caso ni tenía la menor utilidad.

«Muy bien, lady Barnard, muy bien», se dijo la señora Dingle, pues rara vez expresaba sus pensamientos en voz alta en aquella compañía, que era la flor y nata de Tarmouth y alrededores. La señora Dingle habría dado cualquier cosa por tener la personalidad

necesaria para tratar a la gente con el tacto y la destreza de lady Barnard, que lo hacía sin avasallar: esa era la diferencia entre ella y la señora Parker. La señora Dingle se enorgullecía de formar parte del comité; era un privilegio; y quizá algún día lady Barnard la distinguiera con una sonrisa especial y unas palabras de reconocimiento: «Me he dado cuenta, señora Dingle… o quizá Mary, ahora que nos conocemos tan bien. ¿Puedo? Y usted tendrá que llamarme Lorna…».

«Encantada. Lorna le queda muy bien.»

«¿De verdad? –diría lady Barnard, sonriendo–. Pero si solo es un nombre. Dígame, ¿por qué me queda tan bien?»

La señora Dingle, con una parte del cerebro aún medianamente atenta a la discusión que se desarrollaba a su alrededor y la otra, más feliz y recogida, hilando este diálogo con el objeto de su devoción, respondería: «Pues verá, no querría parecer impertinente, pero, aunque usted viste a las mil maravillas y lleva siempre el pelo como si se lo acabasen de ondular, y entra en una sala como si no supiera que todos la están mirando y pensando: "¡Ahí está lady Barnard!", aun así tiene algo romántico, y creo que es eso lo que inspira a la gente y la impulsa a hacer lo que usted le pide: como con los puestos de la Feria, por ejemplo, y lo de decidir a quién asignarle el de la lencería hecha a mano, que es el más atractivo, supongo, y creo que tendría que quedárselo usted. Y me la imagino haciendo cosas aún más grandes y valientes… y no es que no la considere valiente, al contrario; solo hay que ver cómo le ha plantado cara a la señora Parker; ninguna se había atrevido antes a hacerlo. No me sorprende en absoluto que sir Halmar no mueva un dedo sin consultarla. Se lo dijo ayer mismo al arcediano…».

Vaya por Dios, había estallado una de esas discusiones absurdas que rozaban el altercado y que, de no haber sido por lady Barnard y su sutil autoridad, habría acabado como siempre acababan: con una echando pestes, otra llorando a moco tendido, otra dándose por insultada y otra más marchándose con gesto altivo a la que había que ir a apaciguar. La señora Dingle, arrancada de su fantasía y reprochándose la distracción, recompuso como pudo los retazos de aquella discusión en particular y vio que giraba en torno a una engorrosa cuestión formal: había surgido un asunto acuciante que tenía que resolverse cuanto antes, a saber, si en la pequeña sala de conciertos –una de las atracciones de la Feria– debían actuar solo los artistas refugiados, a quienes se quería brindar así la oportunidad de cantar y tocar y conseguir contratos, o si el comité podía invitar también a talentos locales, lo cual, al fin y al cabo, era de suma importancia si se quería atraer el mecenazgo de la gente de la zona además del de los patrocinadores más insignes del programa. La cuestión era urgente porque el pedido a la imprenta tenía que hacerse ese día, pero la vicepresidenta se oponía a que se debatiera, alegando que no figuraba en el orden del día y que, por lo tanto, había que aplazarla a la siguiente reunión.

–Por favor, lady Barnard, intentemos no llevar las reuniones con este desorden.

La señora Dingle contuvo el aliento, a la espera de ver cómo resolvería su ídolo la situación. «Esas pieles oscuras le dan un poco de palidez, pero hace bien en no ponerse colorete; la señora Parker, a su lado, parece una zarrapastrosa. Ojalá no hubiera dejado de escribir para la sección de moda del *Tarmouth Tribune;* así podría contar lo distinguida que está con ese paño color vino y los

pendientes de diamantes. A la señora Fogarty, los pendientes le quedan fatal de día, y no mucho mejor de noche. Ay, qué mala he sido al pensar eso, pero es que la señora Fogarty me caía mucho mejor antes de que llegara lady Barnard. Menos mal, ya lo ha resuelto.» Porque la presidenta no había cortado por lo sano con la cuestión formal, sino que, sonriendo un poco, había ido desenredando con paciencia el nudo; y ahora el debate volvía a discurrir por cauces más amigables, y la señora Dingle pudo recostarse y relajarse.

Le habría gustado saber qué estaba pasando por la cabeza de lady Barnard en ese momento: tenía los ojos entornados y, con la mano enguantada, garabateaba distraídamente en la hoja impoluta de papel secante rosa que tenía delante; la curva del cuello le sugirió la poética figura de un cisne cansado; supuso que lady Barnard estaría pensando en la terrible situación de aquellos pobres refugiados y en las desgarradoras historias que contaban. ¡Qué tragedia! Había estado realmente maravillosa, no solo organizándolo todo, sino ocupándose de los casos individuales. La señora Dingle la había oído ofrecerles su compasión, sin por eso creer, con petulancia, que la compasión bastaba, sino empleándose a fondo con medidas prácticas. Lady Barnard dejó el lápiz, se atusó el pelo con gesto ausente, como si estuviera delante de un espejo pero sin ver lo que hacía. «Se ha olvidado otra vez de tomarse el té» (las señoras del comité siempre tenían una taza al lado para estimular el debate). «Una cosa es preocuparse, y otra, consumirse. ¿Me atreveré a invitarla a tomar un té como Dios manda en mi casa? Le pilla de camino. Ya no puede faltar mucho para que termine la reunión. Lo voy a hacer; esta vez sí. No quedarán muchas más reuniones, y a lo

mejor no estoy en el próximo comité que ella presida.» Porque la señora Dingle daba por sentado que, allí donde hubiera un comité, habría una lady Barnard presidiéndolo con serena dignidad desde la cabecera de la mesa.

Por fin terminó la reunión, y, mientras la señora Dingle salía al vestíbulo con las demás, la incomodaba la conciencia de que no había contribuido gran cosa al avance de los planes de ayuda. Eso sí, tampoco había sido un estorbo, como Dodo Perry, que siempre iba al menos dos asuntos por detrás de las demás y argumentaba con fogosa tenacidad durante unos minutos antes de caer en la cuenta de que el tema en cuestión ya se había descartado o zanjado hacía rato. La tonta de Dodo, con su sempiterno «¡Yo tendría que haber sido diputada!». ¿Qué habría hecho Dodo en el Parlamento, aparte de poner a prueba la cortesía de sus señorías? Una de las razones por las que se respetaba tanto a lady Barnard era su cortesía casi inquebrantable. Claro que ella podía permitírsela, con tanto aplomo.

Y en ese preciso instante Mary Dingle oyó una voz, encantadora y ligeramente ronca, que le decía:

–¿La llevo en el coche, señora Dingle? Paso cerca de Grove House y no veo el suyo por ningún sitio; conozco bien al chico tan amable de la nariz rota que lo conduce; nos ayudó mucho una vez que tuvimos un problema con el indicador de gasolina.

La señora Dingle sintió tantas emociones gratas a la vez que no supo por dónde empezar a responder. ¡Que lady Barnard se ofreciera a llevarla! ¡Que lady Barnard supiera dónde vivía! Una casa bastante bonita, sí, pero nada comparable con la preciosa residencia de lady Barnard a pocos kilómetros de Tarmouth. ¡Que lady Barnard conociera de vista a Tom, e incluso supiera lo de la nariz rota! No

había ni un ápice de esnobismo en su asombro; Mary Dingle no era ninguna esnob; la única causa de aquel torbellino de gozosa sorpresa era la riqueza de carácter de la otra mujer. Se abstuvo de decir que el coche lo tenía su marido, y que había pensado ir a su despacho, que estaba cerca, y esperarle para volver a casa juntos; dominando su entusiasmo, aceptó el ofrecimiento de lady Barnard con estudiada serenidad.

Cuando llevaban dos minutos juntas y tapadas con la manta de viaje en el lujoso Bentley de sir Halmar Barnard, preguntó:

–¿No le apetece entrar a tomar un té conmigo? Le queda al menos media hora para llegar a casa, y he visto que no ha tocado la taza de antes. ¿Sabe? –se atrevió a añadir–, se entrega usted demasiado en estas reuniones.

Lady Barnard sonrió.

–Qué observadora es. Ni yo misma me había dado cuenta de que me había dejado el té. Hemos acabado un poco tarde y tendría que irme a casa, porque… La verdad es que no debería entrar, pero me tienta usted. Muchísimas gracias.

La señora Dingle recordó que los Barnard daban una cena esa noche, y le habría gustado encontrar una forma de asegurarle a su acompañante que no se había sentido en absoluto ofendida por que no los hubiesen invitado, a ella y a Arnold. No se puede invitar a todo el mundo. Y, además, Arnold no era el abogado de sir Halmar…

–Escuche –dijo, aprovechando la distracción de unas trompetas argentinas y el ruido de cascos acercándose al trote–. ¿Verdad que parece de la Edad Media? Será el juez, que se dirige a sus aposentos, me imagino. Hoy han empezado las sesiones del tribunal en Tarmouth. Sí, ahí vienen.

–¡Qué pintoresco! –Lady Barnard se inclinó con interés para ver pasar la pequeña comitiva–. Habría sido una lástima perdérmelo. ¿Quién es el juez?

–Sir Reginald… Ay, qué tonta, no me acuerdo del apellido. Sir Reginald no sé qué. El año pasado y el anterior fue sir Piers Layton. Es un cargo muy codiciado, según mi marido. Ya hemos llegado –dijo, procurando que no se le notara la emoción en la voz–. Es usted muy amable.

Y, al cabo de un momento, como si se tratara de la vívida realización de un hechizo, estaban sentadas como dos viejas amigas frente a la chimenea del saloncito rosa y beige, y Edith había servido el té sin percances ni demoras, y el gran cuenco multicolor con ásteres de distintas tonalidades, a la espalda de lady Barnard, tenía la virtud de atenuar la solemnidad del momento y conseguir que todo pareciera tan natural y agradable como un jardín campestre. Arnold las había llamado «flores de jardín campestre» y le había preguntado por qué no tenía dalias. Y ahora entendía por qué: las dalias eran demasiado llamativas.

Al principio charlaron de cosas intrascendentes: la Feria, el comité y lo difícil que era organizar algo a gran escala sin herir los sentimientos de nadie.

–Pero usted tiene un don para tratar a la gente… La he observado y he intentado aprender su método, si es que es un método, pero quizá sea algo innato.

–Creo que sí –respondió lady Barnard, pensativa–. Al menos, estoy segura de que no tengo nada tan definido como un método: quizá un credo, pero no es lo mismo.

La luz tenue de la lámpara infundió confianza a la señora Dingle para decir en voz baja:

–Encontramos el cielo en un credo.

Y se quedó sin aliento al oír la sosegada respuesta de lady Barnard:

–Nos encontramos los unos a los otros, y esos son los caminos de peregrinación hacia el cielo.

–Esos caminos me dan un poco de miedo; ojalá no fuera así.

Acompañó la confesión con una sonrisa tímida, y lady Barnard extendió la mano en lo que podía interpretarse como un gesto impulsivo de amistad o como una súplica elocuente.

–No debe tener miedo, señora Dingle, ni por un instante. Mi vida no ha sido fácil. He tenido que luchar. He tenido que sacar adelante a dos niñas… –Lady Barnard se interrumpió. La señora Dingle se preguntó por qué se le habían empañado los ojos de repente–… Y una de esas niñas era yo –prosiguió, con tono apesadumbrado–. Creo que nunca he aprendido a ser adulta del todo. Me he visto en la necesidad de pedir ayuda alguna vez, cuando el orgullo habría sido mi peor enemigo. La fe, en cambio, vino en mi auxilio. No se imagina la bondad, la disposición a ayudar y la compasión que todos llevamos dentro sin saberlo, esperando a que tengamos la inocencia necesaria para apelar a ellas. A veces he pensado en poner en marcha un gran movimiento y convencer a todo Tarmouth para que se sume, y luego a toda Inglaterra, y después al mundo entero. Así no habría más guerras, ni más refugiados, ni más reuniones de comité para socorrerlos en su última hora de angustia en lugar de en la primera. ¿Alguna vez ha tenido que despertarse con la alarma de un reloj? «Alarma» es una palabra horrible para asociarla con algo

tan amable y servicial como un reloj. Siempre he pensado que tienen unas caritas encantadoras y caprichosas, como una flor, un pensamiento.

Mary Dingle estaba boquiabierta. Nadie se había sentado en aquel sillón, sosteniendo precariamente una taza de té, y había expuesto doctrinas tan audaces y emocionantes.

–Alarma –murmuró–. Pues sí, es verdad; no se me había ocurrido nunca, pero tendríamos… sin duda tendríamos que despertarnos con algo menos… menos alarmante –concluyó, con una risita–. Por favor, lady Barnard, dígame qué haría usted para vencer el miedo que nos tenemos unos a otros. Al fin y al cabo, en cierto modo es natural, ¿no? Al fin y al cabo, nos viene del animal que llevamos dentro, que da vueltas en la hierba para asegurarse de que puede tumbarse sin peligro, o se refugia en cuevas.

Estaba muy orgullosa de haber sacado a colación esos conceptos de historia natural, aunque esperaba que su maravillosa amiga nueva supiera rebatirlos. Y así lo hizo sin dificultad:

–Pero no somos animales. Si lo fuéramos, yo no me habría ofrecido a traerla a casa, ni usted me habría invitado con tanta hospitalidad a tomar un té, ni estaríamos ahora hablando así. Imagínese –dijo lady Barnard– a una ardilla y a un canguro tratando cuestiones de ética después de una reunión del comité de la selva. Aunque lo de esta tarde tampoco se ha diferenciado mucho de la selva –añadió, con un destello travieso en los grandes ojos castaños.

Al oír que estaba tratando cuestiones de ética, la señora Dingle sintió algo parecido al júbilo del señor Jourdain cuando descubrió que hablaba en prosa[116]; y la pulla al comité de la Feria benéfica

era deliciosa. Ella también tenía un puntito de humor socarrón, de modo que sabía apreciar el de lady Barnard.

–Más que la selva, diría yo un corral. Pero ¿de verdad cree usted que, si confiáramos más en nuestros semejantes, no nos llevaríamos chascos y decepciones terribles?

–Estoy convencida. Imagínese, por ejemplo, que rompiéramos ese tabú artificial del silencio, que lo ignorásemos sin más. Imagínese que todo el mundo hablara con todo el mundo en las tiendas y en los trenes, como si fuese lo más natural: «¿Podría ayudarme? Busco una clínica barata; mi marido está muy enfermo». No tardaríamos en superar la sorpresa inicial. La gente se muestra agradecida, no enfadada, cuando le pides ayuda. Se espita un barril de cerveza, pero ¿se espita acaso un barril de bondad, un barril de generosidad sin aprovechar? ¡Qué desperdicio tan cruel! Tendríamos que tomar conciencia de las maravillosas posibilidades de cada contacto humano.

Todo esto era tan cierto como desconcertante. La cabeza de la señora Dingle era un torbellino de barriles, espitas y alarmas. Le habían enseñado que el orgullo era una de las cualidades más nobles, y que pedir ayuda era infame y cobarde. Sin embargo, lady Barnard, que por fuerza debía de tener razón porque siempre la tenía, quería iniciar un movimiento para invertir esas ideas.

–Paz en la tierra –murmuró Mary Dingle–. ¿No le parece curioso –parloteó, nerviosa, rellenando la tetera con agua caliente y alargando la mano para coger la taza de su invitada– que a menudo quienes más hablan de querer la paz sean los que menos hacen por conseguirla?

–Quizá, en el fondo de su corazón, no la quieran de verdad. –Echó un vistazo al reloj de pulsera de diamantes y dio un gritito de consternación–. ¡Qué tarde! Y yo aquí charlando y soplando preciosas pompas de jabón al aire, mientras en casa me están esperando. Hoy hemos empezado tarde. Ojalá no se empeñaran en leer las actas con tanta minuciosidad; nos roban un tiempo precioso. No, muchísimas gracias, ya he tomado suficiente, y lo he disfrutado más de lo que puedo expresar. Tenemos que hacer esto más a menudo, ¿no cree?, cuando podamos escaparnos del corral, usted y yo. Adiós, señora Dingle… ¿Puedo? ¿De verdad? Me encantaría; Mary es un nombre precioso. Mary Dingle: parece sacado de una vieja canción infantil. Y usted puede llamarme Lorna, si no se le hace raro. ¿Seguro que le parece bien encargarse del puesto de tallas de madera? Es maravilloso que no ponga pegas ni se pregunte si no será poco para usted. Admiro mucho a las personas que nunca pierden el sentido de la proporción. Adiós otra vez.

Se marchó envuelta en una atmósfera de tal encanto e intimidad que, durante varios minutos después de su partida, la señora Dingle sintió que el saloncito se había quedado sin su cálida luz ámbar. Durante varios minutos no pudo hacer otra cosa que estar inmóvil, con las manos entrelazadas, mirando el sillón del otro lado de la chimenea y repitiendo a intervalos: «Lorna. Lady Barnard. Lorna Barnard. Mary Dingle, parece sacado de una vieja canción infantil. Mary y Lorna». Por fin suspiró, se recompuso y tocó la campanilla para que Edith retirara el té.

–Esa era lady Barnard, Edith.

–Ya lo sabía, señora –respondió la doncella, bajando la voz con reverencia. Tenía sentimientos feudales.

–Lo cual me recuerda, Edith… –dijo la señora Dingle, sin explicar qué es lo que se lo había recordado–, ¿queda cerveza en el barril para la cena del señor? Ayer me pareció que se estaba acabando.

–Si se hubiera acabado, hay botellas, señora, al menos para esta noche.

–Ya sabes que al señor no le gusta la cerveza de botella. En fin, ya es tarde para otra cosa. Pero me gustaría que la cocinera o tú os fijarais…

Se interrumpió en mitad de la reprimenda. Una voz cálida y ronca le estaba diciendo: «Se espita un barril de cerveza pero ¿se espita acaso un barril de bondad?».

II



Lorna se quitó las pieles y el sombrero de un tirón y le explicó a Susan a toda prisa lo que tenía que sacarle para ponerse en la cena.

–Tendría que haber venido directa a casa, pero estaba tan agarrotada de aburrimiento que no habría soportado media hora más de coche sin una chimenea y una taza de té que me descongelaran por el camino. Susan, no creo que pueda aguantar otra reunión del comité. Sentadas alrededor de una mesa, cotorreando o mirando una hoja de papel secante rosa, tan limpia, pulcra y eficiente que solo de verla me dan ganas de gritar.

–Mejor que no –le aconsejó Susan, abriendo y cerrando las puertas del armario–. Cuando una empieza a gritar, nunca sabe dónde va a acabar. Le he preparado el baño. ¿Por qué no se planta de una vez y le dice que no va a hacer más cosas de beneficencia? No ha parado desde que la trajo aquí.

–No me trajo nadie. Vine yo sola. Y eso tampoco mejora las cosas.

Lorna estaba sentada delante del tocador, con su triple espejo y la colección de frascos de tapón dorado y cepillos con monograma, atareada con el estuche de manicura; un tenue aroma a caramelos de pera flotó en el aire y, a continuación, manejando el pincel con la precisión de una verdadera artista rebajada a colorear tarjetas de Navidad, se aplicó la laca rosada.

–¿Dónde está el pulidor?

Alargó la mano hacia Susan sin levantar la vista.

–Aquí.

También este llevaba grabado con mucho relieve el monograma «L. B.». Susan lo leyó en voz alta al pasárselo.

–«Quien cambia el nombre y no la letra, cambia a peor y no a mejor.»[117] Y no me extrañaría que fuera verdad, además. Siempre suspirando y bostezando y deseando que se la trague la tierra. ¿Por qué no deja lo de la fe, la esperanza y la caridad y hace algo para divertirse?

–¿Hacer algo? ¿El qué?

–Anda, y yo qué sé. El señor Webster tiene una ruleta abajo, en la sala de los criados. Catorce chelines perdí anoche. Pero hoy los recupero todos, ya verá. ¿Por qué no juega al bridge? ¿No le da la cabeza? –se burló Susan.

A Lorna le molestó la pulla. La relación entre ellas no había cambiado ni un ápice.

–Juego muy bien. Jugaba todas las tardes en Gleneagles, pero no me divertía.

–Se quedaba siempre en tablas, ese era el problema. Ni ganaba ni perdía.

–Pues sí. Así no tiene ninguna emoción, ¿no te parece?

Susan sonrió.

–Valiente miembro del Comité por la Paz está usted hecha, siempre en busca de emociones. Yo diría, si me pregunta, que lo último que quiere en el mundo es paz. Es una desgraciada cuando la tiene, diga lo que diga mi lady Barnard en sus discursos.

Lorna se echó a reír.

–Supongo que tienes razón, Susan. Voy a cambiar de esencia de baño. Estoy harta de l'Heure Paresseuse. Vamos a probar…

Llamaron a la puerta y entró la señorita Soutar cargada de planos y papeles.

–Lady Barnard, tengo que molestarla un momento. Sé que no me lo perdonaría si no se lo enseñase de antemano, pero lo han acabado un poco tarde porque ha habido que invitar a última hora al juez del tribunal, sir Reginald Seymour; y, claro, eso ha obligado a reorganizar toda la mesa, porque tiene que sentarse a su derecha.

–Por supuesto –asintió lady Barnard, estudiando el plano.

–Tiene tiempo de sobra, lady Barnard. La cena no es hasta las ocho y media.

–Se me había olvidado. Pensaba que era a las ocho.

–Aquí tiene el menú, aunque, al fin y al cabo, lo ha encargado usted misma; es solo que la señora Rumford está volviendo loco a todo el mundo con el tema. Y esta es la lista de quién acompaña a quién a la mesa. Ojalá encontrásemos a dos señoras de segunda fila para ponerlas a los lados de sir Oscar Lawley. Es tan pesado, y está tan sordo, y grita tanto… La señora de Edgar Eaves, huelga decirlo, es de segunda o tercera fila, pero no le va a gustar que la sienten a su lado. Siempre dice que le gustan las personas brillantes. ¿No le parece curioso, lady Barnard, que los pelmazos nunca quieran sentarse juntos? Es como si reconocieran a un pelmazo sin dificultad, salvo cuando se trata de ellos mismos.

Lorna dijo algo ingenioso pero no subversivo, y la señorita Soutar intentó poner cara de circunstancias y gesto indulgente al mismo tiempo.

–Y aquí tiene tres recados telefónicos. El señor Meade está muy acatarrado y quiere saber si tiene usted inconveniente en que venga así. Dice que él no, pero ¿usted?

Lorna contempló aquel problema sin encontrar solución.

–¿Qué dice sir Halmar?

–Me ha dicho que le pregunte.

–Y ¿usted qué opina?

–Pues… a la gente no le gusta cenar con alguien acatarrado, ya se sabe. Pero un hombre menos en el último momento… Y el señor Meade es uno de nuestros mejores conversadores. Contábamos con él.

–¿Ah, sí? ¿Contábamos?

–Hay remedios rápidos para el catarro –intervino Susan–. Lo curan a uno en dos horas. Al menos, eso prometen.

–Ya no disponemos de dos horas. Debe de estar usted agotada, lady Barnard. Tendrían que dejarla marchar antes, aunque es difícil cuando una es la presidenta.

–Pregunte otra vez a sir Halmar. Necesito darme el baño ya. –Y cuando la señorita Soutar salió deslizándose, agobiada y cargada de papeles, Lorna le hizo a Susan una mueca rápida–: ¡Vaya vida! ¿Cuántas cenas hemos dado desde que volvimos de Gleneagles? Y todas exactamente iguales. La última vez, sir Halmar me dijo que no me había notado con el ánimo de siempre. Ay, Dios, Susan…

–Eso digo yo, ¡ay, Dios! –replicó su confidente con regocijo. Aquel matrimonio estaba evolucionando tal como a Susan le gustaba–. Oiga, ¿ha pensado que…?

Lorna se detuvo en el umbral del cuarto de baño.

–¿Qué? Ya no puedo pensar más. Tengo el cerebro más seco que un bollo de la semana pasada.

–Jay sale el día diez.

Estudió a Lorna con la mirada. «Nunca se acaba de conocer a esta mujer. Supongo que ni ella misma se conoce del todo.»

–No se me había olvidado –dijo Lorna despacio.

–Y ¿qué piensa hacer? ¿Traerla aquí?

–¿Cómo voy a traerla? Ojalá pudiera. Pero ¿cómo?

–Con eso metió usted la pata hasta el fondo. ¿Cómo demonios se le ocurre decir que solo tiene una hija, y que es actriz? Habría sido mucho más fácil decir que tenía dos, y que una estaba en América o en algún sitio bien lejos. Se lo habría tragado sin pestañear y ahora no estaría en este aprieto.

–Pero ¿por qué iba a hacerlo? –exclamó Lorna, con verdadera desesperación–. Cuando conocí a sir Halmar, no tenía ni idea de que se convertiría en mi marido. Jay no era entonces un problema permanente. Tenía que justificar algo pasajero, algo… difícil. ¿De qué me habría servido decir que tenía otra hija en la cárcel por desfalco? ¿Habría servido para que confiara en mí? ¿Para que me creyera? Siempre con tus grandes frases: «Tendría que haber hecho esto, tendría que haber hecho lo otro». ¿Cómo iba a saber que, cuando Jay saliera de la cárcel, yo sería lady Barnard? Después, cuando me di cuenta de que iba a pedirme matrimonio, ya era tarde.

–Y ¿qué pasó aquella primera vez? –preguntó Susan con desvergonzada curiosidad–. ¿Qué cuento le soltó? Tuvo que ser de los buenos, sin un cabo suelto, para que la adorara como la ha adorado desde que se casaron. Venga –la engatusó–, relájese; cuéntemelo; echémonos unas risas. Aquí son todos tan solemnes,

Rumford y la cuadrilla. Es lo malo de lo que llaman «el servicio»: que se les suben los humos. Póngame a mí de cocinera y criada para todo con una asistenta simpática para chismorrear un par de horas cada mañana, no pido más.

–No creo que lo consigas aquí –dijo Lorna con una leve sonrisa.

Pero, si creía haber apartado a Susan del angustioso tema de Jay, cantó victoria demasiado pronto. Susan ya había vuelto a él:

–Cuando salga, tendrá que ir a algún sitio. Menos mal que tiene una hermana. Molly la acogerá y cuidará de ella, y ahora gana bastante. Pero eso no durará siempre, porque ya se sabe cómo son las chicas. Molly querrá casarse con ese tal Neil, aunque le dobla la edad, y ¿qué será de Jay, entonces? No se encuentra trabajo así como así con dos años de Borstal a las espaldas. ¿Quiere un consejo antes de meterse en la bañera? –Y Susan se apresuró a seguir, por si Lorna decía que no–: Cuénteselo todo ahora. Llore un poco y tírese a sus pies. Bueno, no digo que llegue a tanto, pero que él crea que va a hacerlo. A los hombres les gusta que les demos algo gordo que perdonar. Se hinchan como pavos reales, los angelitos, pagados de sí mismos. Venga, dele la oportunidad. Piense lo que significaría ahora para Jay venir a vivir a una casa como esta, con usted para ampararla, y él también, con su nombre y el respeto del vecindario. Va a necesitar todo eso. Conozco a Jay: saldrá en carne viva, de cuerpo y de alma, pero se curará, con tiempo y con los ungüentos y las pomadas y el algodón que hagan falta. Está en su mano hacerlo: una madre es una madre, y Jay la adoraba, por muchas cosas amargas que le dijera la última vez que se vieron. Venga, cuénteselo y dele una oportunidad a esa pobre criatura insensata. Y en seis meses estará otra vez pintando fantasías de color de rosa, como ha

hecho siempre: «La señorita Jasmine Barnard fue vista en el Baile de la Cacería, radiante como una rosa».

Lorna seguía apoyada en la puerta del cuarto de baño, con la mirada sombría, torturada, fija en un punto justo por encima de la cabeza de Susan. Susan se preguntó qué respuesta iba a recibir a lo que en su fuero interno juzgaba un discurso de gran elocuencia y agudeza psicológica, pero cuyo verdadero motor era algo de mayor mérito que esas dos cualidades más vistosas: el sentido común. «Puede que me dé un beso, o que se eche a llorar o que me mande a paseo. Pero algún día tenía que soltarlo, así que ¿de qué sirve guardárselo?»

De pronto Lorna bostezó. Estiró los brazos trazando un arco por encima de la cabeza y tensó el cuerpo en un gesto que expresaba una inmensa nostalgia interior que le había ido entorpeciendo el paso de las horas y los minutos.

–Dios, ¡vaya día! –Se relajó y bajó los brazos–. Tengo que darme el baño –dijo. Y, despidiéndose de Susan con un gesto de perfecta cordialidad, cerró la puerta.

Susan se quedó boquiabierta.

–¡Habrase visto!

Cuando Lorna reapareció al poco, la señorita Soutar estaba otra vez allí.

–Lady Barnard, perdone que vuelva a molestarla, pero hay un hombre en el vestíbulo. Ya ha venido antes, dos veces, pero usted siempre estaba fuera. Dice que tiene que verla en persona y que es urgentísimo… Ya sabemos lo que eso significa, pero no parece de los de siempre. Me da la impresión de que podría ser sincero, así que no

me he atrevido a despacharlo sin más. ¿Quiere que le dé cinco chelines y le diga que está demasiado ocupada para recibir a nadie?

Lady Barnard y su doncella, Susan, se miraron con gesto pensativo a través del triple espejo. Lady Barnard habló en su tono más dulce y compasivo.

–No, no haga eso. Pobre hombre, es un poco drástico, ¿no le parece, señorita Soutar? Como si nos desentendiéramos por completo de las penas de un semejante. Porque no pide dinero, ¿verdad?

–No, qué va. Pero es que casi nunca lo piden directamente, ya sabe, hasta que consiguen hablar con la persona que buscan. Alfred me ha contado que a sir Halmar a veces le llegan cuatro o cinco por semana cuando está en Londres, y, por supuesto, este no es el primero que viene aquí, pero normalmente no dejo que la molesten.

–Me protege usted de maravilla, señorita Soutar –fue el agradecido reconocimiento de Lorna.

–Pero, como le decía, esta vez no me he quedado del todo tranquila. Siempre he pensado, aunque quizá peque de blanda, que prefiero dejarme engañar nueve veces antes que correr el riesgo de echar a una sola persona que esté necesitada de verdad.

–Sí, estoy de acuerdo. Yo también. Creo que voy a recibir a ese hombre. Sí, lo recibiré.

–Pero, lady Barnard, ¿tiene tiempo? Puedo decirle que venga mañana…

–Y él le dirá que mañana es demasiado tarde.

Un débil ruido llegó desde donde estaba Susan, que en ese momento tenía medio cuerpo dentro y medio fuera de uno de los grandes armarios.

–Quiero decir –explicó Lorna con un punto de dignidad mientras se enfundaba un vaporoso vestido de terciopelo– que su necesidad podría ser imperiosa. Solo son las ocho menos veinte y puedo despacharle en unos minutos.

Tenía buena parte de la cabeza calva, si bien su partida de nacimiento, que extrajo al instante de un fajo de documentos y fotografías gastados de un maletín de cartón piedra y le entregó a Lorna con una respetuosa reverencia, indicaba que solo tenía veinticinco años. Se llamaba Edmund Vincent Burgess. Vestía como un oficinista, y sus ojos azules, vivaces y descarados desentonaban de algún modo con el lápiz prendido de forma impecable en el bolsillo de la pechera. Del brazo le colgaba un paraguas cuidadosamente plegado con una varilla suelta. Dijo que era australiano…

–Y ¿quiere volver a Australia?

–Tengo que volver –dijo. Y, para sorpresa de Lorna, añadió–: Tengo el pasaje. Aquí está.

Lorna cogió el sobre sucio, pero no se apresuró a ver qué había dentro.

–Me lo he ganado trabajando –prosiguió el hombre, irguiendo la cabeza con orgullo–. Dios mío, cómo he trabajado. No es que me queje. Me gusta el trabajo. Te impide pensar en cómo te han tomado el pelo. Los tres últimos meses fui camarero en un local que no cerraba hasta las dos de la madrugada, y lo que pasaba allí dentro… Pero, en fin, no creo que quiera usted saberlo. ¿O sí? –La miró con picardía–. He notado que a las señoras de buena posición les gusta oír cosas del hampa de boca de quien las ha vivido.

–Prefiero oír cosas de usted –murmuró Lorna. Y se acomodó como un sibarita ante un manjar exquisito.

Encantado por su interés, el desconocido le contó una historia que era una extraña mezcla de ingenuidad, impertinencia y un decoro afectado. Su anciana madre estaba muy enferma de artritis reumatoide. Se había matado a trabajar como… como una anciana madre, para que él pudiera ir a clases de arte. Le chiflaba el arte, vaya que sí. Esto dio paso a la Prueba Número Tres del maletín: un diploma de gran formato adornado con un diseño de musas danzantes, caballetes, paletas, pinceles, máscaras, un caballo alado para rematar, y una declaración que certificaba que Edmund Vincent Burgess, de North Street, Melbourne, había aprobado con mención honorífica el primer curso de la Escuela Central de Arte y Escultura.

Lorna le echó un vistazo con una sonrisa comprensiva. Saltaba a la vista, por su aire de orgullo infantil, que la Prueba Número Tres al menos era auténtica.

–La humillación es mejor maestra que la prosperidad. Eso pensaba yo a veces, cuando me echaban la bronca porque la mostaza se había vuelto a secar en el tarro. Mire, yo le haría un cuadro, un bodegón, de la escuela sir-realista[118]…, y se lo haré, vaya si se lo haré…, de una mesa del antro donde trabajaba y de la pinta que tenía después de unas cuantas horas. Sí, y puede colgarlo en su magnífico comedor para que haga contraste, y, cuando sus invitados le digan que les quita las ganas de comer, que es el mayor cumplido que podrían hacerme, les dirá: «Sí, conocí al artista. Lo ayudé una vez. Me lo envió en agradecimiento».

–Es usted muy amable. Lo esperaré con ilusión. Pero, ahora, dado que ya tiene el pasaje de vuelta…

La pausa indicó que aquel era el momento de dar a conocer el motivo de su visita.

Veinte minutos después, mientras se arreglaba a toda prisa para la velada, Lorna entretenía a Susan con su jugoso relato de la actuación del señor Edmund Vincent Burgess. Estaba de un humor excelente, más alegre de lo que Susan la había visto en muchos meses; le brillaban los ojos y sus imitaciones eran vivaces. Era como si sintiera de pronto un renovado entusiasmo por la vida, un gusto por los azares de la existencia del que antes carecía.

–La verdad es que ha tenido una mala suerte tremenda al toparse conmigo en vez de con una lady Barnard corriente. No lo hacía nada mal. A una lady Barnard corriente la habría engañado sin dificultad. Lo compadecí por eso –dijo Lorna pensativa, y Susan soltó una risita.

–¡Hay que ver de quién se compadece!

–Ay, Susan, no te imaginas qué alivio ha sido no tener que enfrentarme a una historia verdadera, aunque sea por una vez. No quedarme con el corazón destrozado. Todos esos casos auténticos que nos han ido llegando, pobres diablos que lo han perdido todo, deshechos por el dolor o paralizados por el desconcierto, y tener que escuchar sin poder hacer nada a la medida de su sufrimiento, por mucho que lo intentase… Me destrozaba. Y de repente, como contrapunto, este diablillo cómico y embustero. Cómo me habría gustado que hubiera irrumpido hoy en esa reunión de señoras estiradas armando lío alrededor de una mesa con papel secante delante.

–¿Las habría engañado?

–Sí, creo que sí. Era bastante convincente. Lo que pasa es que he examinado el pasaje con demasiada atención y he visto que la fecha era de hacía tres años, pero podía contar con que cuarenta y nueve de cada cincuenta no se fijarían. Otra vez mala suerte.

–Y entonces ¿qué quería, si fingía tener el pasaje?

–Seis semanas de alquiler atrasado y un casero inflexible que no le dejaba llevarse el baúl. Pidió cinco libras; otro error; yo habría podido aconsejarle. Nunca es buena idea pedir una suma redonda. Tendría que haber pedido cuatro libras y dieciocho chelines, o cinco libras, tres chelines y seis peniques. En fin, ya aprenderá. Es joven, aunque se estaba quedando calvo. Pero tenía una carita regordeta y juvenil de lo más simpática.

–Parece que le ha caído en gracia.

–Por Dios, lo que quiero es divertirme, divertirme, divertirme.

Susan estuvo un rato en silencio después de aquel estallido, pero no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

«Habla conmigo mucho más abiertamente que antes, cuando estábamos en Huntingdon Terrace y en Netherby Park Road. Allí no hacía más que ponerme en mi sitio: "No sé a qué te refieres, Susan", y "¡Susan, las niñas!", y "Susan, ya sabes que no me gusta oírte hablar así". Ahora resulta que somos tal para cual y que soy la mejor amiga que tiene. Curioso. Y habla mucho más que antes. No me extrañaría que estuviera calentando motores otra vez. Lo único que le hace falta es algo que la ponga en marcha y ¡hala, allá vamos!»

Se le ocurrió una pregunta, tan intrigante que no entendía cómo no la había hecho al principio:

–Oiga, ¿le ha dado el dinero?

Lady Barnard estaba ya vestida y lista para recibir a los invitados. Sentada frente al espejo, con la barbilla apoyada en el pequeño pedestal de los dedos entrelazados, sonreía feliz a las tres mujeres hermosas, dos de perfil, con estrellas de diamantes en el pelo. Tenía un brillo travieso en los ojos.

–¿Se lo ha dado? –repitió Susan, impaciente. A menudo se había preguntado qué suerte correría un estafador profesional que se presentase ante Lorna con una historia lacrimógena–. ¿Se lo ha dado, o lo ha desenmascarado?

–Iba a dárselo. Es tan humillante que te desenmascare una mujer rica que lleva una vida convencional y protegida y que no tiene ni idea de la audacia, el arrojo, el instinto, la capacidad de calar a la gente que hacen falta para vivir del ingenio y no depender de nadie; de nadie más que de ti misma. Ahí está la gracia, claro: en juzgar con rapidez y tener el valor de actuar según lo que intuyes que va a suceder un instante después, en vez de esperar a que haya sucedido un instante antes; eso es fatal; eso lo hace cualquier tonto y no te lleva a ningún sitio…

Se encontró con los ojos de Susan, dos rendijas negras y burlonas clavadas en ella; guardó silencio un momento y prosiguió con serena languidez:

–No, no pensaba desenmascararlo. Ni desairarlo y despacharlo, pobre hombre. Recuerda siempre, Susan, que quien nunca se sube a un pedestal nunca se cae de él.

–Es usted la monda –murmuró Susan con admiración–. Así que se marchó con un billete de cinco libras bien bonito, ¿no? Todo por enseñar un pasaje a Australia de hace tres años.

–No, qué va –dijo con despreocupación, levantándose y cogiendo el bolso de brocado y un vaporoso pañuelo de gasa–. Para empezar, no tenía cinco libras, ni una libra, ni cinco chelines.

Susan asintió. Sabía muy bien, como lo sabían los demás criados, y la señorita Soutar y Alfred, que sir Halmar le daba a su adorada esposa todo lo que pudiera desear en el mundo salvo dinero en efectivo. «¿Para qué quieres dinero? –le decía–. Tienes el coche, ¿no? En casa hay de todo, y lo que no haya, puedes llamar por teléfono, pedirlo y que lo carguen a la cuenta, o decírselo a la señorita Soutar. Por más que lo intento, cariño, no soy capaz de imaginar una circunstancia en la que necesites ni siquiera seis peniques en metálico. Todas las flores que puedas desear las tienes en el jardín; toda la ropa que puedas querer, colgada en tu armario. Y debo reconocer que das mucho lustre a mi nombre. En cuanto a la caridad… bueno, ninguno de los dos somos partidarios de la caridad indiscriminada, ¿verdad? No tienes más que venir a pedirme que extienda un cheque para esto o lo otro, y, cuando yo lo haya estudiado…»

–Le he prometido que le contaré su historia a sir Halmar –le dijo Lorna a Susan– y, si mi marido está de acuerdo conmigo en que es un caso de verdadera necesidad, le enviaré el dinero. Me ha dejado su dirección y ha entendido que tengo por norma no dar nada sin consultar antes a mi marido.

Y flotó por el pasillo hasta la gran escalinata, dejando a Susan sin habla.

III



Sir Halmar estaba encantado y orgulloso: los invitados se acercaban uno a uno para despedirse y decirle que nunca habían disfrutado tanto de una velada, ni siquiera en Beechcroft Manor, donde tantas veces habían sido agasajados con generosa hospitalidad. Porque no se trataba de mera cortesía, y él lo sabía; la cena había sido un éxito fuera de lo común, y los elogios eran espontáneos, no fabricados por la maquinaria de la cortesía.

«Su esposa…», le decían. Y «Lady Barnard…». «Su esposa es extraordinaria… Nunca he visto a lady Barnard tan animada…» Y no solo a él, sino entre ellos. Más que oírlos, sentía los murmullos de sincera admiración: «Tiene una personalidad extraordinaria. No avasalladora, sino sutil. Es una dulzura auténtica… No piensa en sí misma… Y se nota que de verdad disfruta de tenernos aquí, que no nos invita por mero compromiso social… Sí, exacto, a eso me refiero». Y luego, de nuevo a sir Halmar: «No se imagina, sir Halmar, la magnífica labor que ha hecho su esposa. No se concede un respiro. Si todo el mundo tuviera ese espíritu de servicio… Y sin ser agresiva en lo más mínimo. Ya sabe cómo es la gente… Pero, desde que llegó lady Barnard, hemos tenido muchas menos disputas y desavenencias… Siempre digo que es una especie de influencia

pacificadora… Mire a su esposa, sir Halmar. Qué bien le sienta ese color, y esas líneas tan fluidas. Debe de estar muy orgulloso de ella».

–Sí, por supuesto. Desde luego que sí. Se alegrará mucho cuando se lo cuente. Sí, estoy totalmente de acuerdo. Gracias, sir Reginald, muchas gracias –le dijo al juez del tribunal–. Nadie ha disfrutado de esta noche más que yo, más que nosotros dos… Gracias; sí, está resplandeciente. No, no sabría decirle qué buena noticia puede haberla puesto así… Es una especie de *joie de vivre*, ya sabe. O lo que ustedes los científicos llamarían magnetismo natural… Buenas noches. Buenas noches, sir George; me he alegrado de oír la buena nueva. –Pero, por un instante, la alegría de sir Halmar se entibió un poco–. ¿Puedo contárselo a mi mujer? Josie es una de sus predilectas, como sabe. ¿Lo harán público mañana? Espléndido.

El coche del último invitado había enfilado sin prisa la avenida; la última felicitación por una velada excelsa aún flotaba en el aire. Sir Halmar miró a su mujer con una sonrisa y le contó algunos de los cumplidos que le habían llovido. Le divertía que todavía retrocediera con timidez ante un halago, con los ojos muy abiertos, sin acabar de creerse que fueran dirigidos a ella.

–Te doy mi palabra, querida, de que no han exagerado ni un ápice. Nunca te había visto tan brillante. Cómo has dirigido la conversación, y ese duelo de ingenio con el profesor Middlemas… ¡Parecía el diálogo de una obra de teatro! Una de esas comedias brillantes, ya sabes, con las réplicas volando de un lado a otro y todo el mundo callado para no perderse nada. Y estás guapísima: un marido americano diría «como un millón de dólares», pero confío en encontrar una comparación más bonita.

–Pues encuéntrala –dijo Lorna riendo–. ¿Creías que te ibas a librar?

La encontró: un tulipán rojo oscuro, lustroso y bien formado. Preguntó si eso merecía un beso. Lorna respondió que sí.

–Me alegro mucho de que todos se lo hayan pasado bien; de que haya sido un éxito. Para ti es importante en muchos sentidos, ¿verdad?

–Para mí es importante que admiren a mi mujer y se den cuenta de lo afortunado que soy. Parker me ha preguntado si habías recibido alguna buena noticia en especial.

Lorna le puso una mano en la manga de la chaqueta, como para cerciorarse de su sólida presencia.

–Sí, he recibido una buena noticia. ¿Sabes cuál, Halmar? Me he dado cuenta una vez más de que soy feliz, de que estoy a salvo y casada contigo. Esa ha sido la buena noticia.

Sir Halmar cayó por un momento en una especie de éxtasis. Y luego preguntó:

–Pero ¿qué te lo ha hecho sentir con tanta intensidad?

Lorna se mostró un poco reacia a continuar. Sir Halmar tuvo que insistir, porque era evidente que había ocurrido algo que no estaba del todo dispuesta a contarle en detalle.

–¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? Casi nunca hablamos de ello, ¿verdad?

–Bueno, fue… poco convencional, digamos, pero nada de lo que tengas que avergonzarte. Aquella carta… Al fin y al cabo, tú no eras responsable de… ¿cómo se llamaba?, aquella institutriz, la señorita Gardiner.

–La pobre Gardie. Me gustaría saber cómo se las arregla en un país desconocido.

–¿No has vuelto a saber de ella?

–Me escribió una carta. La rompí.

–¡Ah!

No insistió en preguntarle qué decía. Gracias a Dios, había conseguido mandar a aquella mujer al otro extremo del mundo, donde ya no pudiera ser un lastre para Lorna.

–¡Fui tan tonta! –exclamó Lorna–. No estaba preparada para vivir sola. Algunas mujeres no lo estamos nunca. El momento terrible en que tuve que presentarme en tu piso para explicarte que no era una vulgar mendiga profesional… Me temblaba todo el cuerpo. Y después, una vez que crucé el umbral, ¡tu comprensión! Fue casi divina. Tu caballerosidad. Y no solo palabras, sino ayuda de verdad. Fortaleza, fortaleza. Dicen que la mujer adora la fortaleza, pero cuando va unida a la bondad… Cuando va unida a la bondad, me arrodillaría ante ella. Halmar, te digo con toda sinceridad que, mientras estuve sola, trabajando, luchando, intentando organizar mi vida, intentando no tener miedo, no fui feliz ni un solo instante. No estoy hecha de esa pasta. Nunca fui recia, ni curtida, ni de constitución robusta, ¿verdad? ¿Verdad que no?

–No me habría enamorado de ti si lo hubieras sido, querida.

–Podrías haber sido tan distinto. Podrías haber dicho cosas terribles. La pobre Gardie no paraba de escribir cartas espantosas y firmarlas con mi nombre. Siempre aquella incertidumbre de pesadilla. Y ahora… ¡Qué diferencia! Y todo gracias a ti. Estoy segura, protegida. Si alguien apela a mi punto débil, y ya sabes lo absurdamente sentimental que soy, no tengo más que decir: «Se lo

consultaré a mi marido. Mi marido no lo vería con buenos ojos. Lo hablaré con mi marido y le diré lo que opina…». Halmar, ¿cómo no voy a volcarme en cuerpo y alma para conseguir algo tan sencillo como que tus veladas sean un éxito? Es lo menos que puedo hacer. El hombre que ha venido hoy…

–Ajá, sabía que había un secreto. ¿Qué hombre es ese? Bueno, no voy a ponerme celoso antes de saber algo más de él.

–¿Celoso? No hay motivo –dijo, riendo entre lágrimas–. Es que me ha recordado las circunstancias en que nos conocimos tú y yo. Era un pobre hombre en apuros, nada más.

–¿Cómo se le ha ocurrido a la señorita Soutar permitir que te importunasen? Creía que te protegía de ese tipo de cosas. A mí me asedian a todas horas.

–La señorita Soutar es maravillosa. Los entrevista, los despacha y después me lo cuenta con una cara de lo más inocente. Pero con este australiano tuvo una corazonada. Le pareció que su historia era verdadera. Y, en cuanto lo vi, yo también estuve segura. Es algo que se sabe, como el zahorí que sostiene la vara sobre el suelo: cuando la vara empieza a temblar… Además, era una historia tan extraña: la mujer fatal que lo atrae a Inglaterra, y el anciano padre, recio y admirable, solo en la hacienda, que lo deja marchar sin decir una palabra hasta que se derrumba. Y, en contraste, el extraño y bullicioso parloteo de los camareros: italianos, españoles, polacos, sudamericanos; y él perdido entre ellos, corriendo de aquí para allá con una servilleta al brazo… Pero estás cansado, Hal. Y nada de esto puede interesarte. Subamos, querido Halmar.

–Querida Lorna, esto está muy feo: primero me picas la curiosidad y luego me dejas a medias como si fuera un folletín por entregas.

¿Camareros y una mujer fatal? Tómate una copa conmigo y cuéntamelo todo. No tengo ni pizca de sueño, y tú pareces más despierta de lo que te he visto nunca después de una fiesta.

Lorna rechazó el whisky con soda, pero le contó de forma sencilla y amena la historia del joven australiano apasionado por el arte, hijo único de un padre que se había matado a trabajar para darle lo que más deseaba en el mundo: la oportunidad de expresarse en un lienzo. Y entonces apareció la mujer, indolente, insolente, acomodada, que nada sentía por él; una mujer que lo esclavizó hasta el punto de hacerle abandonar sus estudios en la mejor escuela de arte de la ciudad; que le robó el dinero que su padre acababa de mandarle para la matrícula del trimestre siguiente, y lo utilizó para comprarle un pasaje a Inglaterra en el mismo barco que ella. Cuando desembarcaron, la mujer se limitó a despedirse de él por encima del hombro, así, con desgana, y se fue con un hombre que había venido a recogerla en un coche enorme. Y entonces el muchacho abrió los ojos…

–«Y se encontró en la ladera fría.»[119]

Sir Halmar era aficionado a las citas oportunas, y *La Belle Dame sans Merci* le pareció particularmente apropiada para aquella historia trágica y salvaje.

–Supongo que quería que le pagasen el viaje de vuelta, ¿no? Y ¿los camareros dónde entran, esos que iban de un lado a otro con la servilleta al brazo?

–No volvió enseguida. Estaba demasiado avergonzado. No se sentía capaz de presentarse ante su padre. Encontró trabajo en un restaurante del Soho y fue tirando como pudo, furioso, infeliz y helado hasta los huesos por el desengaño. Pero tuvo valor, ¿no

crees, Halmar? Meses y meses así. Hasta que un día leyó en un periódico australiano que su padre había sufrido un accidente… No, espera, no fue un accidente, fue un asalto. Estaba solo en la hacienda, ¿comprendes? Era un lugar aislado, y dos o tres bestias… –Se estremeció en el cálido y luminoso salón–. Halmar, lo dejaron tirado desangrándose, mientras su único hijo, a miles de kilómetros, en Inglaterra, iba de aquí para allá con platos de espaguetis, estofado y ensalada de ajo. A esa mujer, la que se lo llevó, la mataría. La mataría.

–Vamos, vamos, Lorna, te estás alterando demasiado. Es una historia triste, no lo niego, pero a estas alturas tendrías que estar curada de espanto después del trabajo con los refugiados. La señora Fogarty me ha dicho hoy que has hecho una labor extraordinaria; que no saben cómo se las habrían arreglado sin ti.

–Esto era distinto.

–Ya me imagino –dijo su marido con una risita–. Supongo que las historias de los refugiados son todas verdad; esa es la principal diferencia.

–Me lo tengo merecido –dijo Lorna en voz baja, con la mirada fija en el suelo.

Sir Halmar sintió una punzada de remordimiento. ¿Esa pulla era la única recompensa que le daba, cuando la flor y nata de Tarmouth lo había estado felicitando esa noche por su buena fortuna?

–Era una broma, Lorna; seguro que el pobre diablo decía la verdad. ¿Qué quería? Que le pagases el viaje de vuelta a Australia, supongo. No es poco, ¿eh? ¿Qué le has dado?

Nunca parecía darse cuenta de que no le daba dinero a su mujer y de que ella apenas disponía de recursos propios. Se veía a sí mismo

como un marido indulgente, y esa etiqueta lo tranquilizaba. Un marido indulgente significaba, como es lógico, una mujer mimada a la que se le daba cuanto pudiera desear. Y, cada vez que veía a Lorna y la oía expresar su mansa gratitud, reafirmaba esa imagen amable.

–Pero, Halmar, por supuesto que no le daría dinero a ninguna de esas personas, por mucho que crea su historia, lo cual no ocurre a menudo, ya lo sabes. Jamás haría algo contrario a tus principios. Por eso he dicho antes que me sentía tan feliz y tan segura: porque tengo a alguien que me dice qué hacer cuando me muestro indecisa, crédula y tonta.

Él le dijo que pecaba de modesta y le repitió algunos de los elogios que habían dicho de ella esa noche. Lorna, avergonzada, los apartó a un rincón con rápidos ademanes, como si los barriese con una escoba invisible.

–En cualquier caso, no quería dinero para el viaje de vuelta ni nada parecido. Había conseguido ahorrar lo suficiente; con las propinas, supongo. Siempre supo que algún día tendría que volver con su padre, así que fue juntando con férrea disciplina cada penique hasta que perdió el empleo hace unas semanas. La crisis. Y quizá no fuera tan bueno como los demás. Distraído. Me confesó que todo el tiempo que llevaba allí no había dejado de soñar con volver a empuñar un pincel y oler las pinturas en la paleta…

–Un olor horrible –fue el comentario de sir Halmar–. O sea que tenía el pasaje. ¿Y entonces?

–Pero le debía varias semanas de alquiler a la casera. Podría haberse marchado sin pagar, pero ella necesitaba el dinero y había sido amable con él y no se veía capaz. Hal, cielo, quiero que me

riñas. He sido débil y sensiblera, y a ti la sensiblería te saca de quicio, ¿verdad? Tendría que haberle dicho que no, sin rodeos, pero en vez de eso le dije: «Se lo consultaré a mi marido. Déjeme su dirección».

–Lorna, Lorna, eres incorregible. Céntrate en tus comités y deja que la señorita Soutar se ocupe de ese tipo de visitantes.

–Lo sé. Lo haré. Pero ¿maduraré algún día y aprenderé a gobernar la vida como tú, con mano firme desde el principio? Me avergüenzo de mí misma. Y ese pobre artista, ese pobre camarero, es quien lo pagará, porque le he dado esperanzas. Se llevará una decepción cada vez que llegue el correo y no le traiga nada. Por favor, Hal, ríñeme. Estoy atormentada; tengo una sensación de desamparo en el corazón.

–No puedo consentir que te consuman el remordimiento y el insomnio. ¿Cuánto necesita?

–Siete libras y catorce chelines –susurró Lorna.

–¿Y once peniques?

–¿Once peniques? No. ¿A qué vienen los once peniques?

Sir Halmar le dio unas palmaditas en el hombro y, deleitándose con el contacto de la piel cálida y satinada, cambió las palmadas por caricias.

–Se busca sentido del humor perdido. Se ruega a quien lo encuentre que lo devuelva a su propietaria en Beechcroft Manor, donde será debidamente recompensado. No, lo he dicho solo porque me ha llamado la atención la exactitud de la cifra. Siete libras y catorce chelines, ¿dices? No una cifra redonda, como cinco o diez libras.

–Veo que sigues sin creerlo. No lo hablemos más, Halmar. ¿A qué noticia se refería sir George cuando ha dicho que iba a hacerse público mañana? La verdad es que sir George no me cae muy bien, sea o no el alcalde. Es un engreído. «Debe usted saber, querida amiga –imitó su voz engolada–, que yo mismo he hecho mis incursiones en las artes.»

–¿Así que ha hecho sus incursiones? Pues ahora va a tener que hacer incursiones en su cartera, y de las que duelen, porque su hija Josie se ha prometido. Esa era la noticia.

–Me alegro muchísimo. ¿Con quién? Josie se merece a alguien bueno. Siempre la han ninguneado en casa. Ni su padre ni su madre se dan cuenta de la suerte que han tenido con una hija chapada a la antigua que no sale corriendo a buscarse la vida por su cuenta.

Su marido sabía que estaba pensando en la hija díscola que había salido huyendo en cuanto había atisbado un padrastro en el horizonte. «Mi pobre Lorna», pensó. Y empezó a quejarse en voz alta del enorme gasto que suponía un regalo de boda para Josephine.

–Es una costumbre bárbara. El jefe de la tribu vende a su hija, y todos tenemos que desfilar con generosas ofrendas en justa proporción al número de cabezas de ganado que tengamos en nuestra hacienda… –Pero la palabra «hacienda» era peligrosa esa noche, y se arrepintió de haberla empleado–. Mejor algo de plata, supongo. Un jarrón, una vajilla de té, un juego de aguamaniles.

Lorna, al verlo tan apurado, acudió al rescate con una inspiración.

–¡Un retrato de Josie! ¿Qué podría ser más original? Ya sabes que vamos a organizar una pequeña exposición de artistas refugiados en la Feria para que consigan encargos. Uno de ellos, Karl Leismann, es

un retratista de primera. O sea, en su país y en tiempos normales, habría cobrado… pues no sé, lo que cobran los grandes: cien libras, doscientas. Pero nos haría el de Josie por una cantidad simbólica, estoy segura, y dará gracias a Dios por el encargo. Y menuda publicidad para él que se exponga entre los regalos de boda… Seguro que los Branton hacen una recepción por todo lo alto. Parece cosa de la providencia –concluyó Lorna, casi sin aliento.

Su marido se entusiasmó:

–¡Caramba, qué aguda eres, Lorna! A George, que tantas veces ha presumido de mecenas, no le quedará más remedio que acoger la idea de que Josie pose para Leismann, aunque habría preferido algo de plata maciza. No hay nada que le guste más a George que ver gastar a los demás. Pero tu idea… Va a hacer que todos los demás regalos parezcan vulgares y anodinos. ¡Un retrato de la novia por el célebre Karl Leismann! Lorna –concluyó sir Halmar con entusiasmo–, es como si me hubieras metido veinte libras en el bolsillo.

Lo había dicho, y, aunque Lorna guardó silencio, con la cabeza ligeramente inclinada y una tenue sonrisa pensativa en los labios, como si se limitara a hacerse eco del regocijo de su marido, la palabra «bolsillo», al pronunciarla, lo golpeó como una pequeña corriente eléctrica que circulase del pensamiento de su mujer al suyo. «Bolsillo.» «Es como si me hubieras metido veinte libras en el bolsillo.» Y comprendió de inmediato que lo que tenía que hacer era sacar una parte de esas veinte libras, pongamos siete libras y catorce chelines, y dársela a Lorna para aquel mendigo cuya historia, verdadera o falsa, tanto había estimulado su imaginación. Y debía reconocer, aun sin el testimonio de ella, y ya se sabe lo mucho que se precian las mujeres de su instinto y esas cosas, que la historia

sonaba bastante verosímil tal como la contaba Lorna. Las circunstancias eran insólitas y llamativas, muy distintas de las habituales en esos relatos: el viejo padre adusto en su hacienda de ovejas, indulgente con su único hijo, que soñaba con ser artista. Y la mujer, una de esas arpías frías y diabólicas. Y el restaurante donde el muchacho iba y venía como una exhalación con los platos, mientras el aire siseaba, humeaba y se agitaba a su alrededor. Sí, podía ser verdad. Y, en cualquier caso, Lorna, alma compasiva, se atormentaba por haber sido débil y haberle dado esperanzas al hombre a sabiendas de que apenas tenía esperanzas que dar. Pero las mujeres eran todas sentimentales, no se les podía reprochar. La de veces que había tenido que sacar a alguna del lío en que se había metido por sentimentalismo y por hacer promesas que no podía cumplir. Y dárselas de Lady Bountiful también era una tentación. Aunque no era menos cierto que Lorna llevaba meses haciendo una labor espléndida y honrada en favor de causas perdidas. Todos lo habían dicho esa noche. Se encontraba de un humor excelente. Lorna. Presidía su mesa y le hacía honor. Todos los hombres lo envidiaban por tenerla. Vestía con distinción y elegancia. No lo importunaba pidiéndole dinero. Le hacía sentir que era un hombre sabio y fuerte. Si tenía algún defecto, aparte de su tendencia a la credulidad, que, a fin de cuentas, demostraba que era esencialmente femenina, quizá fuera cierta frialdad física; no tenía queja de su ternura; lo adoraba, lo admiraba, tenía una dulzura y una docilidad de carácter que convertían cada rendición a sus deseos en un acto de gracia conyugal que lo estremecía. No, era solo que algún hombre, probablemente su primer marido, del que casi nunca hablaba, debía de haber sido un bruto con ella, haberla asustado,

haberla indispuesto contra todo aquello. No dudaba de que, con el tiempo, lograría que se abandonase con más espontaneidad. Ya esa misma noche… Bastaba con mirarla: tenía la piel resplandeciente, y los ojos vivos como no los había visto desde… Sí, ahora que lo pensaba, le recordaba a su primer encuentro, cuando ella irrumpió en el despacho, una desconocida de voz ronca y ademán exaltado, para explicarle lo de la carta que no había escrito. Esta noche irradiaba la misma provocación sensual. ¿Qué la habría despertado? Daba igual. La embriagadora recompensa era para él y para nadie más.

–Hora de acostarse, querida. Mira, es más de la una. No voy a consentir que pases la noche en vela preocupándote por tu protegido australiano. Mándale el dinero por la mañana y santas pascuas. Toma, ocho libras. Cambia una y mañana me devuelves seis chelines.

–Sí, gracias, creo que eso es todo.

La señorita Soutar recogió un montón de cartas y papeles y se dispuso a salir del gabinete de Lorna. Pero esta, sentada al escritorio, la llamó.

–Espere un momento. Quiero que mande esto certificado.

Metió cinco billetes de una libra en un sobre, copió una dirección de su libreta: «Edmund Vincent Burgess –murmuró mientras escribía–, estafeta de Correos, Bath», y se lo entregó a la señorita Soutar.

–¿Puede enviarlo enseguida, si no está demasiado ocupada? No quiero que espere con el resto del correo. Es bastante urgente.

–Por supuesto, lady Barnard. ¿Fue bien la velada?

–De maravilla. Creo que fue la mejor que hemos dado.

–Sí, Alfred me ha dicho que sir Halmar estaba exultante esta mañana.

–Los hombres se preocupan mucho por las fiestas, ¿verdad? Más que nosotras. Ah, y, por cierto, póngase en contacto con Karl Leismann, la señora Parker tendrá su dirección. Dígale que venga a ver a sir Halmar esta tarde. Tenemos un encargo importante para él. Busque una hora en la que yo esté libre. Quiero estar presente; siempre es agradable ver a alguien recibir una buena noticia, ¿no le parece?

Cuando la señorita Soutar salió, Lorna se quedó jugueteando pensativa con un pequeño montón de dinero que tenía delante: dos billetes de una libra, uno de diez chelines y algunas monedas de plata. Tocó la campanilla y le dijo a Webster que le mandara a Susan.

–Susan, ¿has oído alguna vez un recitado que se llama «El entierro del jugador»?

–No es mi chiste favorito –contestó Susan, con cara larga–. Ya le dije que he tenido una mala racha.

–¿Cuándo es la próxima orgía de ruleta?

–Como le cuente a sir Halmar lo que le cuento a usted, ya no habrá más orgías. Webster ha dicho algo de esta noche. Ustedes van a salir, ¿verdad? Necesitamos relajarnos un poco después del tute de ayer.

–Bueno, pues aquí tienes un regalito para que apuestes. Seguro que te trae suerte, pero no digas que te lo he dado yo.

Le dio a Susan los dos billetes de una libra, el de diez chelines y dos florines, y dejó sobre el escritorio un par de medias coronas y un chelín.

–¡Atiza! –exclamó Susan–. ¡Dos libras y catorce chelines! Me caigo muerta. ¿Ha atracado un banco?

–No. Le hablé a sir Halmar del pobre hombre que vino a verme ayer, y me dio un poco más de lo que hacía falta. Acabo de mandarle las cinco libras que pidió.

Susan la miró con la sonrisa de respetuosa inquietud con que un pilluelo en una fiesta miraría a un mago especialmente hábil.

–¡Virgen Santa!

–No es para tanto –dijo Lorna, rechazando con modestia el elogio.

–Pero, vamos a ver… –Susan se fue recobrando poco a poco–. El tipo que vino ayer… Usted dijo que era un farsante. Intentó engañarla con un pasaje a Australia de hacía tres años.

–Sí, pobre muchacho. Pero habría sido de mala educación decírselo.

–Y, aun así, ¿le ha mandado cinco libras? Pero ¿por qué demonios no se las ha quedado?

Su señora contestó en un tono de fría escrupulosidad:

–Porque, mi querida Susan, no habría sido honrado.

IV



El telegrama de su madre decía: «Voy a ver a mis tesoros hoy a las cinco con ganas de dar la bienvenida a Jay a casa besos mamá». Lo había enviado desde la estación de Paddington.

–No quiero verla. –Jay temblaba como un animal enfermo con el pelaje mojado y erizado–. ¿Tengo que verla, Molly?

–Creo que a la larga será más fácil si lo afrontas, Jay. No tienes por qué estar sola. Yo estaré aquí.

Molly no vio razón para añadir más amargura a la condición de paria de Jay contándole que Lorna le había dicho a sir Halmar, al casarse con él, que solo tenía una hija; así que le resultó difícil responder al vehemente arrebato de Jay:

–¿Por qué dice «dar la bienvenida a Jay a casa»? No me dio la bienvenida. No estaba aquí. Salí hace dos días. Y mi casa, como ella la llama, tendría que ser Beechcroft Manor. Una madre como es debido me habría recogido y me habría llevado allí enseguida. ¿Por qué no lo hizo? No puedes pasarte a ver a tus hijas toda pomposa y condescendiente a la vuelta del dentista, y llamar a eso darme la bienvenida a casa, ¿verdad que no, Molly?

–Cuando se trata de nuestra madre, sí que puedes –contestó Molly.

Pero le alegró que Jay estuviera furiosa. Era una reacción más prometedora, al menos, que la desesperanza de tallo quebrado de antes. Al parecer, Jay aún reaccionaba con violencia, en un sentido u otro, a la voz de Lorna, incluso a distancia. Molly, en cambio, ya no sentía nada en absoluto por su madre. Todo su amor se repartía entre su hermana y Neil. Toda su amistad era para Shirley. Nunca podría olvidar la traición a Jay mientras cumplía condena. Para Molly, el cordón se cortó en ese momento. Hasta le hizo cierta gracia cuando vio entrar a Lorna: su porte, las pieles cayendo por los hombros, el confiado balanceo de los pendientes, todo venía a confirmar la profecía enfurruñada e infantil de Jay sobre lo «pomposa» y «condescendiente».

–Jay. Ay, Jay, mi pequeña. Mi adorada Jay.

Molly se quedó un poco desconcertada. Aunque la entrada de Lorna y sus exclamaciones entrecortadas fueran sobreactuadas, la formación teatral y el instinto de la muchacha le decían que su madre sentía cada una de aquellas palabras. Y se conmovió un poco, como por un eco lejano.

Pero Jay siguió acurrucada en el sillón, con el rostro petrificado y vuelto hacia otro lado; un hombro encogido como si no la estuvieran abrazando, como si estuviera revestida de cartón. Lorna, angustiada, se volvió hacia su otra hija en busca de auxilio:

–Molly.

–Hola, mamá. Estás estupenda. Me gustan esos zorros.

Lorna buscó un sitio en el que pudiera sentarse con una de sus hijas a cada lado. Pero la maniobra requería colaboración, y tuvo que renunciar y hacerlo de palabra.

–No me lo puedo creer –murmuró con aquella voz ronca y tierna que se le volvía aún más profunda y más ronca cuando se emocionaba de verdad, como sin duda le ocurría en ese momento–. No me puedo creer que estemos otra vez las tres juntas, como en nuestros tiempos más felices. ¿Os acordáis de Benares Lodge y de lo bien que lo pasábamos? ¿Te acuerdas de aquella espantosa cabeza de burro que te hice, Molly? Y ahora –dijo, sonriéndole con los labios temblorosos y los ojos empañados por lágrimas auténticas– eres la menos burra de las tres.

–Bueno, no sé –respondió Molly con educación–. A ti tampoco te ha ido nada mal; me enteré por Susan de que eres una figura destacada en todo tipo de obras de caridad, refugiados, comités y demás.

–¿Susan te escribe?

–De vez en cuando. No muy a menudo. Pero vino a verme hace un par de meses con un tal señor Webster.

La voz recatada de Molly no dejó traslucir la diversión que le procuraba ver cómo su madre se convertía de pronto en lady Barnard, una señorona disgustada con el mayordomo.

–Eso debió de ser cuando yo estaba en Gleneagles. Susan no tenía ningún derecho a plantarse en Londres con Webster sin contarme nada. Tendré que hablar con ella.

–Pobre Susan. No seas muy dura, mamá; es una criatura tan sensible, tan maltratada…

–¿Sigues tan bromista como siempre, ardillita? Jay, cielo, no te quedes ahí mirando por la ventana como si yo no estuviera. Ven a acurrucarte conmigo y no te preocupes de nada, mientras Molly y yo hablamos de las cosas bonitas que vamos a organizar para ti.

Un temblor sacudió el cuerpo de la muchacha, pero siguió mirando por la ventana como si no la hubiera oído, como si nada le concerniera, nada que tuviera que ver con la vida ni con cosas bonitas que se fueran a organizar.

–¿Está siempre así? –preguntó Lorna bajando la voz–. Molly, ¿qué podemos hacer? Se ha vuelto contra mí. Se ha vuelto contra su propia madre. Es terrible. ¿Qué culpa tengo yo de lo que ha pasado? ¿Qué le han hecho en ese sitio? Es como un pájaro herido golpeándose contra los barrotes. No lo soporto, Molly.

Eso era justo lo que Molly había temido. Con frialdad y un punto de desdén, sofocó la emoción creciente de Lorna.

–Por favor, madre, no te pongas melodramática. No hace ninguna falta. Si tienes algún plan para Jay, no hay razón para que no nos lo cuentes, pero ahora tienes tu propia vida, y yo puedo arreglármelas sola.

–No sabía que pudieras hacerme tanto daño.

–No era mi intención. Solo procuro que no se lo hagas tú a Jay.

–¡Como si fuera capaz! Hablas de mí como si fuera un monstruo. ¿Acaso Jay no es mi hija?

–¿Se lo dijiste a sir Halmar cuando te casaste con él? –le espetó Molly con dureza.

Lorna extendió las manos en un gesto de súplica que Molly recordaba demasiado bien.

–Pero, Molly, ¿cómo iba a decírselo entonces? No era el momento. Lo habría echado todo a perder. ¿Tan cría eres aún que no entiendes que vivimos en un mundo de hechos, de hechos crudos y materiales? Pensaba en vosotras dos tanto como en mí misma. En el futuro de Jay más que en su presente. En aquel momento no podía

hacer nada por ella. Pero más adelante… Además, me estaba haciendo demasiado vieja para trabajar. Estaba perdiendo el valor. No sabes lo que es seguir, seguir y seguir, y notar de repente que los pies empiezan a resbalar hacia el abismo. Estaba cansada. Agotada. Tantos años… y vuestro padre muriendo así. Y alguien tendría que ocuparse de Jay, quizá toda su vida. La responsabilidad me estaba aplastando. Y entonces se presentó esta oportunidad. Y la aproveché; mintiendo, si quieres llamarlo así, o al menos con medias verdades, por el bien futuro de Jay. Ahora…

Jay se volvió. Tenía la mirada menos vacía que antes. La repetición insistente de su nombre había calado en ella, y había escuchado, asombrada, el final de la defensa de Lorna.

–¿Mintiendo sobre qué? –preguntó despacio–. ¿Qué lo habría echado todo a perder? ¿Qué hacías por mi bien futuro?

–¡Maldita sea! –dijo Molly entre dientes. Tendría que haber protegido a Jay de esto, habida cuenta del estado de extrema sensibilidad en que se encontraba.

Pero Lorna habló con una dignidad recobrada que redujo a Molly a la categoría de colegial bienintencionada pero torpe:

–Molly, cariño, tienes que dejarnos a solas. Esto es entre Jay y su madre, y no puedo permitir que nadie, ni siquiera tú, desvirtúe lo que soy ante mi propia hija. Hay cosas que aún no puedes entender, ni siquiera recurriendo a la imaginación, cosa que ni siquiera has intentado. Puedes volver dentro de media hora.

Un grito repentino de Jay atravesó el aire entre las dos, afilado como una espada.

–No. No. No pienso quedarme a solas con ella. Molly, no. No puedes. No me dejes. Molly, no, ¡no! –Se derrumbó en un llanto

convulso e histérico.

Se abrió la puerta y entró Shirley.

Neil y Shirley se habían sumado con entusiasmo a la ardiente cruzada de Molly por devolver a Jay a la vida. Los dos sentían que era una tarea demasiado grande para dejar que la muchacha la afrontara sola. Si un amor inquebrantable y una determinación firme y tenaz hubieran bastado, a Molly le sobraba de ambas cosas. Pero, aunque no era ninguna tonta, era demasiado joven e impetuosa para darse cuenta al principio de que la catástrofe había destrozado a Jay mucho más allá de lo que una hermana menor podía reparar sin ayuda.

Jay había vivido en un reino etéreo y multicolor creado por su propia fantasía. Dos años de cruda realidad la habían dejado aturdida, recelosa de la bondad, desconfiada como un animalillo salvaje; se apartaba con desgana de cualquier placer delicado, por seductora que fuera la forma en que se le ofrecía, y decía: «Eso no tiene nada que ver conmigo». Se consideraba una marginada, pero esta vez sin atisbo de gallardía pintoresca: todo eso había desaparecido durante los interminables meses color hierro en Borstal. En cuanto al amor, ¿qué vínculo tenía ya con él? Molly tenía un prometido, Neil Inglefield, y Jay aceptó el nombre sin inmutarse, como lo aceptaba todo; aunque el hecho de que lo hubiera visto de niña grabado en una lápida en Montecarlo tendría que haberle revelado, aunque fuera en un atisbo fugaz, un mundo lleno de vueltas del destino extrañas y caprichosas. Su madre también tenía un marido que la amparaba y la protegía; su madre era lady Barnard, respetada e intocable. Jay era la única que no tenía a nadie; y no podría tenerlo nunca.

De vez en cuando pensaba en Toby; pero le habían sucedido cosas peores que perder a Toby como paladín y compañero de juegos. Casi lo había olvidado; un montículo gris de días sombríos se alzaba como una muralla entre ella y aquel verano irreal y cadencioso de flores, campanas y globos.

–No –le dijo Neil a Shirley, después de conocer a su futura cuñada–, nunca me caerá bien. Le ha causado demasiado sufrimiento a Molly. Pero la compadezco en el alma. Está hecha polvo, y en el fondo no fue culpa suya.

–Como si alguna vez algo fuera culpa de alguien, en el fondo –dijo Shirley.

–Nuestra pequeña Lorna. ¿Qué pasó cuando os visteis?

–Le dije: «Hola, Lorna», y ella dijo: «¡Shirley Dennison! Si un ángel se me hubiera aparecido y me hubiera susurrado: "Elige, de entre todas las personas del mundo, a la que más te gustaría ver aquí en tu puerta para charlar sobre los viejos tiempos", habría respondido: "Shirley Dennison"». Y después nos ocupamos de Jay, que estaba histérica; bueno, Molly y yo, porque no dejaba que su madre se le acercara. Y, antes de irse, Lorna me dijo: «Tienes que venir a pasar unos días conmigo, Shirley». Y yo le dije: «Será un placer». Nada más. Está casi guapa; ahora entiendo a qué se refiere la gente cuando habla de «tener presencia».

–Tratándose de Lorna, prefiero la ausencia.

–Qué chiste más fácil. Con Molly y Jay delante, claro, tenía las manos atadas; de lo contrario, le habría soltado unas cuantas frases bien escogidas. Tenemos que volcarnos todos con Jay, Neil. La chica está aterrorizada. No hay forma de acercarse a ella. Rechaza incluso a Molly. Tenemos que conseguir que se sienta normal otra vez,

reconectarla con el mundo de los vivos aunque sea a través de las cosas más frívolas. Molly se la lleva mañana a Alphonse para que le hagan un peinado a la última moda.

–¿Hay una moda nueva? Tu cabeza sigue pareciendo una bola de billar negra con un ala blanca a cada lado. Muy vistoso, pero un poco intimidante.

–Es para disimular mi carácter blando y nada intimidante. Sería buena idea que organizaras una salida al teatro, Neil. Busca a otros dos hombres que no metan la pata demasiado, uno para ella y otro para mí…

–Y té para dos y dos para el té[120] –la interrumpió Neil con desenfado–. ¿Qué tipo de hombres?

–Hombres simpáticos. Sensibles. De conversación fácil. Caballeros que las prefieran rubias[121]. Y Molly puede unirse a nosotros para cenar después. Y una flota entera de coches de la Neptune. Frac y pajarita blanca, el brillo del satén y el vuelo del chiffon…

–¡Caray! –exclamó Neil–. ¿A qué viene tanto rollo folletinesco?

–Es lo que Jay necesita. ¿Le has mandado flores?

–Todos los santos días –dijo Neil–. Molly se encargó de eso. Sus habitaciones parecen las de una estrella de cine recién llegada de Hollywood.

–¿Ha dicho algo?

–Sí, claro. Dijo: «Gracias, señor Inglefield», con una vocecita plana y monótona. Alguna vez debió de tener una voz dulce. Así que le dije: «Creo que podrías llamarme Neil». Y ella contestó: «Gracias, Neil», con la misma voz apagada. Pero me ha vigilado con el rabillo del ojo para asegurarse de que no iba a pegarle, así que supongo

que podría interpretarse como una muestra de interés por un semejante.

–Pero, Neil, no me estarás diciendo que allí…

–No, no es parte del sistema. Pero, Shirley, querida, intenta imaginarte cómo eran las compañeras que tenía allí. Algunas, al menos. Puedes apostar lo que quieras a que no eran criaturas exquisitas con alma de azucena. Esa chica ha sufrido mucho, y dudo que la cures con un aluvión de vestidos nuevos, medias de seda y lencería vaporosa.

Shirley sonrió con pesar.

–La hemos llevado a Chez Simone, y entre todas, Molly, yo y la *vendeuse*[122], hemos intentado que dijera qué colores creía que le sentaban mejor. Era como intentar insuflar vida a una ahogada.

–Ahogada. Sí, es una criatura frágil, sin una pizca de la entereza de Molly. Y, como ya he dicho, se siente desnuda y expuesta a todos los vientos. En fin, adelante y buena suerte. Yo haré mi parte; cuanto antes consigamos que vuelva a estar cuerda y entera, antes vendrá Molly conmigo. No soporto esperar, y no me queda más remedio.

–Neil el paciente –se burló Shirley.

Molly se había propuesto no dejarse vencer por la desesperación; pero los días pasaban, y Jay seguía mirando cualquier placer con ojos apagados o asustados; seguía rehuyendo el cariño desbordante de su hermana. Para colmo, un Poltergeist travieso parecía sabotear una y otra vez los esfuerzos de Molly, Shirley y Neil, haciendo que uno de los jóvenes encantadores que Neil había buscado para la noche de teatro se pusiera a contar, casi sin preámbulos, un incidente de los tribunales de menores, y que el otro le preguntara a

Jay si conocía Southampton y el New Forest. Si iban al cine, casi se oía la risita del Poltergeist cuando proyectaban un avance en la pantalla: «La semana que viene, la sobrecogedora epopeya *El reformatorio*», algo que ni Molly ni Shirley, por mucho cuidado que hubieran puesto al elegir la película, habrían podido prever. Hasta el mendigo de la calle, que intentaba venderles cordones, gemelos y botones, se ponía a gimotear contando que había estado en la cárcel y que era *mu* duro *pa* un hombre intentar enmendarse porque *to* el mundo quería hundirlo y no le daban ninguna *oportunidá d'olvidar*…

Shirley, pensando que quizá las medidas desesperadamente absurdas triunfasen donde las sensatas habían fracasado, le dijo a Molly que llevase a Jay a una adivina con el pretexto de que ella misma quería consultar a madame Grania. Y la exuberante dama celta, de quien se decía que nunca fallaba en su desfile de acontecimientos futuros, tan vistoso como un cortejo de pavos reales, en esta ocasión, nada más ver las cartas de Jay, lanzó un agudo lamento celta y vio un gran edificio gris con ventanas enrejadas.

–Y ¿sería del pasado, o del futuro? ¡Bah!, ¿qué más da? El tiempo no existe, hija mía; el pasado y el futuro son lo mismo… Y te veo cruzando el agua y yéndote muy lejos, muy lejos de la tierra donde naciste… Aquí hay una mujer que no es ni morena ni rubia, sino de color indefinido, con pieles oscuras resbalándole por el hombro… Sí, cielo, va a visitarte esta noche… mañana… ayer…

Finalmente, una noche en que Shirley no estaba disponible, Molly, como no quería dejar a Jay sola, se la llevó a pasar la velada en su camerino, donde, en el ambiente desenfadado de los bastidores, se desprendió por una vez de su apatía y se lanzó, con tono animado y

desafiante, a hablar de su pasado con un grupo de chicas que se quedaron de piedra. Y luego, a la joven actriz que compartía camerino con Molly fue a buscarla su novio, y, al presentarlo, por intervención del Poltergeist, le dijo a Jay con tono despreocupado:

–Llámalo Toby; su verdadero nombre es un trabalenguas.

–Me llaman Toby porque soy un perro fiel –añadió el joven–. ¿A que es imposible imaginar un Toby que no sea fiel?[123]

V



Alfred opinaba que aquello había que atajarlo de inmediato. Y con firmeza. «Aquello» era una carta dirigida a «Sir Halmar Barnard, Bart.[124]» (título que no poseía), con una caligrafía tosca sobre papel barato, con matasellos de Tarmouth y sin firma.

A Sir Halmar Barnard, Bart.

Estimado señor:

Mire, hay una cosa que tendría que saber. Su mujer, a la que tanto adora, tiene una hija que acaba de salir de la cárcel. Lo llamaron *defalco*, pero la gente decente lo llama robar. Bien que se cuidó de no contárselo, ¿eh? Le dijo que solo tenía una hija, la del teatro. Pues tiene dos, y una ha echado unos añitos a la sombra. Dios, me parto de risa pensando en lo primo que ha sido usted. Le han tomado el pelo desde el principio, y va por ahí tan ufano como si le hubieran dado a guardar las joyas de la corona. Un primo de tomo y lomo. Cualquiera pensaría que a su edad ya habría aprendido a no fiarse de una mujer que le viene con un cuento. Yo hablo claro y voy con la verdad por delante. Esta carta no pretende hacer daño. Es para que abra los ojos de una vez. ¿Estamos?

«Repugnante –pensó Alfred–, sencillamente repugnante.» Le hervía la cara de caballerosa indignación, porque apreciaba y respetaba a lady Barnard; se llevaban de maravilla; a veces incluso bromeaban juntos sobre las cosas que sir Halmar olvidaba, o descuidaba adrede y fingía que no existían, con la esperanza de que también Alfred las

olvidase y lo dejara tranquilo. Sin embargo, en algunas ocasiones, cuando no estaban de broma, Alfred observaba perplejo cómo los ojos de lady Barnard se replegaban hacia una lejanía abstracta. Como si guardase una pena secreta de su pasado, pensaba. Porque la pena de lady Barnard no podía tener relación alguna con su próspero presente ni con su feliz matrimonio.

Pero al recordar ahora aquel repliegue de sus ojos, Alfred sintió la primera punzada de incertidumbre con respecto a la carta infame. ¿Una pena secreta del pasado? ¿Podía tratarse de una hija en la cárcel? Y, de ser así, ¿serviría mejor a sir Halmar y a lady Barnard enseñando la carta o destruyéndola? Tenía plena autoridad para romperla si quería. La correspondencia de sir Halmar, salvo cuando era claramente personal, era asunto exclusivo de Alfred, y podía gestionarla como su criterio y experiencia le dictasen.

Cartas anónimas. Cosas horribles y ponzoñosas. Y esta, como casi todas, tenía ese trasfondo de bilis apenas velado por la afectación de un deseo sincero del autor de que todos los implicados fuesen tan honrados e íntegros como él. O ella, rectificó Alfred, hecho un lío y con el ánimo por los suelos. Volvió a leer aquellos garabatos, y el sentido común acudió en su auxilio. Al fin y al cabo, lady Barnard era una *grande dame* de los pies a la cabeza. ¿Era verosímil que tuviese una hija cumpliendo condena por desfalco?

–Y, aun suponiendo que le hubiera sucedido una tragedia tan descabellada –se dijo Alfred en voz alta–, ¿se habría casado con sir Halmar tan tranquila, sin decir nada? E ¿incluso le habría dicho que solo tenía una hija, y habría traído a esa hija a cenar? Una chica muy atractiva, dicho sea de paso, pero absurdamente hostil con su

padrastro. Celos, quizá; ahora que lo pienso, no ha vuelto a aparecer.

Pues bien, una vez aclarado esto, ¿había motivos para preocuparse? Ninguno. Ninguno en absoluto. Ni el más mínimo. Lo mejor, por lo tanto, era enseñarle la carta a sir Halmar, descubrir al remitente anónimo y actuar contra él, o ella, con la mayor severidad. Sin duda se trataba de un enemigo político. No, eso era improbable, pues, aunque solo había una falta de ortografía, el tono y la redacción delataban que procedía de lo que Alfred llamaba «las clases bajas». Una criada que guardara rencor a lady Barnard.

Acarició la idea de enseñársela a la doncella personal de lady Barnard. Quizá aportase alguna pista. Pero era preferible llevársela directamente a sir Halmar. Susan Orris tenía la lengua muy suelta. No se ajustaba en absoluto a la idea que Alfred tenía de una doncella, que era la de una mujer discreta, silenciosa y de intachable distinción. El único defecto que le encontraba a lady Barnard, si es que se le podía encontrar alguno, era que le consentía a la tal Susan demasiadas familiaridades, demasiada libertad para expresarse. Una doncella no debía ser vivaracha ni descarada, ni tener una mirada tan insolente. Una vez le preguntó a Webster cómo se estaba adaptando la doncella de lady Barnard a Beechcroft Manor. «Vivir en el campo le resultará extraño, supongo.» Pero Webster, para sorpresa y disgusto de Alfred, en vez de dejar caer unas cuantas opiniones desfavorables y bien meditadas, se mostró casi entusiasta con Susan, y poco le faltó para decir que era el alma de la sala de servicio.

Cuando las cavilaciones de Alfred habían llegado a un punto de cierta irritación, entró sir Halmar en el despacho para empezar con

el trabajo de la mañana.

–¿Algo especial, Alfred?

Sin darse tiempo a perder confianza en la decisión que había tomado, Alfred respondió con voz animada:

–Solo esto, sir Halmar. He pensado que sería mejor que lo viera, por si quiere que tomemos medidas para descubrir y castigar al remitente. Anónimos envenenados. Es un escándalo. Se extienden por todo el país como una plaga.

Siguió hablando con nerviosismo de anónimos envenenados, mientras sir Halmar leía lo que no podía ser, pensó Alfred, un plato de gusto, por infundado que fuera lo que se decía.

Sir Halmar prorrumpió en exclamaciones de furia y desprecio. Repitió varias veces: «No voy a consentirlo». Dijo que no descansaría hasta haber desenmascarado al autor de aquel mensaje escandaloso y haberlo entregado a la justicia. Alfred y él especularon sobre si podía haber motivaciones políticas. Al cabo concluyeron que el motivo de fondo era la inquina personal: el deseo de hacer daño, de meter cizaña, de destruir la felicidad, de prender fuego al hogar.

Al principio, sir Halmar no parecía dudar de que el dardo iba dirigido contra él. Pero cuando Alfred, con mucho tacto, pues en ese momento sentía por sir Halmar un afecto casi maternal, planteó la teoría de que podría haberla escrito un enemigo de Lorna, quizá una criada a la que hubiera despedido y que buscara vengarse de la forma más rastrera, sir Halmar reconoció que no era nada descabellado. Pero ¿por qué inventar una historia tan ridícula que podía desmentirse en dos minutos?

–Quizá la alimaña esperaba sembrar en usted una sospecha, sir Halmar, que ni siquiera las negativas de lady Barnard consiguieran

erradicar del todo.

–Pues menuda alimaña más idiota. Sospechar de Lorna, ¡válgame Dios! –Sir Halmar se acercó a grandes pasos a la chimenea, tocó el timbre y le dijo a Webster que preguntase a lady Barnard si tendría la bondad de ir al despacho un momento–. Y dígale que no hay ningún motivo de alarma –añadió a voces cuando el mayordomo ya se marchaba.

No iba a consentir que Lorna pensara, ni por la más fugaz fracción de un segundo, que él podía dar crédito a un vulgar anónimo dirigido contra ella.

Sonrió embelesado al recordar su primer encuentro, cuando Lorna, acosada por la vida y huyendo del pánico, se había puesto al amparo de su sabiduría y experiencia. Nunca la había defraudado, nunca, y no iba a defraudarla ahora. Le dijo a Alfred unas palabras sobre cómo el amor perfecto inspira una confianza perfecta.

Entró Lorna. Sir Halmar la recibió cogiéndole la mano. Después le indicó a Alfred que se marchara, pero que dejara la carta. Le pareció que Lorna estaba pálida y majestuosa, como si presintiera que iba a ser juzgada; quizá su expresión la había asustado. Se apresuró a tranquilizarla, antes incluso de explicarle el motivo, asegurándole que la severidad y la indignación no iban dirigidas contra ella: era ahora y sería siempre el objeto de su amor, su respeto y su protección.

Tras lo cual, con sumo cuidado, no fuera a estallarle en las manos, le dio la carta para que la leyera.

Los ojos de Lorna buscaron la firma antes de empezar a leer.

–Anónima. Ay, Halmar, qué… ¡qué degradante!

Apenas le dio tiempo a terminarla antes de que sir Halmar la interrumpiera:

–Escúchame, querida, lo que tienes que entender ahora mismo, por mi bien mucho más que por el tuyo, es que no se me ha ocurrido pensar ni por un momento, como habría hecho un marido más necio o con una mujer más necia, que haya ahí un ápice de verdad. La cuestión ni se plantea. Lo que me temo que vayas a decir es: si te quiero con tanto orgullo y confío en ti sin reservas, ¿por qué he tenido que angustiarte enseñándote esa carta? ¿Por qué no la he tirado al fuego, como habría hecho con cualquier otra inmundicia que encontrase en mi despacho? Sí, lo tienes en la punta de la lengua. Pero no lo digas hasta que hayas oído mis razones. Tú y yo, amor mío, somos ciudadanos. Como particulares, podríamos quemar el anónimo y olvidar que alguna vez trajo un rastro de cieno a nuestro hogar; pero, como ciudadanos, tenemos el deber de no olvidarlo hasta haber seguido la pista y castigado al autor. La felicidad de otros, quizá más precaria que la nuestra, también está en juego. Una pluma envenenada nunca se conforma con la primera carta. Ya está. Tenía que decirlo antes de nada para que no me lo reprocharas. Y ahora, ¿tienes alguna idea de qué enemigo ha podido inventarse esto? La bondad pura a menudo se granjea enemigos, ya lo sabes. ¿Podría haber alguien en algún rincón del pasado a quien hayas olvidado y que quiera hacerte daño?

Por fin se calló. Lorna nunca intentaba hablar hasta estar del todo segura de que él no iba a seguir. Negó gravemente con la cabeza; los pendientes se balancearon.

–No tengo ni idea de quién ha podido escribirla. ¿Cuál es el matasellos? ¿Tarmouth? No entiendo cómo alguien en Tarmouth se

ha enterado de lo de Jay…

–¿Jay?

Se volvió hacia él. No le temblaron ni la mirada ni la voz.

–Es verdad, Halmar. Tengo dos hijas, no una. Y Jay estaba cumpliendo condena por desfalco cuando nos conocimos. No me atreví a decírtelo. Pensé que lo estropearía todo. Pensé que te perdería. Ahora alguien que me odia te ha escrito la verdad, y no voy a mentir. No me gustaba mentir sobre mi pobre Jay…

La voz se le quebró en un sollozo. Pero su marido solo acertó a mirarla con estupor y a repetir, aturdido, alguna de las palabras que acababa de oír:

–¿Dos hijas? ¿Mentiste? ¿Cumpliendo condena por desfalco cuando te conocí?

Lorna inclinó el largo y esbelto cuello, pero guardó silencio, esperando a que él asimilara la noticia; esperando el trueno, el terremoto, los relámpagos y el maremoto, todas esas metáforas con las que al hombre le gusta presentar su cólera como algo jupiterino, señorial y catastrófico, en vez de como un quejumbroso sentimiento de agravio que busca a tientas una expresión grandilocuente. Llevaba un fular de gasa color vino enrollado al cuello y cayendo en pliegues largos y elegantes. El color vino le sentaba ahora, con aquella nueva y suntuosa dignidad que había adquirido, mejor que los vaporosos estampados de flores con los que antes buscaba dar una impresión de afectada delicadeza.

–¡Lorna! –tronó sir Halmar, empezando a encontrar los registros más profundos de su pecho–. ¿Me estás diciendo que este libelo infernal es cierto?

–Sí, Halmar, es todo verdad. Lo siento.

–¿Tienes otra hija? ¿Tienes dos hijas, no una, como yo creía? ¿Como tú me dijiste?

–Sí, Halmar.

–Y ¿esta… esta infamia de que ha estado en la cárcel por desfalco… también es verdad?

–Fue culpa mía. Era muy joven cuando se fue de casa, solo tenía dieciocho años; aún no los había cumplido. Y quizá la malcrié; quizá la eduqué para que esperase demasiado de la vida. Era tan alegre, tan cariñosa… Costaba mucho no malcriarla. Tendría que haberle hablado más de la realidad. Creía que todo el mundo la querría, que todo le caería del cielo. Bastaba con oír su risa, era…

–No me hables de ella. –Los registros del pecho habían llegado al bramido; sir Halmar estaba herido, pero se erguía imponente–. Esto es entre tú y yo, entre marido y mujer. –En ese momento se quebró; no del todo, pero un poco–: Lorna, si me hubieras dicho la verdad entonces… ¿No confiabas en que yo dijera: «Trae a la niña aquí cuando cumpla su castigo. Haré lo que pueda por ella y le daré una segunda oportunidad»? O incluso ahora, dos años después, a pesar de haberme mentido; incluso ahora, si lo hubiera sabido no de esta forma, sino directamente de tus labios…

–Sí –dijo Lorna en voz baja–. Lo sé.

–Pero enterarme así… –Arrugó la hoja y la tiró a la chimenea. Para su decepción, el papel cayó lejos del fuego. Necesitaba una llamarada acorde con su estado de ánimo–. Dejar que me entere así… Convertirme en el hazmerreír de quien sea capaz de escribir semejante papelucho… Dios mío, no puedo perdonarte.

Lorna se sentó y cogió un cigarrillo. Invitó a su marido a que se sentara también. Tenía algo que decirle, algo importante. Pero su

actitud era tan relajada que casi parecía que estuvieran teniendo una charla informal. Y sir Halmar, creyendo con razón que era él quien tenía algo importante que decirle a ella, y de que la inversión de papeles era un tanto impertinente, se negó a acomodarse ni en un sillón ni en la situación. La pulla del anónimo, ahora que resultaba fundada, le quemaba por dentro: «Un primo de tomo y lomo». Era cierto; le habían tomado por primo. Y nada menos que Lorna, su adorada y perfecta mujer. Y ahí la tenía, pidiéndole que se sentara. Irguiendo su cuerpo fornido y, según él confiaba, imponente, se negó a sentarse. Se plantó en la alfombra, de espaldas al crepitante fuego de leña, y paseó el ceño fruncido por los espaciosos rincones del salón. Que mirase todo lo que le había dado. Que lo mirase bien. Y ¿qué había hecho ella por él? Dar pábulo a anónimos. Desde luego, tendría que moverse por la casa sin su perdón hasta mucho después de Navidad. En abril, quizá, si se mostraba sinceramente arrepentida, y cuando en primavera los tiernos brotes de las hayas…

–Tengo que irme, Halmar.

–¿Ah, sí? –dijo él, cortante–. Bueno, quizá sea lo mejor durante tres o cuatro semanas, hasta que…

–Para siempre.

Arrancado de cuajo de su pose de dignidad herida, sir Halmar solo atinó a repetir con estupor:

–¿Para siempre?

Eso no era ni mucho menos lo que él pretendía.

–Lo siento, Halmar. Has sido muy bueno conmigo. Me has dado muchísimo. Pero que sepas lo de Jay me ha ayudado a decidirme. Tengo que estar con mi pobre niña, ahora y siempre. Me necesita.

Tú eres fuerte y puedes arreglártelas sin tu mujer. Pero Jay necesita desesperadamente a su madre.

Pero sir Halmar nunca había visto *Cándida*[125], y, aunque la hubiera visto, el razonamiento no le habría convencido.

–No es que te hayas preocupado mucho por ella todo este tiempo –estalló–. ¡Santo cielo!, si eso es lo que sentías, ¿por qué solo reconociste a una hija cuando te casaste conmigo?

–Porque caí en la tentación. Eras tan generoso, Hal, tan protector, tan sabio… De repente, caído del cielo, me ofreciste un trono en ese mismo cielo. Lo que había deseado toda mi vida y nunca había tenido: un hombre al que admirar. Un hombre más fuerte, mucho más fuerte que yo. No me atreví a correr el riesgo de perderte. Ahora tengo que expiar mi culpa. Jay es delicada, infeliz y rebelde. Aborrece el mundo. Yo soñaba con que alguien me protegiera, pero, ya ves, no era mi destino. Soy yo quien tiene que cuidar de Jay.

A sir Halmar le asaltaron diversas emociones mientras escuchaba este discurso; pero la principal, y el pensamiento que dominó a los demás, fue: «No pasa nada. No lo cumplirá. Aquí está su vida, lujosa y resguardada; aquí, presidiendo mi mesa, admirada por todos. Dice que la cría es débil, pero ella tampoco es ningún roble. Es una mujer, al fin y al cabo. Esto no es más que sentimentalismo maternal. Dejemos que se le pase. No durará ni seis meses».

–Tiene a su hermana para cuidar de ella, ¿no? –dijo.

Lorna le lanzó una mirada rápida, tratando de adivinar qué lo había llevado de pronto a aquel estado de calma complaciente. A continuación, volviéndose hacia la ventana de delante de la chimenea, esbozó una sonrisa fugaz y secreta: castaños enormes y encarnados se mecían con el viento y la lluvia en el parque;

castaños orgullosos y espléndidos a pesar de estar a punto de perder las últimas hojas. Tal vez pensara que se parecían mucho a ciertos hombres orgullosos y espléndidos; hombres altos y de piel rojiza.

–¿Molly? Sí. Jay está con ella ahora, pero eso no puede durar. Molly es la menor y, como pudiste comprobar, no muy estable. Adora a Jay, pero no puede hacer nada por ella. Yo, en cambio, puedo hacerlo todo. Además, Molly va a casarse dentro de poco, y ¿qué será de Jay entonces?

Ajá, caviló sir Halmar, ¿así que por ahí van los tiros? Aunque era curioso que Lorna, su adorado tesoro, se hubiera convertido en la última hora en una enemiga con planes estratégicos de avance y retirada. De eso se trata: no pensaba contarme lo de la otra hija hasta que he recibido la carta, y ahora está maniobrando para que la invite a vivir aquí con nosotros. Piensa que, con tal de no perderla a ella…

Pues no, señora mía, no. Resulta que tengo mucha experiencia con las mujeres y sus artimañas. Creí que era distinta de las demás, pero no pueden evitarlo, son taimadas por naturaleza. He sido un necio…

Pero sus pensamientos se detuvieron y no quisieron seguir por ese camino, porque se parecía demasiado a las frases de la carta que lo había dejado sin habla. Permitió, en cambio, que se adelantaran hasta el dichoso momento en que Lorna, a quien seguía queriendo y admirando con devoción, volvería junto a él purgada de aquellas pamplinas altisonantes sobre el débil y el fuerte, la responsabilidad y la expiación, y quién la necesitaba más. Como si fuera una especie de competición absurda (no había visto *Cándida).* Sí, podría haberle

permitido traer a su hija descarriada a vivir con ellos si hubiera sido sincera desde el principio, si le hubiera ahorrado la humillación de enterarse de una forma tan desagradable. Las mujeres no entendían de psicología. Él no era de los que se dejan insultar y después convencer y ablandar con zalamerías femeninas y lagrimitas compungidas para acabar haciendo invitaciones que bien podría haber hecho por iniciativa propia si le hubieran dado la oportunidad. No, señora mía, no.

Miró a Lorna, que seguía contemplando con gesto pensativo los árboles y el parque. ¿En qué estaría pensando? ¿En que echaría de menos aquel parque? ¿En que le dolería perderlo, con todo lo que iba aparejado? Daba igual. El año que viene sería más feliz para los dos; la próxima primavera. En cuanto a la chica, que se fuera a vivir con su hermana casada. Les vendría bien a todas.

Susan se quedó de piedra cuando, convocada al dormitorio de su señora por un timbrazo mucho más insistente y prolongado de lo habitual, se encontró con una Lorna de ojos risueños y excitados y mejillas encendidas que ya estaba lanzando los vestidos del armario a la cama como si fueran ramos de flores en un carnaval.

–Que me suban todos los baúles y maletas. Hay que hacer el equipaje enseguida. Nos vamos.

–¿Nos vamos? –repitió Susan, espantada.

Lorna se lo contó en un torrente de palabras alegres. Susan no recordaba haberla visto nunca con el ánimo tan al descubierto.

«¡Virgen Santa! Si no supiera que aborrece el alcohol, diría que va como una cuba. Aunque esta es de las que se emborrachan con sus propios planes.» Susan sentía la admiración y el divertido desapego de quien asiste a un buen espectáculo: «Ay, señor, con ella nunca se

sabe, pero esta es la más gorda que me ha hecho. Mira que tirar todo esto por la borda, después de lo que le costó conseguirlo. Aunque, bien mirado, ¿de qué le sirve? Cuando una se muere de aburrimiento, no hay alfombras ni mesas ni champán que valgan. Además, está Jay».

Susan reflexionó sobre Jay. «Le vendrá bien tener a su madre; es como ella. Y también le vendrá bien a Molly, así podrá casarse.»

Pensando a marchas forzadas, obedeció las órdenes y empezó a hacer el equipaje, mientras Lorna parloteaba sin parar: eran libres para la aventura y los nuevos encuentros; no volverían a aburrirse nunca; se iban a América…

–Oiga. Espere un momento. Cuando dice «nos vamos», ¿a cuántas se refiere?

Por un instante, el ímpetu de Lorna se frenó. Miró con gesto sorprendido la espalda de Susan, inclinada sobre el baúl; pero enseguida se echó a reír otra vez.

–Bueno, no a la vieja cuadrilla. Esta vez tenemos que dejar a Molly. Molly ya no es nuestra; pertenece al chico enemigo. Pero, en fin, cada una ha de ser feliz por su propio camino.

–No estaba pensando en Molly. Estaba pensando en mí. Lo siento.

–¿Cómo que lo sientes?

–Yo no voy.

Supo, sin necesidad de darse la vuelta, que la reacción principal de Lorna no era consternación ni miedo a la soledad, sino la sorpresa y el fastidio de quien había contado, como cosa natural, con la buena de Susan en el papel de Sancho Panza, con su tosca pero entrañable fidelidad; suspirando un poco; incluso compadeciéndose de sí misma; un lastre, al fin y al cabo: tres bocas

que alimentar en vez de dos, en una existencia nueva y ardua en un país nuevo y arduo.

La prueba de que Susan había acertado fue la nota gélida en la voz de su señora al preguntar:

–¿Así que piensas quedarte aquí sin mí, con sir Halmar?

–Sí y no –respondió Susan con viveza–. Verá, estoy en tratos con Webster, y aún no sabemos si nos iremos o nos quedaremos. Espero que nos quedemos. Su marido siempre me ha tratado bien, y me gustan el clima, la casa y los otros criados. Es todo bastante cómodo, sin demasiados humos ni aires de grandeza.

–Me alegro mucho –dijo Lorna, sonriendo–. Es una suerte que Beechcroft Manor sea tan de tu agrado. Me parece muy bien.

–De nada sirve enfadarse. Ya conoce el refrán: «Quien hizo la cama, que se acueste en ella». La gente siempre piensa que se refiere a una cama mala y una mala noche, pero a veces es al revés. Esta vez, por ejemplo; para mí, al menos.

Lady Barnard, a punto de renunciar al sibarítico entorno en el que Susan se había instalado con un contoneo de puro placer, permitió que un leve malhumor se le escapara entre las felicitaciones:

–No me habría imaginado que Webster fuera tu tipo. Siempre me ha parecido un poco severo y melancólico. Pero quizá…

–Severo un cuerno, y melancólico mis narices. Usted es lady Barnard, la señora de la casa; solo ha conocido su lado de mayordomo. Es un hombre estupendo. Nos entendemos de maravilla. Fue esa dichosa ruleta suya –dijo Susan con un suspiro y mirada soñadora– la que nos unió. Ahora me dice que lo llevaba rumiando desde hacía tiempo. En fin, ya no soy ninguna niña, y, si quiero pescar un buen marido, es ahora o nunca.

No pudo resistir la tentación de soltarle a su señora esa pequeña pulla. A Lorna se le notaba el desconcierto al ver que, al calor de su matrimonio con sir Halmar, su criada y compañera de tantos años se hubiera labrado un porvenir tan excelente.

Pero enseguida recobró el buen humor; se rió y reconoció que había esperado un acto de fidelidad eterna y que había sido una tonta al esperarlo. Besó a Susan con sincero cariño y le deseó buena suerte.

–Lo que no entiendo –dijo Susan, parpadeando con fuerza y con su voz más arisca– es a qué viene tanta alegría. ¿Le va a dar él un buen pico para costearle la huida?

–No voy a aceptar ni un penique. Ni uno. Ya viví una vez de mi modesta renta y puedo volver a hacerlo. Soy orgullosa, Susan, soy orgullosa.

–Primera noticia. Y ¿cómo piensa llegar a esa América suya?

–Pues mira, resulta que tengo un pequeño capital; cien libras; tendría que bastar para dos pasajes de segunda. –Y añadió con recato, saboreando una broma que no podía confiarle ni siquiera a Susan–: Al final la pobre señorita Gardiner no las necesitó.

–¿Cómo dice?

–Nada. Ay, Susan, Susan, piensa en lo que va a ser tener a Jay conmigo todo el tiempo. Todo el tiempo, a partir de ahora. Sin nadie ni nada que nos separe. Suena demasiado bonito para ser verdad. Ya no me dará la espalda, ahora que mi vida entera es suya. Mi pobre niña, a la que encerraron y atormentaron. La haré feliz a pesar de todos ellos. Ahora tiene una madre.

–Que yo sepa, la ha tenido dieciocho años, y no es que le haya servido de mucho.

–Jay no se metió en líos hasta que se fue de casa. No tendría que haberlo permitido.

–Dios, ¡cuánto la voy a echar de menos! –exclamó Susan, sin motivo aparente.

VI



En cuanto Molly entró en el dormitorio y vio a Jay, supo que algo había cambiado en su ausencia. Normalmente, cuando la hermana pequeña volvía después de la función, Jay estaba hecha un ovillo con las mantas subidas hasta el cuello, fingiendo dormir; fingiendo con demasiado empeño, porque siempre había algo forzado en la actuación: ni siquiera para engañar a Molly era capaz de relajarse. Pero esa noche Jay estaba sentada en la cama abrazándose las rodillas, con un brillo ahumado en los ojos y la boca curvada en una sonrisa mitad recatada, mitad enigmática.

–¡Jay! –exclamó Molly, feliz al verla así.

–Ha venido mamá –dijo Jay.

–¡Ah! –Molly empezó a quitarse la ropa con aire despreocupado.

Se recordó que Lorna estaba ya muy lejos de la vida de Jay, en un mundo propio; nada podía hacer desde tan lejos; la última vez que se había presentado, se había mostrado tan distante como Selene inclinándose a besar a Endimión[126], y, lejos de tener que luchar contra su influencia, Jay la había rechazado con resentimiento. Sin embargo, el aire arrobado con que su hermana había dicho «Ha venido mamá» le provocó un leve escalofrío premonitorio. ¿Por qué había cambiado tanto el humor de Jay?

–¿Qué te ha dicho? ¿Ha venido con él?

Se le ocurrió que quizá su madre se hubiera atrevido por fin a revelarle a su marido la existencia de Jay, lo que podría explicar el fervor con que esta había dicho: «Ha venido mamá».

–Ay, Molly, qué feliz estoy. A salvo y feliz, por fin. No te imaginas lo que se siente al saber que ella va a estar siempre ahí para cuidarme.

«Conque eso era –pensó Molly–. Bueno.» El corazón se le aligeró de nuevo. Jay presentada en sociedad como hija de lady Barnard, recién llegada de un internado para señoritas en el extranjero, quizá; Jay sirviendo tazas de té con timidez y elegancia en el salón de los Barnard; Jay de cacería; sir Halmar organizando un baile en honor de Jay; Lorna preocupada por los pretendientes de Jay… Resultaba curioso, si una se paraba a pensarlo; sin embargo, no era nada descabellado. «Y Neil y yo podríamos casarnos casi enseguida», pensó Molly con un vuelco del corazón.

Era extraño que Jay hubiera aceptado tan fácilmente el papel de hija pródiga, en vez de atrincherarse en el orgullo y el resentimiento.

–Lo ha dejado todo –Jay seguía abrazándose las rodillas y sonriendo a un futuro prometedor–: su marido rico, Beechcroft Manor y su posición como lady Barnard. Ha dicho que nada de eso le servía sin mí. Ha renunciado a todo. Sir Halmar ya sabe lo mío, pero a ella le da igual. Creo que hasta se alegra. A quien más quiere es a mí. Nos vamos juntas, ella y yo, solas. No queremos a nadie más en el mundo. Solo nos queremos la una a la otra.

El miedo empapó a Molly de pies a cabeza y le caló hasta los huesos. Porque, aunque se preparó con resolución para la batalla, el conocimiento que tenía de su madre, y aún más el que tenía de Jay, le decían que luchaba por una causa perdida sin remedio. Se daba

cuenta de que Jay no era más que un canutillo de papel retorcido en el que habían ido devanando un fino hilo de seda de bordar sin que ella opusiera resistencia.

Se sentó en el borde de la cama.

–Escucha, Jay, cielo, todo esto suena un poco melodramático, ¿no crees? ¿Estás segura de que lo decía en serio y no era una de sus actuaciones? Al fin y al cabo –le recordó Molly sin miramientos, echando mano de cualquier arma a su alcance–, las dos sabemos de sobra lo bien que se le da soltar un cuento cuando quiere algo, y la verdad puede ser muy distinta.

Pero el nuevo ensueño de Jay no se disipaba tan fácilmente.

–¿Cuando quiere algo? Sí, ya lo sé, pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Qué iba a querer esta vez?

–A ti. No soportaba sentir que te escurrías de sus manos; que la despreciabas un poco pese a ser lady Barnard; que su condescendencia y sus pieles de zorro y sus «ay, mi niña querida, deja que este corazón de madre se desviva por ti» no funcionaban.

–No funcionaban. Claro que no. Por eso lo ha dejado todo. Eso sí es de verdad: quererme tanto como para hacer algo así. No habrá sido fácil, después de haberse acostumbrado al lujo y a ser alguien. Y no estaba haciendo teatro, Molly. La primera vez que vino, sí; sé notar la diferencia. Esta vez no se ha puesto dramática. No ha llorado ni nada. Solo me ha besado una vez. Ha sido natural, como solía ser en Huntingdon Terrace, cuando más la queríamos. Por eso me he sentido tan segura. Hacía años que no me sentía así de segura. Y estaba muy graciosa, además; nos hemos reído mucho, sobre todo cuando me ha contado lo de Susan. Figúrate, Molly:

¡Susan no viene con nosotras! ¡Se queda en Beechcroft Manor para casarse con el mayordomo!

–Que no va con vosotras ¿adónde? –preguntó Molly con tono sombrío. La cabeza le iba a toda máquina, buscando un resquicio por el que rescatar a Jay antes de que lo impensable ocurriese de verdad; antes de que Jay quedase atrapada para siempre.

–Nos vamos a América. Casi enseguida. Creo que dentro de tres días sale un barco. No de los grandes y caros. Mamá no va a aceptar nada de sir Halmar, ni dinero ni nada, solo su modesta rentita de siempre. ¿A que es maravilloso?

–Y ¿cómo os las vais a arreglar?

Jay respondió con total inocencia:

–Podemos trabajar.

Molly tuvo miedo de ponerse a vomitar. Apretó los puños con fuerza y reprimió unas náuseas horribles. ¿Llegaba Jay a plantearse siquiera qué clase de trabajo sería ese? No; seguía demasiado deslumbrada, demasiado embriagada por la magnitud del sacrificio hecho por ella; un sacrificio que le devolvía consistencia después de haberse sentido tenue y espectral como el aire enrarecido y frío de una celda.

«Vamos –se susurró Molly–. Es ahora o nunca. Vamos.» Se lanzó a la desesperada contra la situación; le recordó a la desesperada el pasado y lo que Lorna les había hecho, intentando reavivar la actitud desafiante de Jay contra su madre.

Pero Jay estaba sumida en un sopor narcótico del que no quería despertar nunca. Había tenido que aguantar demasiado y carecía de recursos para ello. Molly intuyó que, desde que había salido de la cárcel, se había sentido expuesta y asustada, y que anhelaba volver

al seno materno, donde nada podría hacerle daño, ser dominada en cuerpo y alma por su madre y aceptar como justo y perfecto todo lo que hiciera Lorna.

Molly renunció a cualquier escrúpulo de decencia; accionó cuantas palancas tenía a su alcance para intentar sacar a Jay de aquel pozo peligroso. Sabía que era terrible combatir a su madre como a una enemiga sin escrúpulos, pero no tanto como la alternativa, que ni siquiera ahora, ni siquiera en su fuero interno, se atrevía a formular con palabras. Porque era inconcebible, absurdo más allá de todo absurdo, creer que lady Barnard…

Pero la hija mayor de Lorna no se dejaba arrastrar ni a la batalla ni a la rendición. Escuchaba lo que Molly decía, pero siempre con una sonrisa amable y ausente, como si nada tuviera que ver con ella.

–Sí, ya lo sé –murmuró varias veces. Y–: Sí, claro que me acuerdo. –Y–: Sí, fue espantoso. –Y de pronto abrazó a su hermana, la atrajo hacia la cama y la cubrió de besos cálidos–: Molly, cielo, has sido un ángel conmigo siempre, en todo.

–Pero, Jay, Jay, no es que sea un ángel. Me encanta tenerte aquí. Te he echado de menos más de lo que puedo expresar. ¿Por qué no seguimos así para siempre? Estamos tan seguras y tan tranquilas…

La mirada de soslayo que le lanzó Jay fue tierna y burlona al mismo tiempo.

–¿Cuántos cientos de años piensas seguir aplazando tu boda para vivir tranquila y segura con tu querida hermana mayor, la expresidiaria?

–Aunque me casara con Neil, podrías vivir con nosotros.

–No soportaría tener que vivir eternamente agradecida; no lo soportaría. Y, mientras siga aquí, no te casarás con Neil, porque sabes que no le caigo bien. Reconócelo.

–Tú eres lo primero –dijo Molly con firmeza.

–No, Molly. Soy lo segundo. Lo primero para ti es Neil, y es natural. Me alegro. No estoy celosa. No podría estarlo –se apresuró a añadir–, porque soy lo primero para mamá. No me lo habría creído si solo me lo hubiera dicho, pero lo ha demostrado, ¿no?

Al oír el tono triunfal de Jay, como un desafío lanzado a toque de trompeta, Molly supo que se había acabado; reconoció, agotadas ya sus fuerzas, que por fin la habían derrotado.

VII



Neil jugueteaba distraído con el dial de la radio de Shirley mientras esperaban a que Molly volviese de la matiné. De pronto exclamó «¡Maldita sea!» con gran energía y disgusto, apagó el aparato y se acercó a la chimenea, donde Shirley estaba repantigada en un sillón haciendo un crucigrama.

–¿Te has pillado un dedo? –preguntó ella sin levantar la vista.

–Acabo de caer en que se me olvidó recuperar el certificado de matrimonio de mi padre la última vez que fui a ver a nuestra pequeña Lorna. ¿Se puede ser más idiota? Supongo que ahora la señora de Neil Inglefield andará recorriendo América de costa a costa explicando, con la mirada herida e inocente de una niña crucificada, que un hombre malvado se casó con ella y la abandonó y la dejó con dos hijas que mantener… No, con una, que solo lleva a Jay.

–Lo más probable es que utilice el certificado de matrimonio de lady Barnard –lo tranquilizó Shirley–. Impresiona más.

–No estoy tan seguro. –Neil se sentó con gesto sombrío en el sillón de enfrente–. Blake, Inglefield, Barnard; le gusta ir cambiando de alianza.

–Sabe que vas a casarte con Molly muy pronto. Molly será la señora de Neil Inglefield. No usaría ese nombre. Pensemos lo que

pensemos de ella, Neil, la verdad es que quería a sus hijas.

–«¿Puede una madre dejar de amar al ser que ha llevado en sus entrañas?»[127] –se burló–. Pues sí. Y sin excepción.

–¿Por qué preferiría hacerse pasar por la señora Inglefield en vez de por la señora Blake? Molly dice que casi nunca utilizaba su verdadero certificado de matrimonio.

–Esa te la puedo responder. –Como siempre que hablaban de Lorna, Neil y Shirley se dejaron absorber por el tema hasta olvidarse de lo demás–. Me odiaba más que a nadie en el mundo, y difamarme y presentarse como mártir de mi maldad le procuraba una especie de placer indirecto. Como clavar alfileres en un muñeco de cera de tu enemigo. Y el mismo placer perverso sentía calumniando a una institutriz, una inocente señorita Gardiner que una vez tuvo el atrevimiento de chafarle el timo.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo contó Molly; la oyó soltar ese cuento una vez, aunque imagino que lo haría con frecuencia. En la cabeza de Lorna pasaban muchas cosas sobre las que solo podemos hacer conjeturas.

–Neil, ¿qué pasa dentro de esa cabeza? ¿Se habrá visto alguna vez tal como es? ¿De verdad cree que es buena y que la persiguen, y que todos estamos contra ella, y que ha sido una madre ejemplar, y que todo lo hizo por el bien de sus hijas?

–Supongo que sí. Llámalo autojustificación de proporciones asombrosas. Es desesperante no poder estar seguro de lo que le pasa por la cabeza, pero solo podemos deducirlo de lo que vemos; del efecto que tiene en los demás: en Susan, en Jay, en Molly, en Alec, en Marcus, en Gracie, en ti, en mí y en el vecino de enfrente.

–¿Quién es el vecino de enfrente?

–Sir Halmar Barnard, supongo –dijo Neil, riendo.

–No me explico que haya renunciado a él después de haberlo cazado así: riqueza, poder, respetabilidad, una posición intachable, un marido devoto… Es increíble. Todo sólido. Todo suyo. Al fin y al cabo, la vida que había llevado hasta entonces, la que volverá a llevar ahora, era un coqueteo constante con el abismo.

–Lorna siempre ha preferido el abismo a las pantuflas. Y con sir Halmar me imagino que había muchas pantuflas.

–Aun así…

–La pasión no le interesaba, ¿sabes? No quería que los hombres se enamoraran de ella. Quería poder, una apuesta arriesgada y la emoción de ganar y presentarse como la dulce redentora, hasta que acabó creyéndoselo ella misma… quizá. O quizá no. Y le gustaba improvisar audaces golpes de mano cuando se veía en un aprieto, y anexionarse estados menores con la excusa de que necesitan protección.

–¿Estados menores? ¿Te refieres a Jay?

–La pobre tonta, sí. Que Dios me perdone, pero nunca me ha caído bien.

–Al menos Molly y tú podréis casaros por fin; vuestra responsabilidad con Jay ha terminado. ¿Qué vais a hacer con vuestros respectivos trabajos, Neil?

Los dientes de Neil relucieron, blancos y triunfantes, ante la posibilidad de ofrecer una solución en vez de tener que pedirle consejo a Shirley sobre el eterno dilema de si un hombre debe consentir que su mujer trabaje, o de si una mujer en el teatro no equivale a un marido de picos pardos.

–Eso ya lo hemos resuelto. Nos dimos cuenta de que no nos veríamos nunca si yo seguía viajando para la Neptune Company y ella se quedaba de niña bonita de las candilejas. No tiene mucha gracia que uno de los dos haga un sacrificio y el otro tenga que quedarse ahí sosteniéndolo, haciendo equilibrios. Así que los dos vamos a dejar nuestro trabajo. Vamos a montar un hotel juntos; en los Cotswolds, creo. A lo grande, pero con nuestra propia casa un poco apartada, donde no se vea. Seguramente con una granja. Imagínate a Molly rodeada de terneros, corderos, potros, cervatillos, cachorros y todo eso.

–Y todo eso –repitió Shirley.

–¿Qué te parece, Shirley? ¿Crees que funcionará?

–Cualquier cosa que hicieras con Molly funcionaría. –Shirley reprimió un suspiro; otra vez le costaba no sentir envidia–. Sois un par de chiflados felices. En fin, Molly se lo merece. Ha esperado mucho.

–¿Y yo no? –replicó Neil, un poco dolido–. Es mucho más difícil esperar a Molly que esperarme a mí. Así que me ha tocado la peor parte.

Shirley resolvió un par de definiciones difíciles del crucigrama. Después, como si hablase consigo misma, dijo:

–Cuando las cosas salen mal, casi siempre es por impaciencia. Esta aceleración de la vida es un error. Si pudiéramos esperar sin desear siquiera que las cosas avanzaran más deprisa… Esperar con paciencia la felicidad, a aprenderse un credo, a adelgazar, a engordar, los milagros, que los malentendidos se aclaren solos, la hora de comer, el amanecer, el buen tiempo, el mañana, a ganar soltura en taquigrafía, el próximo autobús, la lluvia, un rescate, que

termine una discusión, que nos venza el sueño, que se enfríe la sopa, que se seque la pintura, al cartero, que el amor deje de atormentarnos…

–Demasiado difícil –replicó Neil lacónicamente–. Lorna no pudo esperar. Tenía que removerlo todo. Por eso le mandó el anónimo a Barnard.

Shirley se incorporó de golpe; el periódico se le cayó de las rodillas.

–¿Te refieres a la carta que lo hizo saltar todo por los aires? ¿La que contaba lo de Jay? ¿La mandó ella? ¿Lorna?

–No se puede saber con certeza –dijo Neil–. Pero me da que sí.

VIII



Hicieron un descanso al final de la segunda partida para tomar unos *highballs* mientras la señora van Straten seguía con lo que había estado contando después de la primera:

–Ojalá la hubieras visto con tus propios ojos, Edith. Te habría encantado. A Tom le encantó, ¿verdad, Tom? Es lo bueno de tener a Tom en casa todo el día, que ya no se pierde lo que pasa por las mañanas, como antes. No, déjate de guiños y de risas, Frank; a Tom le gusta estar jubilado, vivir aquí y salir a pasear por los lagos cuando le apetece, y…

–Sigue contándonos lo de tu visita inglesa de hoy –la cortó Edith Linden.

–Ay, era un caso tristísimo. Tristísimo. Ojalá hubiera podido hacer más por ella. Era una mujer guapísima, con una distinción y una delicadeza extraordinarias. Se notaba enseguida que nunca había tenido que pedir nada. La vida se lo había dado todo sin que tuviera que mover un dedo, ¿verdad, Tom? A Tom le ha dado la misma impresión. Y la muchacha, su hija, también era muy dulce y muy guapa, pero no ha abierto la boca; ha estado todo el rato mirando a su madre con tal devoción que te habría partido el alma. Iban a presentarla en sociedad en mayo, si no hubiera ocurrido todo esto. Es terrible, la verdad.

Frank Linden, uno de los ciudadanos más sensatos de Minneapolis, y con un talante bastante menos bonachón que el de los van Straten, intervino con voz enérgica:

–Bueno, y ¿cuál era el caso tan triste? Esa mujer ha venido con su hija desde muy lejos para contártelo, y ni siquiera nos has dicho cómo se llama.

–Ay, es que eso es parte del problema. En realidad se llama lady Barnard, y era una mujer muy respetada y admirada que había hecho mucho bien en la ciudad donde vivía. Pero lord Barnard[128] recibió una infame carta anónima en la que se decía que el primer marido de ella, un tal Inglefield, no estaba muerto. Lo que pasaba era que se había quitado de en medio por puro rencor.

–¡Será posible! –exclamó Edith Linden.

–Lord Barnard montó en cólera y le echó la culpa a ella. Es una mujer muy orgullosa, y pensó que lo mejor que podía hacer por su hija, la única que tiene, era venirse aquí sin armar revuelo, desaparecer del todo y ganarse la vida trabajando. Fue un sacrificio, pero lord Barnard quería mucho a su hijastra, y a lo mejor así se le pasaba el enfado antes y la presentaba en sociedad de todos modos. Sin embargo, la muchacha siguió a su madre y renunció a su vida social, a su futuro, a todo. Y aquí están las dos. Y la pobre lady Barnard ni siquiera sabe si tiene que llamarse Barnard o Inglefield. Tom y yo le hemos aconsejado que se lleve a la niña a la Costa Oeste y busque trabajo allí; con el invierno encima, no van a aguantar en el Medio Oeste; la chica parece extremadamente frágil, como una flor blanca. Y ha dicho que sí, que ya lo había pensado; que le habían hablado del sol espléndido y de la buena temperatura, pero que estaba muy lejos y no tenía para los billetes de tren.

Notas

[1] Personaje de *El sueño de una noche de verano*, con cabeza de burro. Se ha seguido, en este caso, la traducción de Ángel-Luis Pujante. *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]*

[2] Un quintal equivale a unos cincuenta kilos.

[3] Moneda de dos chelines.

[4] Cita del Libro de Rut (1, 16): «Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios».

[5] Del poema «Lilian», publicado en *Poems, Chiefly Lyrical* (1830).

[6] Personaje de la novela *David Copperfield* (1849-1850) de Charles Dickens.

[7] Según una conocida leyenda inglesa, el rey Canuto (c. 990-1035) mandó poner su trono en la orilla del mar y ordenó a la marea que no subiera para demostrar a sus cortesanos aduladores que ni siquiera un rey tenía poder sobre las fuerzas de la naturaleza.

[8] *Hamlet* (I, v): «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía».

[9] A excepción de Lionel Lovett, que es un nombre inventado, son celebridades del teatro y el cine de principios del siglo XX. Jean de Reszke era un tenor polaco; la señora Patrick Campbell, una actriz británica; y John Barrymore, un actor estadounidense.

[10] Alusión al mito griego de la caja de Pandora, en cuyo fondo quedó la esperanza después de que todos los males escaparan al mundo.

[11] Según la superstición inglesa a la que se hace referencia, trae buena suerte decir «conejos y liebres» nada más despertarse el primer día del mes.

[12] Personaje de *Alicia en el país de las maravillas*.

[13] *El sueño de una noche de verano* (III, i).

[14] Ananías y Safira, marido y mujer, vendieron una propiedad y fingieron entregar el dinero de la venta a la comunidad cristiana primitiva, ocultando que se habían quedado una parte. Confrontados por el apóstol Pedro, murieron fulminados como castigo divino por su engaño (Hechos, 5, 1-11). La referencia alude irónicamente a la falsedad de estas peticiones.

[15] Transatlántico de la Cunard Line que cubría la ruta Southampton-Nueva York en las décadas de 1920 y 1930.

[16] Semanario sensacionalista que cubría crímenes y sucesos.

[17] Anuario literario ilustrado muy popular en la Inglaterra victoriana y conocido por sus grabados sentimentales.

[18] Personaje del cuento homónimo de Washington Irving que duerme durante veinte años, en referencia a la olvidada máquina de escribir.

[19] Hospital infantil fundado en 1852.

[20] De la expresión francesa *revenons à nos moutons*, que se utiliza en francés con el significado de «volvamos al asunto que nos ocupa». Tiene su origen en la farsa medieval anónima *La Farce de Maître Pathelin*, compuesta a mediados del siglo XV.

[21] En el original, *Master* Neil, es decir, «amo o patrón Neil».

[22] El 11 de noviembre se conmemora en el Reino Unido el armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Incluye una ceremonia junto a los monumentos a los caídos y uno o dos minutos de silencio.

[23] Himno cristiano escrito en 1847 por el clérigo anglicano Henry Francis Lyte, tradicional en actos conmemorativos.

[24] Personaje del poema homónimo de Alfred Tennyson (1809-1892), inspirado en una leyenda artúrica. Vive encerrada en una torre y condenada por una maldición a no mirar directamente el mundo exterior.

[25] Cadena de restaurantes de Los Ángeles muy popular entre las estrellas de Hollywood de la época.

[26] Festividad británica que conmemora el fracaso de la Conspiración de la Pólvora de 1605, en la que Guy Fawkes intentó volar el Parlamento. Se celebra con hogueras y fuegos artificiales.

[27] Término cariñoso irlandés equivalente a «querida mía».

[28] Cóctel que se sirve en un vaso alto y consiste en una bebida alcohólica (normalmente whisky) mezclada con una bebida carbonatada.

[29] Primer verso de la canción «¿Quién es Sylvia?», de la obra *Los dos caballeros de Verona*, de William Shakespeare.

[30] Ciudad del estado de Nevada, famosa en la época por sus leyes de divorcio permisivas, que la convertían en un destino popular para quienes querían una separación rápida.

[31] «Cassoapy» es una deformación vulgar de Casiopea, la reina de la mitología griega que, según la leyenda, fue colocada entre las estrellas sentada en un trono; de ahí la confusa explicación de la chica.

[32] Versos de *El sueño de una noche de verano* (III, i). Titania ordena a sus hadas que agasajen a Fondón, el tejedor transformado en burro. Jay asocia *gambol* (brincar, retozar) con *gamble* (apostar) por su similitud fonética, de ahí la imagen que se ha formado de Montecarlo.

[33] Retahílas infantiles inglesas utilizadas como juegos de adivinación. Al contar, por ejemplo, los botones de un vestido o los huesos de una cereza, cada elemento de la serie determinaba un «resultado». *Silk, satin, cotton, rags* [seda, raso, algodón, harapos] predecía de qué tela sería el vestido de novia; *coach, carriage, wheelbarrow, walk* [carroza, calesa, carretilla, a pie], el medio de transporte; y *this year, next year, some time, never* [este año, el que viene, algún día, nunca], cuándo ocurriría. Jay las enlaza todas en su excitación febril.

[34] *The kitchen* («la cocina») era el apodo con el que se conocía la sala principal del casino de Montecarlo.

[35] Coche de caballos de dos asientos, abierto y con capota.

[36] ¿Van a tardar mucho?

[37] No lo sé.

[38] Opereta cómica de W. S. Gilbert y Arthur Sullivan (1889), ambientada en Venecia.

[39] La Société des Bains de Mer, gestora del Casino de Montecarlo, concedía a los jugadores arruinados –los llamados *décavés*– un préstamo conocido como *viatique* para costear el billete de regreso a su lugar de origen. El beneficiario debía acreditar ante un empleado su falta de medios y su intención de marcharse, y se comprometía a no volver nunca al Principado, o a hacerlo solo para saldar la deuda; si no regresaba, la SBM no la reclamaba. La práctica, documentada entre finales del siglo XIX y el período de entreguerras, no obedecía a motivos caritativos,

sino al interés del casino en evitar que los arruinados quedaran varados en Mónaco y engrosaran las filas de mendigos y rateros del Principado.

[40] Distinguished Service Order [Orden del Servicio Distinguido]. Condecoración militar británica que se otorga a oficiales en reconocimiento a su valor en combate.

[41] Palabras de Jesucristo recogidas por el apóstol Pablo en el discurso de despedida que pronunció en Mileto ante los ancianos de la iglesia de Éfeso (Hechos, 20, 35).

[42] Referencia a Shirley Temple (1928-2014), la ya entonces famosísima niña prodigio del cine estadounidense, conocida por sus rizos rubios.

[43] Juego de palabras que incluye otra referencia, en este caso a Greta Garbo (1905-1990), gran icono del cine de la época cuya imagen pública se asociaba a una personalidad distante, seria y enigmática. Shirley cuestiona la gracia de la broma de su amiga al sugerir que el nombre de Greta habría sido más apropiado para ella que el de Grace («gracia»).

[44] Proverbios, 26, 11: «Como el perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necedad».

[45] *Dick Whittington and His Cat* es una pantomima navideña sobre un muchacho pobre que llega a ser alcalde de Londres gracias a su gato. Está basada en la leyenda de Richard Whittington, alcalde de Londres a finales del siglo XIV y comienzos del XV.

[46] Dan Leno (1860-1904) y Joseph Grimaldi (1778-1837) son dos de los payasos y cómicos más célebres de la historia del teatro británico. Ambos, a pesar de su éxito, tuvieron vidas marcadas por la depresión y la tragedia, lo que dio origen al tópico del «payaso triste».

[47] «El fantasma pasea» *(the ghost walks)* es una expresión de la jerga teatral británica que significa «es día de pago». Proviene de una anécdota según la cual un actor que hacía de fantasma del padre de Hamlet se negó a seguir actuando hasta que les pagaran a todos los sueldos atrasados.

[48] Cartas de adivinación creadas a finales del siglo XIX por Isobel Strong, hijastra del escritor Robert Louis Stevenson.

[49] El hombre de la máscara de hierro es un personaje histórico popularizado por Alexandre Dumas en *El vizconde de Bragelonne* (1847-1850), último volumen de la trilogía de los mosqueteros: un misterioso prisionero que pasó décadas

encarcelado con el rostro oculto tras una máscara durante el reinado de Luis XIV. El segundo título, *Seis años en un ataúd*, es invención de la autora.

50 Kate Greenaway (1846-1901), ilustradora victoriana conocida por sus idealizados dibujos de niños vestidos con ropas anticuadas: faldas largas, gorros, fajines y zapatos de hebilla, que evocan una época de inocencia y candor.

51 *Idylls of the King*, serie de poemas narrativos de Alfred Tennyson (1809-1892) que recrea las leyendas del rey Arturo, incluyendo la historia de su esposa Ginebra.

52 Cita de *Como gustéis* (IV, i) de William Shakespeare.

53 Ópera de 1892 del compositor italiano Ruggero Leoncavallo (1857-1919), cuyo protagonista, el payaso Canio, se ve obligado a actuar y hacer reír al público justo después de descubrir la traición de su esposa.

54 Juego de palabras con *Rhapsody in Blue* (1924), la célebre composición de George Gershwin.

55 Personaje de una leyenda popular inglesa sobre un rey africano que se enamora de una joven mendiga, Penelophon. La historia fue tema de un poema de Alfred Tennyson y de un cuadro de Edward Burne-Jones.

56 Personaje de la comedia *The Beaux' Stratagem* (1707), de George Farquhar: una mujer adinerada conocida por su caridad ostentosa. Con el tiempo, la expresión pasó a designar a quien hace beneficencia de forma paternalista o condescendiente.

57 «¡Fabuloso!» en alemán.

58 Personaje de una tira cómica homónima de Harold Gray (1894-1968), una huérfana pelirroja de carácter resuelto.

59 René Lalique (1860-1945), joyero y vidriero francés.

60 Perfume creado por la casa Guerlain en 1912, considerado uno de los grandes clásicos de la perfumería francesa.

61 Joven de buena familia.

62 Matrimonio de conveniencia.

63 Buen maridito.

64 Deformación inglesa de *gai Paris*, el tópico del París frívolo y licencioso que los ingleses esperaban encontrar al cruzar el canal.

65 Modismo inglés que significa ser objeto de abuso, que se aprovechen de uno o le carguen con más trabajo del que le corresponde.

[66] Un año de matrimonio.

[67] Alusión a *Como gustéis* (II, i): *Finds tongues in trees, books in the running brooks, Sermons in stones, and good in everything* [Encuentra lenguas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras y el bien en todas las cosas].

[68] ¿Es que no soy una mujer?

[69] ¡Dios mío, las flores de lis de mi hermoso país!: madame llama *fleurs de lys* a los lirios del valle. En su arrebato nostálgico, asocia las flores que le envían con el emblema heráldico de la monarquía francesa, de la que se considera pariente.

[70] Referencia a una fábula atribuida a Plutarco sobre un muchacho espartano que escondió un zorro robado bajo su túnica y se dejó devorar las entrañas antes que confesar el robo. Encarna el ideal de aguante y resistencia al dolor.

[71] Pero nada de nada.

[72] Pero la pequeña Jasmine es de verdadera casta.

[73] Y las flores de azahar.

[74] Versos de *La nuit de mai* (1835), de Alfred de Musset: «Poeta, coge tu laúd, que el vino de la juventud / fermenta esta noche en las venas de Dios. / Mi pecho está inquieto, la voluptuosidad lo oprime…».

[75] Frase atribuida a María Antonieta –*Qu'ils mangent de la brioche*–. Se supone que fue su respuesta cuando la informaron de que el pueblo no tenía pan, aunque no hay pruebas de que lo dijera.

[76] Alusión a *Ricardo III* (I, i), de William Shakespeare.

[77] Alusión a los Ballets Rusos de Serguéi Diáguilev. Léon Bakst, su principal escenógrafo, era célebre por sus atrevidas combinaciones cromáticas.

[78] Robert Adam (1728-1792), arquitecto escocés cuyo diseño neoclásico definió la decoración de interiores del período georgiano.

[79] Sealyham terrier, raza de perro de patas cortas originaria de Gales, popular entre la clase alta inglesa en la primera mitad del siglo XX.

[80] Según la tradición, los hermanos Hengist y Horsa encabezaron la primera invasión anglosajona de Britania en el siglo V.

[81] Como es debido.

[82] La vigilancia, es decir, la supervisión permanente que los padres hacían del cortejo.

[83] *Tender* es el término náutico inglés para designar un bote auxiliar o de servicio, pero también significa «tierno». Al añadir «Be» delante, el significado cambia de «Bote auxiliar del Ohi» a «Sé tierno con Ohi».

[84] ¡Anda!

[85] Tiene gracia.

[86] Firme.

[87] Centros de internamiento y rehabilitación para jóvenes delincuentes, llamados así por la localidad de Kent donde se fundó el primero en 1902.

[88] Calla, pequeña.

[89] Es más bueno que el pan.

[90] Deméter, diosa griega de la agricultura, buscó desesperadamente a su hija Perséfone cuando Hades la raptó y la llevó al inframundo.

[91] Es tan mona, la pequeña Jasmine.

[92] Nombre coloquial que recibían los jueces de los tribunales penales itinerantes *(Assizes)* por el color escarlata de su toga ceremonial.

[93] Verso del poema *A Psalm of Life* (1838), de Henry Wadsworth Longfellow, que a su vez se hace eco de Mateo, 8, 22.

[94] Paráfrasis del «Canto del arpista» de Goethe, en *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795-1796): «Quien nunca ha comido pan con lágrimas, / quien nunca, en las noches de pesar, / se ha sentado llorando en la cama, / ese no os conoce, potencias celestiales».

[95] Nombre por el que se conoció entre 1857 y 1899 el actual Victoria and Albert Museum de Londres, dedicado a las artes decorativas y el diseño. Pese al cambio oficial de nombre, muchos londinenses siguieron llamándolo South Kensington Museum durante décadas.

[96] La *ABC Railway Guide* era una guía mensual de horarios y tarifas ferroviarias que incluía también un directorio de hoteles.

[97] Versos de *The Song of the Shirt* (1843), poema de Thomas Hood sobre las miserables condiciones de trabajo de las costureras londinenses.

[98] Sir Halmar invierte los versos de «Romance», poema de Robert Louis Stevenson recogido en *Songs of Travel and Other Verses* (1896). El texto original dice: *And you shall wash your linen and keep your body white* [Lavarás tu ropa y mantendrás blanco tu cuerpo].

[99] Comedia satírica de 1779 del dramaturgo irlandés Richard Brinsley Sheridan.

[100] Escultura griega del siglo II a. C. que representa a la diosa Niké (la Victoria) con las alas desplegadas, conservada en el Museo del Louvre.

[101] Los ópalos gozaron de gran estima en la Antigüedad, pero en la Edad Media empezaron a asociarse con la peste y la brujería. La novela *Anne of Geierstein* (1829), de Walter Scott, consolidó la superstición de que traían mala suerte, hasta el punto de hundir sus ventas.

[102] Cita inexacta del poema *A Light Woman* de Robert Browning (1812-1889). El verso original dice: *'Tis an awkward thing to play with souls* [Es delicado jugar con las almas].

[103] Apartamento.

[104] Isabel I de Inglaterra (1533-1603).

[105] *Wimple* es la toca medieval que cubría la cabeza y el cuello de las mujeres y que con el tiempo quedó asociada a los hábitos monásticos.

[106] Alusión a la canción infantil *There was an old woman who lived in a shoe* [Érase una vez una anciana que vivía en un zapato], sobre una mujer con tantos hijos que no sabía qué hacer con ellos.

[107] Célebre casa londinense de pelucas, disfraces y accesorios teatrales, proveedora de los principales teatros del West End.

[108] Gracie Fields (1898-1979), cantante y actriz cómica muy popular en la década de 1930.

[109] Expresión inglesa que se utiliza para explicar un escalofrío repentino, dando a entender que alguien está pisando en ese momento el lugar donde uno será enterrado algún día.

[110] Protagonista de *Como gustéis* de William Shakespeare.

[111] Este teatro londinense cambia de nombre según el monarca sea hombre o mujer. Sir Halmar bromea con el hecho de que Molly, por su juventud, solo lo ha conocido con el nombre de His Majesty's.

[112] Personaje de una serie de novelas y relatos del escritor P. G. Wodehouse, arquetipo del mayordomo inglés, competente, imperturbable y que aparece y desaparece con sigilo.

[113] Se refiere al protagonista de la novela moralizante *Eric, or Little by Little* (1858), de Frederic W. Farrar, sobre un colegial cuyo progresivo declive moral en el internado lo lleva, tras un arrepentimiento final, a una muerte temprana. Encarna el ideal victoriano de las pruebas morales nítidas e inequívocas en la edad escolar.

[114] ¡Era malvada! ¡Era una puta!

[115] Casi con toda seguridad se refiere a la novela *Huracán en Jamaica* (1929), de Richard Hughes. Los niños Bas-Thornton presencian la caída mortal de su hermano John desde una ventana y nunca vuelven a hablar de él ni de lo sucedido.

[116] Alusión al protagonista de *El burgués gentilhombre* (1670), de Molière, que descubre maravillado, a una edad avanzada, que lleva toda la vida hablando en prosa.

[117] Superstición inglesa según la cual casarse con alguien cuyo apellido empieza por la misma letra que el propio trae mala suerte. El monograma «L. B.» corresponde tanto a Lorna Blake como a Lorna Barnard. La rima original dice: *Change the name and not the letter, / change for the worse and not for the better*.

[118] El personaje dice «sir-realista» como deformación involuntaria de «surrealista».

[119] Verso de *La Belle Dame sans Merci* (1819), de John Keats, balada sobre un caballero al que seduce y abandona una criatura sobrenatural y que despierta solo y desamparado en la ladera fría de una colina.

[120] De «Tea for Two», pieza del musical *No, No, Nanette* (1924), con letra de Irving Caesar y música de Vincent Youmans.

[121] Referencia a *Los caballeros las prefieren rubias* (1925), novela satírica de Anita Loos.

[122] Vendedora.

[123] Referencia al perro de *Punch* y *Judy*, personajes principales del teatro de guiñol de tradición inglesa.

[124] Abreviatura de *baronet*, título hereditario de rango inferior al de barón pero superior al de caballero, que es meramente vitalicio y no transmisible. Sir Halmar fue investido caballero *(knight),* no baronet.

[125] Comedia de 1894 de George Bernard Shaw en la que la protagonista tiene que elegir entre su marido, un hombre fuerte y seguro de sí mismo, y un joven poeta desvalido. Elige quedarse con el marido porque descubre que, en el fondo, es quien más la necesita.

[126] En la mitología griega, Selene, la diosa de la luna, se enamora del pastor Endimión, sumido en un sueño eterno por voluntad de Zeus, y cada noche baja del cielo para contemplarlo y besarlo mientras duerme.

[127] Cita ligeramente alterada del himno *Hark, My Soul! It Is the Lord* (1768), de William Cowper, basado en Isaías, 49, 15. El original dice «mujer», no «madre».

[128] Sir Halmar, como se ha dicho, es caballero, no lord. El error puede deberse al desconocimiento, al tratarse de una estadounidense, o a que Lorna haya mentido también sobre esto.

ALBA **RARA AVIS**
TÍTULO ORIGINAL: *The Woman in the Hall*

© G. B. Stern, 1939, 1947
© DE LA TRADUCCIÓN: Daniel de la Rubia Ortí

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2026
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL: septiembre de 2026

ISBN 978-84-1178-283-8

REALIZACIÓN EDITORIAL: La Letra, S. L.
CONVERSIÓN A FORMATO DIGITAL: Estudio eBook

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del Escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 lanzó una nueva colección de poesía. También son destacables sus colecciones de Novela Negra, con autores de cabecera como José Luis Correa, y de

Educación y Salud, con títulos tan celebrados como *El cerebro del niño*, *Tormenta cerebral* y *Abrázame fuerte*.

Consulta **www.albaeditorial.es**